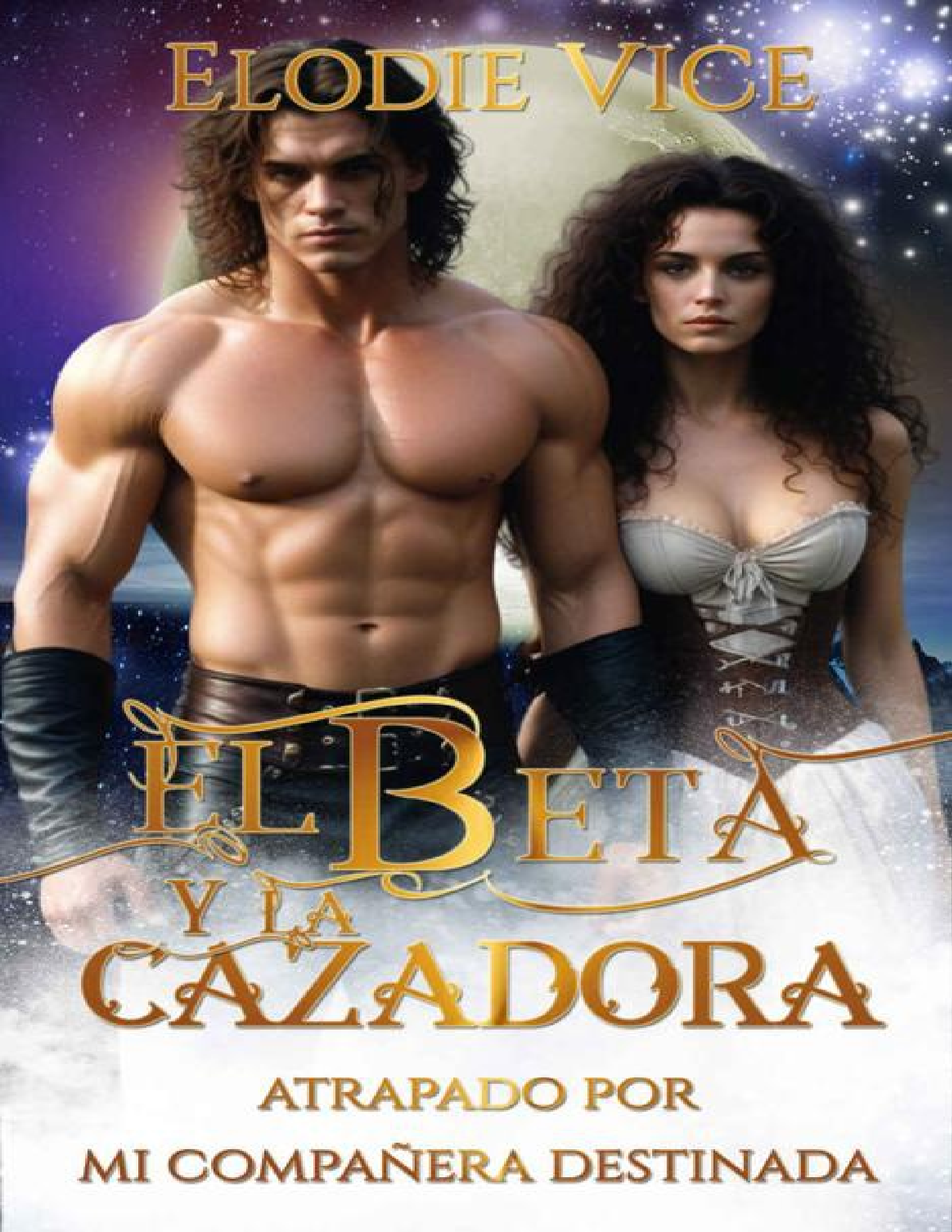




ELODIE VICE

EL BETA
Y LA
CAZADORA

ATRAPADO POR
MI COMPAÑERA DESTINADA

EL BETA
Y LA CAZADORA
ATRAPADO POR MI COMPAÑERA DESTINADA
Libro 4
Serie: Los lobos de Silvershade Summit



©ELODIE VICE 2024 first edition.

Original Title: EL BETA Y LA CAZADORA: ATRAPADO POR MI COMPAÑERA DESTINADA (4° LIBRO DE LA SERIE: LOS LOBOS DE SILVERSHADE SUMMIT)

Author: ELODIE VICE

Cover Design: MADISON SCOTT

First Correction: MADISON SCOTT

Registered work.

All rights reserved. ©ELODIE VICE

Total or partial reproduction of this work, its incorporation into a computer system, or its transmission in any form or by any means, whether electronic, mechanical, photocopy-ing, recording, or other methods, is not allowed without the prior written permission of the author. Infringement of the mentioned rights may constitute an offense against intellectual property (Art. 270 and following of the Penal Code).

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Siguiente libro de la serie](#)

Capítulo 1



Libby Baker amaba a su padre, pero no su herencia familiar.

Al ser la hija de John Baker, el líder del clan de cazadores, se esperaba mucho más de ella que de los otros jóvenes a los que se les instruía desde niños.

Creció rodeada de armas, trampas y del deber de ocultar el secreto sobre los seres sobrenaturales por el bien de los humanos. Ellos eran sus cuidadores, la línea de defensa que protegía a las personas de seres que no eran más que abominaciones y no debían existir.

Su padre siempre le decía que ser parte de los cazadores los obligaba a llevar a una vida de sacrificio y de lealtad al clan porque, a no ser que fueran avisados para intervenir por alguna intrusión de esos seres entre los humanos, ellos no confraternizaban con nadie que no fuera miembro del clan.

Para el resto del mundo, no eran más que un grupo autóctono de Alaska, indígenas que habían ocupado el territorio durante siglos. Pacíficos, pero nada amables con los intrusos. Se les adjudicaban algunas desapariciones de humanos y eso solo acrecentó la leyenda sobre ellos.

La localización de su clan y las historias, en su mayoría falsas, que se habían creado en torno a ellos, ayudaban a mantener alejados a los curiosos. Nadie sabía la posición de su territorio y la comunidad de brujos colaboraba con los cazadores para continuar manteniendo en secreto la existencia de otros seres.

Para los humanos, ellos eran personas incultas, dedicadas al completo a la agricultura, la caza y la pesca.

La realidad era otra muy diferente. Estaban muy organizados, tenían su propio sistema educativo dentro del clan y si bien eran cazadores, los monstruos a los que cazaban nada tenían que ver con el alimento.

Todo cambió para Libby cuando cumplió los diecisiete años. Al ser la hija del líder del clan, muchos de los hombres aspiraban a una relación con ella para obtener el mismo poder del que gozaba su padre.

Por ese motivo, John la sobreprotegía demasiado y los cazadores, por miedo a las consecuencias, siempre se mantenían a una distancia prudencial de ella.

Fue a sus diecisiete años, cuando Libby creyó enamorarse y pensó que podía desafiar la autoridad de su padre. Como resultado de la discusión obtuvo lo que más anhelaba: una vida normal y estudiar medicina.

En compañía de su madre, fue trasladada a la ciudad de Anchorage y matriculada en una universidad.

En los siguientes nueve años de su vida logró lo que tanto había ansiado. Podía tener amigos siempre que guardara el secreto del clan, estudiar lo que amaba, olvidarse de un destino marcado por la violencia y tener el privilegio de enamorarse de quién deseara.

El día en que le anunció a su madre que la pareja con la que llevaba dos años de relación le había pedido matrimonio, su vida normal finalizó. Su padre regresó a por ellas y le informó de que ya había tenido suficiente tiempo para experimentar y que el deber del clan era ineludible.

Tres años pasaron desde que la obligaron a regresar y, en ese tiempo, Libby nunca pudo

perdonar a sus padres por obligarla a romper la relación con el que ella consideraba su gran amor.

—No debí permitir que te mudaras a esta casa —masculló su padre—. Deberías vivir con tu familia, nuestra gente habla de ti. Cada vez que te necesito debo venir a buscarte y perder un tiempo que es valioso.

Libby comenzó a recoger los platos del desayuno para indicarle a su padre que era hora de marcharse y dejarla sola, pero no pudo evitar contestarle.

—Si no se dedicaran a torturar personas, tal vez no me necesitarías tan a menudo —se quejó en voz y la mirada amenazante de su padre la hizo arrepentirse al momento de su comentario.

—¡No son personas, Libby! Puede que muchos de ellos lo parezcan a simple vista, pero no lo son. Esos monstruos no dudarían en matarte sin que les dieras motivos. —Su padre se levantó de la silla y su corpulento cuerpo provocó que la sala se sintiera más pequeña. Su actitud era amenazante y no pedía con amabilidad, ordenaba—. Arregla tu maletín y ven conmigo. Tu madre te extraña y lo más probable será que después te necesite, no quiero tener que venir de nuevo a buscarte.

John nunca la dañaría. Como líder de clan debía mostrarse ante todos como una persona de carácter fuerte y en muchas ocasiones agresivo, pero ella lo conocía bien. A pesar de todas las restricciones con las que creció, su padre siempre fue amoroso y demasiado comprensivo para su propio bien.

Permitirle marcharse y estar alejada durante años fue muy duro para él. Era su única hija y la persona que él más amaba, pero su amor y la felicidad que ella deseaba, no eran compatibles.

—Me niego a ir, papá. —Escuchó el jadeo de su padre e intentó ignorar que había visto el brillo acuoso de sus ojos. Dejó de llamarlo padre desde que regresó, para ella siempre era John.

—Hija...

—Ya te dije que no quiero ir, estudié medicina porque mi sueño era salvar vidas. No te imaginas lo que me hace sufrir que me obligues a ver lo que hacen y a mantenerlos con vida.

—¡Son monstruos! —gritó y el brillo de alegría que vio en sus ojos desapareció por la rabia.

—A los únicos monstruos que veo son a los que viven en este lugar y el principal es su líder. —Su padre dio un paso atrás como si lo hubiera golpeado y Libby se arrepintió por su arrebato.

Amaba a su padre y a su madre sin importar que fueran los culpables de que ella fuera tan infeliz. No podía cambiar siglos de creencias, pero era incapaz de pensar que esos seres no tuvieran alma. Al menos, no todos ellos.

Puede que no quisiera quedarse a solas con un vampiro, pero había curado a suficientes licántropos para ver en muchos de ellos el agradecimiento genuino cuando los ayudaba después de que los golpearan una y otra vez.

Odiaba cuando eso ocurría porque sabía que su curación iba destinada a que vivieran por más tiempo para que sufrieran más, no era para que recuperaran su libertad.

—Hacemos lo que debemos, Libby. Lo que se ha hecho durante generaciones y más te vale que nadie te escuche hablar así. He sido demasiado permisivo contigo, te di libertades que nadie tiene en el clan y, por culpa de mi debilidad hacia ti, mi puesto como líder ha llegado a ser cuestionado.

—¿Qué quieres decir? —bajó su tono de voz y el arrepentimiento comenzó a asediarla.

Ella no quería provocar una rebelión en el clan y menos que vieran a su padre como alguien manipulable. No había en ese lugar nadie mejor para ese puesto que él. Conocía la historia de los cazadores y de los anteriores líderes.

John aceptaba encargos para atrapar a los exiliados porque eran seres que al no tener un líder,

rompían todas las reglas y no tenían ningún reparo en dañar a los humanos. Pero, mientras el mundo sobrenatural se mantuviera oculto, su padre no buscaba invadir territorios ni provocar guerras.

Debía alegrarse de eso y aceptar que los cazadores eran necesarios para mantener el orden natural de las cosas.

—El consejo no comprende por qué te permito vivir aquí, tan alejada del clan.

Libby tragó el nudo en la garganta, no le gustaba nada por donde se encaminaba aquella conversación.

—Vivo dentro del territorio, no estoy incumpliendo ninguna regla.

—¡Eres mi hija! —gritó y golpeó el puño sobre la mesa provocando que esta temblara—. Ya nadie te ve como su futura líder, te creen débil y piensan que necesitas casarte con alguno de los mejores cazadores para que él te ayude a dirigir al clan cuando yo me retire.

Libby trastabilló hasta acercarse a una silla y caer sobre ella. Su padre se acercó con rapidez y se arrodilló a su lado al verla tan pálida.

—No puedes hacerme eso —susurró y John le acarició la mejilla con lástima.

—No te preocupes por eso ahora, hija, pero ya tienes treinta años y deberías pensarlo. No te impondré un candidato, tú puedes elegirlo dentro de los hombres aceptables para el puesto.

«Candidatos aceptables», repitió en su mente y habría soltado un grito histérico si no viera la preocupación en el rostro de su padre.

Los hombres que el consejo consideraba aceptables eran los más déspotas y crueles.

—Déjame preparar mi maletín, iré contigo para curar... —Su padre negó con la cabeza y se levantó.

—No será necesario, si tu madre te ve así comenzará a reprocharme y dirá que por mi culpa nunca vas a visitarnos. Quédate y olvida esta conversación, yo mantendré al consejo tranquilo.

Vio la intención de John de abrazarla, pero se detuvo a tiempo y se dirigió a la salida. Antes de que cruzara la puerta, Libby lo llamó.

—¡Papá! —Pudo ver que sus hombros, que momentos antes tenían una postura de abatimiento, se cuadraban y se daba la vuelta para mirarla con una sonrisa.

Que lo llamara de esa forma siempre rompía su coraza.

—Dime, hija.

—Gracias por lo que haces por mí. —Su padre asintió, incómodo por su agradecimiento y se marchó de su casa.

Una hora después, Libby salió para calmarse.

Recorrió los alrededores de su casa hasta sentirse más tranquila y aceptar que su padre jamás le permitiría regresar al mundo humano. Tampoco la esperaba nadie.

Un gemido de dolor llamó su atención y miró a su alrededor para ver de dónde provenía.

Al principio, pensó que podía ser un animal herido, no era la primera vez que alguno, huyendo de un depredador más fuerte, caía por el precipicio.

Animal o persona, no importaba, ella salvaba vidas sin importar de quiénes fueran. Esa era su vocación.

Comenzó a buscar la procedencia de aquel sonido cuando la sangre sobre una gran piedra llamó su atención. Era demasiada.

Se acercó con rapidez y la rodeó para ver que, tras ella, había un hombre ¿muerto?

Miró hacia arriba y sintió que el cuerpo se le estremecía al pensar en que nadie podría sobrevivir a una caída así. Lo había escuchado gemir de dolor estaba segura, pero él se veía inerte.

El hombre estaba boca arriba en una postura antinatural y todo su cuerpo estaba cubierto de heridas profundas.

¿Sería algún cazador que ella no conocía? Era posible, no es que se acercara demasiado a su gente. Era respetada por ser la hija del líder del clan, pero todos estaban al tanto de su aversión a lo que hacían.

Cuando se arrodilló a su lado para asegurarse de que tenía signos vitales, la pulsera que le dio su padre comenzó a brillar de color azul. Eso solo sucedía si un licántropo estaba cerca.

Libby jadeó y miró a su alrededor, preocupada de que alguien la viera.

—Eres un lobo —susurró y su voz hizo que el hombre intentara abrir los ojos, pero no lo logró.

Estaba demasiado débil.

—E-Eth —intentó hablar sin éxito. La sangre que brotaba de un lado de su boca le indicaba que tenía daños internos y cualquier esfuerzo aceleraría su muerte.

—No hables, solo empeorarás tu situación.

¿Qué podía hacer? Era un lobo, si su padre lo descubría allí terminaría con su vida o la obligaría a sanarlo para divertirse torturándolo. Lo más sensato era dejarlo y olvidarse de que alguna vez lo vio, moriría, estaba segura.

En su estado, solo un milagro podría salvarlo y ella solo era doctora, no Dios. No podía arriesgarse, lo mejor para él era que Libby acabara con su vida de una forma misericordiosa porque de otra forma lo que le esperaba sería mucho peor.

Se llevó la mano al bolsillo de su pantalón y sacó la navaja de plata que siempre llevaba encima. Se la clavaría en el corazón y daría fin a su sufrimiento, pero cuando la acercó, la mano comenzó a temblarle.

Ella no era una asesina.

Se marcharía y olvidaría que lo encontró.

Sí, eso haría.

Intentó levantarse, pero sintió un agarre leve en su muñeca y una sensación extraña se apoderó de su cuerpo. Su piel se erizó y un extraño calor se instaló en su pecho. Cuando miró su muñeca, descubrió que el hombre intentaba sujetarla para que se quedara.

Entonces, él abrió los ojos, la miró y ella se quedó sin respiración.

El lobo volvió a cerrar los párpados y su mano la soltó. Acababa de perder el conocimiento y ella debía... Debía marcharse, pero todo su cuerpo ignoró a la razón.

Tenía que salvarlo, no sabía por qué, pero no podía permitir que muriera.

Él no.

Capítulo 2



Llevar a ese hombre, monstruo o lo que fuera, fue más complicado de lo que pensó en un principio.

Pesaba demasiado y no es que Libby fuese una mujer débil. Era muy hábil, buena con las armas en especial con la espada y en una lucha cuerpo a cuerpo, su agilidad y rapidez la hacían una peligrosa contrincante, pero arrastrar a un hombre malherido era harina de otro costal.

Para su suerte, ella contaba con toda clase de materiales de rescate, pero para conseguirlo tendría que trasladarse al consultorio y eso no era una opción. Recuperar heridos se convertía en algo común cuando su gente salía en misiones de caza y estar preparados era de vital importancia.

Correr hacia el consultorio y sacar una camilla de Stokes sin que nadie se diera cuenta no sería algo fácil, más bien una misión imposible. Levantaría demasiadas sospechas y perdería un valioso tiempo, así que acabó por pensar rápido y entrar a su casa para agarrar una de sus mantas.

No era la mejor opción, tal vez lo dañaba más de lo que ya lo estaba, pero quedarse de brazos cruzados era mucho peor porque estaba segura de que si no hacía algo pronto, ese hombre moriría.

Al salir, miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie en las cercanías y corrió de nuevo hasta donde encontró al lycan herido.

Suspiró al verlo en el mismo lugar.

—No es como si fuera a convertirse en un lobo y atacarme en el estado en el que está. Tampoco creo que pueda llegar muy lejos en sus condiciones —murmuró en voz alta y estiró la manta en el suelo—. Esto no será muy agradable, ¿sabes? Dolerá, pero créeme que eres afortunado de que te haya encontrado yo y no mi gente —le dijo a pesar de que estaba inconsciente y no la escuchaba.

Pero, por algún motivo, sentía la necesidad de explicarle paso a paso lo que iba a hacer para que estuviera tranquilo.

«¿Tranquilo? Está casi para irse al mundo de los espíritus y encontrar la paz eterna, yo diría que está mucho más que tranquilo. Está casi muerto», pensó y la sola idea de verlo fallecer le provocó malestar.

La realidad era que estaba aterrada, no quería que muriera.

—No vas a morir mientras yo esté aquí para salvarte —masculló entre dientes mientras lo agarraba de los brazos y comenzaba a tirar de él hacia la manta. El hombre emitió un gemido de dolor, pero ella no se detuvo—. Sé que duele, pero es por tu bien, necesito sacarte de aquí para que nadie te encuentre.

Cuando consiguió colocar la mitad del cuerpo sobre la manta, tropezó y estuvo a punto de caer sobre él.

El hombre abrió de nuevo los ojos y se apresuró a arrodillarse a su lado y fingir que no estuvo a punto de aplastarlo con su cuerpo.

—Intento ayudarte, soy doctora —comenzó a calmarlo y a calmarse ella porque debía recordar que era un licántropo. Hasta ese momento, cada vez que se había acercado a uno de ellos,

siempre habían estado en una celda, atados y con la protección de su clan, pero ahora estaba sola —. No tienes que temer, no permitiré que nadie te haga daño. Tampoco permitiré que tú me lo hagas. —Mientras lo decía acarició su daga de plata.

No pudo evitar perderse en aquellos ojos que eran de una bonita tonalidad gris y, cuando la miraban con tanta fijeza como lo hacía en ese instante, sentía que se le cortaba la respiración.

Libby no pudo evitar peinarse el cabello rizado con los dedos y ruborizarse ante aquella mirada que parecía leerle hasta el alma.

«No seas tonta y apresúrate —se reprendió—. Este hombre no te mira a ti, está mirando al más allá y si no te das prisa, no solo lo mirará, se mudará hasta allí».

Agradeció que volvió a cerrar los ojos y pudo apartar la vista y dejar de comérselo con la mirada. Agarró sus piernas y terminó de acomodarlo sobre la manta.

Lo peor ya estaba hecho. Anudó cada esquina de la manta una con la otra para envolverlo y que no rodara cuando comenzara a arrastrarlo. En cuanto estuvo listo, aferró sus manos a la tela como si su vida dependiera de ello y empezó a arrastrarlo.

Daba gracias a que se mantenía en forma y a que desde que regresó al clan retomó por su cuenta el entrenamiento, porque tirar de aquel hombre por un terreno tan complicado y desigual no fue tarea fácil.

Puede que no le gustara la violencia y salir de cacería, pero sabía que vivía en un mundo peligroso y que su condición física podría llegar a salvarle la vida en algún momento. En esa ocasión, que fuese capaz de soportar el peso del lycan, fue toda una prueba física para ella.

Por más que intentó ser delicada, el camino hasta su casa y llevarlo hasta su habitación le provocó mucho dolor a su futuro paciente.

Agitada y casi sin aire, lo dejó en el suelo junto a su cama.

—¿Cómo se supone que te subiré sin ayuda?

Aunque el trayecto la había agotado, sabía que no ocurriría un milagro y ese hombre no despertaría de la nada y se subiría a al colchón por su propio pie. La única forma que veía era abrazarlo por la espalda y rodearlo con sus brazos para tirar de él.

No le importó marchar su ropa de sangre, en aquel momento estaba demasiado concentrada en ponerlo cómodo para poder comenzar a tratarlo.

Logró sentarlo, envolvió sus brazos alrededor de él y tiró con todas sus fuerzas para levantarlo.

El milagro que había pedido una y otra vez, sucedió y el hombre reaccionó, aunque de forma débil. Sintió como sostenía parte de su peso con las piernas y ella logró llevarlo a la cama. Ambos cayeron en el colchón y el rostro del él quedó sobre su cuello.

El cálido aliento le rozó la piel cuando lo escuchó suspirar y ese sonido y la sensación de su boca tan cerca de su cuello, provocó que su cuerpo reaccionara de forma involuntaria.

Aturdida y avergonzada por ese calor que se había apoderado de ella, se lo quitó de encima y salió de la cama con rapidez. Se sacudió la ropa y estiró su camiseta para que no se viera que sus pezones erguidos se asomaban a través de la tela.

«Como si en el estado en el que se encuentra vaya a fijarse en la necesidad que tengo de compañía masculina. Lo que me faltaba el día de hoy».

Tres años habían pasado desde la última vez que estuvo tan cerca de un hombre y fue su exprometido. James no era tan grande, ni tan imponente y tampoco le provocó nunca esa sensación de querer arrancarse la ropa solo por tenerlo cerca.

Superó aquella ruptura y rara vez regresaba a su mente porque no tenía sentido martirizarse por una vida que ya no existía.

Al final, su padre tenía razón y vivir tan sola no le hacía bien, pero no podía permitirse pensar en eso, no cuando tenía a una persona que la necesitaba y que era urgente que la atendiera.

Libby comenzó a desvestirlo, aunque, el estado de la poca ropa que llevaba, no era más que unos cuantos trozos de tela desgarrada. Cuando lo tuvo desnudo, le inyectó un analgésico para liberarlo del dolor y comenzó a limpiar sus heridas.

De todo lo que había aprendido de los licántropos, sabía que tenían un proceso de regeneración mucho más rápido que cualquier humano, pero este estaba demasiado malherido como para salvarse por su cuenta.

Tenía heridas por todas partes, pero la más preocupante estaba en su torso, sobre el abdomen y en la nuca. Tras darse un golpe así en la cabeza, lo extraño era que estuviera vivo. Comenzó a lavarlo y a retirar el exceso de sangre y suciedad antes de comenzar a hacerle una exploración física.

Cuando finalizó, el pronóstico no era bueno incluso para alguien como él. Si fuera un humano, lo podría llevar al consultorio y realizarle pruebas para asegurarse de qué tan dañado estaban los huesos y sus órganos, pero algo así era impensable sin ser descubierta.

Con lo que tenía en su casa debía bastar y ese hombre podía agradecer que fuese una mujer precavida y tuviera en su poder todo lo necesario para ayudarlo.

—Espero que cuando despiertes, tomes en cuenta que estoy arriesgando mucho por ti y no decidas matarme —murmuró mientras comenzaba a trabajar en sus heridas más graves.

Por si acaso, mantendría su daga de plata cerca.

Era una mujer compasiva, pero eso no la hacía tonta y sabía los riesgos que conllevaba lo que estaba haciendo. Incluso así, no podía entender por qué estaba cometiendo aquella locura.

No era la primera vez que veía a un licántropo en ese estado después de pasar un rato con su clan. Y si bien, odiaba lo que hacían, nunca luchó con su gente para que dejara de hacerlo.

Lo más parecido a rebelarse en su contra, había sido alejarse de ellos y vivir en los límites de su territorio para no tener que convivir.

Esto era diferente, desde que vio sus ojos y le agarró la muñeca, algo que no comprendía se movió en su interior y supo que si no lo ayudaba se odiaría el resto de su vida.

Si los cazadores se enteraban de lo que estaba haciendo la matarían. Era una locura, estaba arriesgando su propia integridad física por un hombre al que no conocía de nada. Lo más probable es que fuera uno de los renegados que tanto les gustaba cazar a su clan.

También era muy probable que fuese peligroso. No eran expulsados de sus manadas sin motivos de peso. Si ni su gente lo quería con ellos, ¿por qué ella era tan tonta como para hacer algo así?

Debía avisar a su padre...

Libby se quitó esa idea de la cabeza en cuanto llegó y continuó concentrada en curarlo.

Cuando terminó de cortar la hemorragia y de suturar sus heridas, se ocupó de sus piernas. Una de ellas estaba rota y si no colocaba el hueso, era probable que cuando comenzara a sanar no fijara de forma correcta. El proceso le llevó horas y terminó colocándole un vendaje de soporte en las costillas.

Se limpió el sudor de la frente y miró al hombre que se había apropiado de su cama. Casi parecía una momia, pobrecito.

Gracias al analgésico que le inyectó su expresión era tranquila. Había hecho lo que estaba en su mano para ayudarlo, pero no sabía si sobreviviría a las próximas horas.

Tal vez, lo más humano habría sido matarlo para que no alargara su sufrimiento, pero cuando le limpió el rostro y le apartó el cabello negro que le caía por la frente, sus manos temblaron al

imaginarlo sin vida.

—¿Quién eres? —susurró sin poder dejar de detallar cada ángulo de su rostro.

«Hasta así de herido es hermoso», pensó y se rio de sí misma.

Llevaba demasiado tiempo sin contacto físico con otras personas, y ni que decir con un hombre, que apenas uno con un poco atractivo llegaba a su vida y la hacía querer acostarse a su lado y aprovecharse de la situación.

—La doctora pervertida te llamarán si sigues por ese camino —se regañó a sí misma y se levantó para salir de la habitación.

Cuando llegó a la puerta, no pudo evitar mirarlo por última vez antes de salir.

No quería dejarlo solo, necesitaba quedarse a su lado y asegurarse de que no dejaba de respirar, pero no podía permitirse estar más tiempo en aquella habitación porque tenía algo que la hacía imaginar cosas que eran imposibles.

Libby se aseguró de dejar cerrada la puerta y continuar su día como si no ocultara a un enemigo de su clan. Le había dicho a su padre que no iría a presenciar las atrocidades que hacían, pero si se quedaba encerrada en su casa, John regresaría al día siguiente solo para asegurarse de que estaba bien después de la conversación que habían tenido.

Si quería no ser descubierta y conseguir que se mantuviera alejado por unos días, debía mostrarle que estaba bien, pero que deseaba estar sola por un tiempo.

Eso haría, buscaría una buena excusa para que nadie se acercara a su propiedad.

Se aseó con rapidez, se cambió de ropa y tomó su maletín, pero cuando estaba por salir de la casa, no pudo evitar regresar a la habitación para acercarse a su paciente.

Sin pensar mucho en lo que hacía, acarició su rostro y le besó la frente. Un hormigueo en sus labios y una fuerte opresión en su pecho la hicieron alejarse con rapidez.

—¿Quién eres? —volvió a preguntarse porque aquello que le provocaba no era normal.

No obtuvo respuesta y dudaba que la obtuviera si él no se salvaba.

Confusa y sin comprender qué le estaba ocurriendo, Libby salió de su casa y se aseguró de cerrar con llave para que nadie entrara, ni saliera.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió la necesidad de huir de su propia casa y acercarse a su gente. Pertenecía a los cazadores, no podía olvidarlo solo porque ese hombre parecía una luz de neón y ella un mosquito sediento de sangre.

Capítulo 3



Libby se subió al todoterreno y colocó su maletín en el asiento a su lado. Apenas el motor rugió y el coche comenzó su movimiento, una sensación de ahogo se le instaló en la garganta.

¿Estaba siendo infantil?

Quizá sí, no era propio de ella huir de su casa cuando tenía allí a una persona al borde de la muerte. Su deber era quedarse a su lado para asegurarse de que estaba bien, no escapar porque sus hormonas traicioneras habían decidido despertar después de tres años de castidad.

Le había inyectado suficiente analgésico como para tumbar a un oso y que no despertara hasta el día siguiente. Ella no pensaba tardar demasiado, solo haría acto de presencia para que nadie preguntara por su ausencia los próximos días.

Presionó el acelerador y con rapidez el todoterreno alcanzó la velocidad que le gustaba. Ese día necesita soltar la adrenalina que tenía retenida en su cuerpo y para ella no había nada mejor que una carrera por aquellos caminos de montaña casi intransitables. Para cualquiera que no conociera el terreno, conducir de forma tan temeraria sería tentar a la muerte, pero ella conocía su territorio como la palma de su mano y no tenía miedo.

Era demasiado imprudente para el gusto de todos. Había escuchado muchas veces como le decían a su padre que le dio demasiadas libertades y por ese motivo ella era así, una salvaje.

Todos podía irse mucho a la mierda.

Ella no era así, la convirtieron en una persona intratable porque nadie se dignaba a escucharla y se reían cuando decía que quizá no era necesario vivir de esa forma. Si habían llegado a un acuerdo con la comunidad de brujos, ¿por qué no con los otros seres?

Al parecer, sus ideas eran demasiado revolucionarias para esas personas que vivían con las mismas reglas desde hace siglos.

Libby no se adentró a la aldea, se dirigió directo hacia la zona oculta donde se encontraba el cuartel general. Derrapó las ruedas y detuvo el todoterreno con un giro frente a lo que a simple vista era la ladera de una montaña.

Bajó del coche con su maletín en total calma, como si momentos antes no hubiera estado en una carrera contra sí misma y se dirigió hacia el panel rocoso que simulaba ser parte del mismo risco.

Miró a su alrededor, como siempre con precaución y deslizó a un lado la tapa que cubría el mecanismo digital que reconocería su iris y le permitiría el acceso.

Una vez estuvo dentro, la puerta magnética se cerró tras ella.

Entrar allí siempre le causaba claustrofobia. Odiaba sentirse tan encerrada, pero con el tiempo, había aprendido a controlar esa ansiedad asfixiante.

Mientras caminaba por el túnel que llevaba a un ascensor industrial, se encontró con varios cazadores que la saludaron con educación y no se atrevieron a mirarla. Desde su estúpido enamoramiento adolescente, su padre había dejado muy claro que quien se acercara a ella con intenciones poco honestas, sufriría las consecuencias.

Lo agradecía, porque de esa forma evitaba tener que rechazar los avances no deseados de hombres que querían ocupar el lugar de su padre y obtenerlo a través de ella, pero saber que John

y el consejo escogerían por ella a los «candidatos adecuados», la ponía enferma.

Sintió la mirada especulativa de Jeffrey apenas salió del ascensor. Él nunca apartaba la vista como los otros porque se sentía con derechos sobre ella, tampoco la saludaba con respeto y sus miradas lascivas a su cuerpo le erizaban el vello.

—¿Qué trae por aquí a la princesita Libby? —Como si sus palabras no fueran lo suficiente sarcásticas y más intencionadas, las acompañó de un recorrido visual a su cuerpo que la hizo sentir desnuda.

Ella era todo menos una princesa, lo había dejado claro muchas veces.

Las náuseas se le instalaron en la garganta y disimuló el asco que le provocaba con una mirada helada que solía hacer a todos dar un paso atrás. Claro, a todos menos a Jeffrey.

Ese imbécil se creía el próximo líder del clan. Era cierto que era uno de los mejores cazadores y que todos, incluso su padre, lo veían como el candidato estrella. Tampoco era mal parecido.

Era un tipo alto, musculoso y de ascendencia rusa. Su cabello rubio y los ojos claros los hacía verse a su lado como si fueran el día y la noche. Para quien no lo conociera como ella, podría quedar cautivada por su atractivo, pero Libby sabía que ese hombre era una serpiente y su interior era puro veneno.

Jeffrey apoyó las manos en una de las encimeras y abultó sus músculos como un pavo real que mostraba su gran cola emplumada. Era imbécil, ya lo había dicho, pero también agregaría estúpido si pensaba que con su exhibición provocaba algo en ella.

Pues tenía una noticia para él, prefería ingerir cianuro por voluntad propia que tener algo que ver con ese proyecto de ser humano. Todo lo que tenía de guapo lo perdía con su asquerosa personalidad.

—Señorita Baker para ti, no te di permiso para usar mi nombre. Lo que me trae por aquí no es de tu incumbencia, solo debes tener claro que no vine a verte a ti, así que dime dónde está mi padre y quítate de mi vista.

Sus rechazos continuos, en lugar de desanimarlo, lo alentaban a sacar ese lado oscuro que siempre mostraba en las cacerías y en lo que él llamaba: interrogatorios. Su brutalidad era conocida por todos y para colmo era halagado por ello.

La ropa de Jeffrey estaba manchada de sangre y eso solo indicaba que no se había equivocado al traer su maletín.

—Todos los demás deben llamarte así, pero yo... —Se acercó a ella demasiado rápido para que le diera tiempo a reaccionar, la agarró desprevenida y aprovechó que estaban solos para acorralarla.

Libby soltó el maletín con rapidez y cayó sobre uno de los pies de Jeffrey, pero el hombre ni se inmutó.

¡Ojalá lo hubiera llenado con piedras! El día más inesperado ella tomaría su venganza, lo invitaría a dar un recorrido a solas por el territorio y lo tiraría por el precipicio para que quedara aún peor que su paciente.

Cuando el rostro apuesto y ese enorme cuerpo y musculoso que ella había curado apareció en su memoria, cada parte de ella reaccionó y un jadeo entrecortado escapó de su garganta.

Jeffrey lo tomó como un permiso para acceder a ella y no solo tuvo el descaro de acorralarla, también le hizo sentir su repugnante erección y se permitió colocar sus sucias manos llenas de sangre sobre sus caderas.

—¡Santa mierda! ¡Apártate de mí, asqueroso animal! —Forcejeó para que la soltara, pero él agarró sus brazos y se los inmovilizó en la espalda.

Libby sabía que no iba a abusar de ella, no si apreciaba su vida, porque primero lo mataría sin

remordimientos y después su padre sería capaz de traerlo de vuelta a la vida solo para volver a matarlo.

—Qué boca tan sucia, Libby. Me encanta cuando te pones así —pronunció con un tono lascivo y acercó sus labios a los de ella—. Cuando me case contigo limpiaré esa boca con mi polla y voy a disfrutar domándote.

Acompañó sus palabras ejerciendo presión contra su vientre y sintió el bulto que sobresalía de sus pantalones.

Si con aquel despliegue de testosterona pretendía seducirla, ella no sentía otra cosa que asco.

—No soy una yegua, imbécil —siseó y antes de que él pudiera contestar, Libby le propinó un cabezazo en el rostro que hizo que el soltara sus brazos y trastabillara hacia atrás.

Como no era el primer encuentro incómodo, sabía muy bien que eso no lo detendría. Por eso, aprovechó su aturdimiento para agarrarlo de la parka militar que llevaba, lo atrajo hacia ella y alzó la rodilla con todas sus fuerzas para colisionarla contra su miembro.

El grito ahogado de Jeffrey y la forma en que cayó arrodillado sosteniéndose su pobre virilidad, la hizo esbozar una sonrisa.

La única violencia agradable en su vida era poner en su lugar a ese puerco.

—Hija de puta —bramó, encolerizado, momentos antes de que ella sacara su daga y se la colocara en el cuello.

—Vuelve a mencionar a mi madre y eres cerdo muerto.

—Eres una salvaje y una traidora —por más que su voz era potente y cargada de rabia, se podía notar que aún le dolía el rodillazo que le había propinado—. Lloriqueas cuando dañamos a esos monstruos, pero atacas a tu gente.

—¡No soy ninguna traidora! —gritó y le clavó más la daga en el cuello sin importarle que un hilo de sangre se deslizara por ella.

Que la llamara así la había alterado y mucho. Libby solo quería darle un escarmiento para que aprendiera que no podía jugar con ella y entendiera de una vez que ni por orden de su padre ella se casaría con ese engendro, pero la verdad de lo que encerraba esa palabra la enloqueció.

Era una traidora, ¿acaso no estaba escondiendo un lobo en su casa?

Su padre llegó para salvarla de esa situación.

—Hija, no te esperaba por aquí y menos esperaba encontrarte así. ¿Qué hizo Jeffrey ahora? No me digas, otra vez pretende conquistarte. —Libby apartó la daga del cuello y volvió a guardarla al sentirse segura en presencia de John.

—Lo siento —murmuró en voz baja—, perdí los nervios.

No iba a explicarle a John lo que acababa de suceder porque no quería cargar en su conciencia la muerte de ese hombre y menos quería que su padre se metiera en problemas con el consejo por aniquilar a uno de los mejores cazadores.

Jeffrey se levantó del suelo y en lugar de verse avergonzado por su grotesco comportamiento, le dedicó una sonrisa sardónica.

—Señor Baker, solo intentaba ser amable con su hija. Usted sabe que Libby me importa mucho y deseo cortejarla como se merece, pero ella está un poco... reticente.

Libby bufó como un toro y cruzó los brazos sobre su pecho en señal defensiva. ¡Ese hombre sacaba sus más bajos instintos y no los sexuales.

Sus fantasías con él tenían que ver con ataúdes y lápidas con su nombre.

—Mi Libby no cae a los pies de ningún hombre, Jeffrey. Mi hija es un diamante que solo el más osado podrá obtener, tenlo en cuenta y recuerda que aún no tienes mi permiso —el tono de voz de su padre fue jocosos, pero cuando miró al cazador, pudo ver una advertencia implícita en

sus ojos—. No vuelvas a incomodarla.

John se acercó a ella, le colocó su gran mano en la espalda y la instó a caminar a su lado. En silencio, dejaron atrás a Jeffrey y se adentraron por el pasillo que daba a las celdas reforzadas.

Todo allí estaba protegido no solo con materiales muy resistentes, además, cada espacio contaba con protecciones mágicas que la comunidad de brujos había hecho para ellos. Aquel lugar escondido del mundo, era la realidad de la vida de los cazadores. Sus armas, los proyectos, los informes de las cacerías, toda la documentación sobre seres sobrenaturales, estaba allí, oculta para los humanos.

—Te dije que descansaras. —Su padre rompió el silencio que se instaló entre ellos—. Carl podía ocuparse, no era necesario que lo hicieras tú.

Carl era el cirujano y siempre la trataba como si Libby quisiera usurpar su lugar. Ella estaba deseando alejarse de ese mundo, tener una vida normal, obtener un puesto en algún hospital o un consultorio lejos de allí y vivir tranquila. No tenía ningún interés de robarle el puesto.

—Sé que te preocupas —dijo con sinceridad—, solo quería hacerte saber que no estoy enfadada contigo y que entiendo que te sientas presionado por el consejo, pero no voy a casarme con ninguno de estos simios cuya idea de conquistar a una mujer es decirles que la van a domar.

—Libby...

—No, papá, es mi última palabra. El día en que me case será porque yo quiera hacerlo, no porque el consejo me obligue. Si todo esto es porque debo ocupar tu lugar, no lo quiero, escoge a alguien más.

Pudo ver el dolor en la mirada de su padre, pero enseguida lo ocultó.

—No puedes ir en contra de nuestras leyes y costumbres, sin importar que seas mi hija, obedecerás.

Estuvo a punto de decirle que eso no sucedería ni en sus sueños y que antes prefería escapar y vivir huyendo lo que le restara de vida, pero calló porque llegaron al lugar donde tenían retenidos a los pobres ilusos que se dejaron atrapar en la última cacería.

—En esta ocasión obtuvimos el premio gordo —escuchó a su padre—. ¿Cierto Carl?

El cirujano se encontraba recolocándole el brazo a un licántropo. No se veía mucho mejor del que tenía escondido en su casa e intentó que la compasión que sentía no se mostrara en sus rasgos.

—Sí, señor Baker. Un vampiro, tres licántropos y un *cambiaformas* de oso.

—¿Ves, Libby? Todo esto que tu llamas brutalidad, es necesario. La captura de ese vampiro es un gran avance, son muy escurridizos y difíciles de atrapar. Si conseguimos hacerle a hablar, nos dará la localización de su nido y acabaremos con todos mientras duermen.

Ignoró a su padre y se acercó al licántropo con la excusa de ayudar a Carl, pero lo que de verdad la había llevado hasta allí, era averiguar si la cercanía con otro hombre de las mismas características que el lobo que tenía en casa, le provocaba la misma reacción.

No ocurrió y eso que estuvo allí por varias horas.

Entró en todas las celdas incluso en la que mantenían al vampiro, pero ninguno de ellos provocó ese fuego líquido en su vientre con su cercanía.

¿Qué le ocurría con ese hombre? ¿Por qué tenía esa necesidad de escapar de allí y regresar a su casa para verlo?

En cuanto estabilizaron a todos, Libby fue a despedirse de su padre y John le dio la excusa perfecta para desaparecer por unos días recordándole el tema del matrimonio.

Le dijo que le diera tiempo para pensarlo y que quería hacerlo a solas y sin interrupciones. Su padre accedió a regañadientes y Libby se marchó.

Cuando llegó a su casa ya era bien entrada la tarde y corrió hacia su habitación para asegurarse de que el lycan, que le costaría la vida si descubrían que lo ocultaba, continuaba respirando.

Todo sería más fácil para ella si no era así. Si en ese tiempo en que necesitó huir y aclarar su mente ese hombre moría. De esa forma, Libby no podría sentirse culpable, habría hecho lo necesario y estaría bien con su conciencia. Aunque, al entrar en la habitación y ver que respiraba y que el analgésico lo mantenía sedado, sintió una gran paz y algo que hace mucho no sentía.

Felicidad.

Libby se quedó lo que restaba de la tarde a su lado, hablándole a la nada porque él no la escuchaba y sin poder dejar de observarlo con el deseo de que abriera los párpados y la viese. Necesitaba que la mirara otra vez para comprender por qué, cuando sus ojos se cruzaron, ella sintió que nada podría volver a ser como antes.

El desconocido no despertó, pero pudo ver que muchas de las heridas habían comenzado su proceso de cicatrización. Todas, menos la peor de ellas, la del abdomen. Esa parecía no haber sido hecha por algo común.

¿Qué tipo de ser dejaría a un hombre tan fuerte así de malherido? Quizá deberían preocuparse.

Sus dudas no las resolverían hasta que despertara y tampoco conseguiría que su mejoría fuese más rápida si ella no descansaba.

Al llegar la noche, una vez que logró cenar y asearse, Libby miró el incómodo sofá que tenía en la sala y todo su cuerpo se negó a tomar esa opción. Puede que en más de una ocasión hubiera mitigado su soledad bebiendo de más y cayendo dormida en ese arma mortífera, pero no pensaba repetir la experiencia.

Esa era su casa, era su cama y no le iba a ocurrir nada por dormir junto a un hombre inconsciente.

—No es como si fuera a violarte —murmuró y entró de nuevo a la habitación. Cuando se acercó y miró el hermoso rostro masculino casi pudo reírse de sí misma—. Tampoco creo que pusiera demasiada resistencia.

Se estaba volviendo loca, pero ya intentaría tratar su poca salud mental cuando saliera del problema en que ella sola se había metido. Por el momento, descansaría, quizá al día siguiente todas aquellas sensaciones habrían desaparecido y ella volvía a ser la misma de siempre.

Se acostó en el espacio libre que quedaba en su cama e intentó arrimarse lo más posible a la esquina del colchón sin llegar a caerse. Fue difícil dormirse.

En silencio y a oscuras, podía sentir la presencia en su espalda y su respiración pausada. Contra todo pronóstico eso la relajó y cayó en un sueño profundo.

Capítulo 4



El dolor intenso le hizo recobrar la conciencia.

Los párpados le pesaban y era incapaz de abrirlos para poder mirar a su alrededor. No había una parte del cuerpo que no le doliera y por más que el primer impulso era moverse, el latigazo de dolor le indicó que era mejor no hacerlo.

Luchó contra el deseo de volver a fundirse en un sueño profundo para no sentir y logró despegar los párpados. Ese solo gesto requería de mucha fuerza, parecían tener el peso de dos rocas sobre ellos.

Un gemido torturado escapó de su garganta cuando la poca luz que se filtraba en la habitación llegó a sus ojos y le provocó un pinchazo en la cabeza. Le dolía incluso bajo las uñas y respirar le provocaba una intensa presión en las costillas. Se sentía como si lo hubieran aplastado una y otra vez hasta hacerle papilla los huesos.

Sus piernas estaban inmovilizadas y una extraña bolsa colgaba de un palo de metal a su lado. El líquido del interior se dirigía a su brazo. ¿Dónde se encontraba y qué clase de veneno le estaban inyectando?

Tenía que escapar, pero no era capaz de moverse sin recibir un dolor insoportable.

La respiración se le aceleró al pensar en que estaba retenido y su primer pensamiento fue huir sin importar en las condiciones en las que estaba. Cuando intentó pensar en un lugar hacía dónde dirigirse su mente solo encontró un vacío.

Sintió un movimiento a su lado y una pierna femenina se deslizó sobre su cadera. Aquel contacto le provocó un dolor intenso, pero por algún motivo, el suave contacto de la piel le hizo soportar cualquier queja en silencio.

No quería despertar a la mujer que dormía a su lado con tanta confianza.

¿Quién era ella?

No tenía la menor idea, pero de la misma forma en que no sabía quién era esa mujer, tampoco tenía idea de quién era él. No recordaba su nombre, ni de dónde venía esa necesidad urgente de escapar para llegar a un lugar que no recordaba y menos cuando estaba tan bien acompañado.

En aquel momento, la única realidad que tenía era esa mujer que dormía a su lado y cuyo olor a canela y vainilla le hacía desear despertarla para besarla y acariciar cada parte de su piel.

Eso era muy extraño, lo que debería querer era que abriera los ojos para que pudiera hacerle preguntas y solucionar todos esos vacíos mentales. En lugar de eso, allí estaba, sin tener la menor idea de nada, pero comiéndosela con los ojos.

Se hubiera reído si el movimiento no le provocara quedarse sin respiración por el dolor en las costillas. Ni siquiera era capaz de mover otra parte de su cuerpo que no fuesen los ojos y él estaba fantaseando con el olor de una mujer desconocida y en lo mucho que disfrutaría perderse en su cuerpo.

Aquello era una locura.

Si no fuera por lo mucho que le dolía el cuerpo, casi creería que estaba soñando.

La miró de nuevo, la mujer emitió un suspiro y una media sonrisa adornó su rostro. Al parecer, estaba teniendo un buen sueño. Su cabello negro, cargado de rizos se esparcía por la almohada y

sintió el deseo de introducir sus dedos en las hebras para acariciarlas.

¿Sería ella su pareja? Era posible y la idea no le desagradaba en lo absoluto. Estaba dormida a su lado en total calma y confiada pero, de ser así, ¿por qué no la recordaba? ¿Por qué no recordaba esa habitación si debía ser su casa?

Dudaba mucho que si tuviera un pasado con esa mujer, él pudiera olvidarlo. Aunque su cuerpo parecía reconocerla porque por dónde ella le rozaba, el dolor no era tan intenso.

Lo único que tenía claro era que había sufrido un accidente o no estaría en ese estado.

La mujer emitió un ruidito que se le hizo parecido al ronroneo de un animal pequeño, se estiró sin abrir los ojos y la pierna que tenía colocada sobre su cadera se deslizó a un lado sobre su miembro erecto y expuesto.

Sí, su cuerpo sin duda la reconocía.

Cerró los ojos e intentó pensar en el dolor que sentía en lugar de en ese olor tan maravilloso que se desprendía de la piel de su acompañante.

¿Cómo era posible que pudiera olerla sin acercarse a ella? Un aroma aún más sugerente que el de su piel inundó el aire cuando la mujer emitió un pequeño gemido. Estaba excitada y no sabía cómo podía percatarse de ello, pero saberlo, provocaba que todos sus dolores se intensificaran en esa parte de su anatomía que estaba más que despierta.

Algo dentro de él se agitaba y gruñía como un animal en celo.

No tenía otra forma de explicarlo, si no estuviera tan incapacitado... No podía pensar en algo así. Ni siquiera la conocía.

Ella no se lo puso fácil, continuaba dormida y en lugar de alejarse, se acercó mucho más a su cuerpo. Indefenso e incapaz de moverse, no pudo hacer nada cuando la mano femenina tanteó el aire como si buscara algo mientras dormía y terminó por encontrarlo. Apresó su miembro con su mano y la cerró con un apretón nada desagradable.

Incapaz de controlar las reacciones básicas de su cuerpo, se endureció con tanta facilidad y potencia que parecía que a esa parte de su anatomía no le importaba en lo absoluto lo herido que estaba el resto de él.

La desconocida murmuró algunas palabras en sueños, algo parecido a: «hum, así es cómo me gusta, tan duro».

Si aquello no fuera tan surrealista, él también podía corroborar que también le agradaba mucho sentir su mano apresándolo de esa forma.

Por suerte, su parte racional se impuso y decidió hacer lo único que se le ocurrió, carraspear con exageración para que ella regresara a la realidad y dejara de volverlo loco.

No estaba dispuesto a que abusaran de él en ese estado por mucho que una vocecita en su cabeza le dijera que aquello era perfecto y que estaba en casa. No tenía ni idea de quién era esa preciosa fémina y tampoco tenía la menor idea de quién cojones era él.

Su carraspeo funcionó.

Ella abrió los ojos, espantada y lo observó por unos segundos como si no lo reconociera. Pese a eso, su mano continuaba agarrada a su miembro con firmeza, se deslizó en un movimiento desde la base hasta la punta y no pudo evitar gemir.

Ese sonido la sacó del aturdimiento y despertó. Hasta ese momento, parecía que sus ojos se habían abiertos, pero su mente aún continuaba en el sueño.

Sus miradas se cruzaron y estaba muy seguro de que en los ojos de ambos se visualizaba el deseo. Aquellos ojos negros como una noche sin luna lo escrutaron y una explosión de reconocimiento que no comprendía recorrió su interior.

Seguía sin saber quién era, pero algo muy dentro de él la reconocía como suya.

La mujer bajó la vista por su cuerpo y se horrorizó al ver el lugar exacto al que estaba aferrada su mano. ¡Por la diosa, que no la quitara porque podría morir! Necesitaba que continuara moviéndola.

En ese instante, todas sus reticencias sobre no saber quién era y lo indefenso que se sentía por no poder moverse, quedaron a un lado. Deseaba con todas sus fuerzas cada contacto que esa extraña mujer le diera y estuvo a punto de suplicar para que no se apartara.

Para su mala suerte, ella emitió un grito ahogado, quitó su mano con demasiada rapidez provocándole una sensación de vacío y se alejó con tanta torpeza que no midió la distancia. Perdió el equilibrio y su espalda se precipitó al suelo, dio una media vuelta y terminó con las piernas en el aire y ese hermoso trasero, cubierto por unos pequeños pantaloncillos cortos, a su disposición.

—Mierda —la escuchó quejarse y con un movimiento casi felino, recuperó la posición vertical y se puso en pie.

Así ya pudo verla mucho mejor. Su cabello negro era bastante largo y le llegaba por la cintura. Los rizos despeinados la hacían parecer una leona a punto de atacar a su presa y, en ese instante, él parecía ser el culpable de la ira que mostraba sus facciones.

Le gustaba más estando dormida, se veía mucho más complaciente.

Sus mejillas se tornaron rojas y le quitaron agresividad a esa mirada de ojos oscuros. Su cuerpo era delgado pero, en aquellos pantalones que apenas le cubrían las caderas y la pequeña camiseta de tirantes, se mostraba una anatomía de alguien que dedicaba mucho tiempo a la actividad física.

Cada músculo estaba definido y tenía curvas pronunciadas.

Toda ella parecía estar preparada para resistir y debía estar loco, pero él quería que fuera así, muy resistente. No era normal las ansias que sentía por arrancarse del cuerpo todo lo que le impedía moverse y después rasgarle la ropa a ella para tomarla como un degenerado.

Como si la mujer pudiera leer sus pensamientos lujuriosos, se tensó, alzó el pecho con orgullo y colocó ambas manos en jarra entorno a sus caderas.

—Dile a tu amiguito que se calme —pronunció con la vista muy fija en su miembro—. Esto ha sido una confusión. Estaba soñando... ¡No te importa lo que soñaba, lobo! —No es que él hubiera preguntado, aunque no negaría que le encantaría saber qué era lo que la había puesto a gemir y tocarlo—. Será mejor que entiendas tu posición aquí, tu aparato reproductor no se unirá al mío, ¿entendido? Si quieres sobrevivir será mejor que aprendas a comportarte como un ser humano y no como el animal que llevas dentro.

Al parecer su nombre era lobo y esa mujer no era su pareja. Si lo fuera, no creía que hubiera reaccionado de esa forma. Quería cubrir su furiosa erección que no hacía nada por bajarse y permitir que el bochornoso momento pasara, pero todo su cuerpo se mantenía aletargado. Todo, menos esa bendita parte que insistía en asomarse y saludar a la desconocida.

Que ella lo mirara y deslizará su lengua entre los labios tampoco ayudó mucho a detener la oleada de deseo que esa mujer le provocaba.

—¿Estoy retenido? —fue lo único que se le ocurrió preguntar, por alguna razón, el pensamiento de estar secuestrado persistía en su mente y era mucho más fuerte que la lujuria.

Algo le decía que ya lo había estado antes y por ningún motivo deseaba volver a revivir la experiencia.

—¿Qué?! —preguntó la desconocida con sorpresa—. No, claro, que no, te salvé la vida. ¿Me ves cara de secuestradora?

De secuestradora no.

Tenía cara de ser suya, pero eso no lo iba a repetir en voz alta.

No le parecía alguien que quisiera hacerle daño, por más que su ceño fruncido y su expresión molesta dijeran lo contrario.

—No lo sé —pronunció con la voz enronquecida por la falta de uso—. No tengo idea de cómo llegué aquí. Tú y yo somos... ¿pareja? —Sabía que la respuesta era no por cómo le hablaba y la tensión de su cuerpo después de lo ocurrido, pero algo en su interior, como una parte incivilizada y animal, no dejaba de pronunciar que esa mujer le pertenecía.

Ella soltó una carcajada que debió avergonzarlo, pero ese sonido le resultó tan agradable que poco le importó lo que dijo después:

—Lobo, el golpe en la cabeza parece que fue demasiado fuerte. ¡Claro que no somos pareja! Ni ahora, ni nunca, no te hagas ideas raras y cúbrete el amiguito, me estás poniendo nerviosa.

¿Nerviosa? Él diría que más que nerviosa continuaba excitada porque aquel olor persistía en el aire y no lo ayudaba a calmarse.

La mujer agarró la almohada y la lanzó sobre su cuerpo con una puntería excepcional. Cayó justo sobre la única zona que no estaba cubierta por las vendas, su miembro.

Ese simple roce, lo hizo moverse y un jadeo de dolor escapó de su garganta. Cerró los ojos para soportarlo y la escuchó murmurar un «lo siento» que parecía muy sincero.

Cuando abrió los ojos, ella había rodeado la cama y se encontraba a su lado mirándolo con preocupación.

—El efecto del analgésico se ha ido antes de lo que esperaba, te pondré más, ¿de acuerdo? —su tono de voz se suavizó—, pero antes me gustaría que comieras. El suero que te puse ayuda, pero si no te alimentas te costará más recuperarte.

—¿Suero? —preguntó sin poder ocultar el gesto de dolor.

Ella señaló a la extraña bolsa que se veía unida a su cuerpo a través de un tubo.

—Soy doctora, has tenido mucha suerte de que te encontrara yo y no mi gente. Si no te hubiera ayudado no estarías vivo. ¿Qué te ocurrió? ¡¿Eres un suicida?! ¡¿Cómo se te ocurre acercarte a este territorio siendo lo que eres?!

—¿Y qué... se supone que soy?

Para ese momento, el dolor era tan intenso que le costaba hablar. Ella se percató de eso y masculló una maldición. Él apretó los párpados y, aunque no podía verla, la escuchó salir de la habitación y regresar con rapidez.

—No te muevas, voy a inyectarte, lobo.

Cada vez que la mujer pronunciaba la palabra lobo, lo hacía con un tono que parecía casi de desprecio. Sintió un leve pinchazo en su brazo y abrió los ojos para ver qué le estaba haciendo.

Tampoco era como si pudiera defenderse, jamás se había sentido tan débil como en esos momentos. Aunque, si lo pensaba bien, tampoco es que recordara si llegó a sentirse así alguna vez.

No sabía nada sobre su vida, su memoria era como una pizarra en blanco.

Estaba en manos de una desconocida y bien pudo inyectarle veneno para matarlo y no lo sabría.

—¿Intentas asesinarme? —se escuchó a sí mismo decir en voz alta y la impresión incrédula de ella lo hizo avergonzarse.

—Si te quisiera muerto, ¿para qué me hubiera molestado en salvarte? —De pronto, como si se acordara de algo que la molestaba mucho, su expresión volvió a tornarse seria y apretó la mandíbula—. El analgésico no tardará en hacer efecto. Te traeré comida antes de que duermas, no te muevas de aquí.

—Tranquila, no es como si pudiera salir a correr —gruñó al ver que ella se marchaba y seguía sin tener ni idea de qué le había ocurrido ni quién era esa extraña mujer que le provocaba tantas cosas.

Ella comenzó a reírse y, antes de salir de la habitación, la escuchó decir:

—Tienes razón, no irás a ninguna parte, estás en mis manos, lobito.

Aquello debería erizarle el vello y haberle hecho temer, por el contrario, no pudo evitar que sus labios se curvaran en una media sonrisa. No le importaba, en lo absoluto, estar en las manos de esa mujer.

Capítulo 5



¡Es un maldito lobo!

Libby se repitió una y otra vez que ese hombre al que había dejado en su habitación, en su cama y con una erección de tamaño considerable, era un lobo.

¡Un lobo!

Estaba comenzando a pensar que la que se había golpeado con fuerza la cabeza era ella y no ese espécimen masculino demasiado... ¡Demasiado lobo para su propio bien! ¿En qué estaba pensando al llevarlo a su casa?

Peor aún, a su cama. ¿Qué loca idea pasó por su mente para cometer aquella insensatez?

Al parecer, en nada.

Libby siempre se había considerado una mujer muy inteligente, a veces demasiado inteligente para su propio bien. Si hubiera sido un poco más tonta, solo seguiría las normas impuestas y no se metería en líos pero, por lo que veía, eso no iba con su personalidad retadora.

Ella no solía ser el corderito dispuesto a seguir al redil, había sido criada para ser líder, para llevar todo un clan de cazadores bajo sus órdenes por más que a muchos no les gustara. Lo odiaba, sí, mucho, pero eso no cambiaba las cosas.

No era una mujer tonta y los pocos errores que había cometido en su vida siempre habían sido por culpa de dejarse llevar por el corazón y no la razón.

Por lo visto, no aprendía. Por dejarse llevar de su corazoncito de pollo estaba metida en ese problema. Podría haber usado la daga ese día, terminar con la vida de ese pobre lobo para que dejara de sufrir la agonía, pero no, ella tenía que salvarlo porque ese inútil corazón que la llevaría a la ruina comenzó a latir como loco cuando él la miró.

Lo peor de todo era que, ahora no solo le latía el corazón, también tenía una terrible necesidad y un calor infernal que le recorría cada parte de su cuerpo. ¡Y todo por culpa de ese lobo!

—¡Feromonas! Eso es, es algo biológico y nada que ver conmigo —gritó sin recordar que ese hombre estaba en su habitación y estaría escuchando sus desvaríos—. Que escuche lo que quiera —gruñó a la vez que se movía por la cocina lanzando la sartén con demasiada fuerza a la encimera y provocando un fuerte ruido.

—¿Va todo bien por ahí? —la voz del lobo llegó a sus oídos y agarró la sartén por el mango como si quisiera estrellársela en la cabeza.

Miró hacia la puerta con una postura amenazadora y decidió calmarse.

Todo sería mejor si permaneciera sedado, en silencio, con esos ojos seductores sin mirarla y con su amiguito dormido, pero al parecer debía ser mucho más fuerte de lo que ella esperaba y despertó con demasiadas fuerzas.

¡Qué tremendas fuerzas! Libby no era ninguna santa, había disfrutado más que nadie su época universitaria hasta que se comprometió. No tenía un harén a sus espaldas, pero tuvo sus escarceos y jamás vio un miembro tan bien... Ella debía dejar de pensar en lo que vio.

Él no le provocó ese sueño, ¡ese pobre hombre ni siquiera podía moverse! Esa había sido su mente calenturienta que al dormirse con la idea de que tenía a ese macho muy atractivo al lado, se dejó llevar. Tampoco tuvo culpa de que de forma inconsciente ella comenzara a tocarlo como

si fuese algo suyo.

Libby no quería que lo fuese, ¿o sí? Tal vez por un ratito... Por muchos ratitos.

Era una enferma y estaba muy avergonzada de sí misma.

¡También estaba muy enfadada!

Y la única culpable no era otra que ella. Ese pobre hombre no le pidió que le salvara la vida, ni tampoco tenía la culpa de ser tan arrebatadoramente guapo. De lo que sí tenía culpa era de ir esparciendo esas feromonas de lobo que la tenían desquiciada.

¡Si hasta sentía los pechos pesados y solo podía pensar en que recuperara pronto para sentir sus manos sobre ellos!

Estaba segura de que era eso, feromonas. Tendría que ir a los archivos del clan para averiguar más detalles sobre los licántropos. Quizá había algo sobre cuidarse de olerlos porque te hacían desvariar y querer meterlos en tu cama. Esa insana atracción que no se podía permitir si quería seguir con vida, debía ser provocada por algo que ellos emanaban para atraer a sus presas.

No había otra explicación.

Cuando Libby terminó de preparar el desayuno, lo puso todo en una bandeja y caminó hacia la habitación dándose ánimos. Ya estaba más que despierta y consciente, así que no volvería a ocurrir lo mismo.

Ella se comportaría como una persona racional, le ayudaría a alimentarse, le explicaría las reglas estrictas que debía mantener si quería seguir en su casa y le daría una doble dosis de analgésico de nuevo. Una que lo hiciera estar inconsciente por dos semanas hasta que su cuerpo se recuperara y pudiera dejarlo ir.

Eso era lo mejor, cuanto menos confraternizara con el paciente más seguro sería.

Se mantendría distante, sería, profesional, sin sentimientos.

Llegó a la conclusión de que eso sería muy fácil porque así se comportaba con todo el mundo, pero en cuanto abrió la puerta y lo vio, se dio cuenta de que la miraba con fijeza y toda la determinación se fue.

En aquel momento sus ojos eran grises, nada que ver con la tonalidad avellana que vio el día en que lo rescató o cuando ella estaba tocando... Era mejor no rememorar ese instante.

¿Quién la estaría mirando en ese instante? ¿El lobo o el hombre? Sentía curiosidad, pero se la guardaría para sí misma.

—Veo que el analgésico no te ha hecho dormirte —murmuró y se acercó a la cama. Dejó la bandeja sobre la mesita y comenzó a quitar la ropa amontonada en la silla que le servía de percha y se sentó a su lado—. Siento el desorden, no esperaba visitas. ¿Te encuentras mejor?

Aquella era una muy buena pregunta. Hablar de sus dolores y convertirse en la doctora sería responsable que era, podría ser una buena forma de limar esas «asperezas» ocurridas.

«De áspero no tenía nada, era suave, cálido y muy duro. Tan duro como para... ¡Por favor, me tengo que arrancar el cerebro».

—Sí, esa cosa que me has puesto me dejó dormido todo el cuerpo, mi amiguito también se durmió, por si te interesa saberlo. —Libby comenzó a toser y sintió que el rostro comenzaba a arderle.

Hablar de su amiguito no era buen comienzo, más cuando ella todavía no lo sacaba de su mente.

¿Desde cuándo no se ruborizaba como una adolescente?

Ya no era una niña. Era una mujer con treinta años y aquel no era el primer hombre desnudo que tenía cerca.

Observó que la almohada continuaba en el mismo lugar en el que la dejó, cubriendo esa zona

de su cuerpo que ella había toqueteado sin su permiso y con tantas ganas.

Tragó y no pudo evitar humedecerse los labios, nerviosa. La vista del lobo fue a parar a ese lugar y, por más que se veía un poco adormilado, pudo ver el brillo de la necesidad emergiendo.

¿Será que a él le ocurría lo mismo?

—Hablemos sobre tu situación en esta casa. —Libby alejó la conversación hacia puertos más seguros. Nada de hablar sobre su amiguito dormido o despierto. Lo mejor sería darle de comer y escapar—. Si sales de esta casa mueres, si alguien viene quédate en silencio o mueres, para los dos habría sido mejor que murieras, pero como eres demasiado terco para solo morir y ponernos las cosas fáciles, será mejor que entiendas que estás en territorio hostil y si salvé tu bonito culo, es mejor que me obedezcas y yo también pueda salvar el mío.

Tal vez no estaba siendo muy empática, pero él no dejaba de mirarla mientras masticaba la comida que ella le daba, en silencio. Con ese movimiento sensual en su cuello con la nuez de Adán subiendo y bajando con lentitud. ¿Desde cuándo un cuello era sensual?

Por lo visto, desde ese momento lo era porque ella no podía dejar de mirarlo.

—Hum, ¿podrías decir algo? —murmuró.

El lobo terminó de tragar con algo de esfuerzo, tal vez estaba comportándose como una loca y atragantándolo para terminar con rapidez y sedarlo hasta el siguiente siglo, pero su mente no funcionaba muy bien cuando estaba nerviosa. Y ese hombre la ponía muy nerviosa. Entre otras cosas que le provocaba y que poco tenían que ver con eso.

—No... No sé qué decir. —Libby parpadeó al escucharlo, incrédula.

Si él no tenía nada que decir, ella hablaría. El silencio era demasiado incómodo para tolerarlo y su mente comenzaba a imaginar cosas.

—No soy tu enemiga —comenzó a decir con más calma. Estaba claro que el lobo no hablaba porque sabía que era una cazadora y si había estado espiando a su clan antes de ser atacado, no querría decirlo—. Bueno, la realidad es que sí soy tu enemiga, al menos deberíamos serlo porque soy una cazadora y tú, un lobo. Somos enemigos naturales.

Él la escuchaba con todo su atención puesta en ella mientras lo alimentaba y en sus ojos se mostraba que el analgésico le estaba provocando mucho sueño. Aun así, luchaba por mantenerse despierto y estar atento a cada palabra que decía pero, cuando mencionó que él era un lobo, su expresión cambió y frunció el ceño.

Su mirada se dirigió a su cuerpo y después a ella, ¿qué parte no entendía? Estaba siendo muy clara.

—No tengo muchos recuerdos de mi vida por no decir ninguno —comenzó a hablar y en esa ocasión fue ella la que puso toda su atención en él. Esa voz ronca y masculina provocaba sensaciones en las que era mejor no centrarse—, pero lo poco que sé es que los lobos no se ven como yo. —Libby intentó hablar y fue detenida—. Lo que quiero decir es que no recuerdo cómo llegué hasta aquí y no me refiero a tu casa, en general, no entiendo nada de lo que me hablas. No tengo la menor idea de dónde estoy, o qué estaba haciendo antes de acabar así, ni siquiera recuerdo cómo me llamo. ¿Tú me conoces?

—¡Santa mierda! Claro que no te conozco —su exabrupto lo hizo ponerse aún más serio y algo es su expresión abatida la hizo arrepentirse de reaccionar así—. Lo siento, es que no lo esperaba. Eso nos complica mucho más las cosas.

Él comenzó a ponerse nervioso, intentó moverse para salir de la cama y el dolor lo hizo caer de nuevo sobre el colchón. Se veía desamparado y su expresión se tornó perdida. A ella no tenía que afectarle eso. Libby solo debía sanarlo para que pudiera regresar con su gente lo antes posible y ambos seguir con sus vidas. Pese a eso, le afectó verlo así.

—Pensé que tú podrías darme las respuestas que me faltan —su voz ya no era tan fuerte, fue apenas un susurro y dejó de mirarla con tanta intensidad.

Eso podría agradecerlo porque cuando la miraba sentía cosas que no debían estar ahí, pero en lugar de terminar la conversación y permitir que descansara, no pudo evitar consolarlo.

—¿No recuerdas nada? —Él negó con la cabeza tan derrotado y triste que no había forma de que aquello fuese una mentira. Dejó el plato en la mesa de noche y colocó su mano sobre la de él —. Tranquilo, el accidente que tuviste fue muy grave y tu cabeza sufrió un fuerte golpe. Es posible que cuando mejores, también regresen tus recuerdos —mintió, ella no era neuróloga, pero lo poco que sabía sobre ese tema era que no siempre las personas recuperaban su memoria y, si lo hacían, no se sabía cuánto podía tardar—. Mientras tanto, yo te ayudaré.

¿Por qué había dicho eso? Ella no podía ayudarlo más allá de que su cuerpo sanara, no podía comprometerse a largo plazo con su memoria.

Él apretó su mano y por inercia entrelazó los dedos. Qué bien se sentía eso, demasiado bien para su cordura, pero no se apartó. Libby se quedó mirando ambas manos unidas y no alzó el rostro hasta que sintió la mirada de ese hombre clavada en ella.

—No quiero ser una molestia para ti, por lo que dijiste antes, no estás muy feliz con todo esto.

Nadie podía estar demasiado feliz cuando sentía la hoja de la guillotina deslizándose por su nuca. Si la descubrían, ni toda la influencia de su padre sería suficiente para salvarla a ella y menos a él.

Por algún motivo, se sentía demasiado responsable de su destino y solo de pensar en que pudieran hacerle lo mismo que a los otros que capturaban, se le hacía un nudo en la garganta

—No puedo negar que eres una molestia —murmuró y se maldijo al ver que su rostro se mantuvo imperturbable, pero su mirada quedó desolada—. No como tú crees. Lo siento de nuevo, peco de ser demasiado sincera. ¿No recuerdas nada? ¿Ni siquiera lo que eres?

—¿Lo que soy? —preguntó sin ocultar que aquello le hacía mucha gracia—. Puede que no tenga recuerdos de mi vida, pero hasta donde sé, me veo igual a ti. Ya sabes, soy un hombre y tú una mujer, hay diferencias, pero...

«Y un hombre demasiado atractivo para mi salud mental», pensó y sacudió su cabeza para apartar esa idea de su mente.

—No es eso a lo que me refiero. —Libby señaló su muñeca y le mostró la pulsera que no dejaba de brillar en un tono azulado—. Sé que si te lo cuento todo ahora será demasiado para entender. He tenido toda mi vida para comprender este mundo sobrenatural y aún hay ocasiones que me cuesta creer que es verdad a pesar de todo lo que vi.

—Brilla —fue su única respuesta y ella no pudo evitar acortar la distancia para acercarse más a él y que la viera de cerca.

—Te contaré todo lo que necesitas saber, pero me tienes que prometer que vas a creerme y que obedecerás mis órdenes. —El ceño del lobo se frunció—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé —musitó, confuso—. Cuando dijiste que debía obedecer tus órdenes, algo dentro mí se negó. Como si sintiera que al hacerlo estuviera traicionando a alguien. Es una estupidez, no recuerdo a nadie.

Libby se tensó, ¿sería otra mujer? Una ola de celos se apropió de su cuerpo y casi gruñó como un animal.

Eso a ella no debería importarle. Su única prioridad era que sanara para poder sacarlo del clan sin que lo descubrieran y no volver a verlo por allí.

La idea le provocó un profundo dolor, pero se repuso enseguida y lo disimuló regresando a su tono frío y autoritario.

—Tendrás que obedecer si quieres seguir con vida. Descansa mientras el analgésico está en tu sistema. Hablaremos después.

Celosa, sin tener motivos para ello, Libby se levantó llevándose el plato y escapó de la habitación.

Capítulo 6



Pasaron tres días desde que salió de la habitación con un ataque de celos que la hizo replantearse las cosas. Desde entonces, solo se mantenía a su lado cuando él no estaba consciente.

El lobo pasaba la mayor parte del tiempo dormido mientras su cuerpo se recuperaba con más rapidez de lo que lo haría un humano. Se había asegurado de que no hubiera infección dándole antibióticos y puso especial empeño en que no sufriera.

Siempre se decía a sí misma que eso lo haría con cualquier paciente y también sabía que se engañaba porque no cualquier paciente la hacía quedarse a su lado mientras dormía.

Libby tomó la resolución de no volver a dormir en la cama, no mientras él la ocupara. Le dolía cada músculo del cuerpo, pero prefería eso a que el incidente de la otra mañana se volviera a repetir.

Porque se repetiría.

Desde que ese hombre había llegado a su vida, ella no era la misma. No entendía qué le estaba ocurriendo, pero despertaba en la mañana con demasiada agitación y sus sueños no eran para todos los públicos.

No era ajena al deseo y nunca se consideró una mujer fría, aunque aquello no se parecía a nada de lo que hubiera vivido antes. Tenía que usar toda su fuerza de voluntad para salir de la habitación y no dormir a su lado.

Se sentaba junto a la cama durante el día sin importarle que él estuviera dormido solo porque tenerlo cerca la hacía sentir en paz. Bajaba todas sus barreras cuando eso ocurría y le hablaba, le contaba sobre su vida y lo poco que le agradaba el futuro que su padre tenía planeado para ella.

No la escuchaba, pero Libby se sentía bien explicándole algo que no hablaba con nadie. En esas ocasiones, sin percatarse de ello, dejaba salir a esa mujer que siempre mantenía escondida, pero cuando el lobo daba señas de despertar, se limitaba a alimentarlo y salía de la habitación para no cruzar palabra.



Alaric esa noche tuvo la misma pesadilla. No estaba seguro de si solo era un sueño o era producto de algo más profundo, un recuerdo.

Siempre era lo mismo. Luchaba contra un hombre de cabello muy claro y podía sentir lo mucho que le importaba. Sentía que era su amigo y se negaba a hacerle daño, pero no podía decir lo mismo de él.

Las imágenes eran demasiado intensas y le dolía verlas incluso más que sus propias heridas. Sabía que su lobo intentaba decirle algo, pero no comprendía por qué le obligaba a revivir el ataque una y otra vez.

¿Su lobo? Ya estaba enloqueciendo como esa pequeña mujer. Él no era ningún lobo y se estaba dejando arrastrar por las historias que escuchaba de ella cuando pensaba que no la escuchaba.

Se percató de que Libby siempre regresaba cuando creía que estaba dormido. Le gustaba escucharla hablar sin parar, como si no tuviera la facilidad de hacerlo siempre y se desahogara con él.

En muchos momentos, deseó abrir los ojos y hacerle saber que esos analgésicos que ella le daba ya no lo dormían como antes. Lo mantenían sin dolor, pero podía quedarse despierto si lo deseaba.

Y vaya que sí lo deseaba.

Esperaba ansioso el momento en que ella entraría a la habitación, en silencio y se aseguraba de que dormía en profundidad para acercarse.

Se había aficionado a sentir sus manos tocándole el rostro o su aliento en la piel cuando se acercaba a darle un beso en la frente cuando terminaba de desahogarse. Era como si Libby le agradeciera solo por estar ahí postrado y escuchándola. Como si en realidad no tuviera a nadie más que a él.

Estaba loca, de eso no había duda.

¿Quién podría creer que existía un clan de cazadores que se dedicaban a mantener el equilibrio entre los humanos y un mundo sobrenatural que nadie conocía? Licántropos, cambiaformas, vampiros, hadas, brujos... A veces le daban ganas de abrir los ojos y decirle que ya no era ningún niño y no necesitaba cuentos para dormir.

Pero había algo en su tono y en la forma en que lo contaba. Ella creía que todo eso era verdad y él se negaba a pensar que algo así fuera posible. Aunque, si lo pensaba bien, ¿qué recordaba de su vida?

Nada.

Aunque después de una noche de pesadillas, creía haber averiguado un poco más. Esa noche, en sus sueños, escuchó al hombre que lo atacaba llamarlo Alaric. ¿Sería ese su nombre? Algo dentro de él le decía que sí.

—Veo que estás despierto. —La interrupción de Libby lo sacó de sus pensamientos y se castigó por no haberse mantenido con los ojos cerrados—. Supongo que tienes hambre.

Alaric asintió y ella salió de la habitación con la misma rapidez con la que entró.

Ella volvía a su comportamiento frío y distante. A veces dudaba y llegó a creer que todas aquella charlas las imaginaba y eran solo producto de su imaginación o efectos secundarios de las medicinas.

Ya podía mover los brazos y, aunque la herida del abdomen aún persistía, sus piernas, de no ser por el entablillado, parecían estar bien. Algo le decía que tanta rapidez en su curación no era normal.

Se sentía con fuerzas y ya podía comer por sí mismo, pero eso le quitaría su compañía y no estaba dispuesto a renunciar a ella, al menos no tan pronto.

Libby no tenía la menor idea de su progreso, tampoco de que estaba la mayor parte del tiempo despierto y solo su cercanía le calmaban esas ganas de ponerse en pie y correr sin saber a dónde.

Por alguna razón que no era lógica, se callaba porque mientras estuviera incapacitado, ella estaría junto a él. La sola idea de alejarse provocaba un gruñido en su pecho que le hacía pensar que sí llevaba un animal en su interior.

¡Menuda tontería! Al final estaba creyéndose esos cuentos locos.

Libby regresó como siempre lo hacía, cargando una bandeja con la comida y con el gesto demasiado serio.

Ese día llevaba el cabello suelto y humedecido. Ya no llevaba aquella diminuta ropa que usaba para dormir y no sabía si estaba agradecido por ello o quejarse de que le quitara aquellas

maravillosas vistas. Aunque los pantalones de cuero que llevaba se le ajustaban a todas sus curvas y tampoco ayudaban demasiado a no sentir ese deseo que despertaba en él.

Después de aquella mañana accidentada en la que despertó a su lado, ella no le había dado motivos para pensar que sintiera lo mismo. Todo lo contrario. No había vuelto a dormir con él y se esforzaba en mantenerse a distancia, pero eso no mitigaba lo que la extraña mujer le hacía sentir.

El olor de Libby le llegó mucho antes que el de la comida y dio gracias a estar cubierto con la sábana porque no pudo evitar sentir ese impulso que lo atraía hacia ella. No quería avergonzarse de nuevo mostrándole lo feliz que estaba de verla.

—¿Te marchas? —preguntó con la voz demasiado ronca y ella lo miró, confundida—. Lo digo por la forma en la que vas vestida.

—Ah, sí, aunque no lo creas tengo una vida. —Libby se calló y se quedó detenida en la mitad de la habitación. Lo miraba con fijeza y las manos le temblaron lo suficiente para que la bandeja hiciera ruido con el movimiento—. Tus ojos de nuevo son avellana. Es tu lobo, ¿cierto?

Aquellas palabras lo devolvieron a la realidad. ¿Otra vez con el lobo? Iba a decirle que sus ojos no eran de ese color cuando se percató de que no sabía en realidad de qué color eran. Ni siquiera sabía cuál era su aspecto.

Su única realidad era esa mujer que decía no conocerlo y que parecía querer alejarse de su lado cuando él solo quería tenerla cerca.

—No sé cuál es mi aspecto, ni siquiera eso recuerdo —murmuró.

—Lo siento, debí preguntarte y no...

—¿Huir de mí como si apestará? Bueno, quizá apesto, pero estando así no tuve oportunidad de darme un baño. —Alaric quiso bromear sobre su mala suerte porque no le gustaba que Libby se culpara por lo que le ocurría.

—No huyo de ti. —Se envaró y soltó la bandeja—. Solucionaremos una cosa a la vez, primero traeré un espejo.

Libby regresó unos minutos después con un pequeño espejo en la mano. Se acercó a la cama donde Alaric yacía y lo miró con cierta vacilación.

Al ver que ella no colocaba el espejo frente a su rostro y que parecía que se había arrepentido de traerlo, rompió el silencio.

—¿Tan feo soy? De ser así no es como si pudiera cambiarlo así que adelante, no creo que sea para tanto. —En ese momento, el que comenzó a ponerse nervioso fue Alaric.

Libby entreabrió los labios al escucharlo y, como si no pensara antes de hablar, murmuró:

—No, para nada, todo lo contrario. Eres demasiado guapo para mi salud mental. —Alaric alzó una ceja y un gruñido involuntario escapó de su garganta.

Ella cerró los ojos y apretó los párpados como si le doliera mirarlo. Los latidos de su corazón se aceleraron y su respiración comenzó a tornarse errática. De nuevo ese olor dulce y picante a la vez, el olor de una mujer excitada inundó sus fosas nasales.

No sabía cómo era capaz de olerlo o escuchar con tanta claridad sus latidos, pero supuso que debía de ser algún tipo de habilidad que tenía.

Alaric no pudo evitar agarrar las sábanas entre sus manos y hacerlas un puño. La deseaba como un loco, la necesitaba cerca y si se levantaba en ese momento descubriría que estaba más recuperado de lo que ella suponía y le diría que se marchase.

Todo se acabaría y no estaba preparado para alejarse.

No sin ella a su lado.

—Libby —jadeó su nombre casi como una súplica para que se acercara.

Ella abrió los ojos y lo miró, su expresión ya no era de deseo, era de rabia.

—¡Deja de hacer eso! ¿Piensas que no me doy cuenta? ¡Mírate, de nuevo tus ojos cambiaron de color! Es tu lobo el que me provoca estas cosas. —Molesta, le colocó el espejo frente al rostro y alcanzó a ver el momento exacto en que sus ojos cambiaron de avellana a gris.

Cuando los ojos grises regresaron, dejó de sentir ese impulso tan irracional por tumbarla en la cama y logró controlarse.

Se encontraba tan confuso que no fue capaz de observar bien su reflejo. Descubrió que su cabello era negro, lacio y estaba demasiado largo. La barba de varios días adornaba sus mejillas y unas facciones masculinas y atractivas le dieron la bienvenida.

—¿Es por esto que me dices lobo? —preguntó en un intento de calmarla porque no comprendía el motivo de su enfado—. Supongo que necesito afeitarme y cortarme el cabello, quizá parezco un poco...

—Eres un licántropo —insistió—. Quizá tu amnesia no te deja conectar con tu lobo, pero no puedes cambiar lo que eres y yo tampoco puedo cambiar lo que soy. Ahora será mejor que me marche. Necesito dejarme ver en la aldea y visitar a mi padre, si no lo hago es probable que se presente aquí y ni tú ni yo queremos eso.

—Espera, no te marches. —Libby negó con la cabeza.

—Tengo que irme y lo mejor será que vuelva a sedarte para que estés tranquilo.

Alaric habría contestado si supiera qué decir. Ella insistía con el mismo tema y la había escuchado hablar sobre seres sobrenaturales mientras pensaba que estaba dormido, pero ahora él había visto la forma en que sus ojos cambiaron de color y no podía continuar negando la evidencia.

¿Y si ella tenía razón? Tal vez, de alguna forma inconsciente, provocaba esas reacciones en Libby. ¿Y si de verdad su presencia allí la ponía en peligro?

Lo que menos quería era dañarla o que la dañaran por ayudarlo, solo pensarlo le dolía. Ella le había salvado la vida, lo cuidó, lo alimentó y en un mundo en el que no tenía memoria, esa mujer se había convertido en su todo.

Intentó levantarse y Libby se precipitó demasiado rápido sobre él para impedirselo. Colocó ambas manos sobre sus hombros y su rostro quedó muy cerca del suyo.

Alaric podía apartarla, ella no lo sujetaba con fuerzas, pero sentir sus manos sobre su piel desnuda y su cercanía, provocó que de nuevo apreciara ese cambio en su cuerpo. El lobo del que Libby hablaba rogaba por ser liberado y por tocarla.

—T-Tengo que marcharme —la voz le tembló por el esfuerzo de contenerse—. Si soy eso que dices, te estoy poniendo en peligro y no puedo permitir que sufras por mi culpa.

—No te irás —fue una orden, pero los ojos de Libby suplicaban.

—¿Por qué quieres que me quede? —Para ese momento, él ya no pudo ocultar más que no estaba tan indefenso y la rodeó con sus brazos.

Libby no hizo nada por apartarse. Su mirada descendió hacia su boca y se humedeció los labios con anticipación.

Ella quería que la besara y no se podía imaginar las ganas que él tenía de probar sus labios.

—No importa por qué lo quiero, no puedes marcharte, estás herido y no permitiré que vuelvas a reabrir todas las heridas solo porque te asustaste de lo que eres.

Ella mentía, quizá no en todo, pero el motivo para su negativa iba más allá de solo su estado físico.

Quería decirle que se marchara con él, pero Libby no dejaría su vida por seguirlo a un lugar que ni siquiera recordaba. No sabía dónde estaba su hogar, tampoco si tenía uno o si lo

recordaría en algún momento.

«No importa si no tienes un hogar, puedes formar uno nuevo junto a nuestra compañera», esa voz en su cabeza, que se parecía a su propia conciencia pero estaba seguro de que no era así, le hizo conectar de nuevo con su lobo y aceptarlo.

Aunque fuera algo digno de las historias que podía contar un loco, debía aceptarlo. Él no era un humano como Libby, era un licántropo y si las historias de ella eran reales, lo que sentía por esa mujer era un amor imposible.

Ambos eran enemigos, debía odiarla, pero lo que sentía no se asemejaba nada a ese sentimiento. Quería cuidarla de todos incluso de él.

—No me asusté de lo que soy —pronunció con mucha calma y una de sus manos se deslizó por su espalda y subió hasta posicionarse en su nuca para atraer el rostro de Libby hasta el suyo. Ella no se opuso a la cercanía. Alaric miró sus labios con deseo y dijo—: Lo que me da miedo es que mi presencia aquí provoque que te hagan daño, no podría perdonármelo.

«Ni podría vivir sabiendo que sufres por mi culpa».

Alaric le dio la opción de alejarse, pero ella, tomó su rostro y acercó sus labios a los de él hasta que se rozaron.

—Es una locura —susurró—, pero no puedo evitarlo.

Sus labios se encontraron con una intensidad arrolladora, como si ninguno de ellos pudieran controlar el impulso de sentirse. No hubo nada de suave o tímido en aquel beso, con rapidez se convirtió en una danza frenética de sus lenguas jugando una con la otra.

Él la atrajo hacia su cuerpo y la estrechó contra su torso. Sintió dolor en la herida del abdomen, pero lo soportó porque en aquel instante solo importaba ella y sus dulces labios. Libby enredó los dedos en su cabello y el suave gemido que escapó de su garganta provocó una descarga de placer a lo largo de su columna hasta finalizar en su miembro.

Cada parte de él deseaba desnudarla y tumbarla en la cama hasta que se olvidaran de lo que cada uno era.

Sus bocas se devoraban y exploraban cada rincón.

En ese momento no eran un licántropo y una cazadora, solo un hombre y una mujer desesperados por tener un poco más del otro. No existía nada más que la sensación ardiente de sus cuerpos rozándose y el ritmo frenético de sus corazones.

De pronto, un ruido lo alertó y Libby pudo sentirlo tensarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó casi sin separarse de sus labios.

—Viene alguien. —Ella lo miró por unos segundos con los ojos nublados por el deseo, pero con rapidez comprendió.

Se apartó de su cuerpo y enseguida sintió el vacío que le provocaba no tenerla cerca.

—Debe ser mi padre. —Alaric intentó levantarse de la cama, pero ella volvió a sujetarlo justo en el momento en que llamaron a la puerta—. Cerraré la habitación —dijo mientras se quitaba la pulsera que siempre brillaba cuando él estaba cerca y la dejó a un lado—. Lo sacaré de la casa con alguna excusa.

—Libby... —Sabía que era hora de marcharse, puede que ella consiguiera hacer que su padre no los descubriera, pero no siempre sería así.

—Ni se te ocurra marcharte, por favor. Confía en mí, deja que me ocupe de esto.

La observó colocarse bien la ropa y dirigirse hacia la puerta de la habitación, pero cuando estaba por salir, se dio la vuelta y corrió hacia él.

Sin dar explicaciones volvió a besarlo y lo miró a los ojos. Había demasiada tristeza en ellos.

—Por favor, no te vayas.

Sin decir más, salió de la habitación y cerró la puerta.

Capítulo 7



Libby salió de la habitación con el corazón tan acelerado y los nervios tan crispados que sus piernas no eran capaces de sostenerla.

La puerta volvió a resonar con un aporreo nada agradable. Sin asomarse sabía que era John, su padre siempre perdía la paciencia cuando no abrían a los dos segundos de su primera llamada.

—¡Un momento! —gritó para que la escuchara y se apresuró a acomodarse el cabello.

Se acarició los labios un momento, debía tenerlos hinchados y enrojecidos después de ese beso. Cualquiera que la viera en ese instante podría darse cuenta de que no había estado descansando.

—¡Ya voy, ya voy, no estoy presentable! —continuó para darle más realismo a su mentira.

—Vamos, Libby, soy tu padre. No necesito que te arregles como si fueras a una fiesta para recibirme —escuchó la voz burlona de John al otro lado y rezó para que la fuerte intuición de su progenitor no lo alertara de la presencia del lobo.

Por suerte, su padre no solía llevar una pulsera como la suya. Los años de experiencia lo hacían detectar cualquier ser sobrenatural con apenas una ojeada. Si él tuviera una pulsera puesta en ese momento, aquello sería una catástrofe.

Le habría gustado detenerse a pensar sobre lo que acababa de ocurrir. El lobo le había dado una salida a su problema, se ofreció a marcharse sin que tuviera que obligarlo, pero algo dentro de ella enloquecía con la sola idea de no volver a verlo.

Todavía no podía irse, lo haría, pero no aún. Libby necesitaba... No tenía la menor idea de lo que necesitaba y tampoco estaba sobrada de tiempo para cavilar sobre ello. Tenía que recibir a su padre y rogar para que su visita se debiera a que quería llevarla a la aldea para pasear de su brazo y presumir de la futura líder del clan.

Libby abrió la puerta y no se hizo a un lado para que no entrara en la casa.

Su padre la recorrió con la mirada, pero no dijo nada sobre su aspecto, solo alzó una ceja.

—¿Me tendrás en la puerta todo el día? Hace frío —se quejó y Libby no pudo evitar carraspear, nerviosa.

—Justo me estaba preparando para salir, quería ir a visitarte y a mamá —su voz se escuchó firme, pero estaba tan nerviosa que no era capaz de mirarlo a los ojos.

Todavía sentía las manos del lobo sobre su cuerpo y esos besos que la dejaron temblorosa. Nunca en su vida la habían besado de esa forma, ni siquiera su exprometido.

Una mujer podría hacer muchas locuras por derretirse de esa forma sobre un hombre y, para su mala suerte, ella no era inmune a los encantos del lobo. Estaba deseosa de volver a besarlo y de mucho más.

—¿Qué ocurre, hija? Te ves... —Libby lo empujó con suavidad para que le permitiera salir de la casa.

—Nada, papá, ya te dije, quería salir para congelarme un poco. Ya sabes que me fascina este clima. La hipotermia, los temblores, placeres de la vida. —Ella odiaba el frío, sobre todo el de esa época del año. Por ese motivo su casa siempre la mantenía tan cálida que casi parecía un paraíso tropical.

—Con eso ya sé que me mientes, Libby, ¿qué me ocultas? —su padre gruñó y no pudo evitar sacar su carácter.

—¡Santa mierda, no oculto nada! —gritó.

—¡Libby Baker, cuida ese lenguaje! Te he dicho muchas veces que te comportes como lo que eres, una mujer. Deberías ser más femenina, no crie a un asno.

Ya lo había irritado y eso le parecía perfecto. Ella también lo estaba por la interrupción y por el miedo atenazándole la garganta.

Discutir era una perfecta excusa para hacer que se marchara de su casa y la dejara en paz.

—Criaste a una cazadora, así que ahora no te quejes. No recuerdo que alguna vez me regalaras muñecas, me regalabas armas para matar. Así que si no te gusta, es mi problema, porque soy lo que hiciste de mí.

Eso no era cierto, John siempre la trató como a una pequeña princesa cuando estaban en privado, pero tenía que provocar que se marchara o al menos que ambos se fueran. Prefería lo primero, pero si ambos se iban podría arreglar la discusión y así su padre no se presentaría horas después.

—¡Deja de buscar que discutamos y dime ahora mismo lo que me ocultas! ¡¿Quién está contigo?! —Libby maldijo la intuición de su padre.

No por nada era el jefe del clan. Ese hombre era un detector de mentiras.

—¿Por qué asumes que alguien está conmigo? Sabes de sobra que siempre estoy sola porque nadie de este lugar me cae bien y yo no les caigo bien a ellos. —Eso era una realidad, así que John se limitó a apretar la mandíbula.

—¿Es Jeffrey? —No pudo evitar tensarse al escuchar el nombre del cazador y que una arcada se deslizara por su garganta—. Dime, Libby, ¿estás con él? El otro día me insistió mucho para que le permitiera visitarte, pero se lo negué porque no te vi muy feliz en su compañía. Aunque es uno de los preferidos del consejo, las cosas no se hacen así. No puede venir...

—Papá, prefiero saltar desde ese precipicio antes de tener cerca a Jeffrey. —Libby señaló la ladera de la montaña y su padre se mostró confuso.

—Suponía que no era de tu agrado, pero a veces a las mujeres no hay quien las entienda. Tu madre fingía no soportarme y míranos ahora.

—No soy mamá por más que nos parezcamos en el físico. Si te digo que alguien no me agrada es que no lo hace y Jeffrey, no es que no me agrada, es que me revolcaría en la basura antes que con él. —Libby creyó que con eso su padre se calmaría y podría ofrecerle salir de allí, pero John no se daba por vencido con tanta facilidad.

—Entonces... Si no estás con Jeffrey, ¿con quién estás? Hija, espero que de nuevo no hayas elegido a alguien incorrecto. Sabes que nuestra gente no te aceptará como su líder si tu compañero no es un cazador a quien de verdad admiren y puedan seguir.

Libby tenía mucho que decir acerca de eso. Como que le importaba muy poco que la gente no la siguiera porque no quería liderar una causa en la que no creía. Al menos, no con las formas que usaban.

Estaba de acuerdo de que el mundo sobrenatural y el humano no debían mezclarse porque podía llegar a ser un desastre. Los humanos no estaban preparados para saber la verdad y solo desencadenaría más violencia, pero ella creía que había formas de hacer las cosas con un poco más de diplomacia.

Sin necesidad de torturar seres vivos sin importar lo que fueran.

Sabía que esa era una discusión que había tenido demasiadas veces con su padre y no tenía el menor interés de comenzar un nuevo debate que solo provocaría que se quedaran allí más

tiempo.

Así que lo omitió.

—Ya te dije, papá, no estaba con nadie. Me disponía a salir para verte a ti y a mamá, también quería saber si me necesitaban para ya sabes... Curar heridos. —Su padre suspiró, como si su respuesta lo dejara más tranquilo, pero aún se notaba que no estaba seguro del todo—. Confía en mí, no estoy interesada en ningún hombre.

«Al menos no en uno humano», pensó.

—Sé que eres adulta —comenzó a decir John—. Ya no eres una niña y comprendo que no quieras estar sola. Me preocupo por ti, Libby. No quiero verte de nuevo con el corazón roto por mi culpa, no deseo tener que separarte otra vez de alguien que es inconveniente. Como líderes no somos dueños de nuestra vida, hay que hacer sacrificios por la causa.

Masculló un improperio entre dientes y empuñó sus manos con rabia. Esperaba que el lobo no estuviera escuchando esa conversación. Era demasiado humillante ser tratada como una niña y más que le dirigieran la vida.

—Quedó muy claro —gruñó.

Libby cerró la puerta de su casa de un portazo y se dirigió a su todoterreno para alejar a su padre de allí.

—Podemos ir juntos en el mío, después te traigo de vuelta.

Libby miró a su padre y negó con la cabeza.

—En este momento, necesito calmarme y compartir el mismo espacio contigo no ayudaría. Iré a ver a mamá, te veo allí.

—No, no irás con tu madre. —John la agarró del brazo antes de que pudiera subir a su todoterreno—. No solo estoy aquí como padre, también estoy aquí como líder.

Un escalofrío de angustia recorrió su cuerpo.

—¿Q-Qué quieres decir? —su voz se escuchó entrecortada.

Miró el rostro de su padre y pudo ver como todo amor que le tenía estaba oculto bajo la fría mirada del líder del clan de los cazadores. ¿Sabría sobre su lobo?

¿Suyo? ¿Desde cuándo era suyo? Solo se habían dado unos besos. Tenía que olvidarse de esos estúpidos sentimientos. Ella era una humana, no una loba.

Por más que tuviera una insana atracción hacia él, debía recordar que cuando el lobo recuperara la memoria, tal vez también recordara que tenía una manada y quizá a una hembra lycan esperando por su compañero.

Sabía suficiente sobre los licántropos como para tener muy claro que ellos se unían con una sola compañera y nunca escuchó que eso sucediera con una humana.

—Libby, no hiciste bien en enfadar a Jeffrey. Sabes que es uno de los cazadores más estimados del consejo. —Al escuchar el nombre de ese cerdo, parpadeó sin comprender.

¿Entonces no sabían nada del lobo?

Algo dentro de ella pasó de la agitación a la calma.

—El consejo se puede ir a la...

—¡Libby! —su padre alzó la voz muy enfadado y ella no pudo hacer otra cosa que bajar el rostro. John expulsó un suspiro cansado y le colocó la mano sobre el hombro—. Hija, no sé lo que ocurrió entre vosotros, pero Jeffrey habló ante el consejo. Se quejó de tu comportamiento. Dijo que él intentaba ser amable y acercarse a ti, pero que tú te negabas.

—¿Y qué se supone que debía hacer?! —gritó—. ¿Permitir que me tocara a su antojo? Porque esas eran sus intenciones, papá. ¿Acaso mi única función en este clan es abrirme de piernas a la fuerza para un hombre que aborrezco?

Pudo ver el momento exacto en que su padre enrojeció por la ira.

—¿Me estás diciendo que ese maldado intentó...? —John no pudo terminar la frase, su mirada de odio no estaba dirigida a ella y en esos instantes compadecía a Jeffrey.

Libby nunca quiso contarle a su padre las ocasiones en las que el cazador provocaba encuentros para tocarla a la fuerza porque siempre se defendió con maestría. Jeffrey podía ser más fuerte que ella, pero en su mente las mujeres eran más débiles y ese pensamiento siempre la hacía salir vencedora.

Colocó la mano sobre el brazo de John para calmarlo y negó con la cabeza.

—Tranquilo, papá. Solo fueron sus torpes intentos de acercarse a mí. Como todas las mujeres del clan suspiran por él, cree que todas caemos arrodilladas a sus pies y yo no lo soporto.

Su padre movió la cabeza de forma casi imperceptible con algo parecido a un asentimiento.

—Está bien, de todas formas hablaré con él. Todavía el consejo no ha decidido cuáles serán los candidatos para obtener el futuro liderazgo del clan y con ello ser tu compañero. Parece que él ya se siente ganador.

Solo de pensarlo, la bilis trepó por su garganta, pero lo que más la preocupó fue la mirada perdida de su padre.

—Hay algo más, ¿cierto? —John asintió y no fue capaz de mirarla a los ojos.

—No sé con exactitud lo que Jeffrey habló con el consejo, pero ahora ellos dudan de tu lealtad hacia el clan y siendo mi hija, piensan que eso no es tolerable. Creen que sientes demasiada empatía hacia esos seres y no hacia tu gente.

—Eso no es cierto, papá. Tú mejor que nadie deberías conocerme.

«Mi empatía va dirigida hacia todo ser vivo», pensó. Al menos, todo ser vivo que no demostrara estar podrido por dentro como Jeffrey.

—Porque te conozco es que sé que lo que vengo a ordenarte no te gustará.

—¿Ordenarme? —Libby tragó el nudo en la garganta.

Las pocas veces que su padre usó esa palabra, su vida cambió de forma radical. La primera vez fue cuando la sacaron del clan con la excusa de cursar sus estudios, la segunda cuando la hizo terminar con su prometido para regresar y la tercera...

Estaba aterrada.

—El consejo quiere que comiences a demostrar tu valía como cazadora y también la lealtad hacia tu gente. No es un juego, hija. En esta ocasión no puedo ayudarte, debes hacerlo o las consecuencias serán para todos.

—Me estás asustando —musitó casi sin voz y miró a su padre, pero a John le temblaba la mandíbula de tanto que la apretaba y eso la ponía aún más nerviosa.

—Jeffrey argumentó que él ha demostrado ser un cazador tan bueno como yo y merecer el liderazgo del clan. —Su padre hizo una pausa al verla perder el color en el rostro.

—Eso debe ser una broma de mal gusto. No hay nadie mejor que tú, todos te admiran, has sido el mejor líder que este clan ha tenido. La gente no lo permitiría.

—Me temo que tiene la voluntad del consejo a su favor. Después de tu, hum, ya sabes, rechazo hacia él y cómo afirmó que yo no logré tener un digno heredero de mi puesto, pidió que se hicieran valer las antiguas leyes para retarme a una lucha a muerte.

—¡Está loco! Voy a matarlo. —Libby hizo el intento de subirse al todoterreno, pero su padre de nuevo lo evitó.

—No temo pelear con él y tampoco le temo a morir. Lo que me preocupa no es la muerte, es lo que sucedería contigo y con tu madre si yo falto y Jeffrey consigue el liderazgo. Pero eso no sucederá porque el consejo no aceptó su sugerencia y dio con una solución satisfactoria. —Su

padre la miró con orgullo y eso le erizó el vello.

—¿Qué solución?

—Por eso vine a buscarte, hija. ¿Recuerdas al vampiro que capturamos? Conseguimos hacerlo hablar y que nos dijera dónde se encuentra su nido. Nos marchamos ahora, el consejo pensó que no había mejor forma de probar tu lealtad que dirigiendo esta misión. Yo no iré, no podré apoyarte en esta ocasión para que no queden dudas, pero sé que no lo necesitas. Estás preparada para ello.

A Libby los oídos comenzaron a pitarle y las piernas se le aflojaron. La respiración se le aceleró a causa del pánico, pero logró mantenerse en pie.

Su padre continuaba hablando y lo último que pudo escuchar fue: «Ya sabes las órdenes, Libby, sin supervivientes. Ese nido debe desaparecer. Debes matarlos a todos».

Capítulo 8



Libby se encontraba frente al nido de vampiros. Un grupo de cazadores a sus espaldas esperaba sus órdenes.

Era la primera vez que dirigía una misión como líder y menos una tan peligrosa.

Ni siquiera le había dado tiempo a investigar bien la información. No tenían la certeza de que los vampiros del nido fueran neófitos. Podía ser una trampa para llevarlos a un nido de vampiros antiguos y de ser así, ni todas las armas que llevaban los haría salir de allí con vida.

Nunca antes había deseado tanto regresar a su clan, a salvo y asegurarse de que el lobo continuaba allí. Necesitaba que lo estuviera.

En aquel encuentro se dio cuenta de lo estúpida que había sido. No era la primera vez que veía a un Lycan reponerse de heridas graves con relativa rapidez, pero las que su lobo sufrió eran de tal envergadura que llegó a creer que ni siquiera su genética lograría restablecerlo tan pronto.

Él podría no tener memoria, pero sin necesidad de que le contara su pasado, Libby ya sabía que una fuerza así no era la de un lycan joven. Tampoco la de un lobo común. Tal vez el consejo tenía razón, no era leal a su gente y su compasión era un peligro para ellos.

Un lobo de esas características, si decidía atacarlos, los pondría en serios problemas. Lograrían reducirlo, sí, lo más probable, pero las muertes serían demasiadas. Y más si su gente no esperaba un ataque interno.

Libby lo había dejado solo, sin sedarlo, con la gran sospecha de que podía levantarse y caminar sin problemas. Lo supo en cuanto sus fuertes brazos la rodearon, pero estaba tan perdida en sus besos que se olvidó de que eran enemigos.

—¿Nerviosa, Libby? —se burló Jeffrey y tuvo ganas de cortarle la cabeza con la espada que llevaba—. Te veo muy... introspectiva.

Lo miró como a un insecto antes de contestar:

—Es la reacción natural de mi cuerpo cuando sé que estás cerca. Si no puedo evitar tu presencia, siempre puedo recluirme en mi interior. —La sonrisa lasciva que le dedicó, la hizo mascullar un par de groserías que haría que su padre pusiera el grito en el cielo.

—También me encantaría recluirme en tu interior una y otra vez —susurró demasiado cerca de su oído y tuvo que contenerse para no estrellar su puño en la cara del cazador.

—Eres un cerdo —siseó si poder contenerse.

—No dirás lo mismo cuando esté entre tus piernas. Cuando ocurra, incluso te arrodillarás y rogarás por chuparme la polla. Estoy deseando tener esa boquita maleducada rodeándome.

Libby lo empujó, por más que deseara golpearlo, no podían prescindir de uno de los mejores cazadores. Para su desgracia, Jeffrey en realidad sí era muy bueno en su trabajo, aunque como persona dejara mucho que desear.

Él quería enfadarla, hacer que perdiera el control para después hablar con el consejo y contarles lo poco apta que era.

Quizá no era apta para ser líder, pero no pensaba demostrarlo y menos defraudar a su padre.

—Escuchad —dijo dirigiéndose a su gente que estaba preparada para entrar al nido—. Según la información que tenemos los vampiros que se encuentran en el interior son neófitos, pero no

podemos descartar que se encuentren en compañía de su creador. No sabemos quién es ni la fuerza que posee.

Había arqueros situados en posiciones más altas para atacar a los vampiros que lograran escapar.

«Sin supervivientes», la palabras de su padre resonaron en su cabeza.

Lo poco que había comido mientras le explicaban el alcance de la misión lo sentía agriarse en el estómago.

Esos vampiros estaban recién convertidos, los habían arrancado de su vida humana y ahora ella y su gente los liberaría.

En eso debía centrarse, aquella era una misión necesaria. Ya no eran humanos, solo eran monstruos con sed de sangre que no se arrepentirían de acabar con ella o con cualquiera que se les pusiera por delante.

—Nuestro objetivo es eliminar a todos los vampiros del nido. No podemos permitir que ninguno escape. Actuaremos rápido. ¿Entendido?

Algunos asintieron, pero pudo ver como la mayoría de ellos observaban a Jeffrey en búsqueda de una confirmación.

—No los escucho, ¿entendieron? —pronunció Jeffrey en un tono duro y fingiendo que le daba su apoyo.

Sintió su brazo deslizarse alrededor de sus hombros y la atrajo hacia su cuerpo.

¡Lo que le faltaba! Que ese cerdo insinuara que ella era de su propiedad frente a todos.

Iba a matarlo y sin remordimientos. Lo cortaría a pedacitos.

Su gente asintió con más determinación en cuanto el cazador aprobó sus palabras.

—Eres un imbécil —murmuró en voz baja para que solo él la escuchara.

—Es inútil que luches contra mí. Nadie te seguirá, te has ganado su desprecio. En cambio, a mí, me respetan y yo haré que seas igual de respetada.

Libby comenzó a reírse para ocultar su rabia frente a todos. Le quitó el brazo que tenía sobre sus hombros con más delicadeza de la que deseaba y tiró de él para alejarlo un poco.

—Y tu ayuda viene con un precio, ¿me equivoco? —Alzó la ceja de la misma forma en que lo hacía su padre.

—No te equivocas, princesita. Mi ayuda siempre tiene un costo porque de otra forma, ¿cómo ganaría? No soy un filántropo, soy un cazador que tiene muy claras sus aspiraciones y la forma de conseguirlas.

Ella sabía muy bien cuáles eran, pero aun así, preguntó:

—Sorpréndeme, ¿cuáles son tus aspiraciones?

—Ya las sabes —susurró. Sus manos tomaron sus caderas por sorpresa y acercaron a su cuerpo. Libby jadeó por la impresión e intentó que la soltara, pero ya tenía demasiadas personas pendientes de ellos. No podía hacer notar lo mucho que odiaba al cazador—. Eso es, princesita. Lo que yo quiero es tu obediencia frente a todos, aunque no me importa que seas salvaje en la cama, estaré encantado de demostrarte quién manda.

—Eres un asco.

—Es una pena que sientas eso porque voy a tenerte lo quieras o no. —Jeffrey la soltó con demasiada fuerza y Libby estuvo a punto de caerse.

—¿Por qué yo? —cuestionó antes de que se marchara—. No te soporto y tú tampoco me soportas a mí, no es un secreto. Podrías tener a cualquier mujer del clan.

—Pero ninguna de ella me entregaría lo que quiero, ser el sucesor de tu padre —confesó y la miró desde los pies a la cabeza. Se sintió desnuda bajo su escrutinio y muy incómoda—.

Además, demostrarte cuál es tu lugar en el clan y bajarte de esa nube de prepotencia en la que vives me dará mucho placer. Te crees mejor que los demás, siempre juzgando, mirándonos con ese gesto acusador, pero no eres más que una mujer sin valor.

Libby apretó la espada y tuvo que controlar sus deseos de demostrarle lo que una mujer era capaz de hacer, pero pensó en su padre, en la misión y en que no podía concederle la victoria a Jeffrey. Él quería que perdiera el control y no se lo daría.

—Y según tu apreciación, ¿cuál es mi lugar en el clan?

¿Por qué preguntó? Se castigó a sí misma en cuanto vio la expresión cargada de lujuria. En algún momento debería aprender a atarse la lengua para no hablar. ¡Ojalá hubiera nacido muda!

—Tu lugar es debajo de mí, con las piernas abiertas y el coño mojado. Suplicando para que tu dueño te tome.

—Nunca serás mi dueño —gruñó y, antes de comenzar a gritar y alertar a los vampiros, se alejó del cazador para dirigirse a su posición inicial.

Libby dividió a su gente en dos grupos para cubrir ambas entradas. Uno dirigido por ella y otro por Jeffrey.

Para su suerte, después de la exhibición de macho alfa del cazador, nadie se atrevió a cuestionarla y la siguieron.

Ella encabezó la incursión. Tenía tanta rabia en ese momento que ni siquiera sintió miedo. Apenas entraron, y los vampiros que se percataron de los intrusos, acudieron a su encuentro.

Los neófitos eran rápidos, fuertes, pero demasiado impulsivos y los dirigía su sed de sangre. Su espada se convirtió en un borrrón plateado que cercenaba cabezas y atravesaba sus corazones con agilidad.

Las fechas resonaban en el aire y llegaban a sus objetivos. Los vampiros caían uno tras otro, sin ser capaces de hacerles frente porque no estaban organizados. Eran como niños recién nacidos que no comprendían nada y su creador no estaba allí para ayudarlos.

Con cada muerte, el peso de su espada parecía aún mayor. No podía dejar de repetirse que ellos no habían elegido ese destino, que solo fueron usados.

Lo peor llegó cuando encontró a una mujer muy joven. Por su aspecto, no era más que una adolescente.

La vampira se había ocultado en una esquina y miraba con horror lo que sucedía.

«Sin supervivientes», resonó de nuevo en su cabeza la voz de su padre.

—N-no m-me haga daño —tartamudeó y Libby no pudo evitar querer salvarla.

Le diría que se ocultara, aún no la habían visto. Era la última que quedaba y podría fingir que no encontró a nadie más, pero esa idea se esfumó muy rápido cuando Jeffrey se colocó a su lado.

—¿Qué tenemos aquí? —Su corazón se saltó un latido al escucharlo y se mordió el labio inferior para no gritar.

—Vete, yo me ocupo —ordenó, pero el cazador no se movió de su lado.

—¿Y perdérmelo? No, por supuesto que no. Mátala —exigió y la vampira se encogió más en su lugar.

Lloraba como lo haría una niña asustada.

¡Por Dios, casi lo era! No podría tener más de trece o catorce años.

Tragó el nudo en la garganta y alzó la espada, pero sus manos temblaban.

—Es solo una niña. Tiene miedo, ella no tiene la culpa de lo que le hicieron.

—Ya no es humana, Libby. Te engaña, juega con tu mente y te hace creer con su aspecto angelical que tiene alma, pero está vacía. En cuanto le des la espalda te atacará. ¡Mátala!

El grito del cazador asustó aún más a la joven vampira. Moviéndose la espada y ella mostró los

colmillos como último recurso.

—No... —La sonrisa de Jeffrey le dijo todo sin palabras. Consideraba que había vencido, ella era demasiado débil y se jactaría de ello en cuanto llegaran.

No quería hacerlo, aquello quedaría en su conciencia para siempre, pero si no lo hacía defraudaría a su padre y lo pondría el peligro.

Jeffrey quería verla caer, fracasar. No podía permitir que John luchara contra ese hombre. Él era demasiado honorable y el cazador usaría todas las trampas que conocía para matarlo.

—Tranquila, lo haré yo. Al final, la cabra siempre tira al monte y tú siempre serás una cobarde.

Libby apartó los pensamientos, hizo a un lado todas sus reticencias y con un movimiento rápido acabó con la vida de la vampira.

Jeffrey emitió un gruñido de rabia y se alejó sin mirarla.

Desde ese instante, se movió como si solo fuera un robot al que habían dejado en piloto automático.

Salió del nido sin decir una sola palabra, sin importarle las felicitaciones o las miradas de orgullo que su gente le dirigía. Tampoco le importó el odio que se mostraba en los ojos de Jeffrey.

El cazador creyó que no sería capaz de hacerlo. Quiso humillarla, burlarse de su debilidad y una parte de ella recibiría esas burlas si pudiera regresar el tiempo para negarse a hacerlo.

Había matado a sangre fría a una niña.

En silencio y destruida por dentro, regresó al clan.

La noche ya estaba en su punto más alto cuando atisbaron su territorio. Los coches de asalto se deslizaron por las curvas hasta llegar a la entrada secreta.

Regresaban victoriosos y la adrenalina de los cazadores casi podía olerse en el aire compactado en el interior del vehículo.

Apenas se detuvieron, Libby saltó del coche y vio a su padre. En aquellos instantes, su rostro solo era una fría máscara que no dejaba ver el torbellino de emociones que se gestaban en su interior.

Por la alegría victoriosa con la que regresaban, su padre supo que la misión había sido un éxito. Se acercó para felicitarla con una expresión de orgullo que nunca logró ver dirigida a ella.

Le dolía el alma.

La primera vez que la miraba de esa forma y era por haberse convertido en un monstruo.

—Libby —pronunció su padre y fue a darle un abrazo, pero ella alzó la mano y lo detuvo.

—Ahora no —siseó y John dio un paso atrás al ver su mirada.

—Hija, ¿estás bien?

¡¿Qué si estaba bien?! ¿Cómo podía hacerle esa pregunta? Había matado a un ser inocente por protegerlo a él, por sus absurdas ideas retrógradas que eran incapaces de creer que, en un mundo que desconocían, podía también existir la bondad.

La prueba de ello era su lobo. Él deseaba marcharse, sin recordar su pasado, exponiéndose al peligro con tal de que ella no sufriera las consecuencias.

«Mi lobo», repitió en sus pensamientos.

Había estado tan horrorizada por lo que ocurría que olvidó por completo que lo dejó solo todo el día. ¿Y si no estaba? ¿Y si cumplió con su palabra?

—No quiero que me sigas —dijo en cuanto llegó a su todoterreno y se sentó en el asiento del conductor—. Tampoco quiero visitas, solo dejadme en paz.

—Pero Libby, quédate en casa, hablemos. No regreses sola, no te veo en condiciones.

—¡Dije que me dejes en paz! —gritó fuera de sí. Aferró el volante con fuerza y miró a su padre—. Necesito estar sola, respeta eso, por favor. Cuando esté preparada para regresar yo me acercaré. No me busques.

Sin decir nada más, aceleró el coche y se alejó dejando a la aldea atrás y también toda la celebración.

Condujo a exceso de velocidad sin importarle el terreno. Necesitaba llegar a su casa lo antes posible.

Conforme la construcción comenzó a verse a lo lejos, algo dentro de ella parecía querer escapar de su interior para llegar más rápido al interior de la casa. Sentía al lobo, su presencia, no sabía cómo era posible, pero conforme la distancia se acortaba su desesperación por verlo era cada vez más fuerte.

Derrapó con el coche y, sin detenerse a cerrarlo, corrió hacia su casa.

Al abrir la puerta, todo estaba oscuro y en silencio, pero pudo distinguir la figura sentada en su sillón.

—No te has marchado, Lobo —jadeó casi sin aire y cerró la puerta de la calle con fuerza.

Él se levantó con rapidez y acortó la distancia con tanta agilidad que si de verdad fuera peligroso, ya habría acabado con su vida.

Se había quitado el entablillado de las piernas, pero estaba muy claro que no lo necesitaba. El olor de su propio champú le inundó las fosas nasales y supo que él había hecho uso de su casa mientras estaba fuera.

Imaginarlo desnudo en su ducha la hizo sentir un latigazo de deseo.

—Puedes llamarme Alaric —pronunció él con la voz enronquecida—. Estaba muy preocupado por ti. Quise buscarte, peor no quería meterte en problemas.

Libby no supo si fue por la oscuridad de la sala, si por su cercanía, o porque no había huido y le confesara que estaba preocupado. Quizá fue por el dolor que le recorría hasta el alma y solo parecía calmarse cuando lo tenía cerca. Los motivos poco importaban.

Se lanzó a sus brazos y él la atrapó sin esfuerzo. Cuando sus labios se unieron todo lo demás dejó de importar.

Capítulo 9



Alaric escuchó parte de la conversación que Libby tenía con su padre y cuando ese hombre preguntó si estaba con Jeffrey, unos celos irracionales hicieron acto de presencia.

Había que ser muy tonto para creer que una mujer como ella estaría sola. Tendrían que estar muy ciegos para no verla y él estaba herido, sin memoria, pero la vista le funcionaba de maravilla.

Solo cuando escuchó la repulsión que Libby sentía por ese tal Jeffrey se quedó más tranquilo.

Quería salir, estaba cansado de fingir que debía estar en la cama. Todavía estaba lesionado porque la herida de su abdomen no se curaba como el resto del cuerpo, pero el miedo en los ojos de ella cuando le avisó de que alguien se acercaba, le hizo entender que todo lo que le había contado era cierto.

Su presencia allí podías traerles graves problemas a ambos.

Cuando Libby se marchó, comenzó a quitarse el entablillado de las piernas y gran parte de los vendajes. Pronto terminaría de sanar y, aunque todavía no se encontraba demasiado fuerte, algo le decía que solo sería cuestión de tiempo para que todo volviera a la normalidad.

Tiempo era algo que no tenía.

Si todo era cierto, y no tenía por qué desconfiar, Libby se estaba arriesgando demasiado al tenerlo allí. Ese día no fueron descubiertos, pero podría ser al siguiente.

Alaric no podía pagarle todo lo bueno que hizo por él dándole problemas. Pese a eso, la sola idea de marcharse sin despedirse y no volver a verla, hacía que su lobo gruñera en respuesta.

Desde que vio en el espejo la forma en que los ojos le cambiaban de color ya no tuvo motivos para continuar engañándose. Eran un licántropo, tal como Libby le explicó y saberlo hacía que muchas de las piezas que no lograban acomodarse en su mente tomaran un sentido correcto.

Al ver que el tiempo pasaba y ella no aparecía, comenzó a moverse por la casa sintiéndose enjaulado. Tenía una fuerte sensación de que había algo pendiente, un lugar a dónde ir y gente a la que proteger, pero no lograba acceder a esa información.

Buscó ropa por la casa, pero todo lo que encontró no era ni de su talla ni de su estilo. Tampoco sabía cómo le había gustado vestirse antes de perder la memoria, pero estaba bastante seguro de que no solía ir con ropa de mujer.

Lo mejor sería marcharse mientras ella no estaba porque de otra forma no se veía capaz de dejarla, pero cuando se dirigió a la puerta, regresó su camino a la habitación con la excusa de que desnudo podría llamar demasiado la atención.

Las horas continuaron pasando y la preocupación por Libby crecía cada vez más. La idea de marcharse antes de que regresara comenzó a quedar relegada y solo podía pensar en la forma en que ella le pidió que no se fuera.

Para convencerse a sí mismo se dijo que la esperaría para poder despedirse, pero cuanto más tardaba, más inquieto se ponía su lobo. Algo iba mal, lo presentía.

Comportándose como un león enjaulado, no dejó de recorrer la pequeña casa sin descanso.

Al ver que ella no regresaría, no pronto al menos, terminó por darse una ducha y tomar prestada una toalla que Libby tenía colgada en el baño para no continuar desnudo. Ese trapo

tenía su olor impregnado, como el resto de la casa y no le permitía aclarar su mente. Debería aprovechar para intentar recordar mientras estaba solo y Libby no estaba a su alrededor para hacerle olvidar que no estaría allí para siempre.

Pese a eso, lo único en que podía pensar era en el olor de la toalla, en el beso que se dieron y en que ella no regresaba. ¿Estaría huyendo de él?

No, eso no era posible. Le pidió que no se marchaba y solo estaba dejando salir sus inseguridades.

Pero, cuando llegó la tarde y ya casi el sol desaparecía, Alaric no pudo soportarlo más. Lo tenía decidido. En cuanto se hiciera de noche, saldría a buscarla. Algo en su interior le decía que podría rastrearla solo con su olor porque era algo que ya había hecho antes. Libby podía estar en algún peligro y él estaba allí con los brazos cruzados.

Para su suerte, no hizo falta que lo hiciera porque pudo sentir su presencia aún desde la distancia. Ella se acercaba y de pronto se sintió bastante tonto por haber pasado todo el día loco de nervios. Su cuerpo le pedía abrir la puerta para verla acercarse y asegurarse de que estaba bien, pero si hacía eso, Libby sabría lo mucho que ella le importaba.

Alaric acabó por sentarse en el sofá, a oscuras. Eso sería lo máximo que disimularía. Desde allí podía ver la puerta apenas se abriera, pero ¿y si no regresaba sola?

Un sonido extraño que nunca antes escuchó resonó fuera y tras eso los pasos apresurados de Libby. Venía sola y corría hacia la casa.

En cuanto la puerta se abrió, ella lo buscó en la oscuridad.

—No te has marchado, Lobo —su voz se escuchó como un jadeo entrecortado y algo en ella era muy diferente de la mujer que se había marchado en la mañana.

Su increíble olor estaba mezclado con el de la sangre. Se preocupó tanto que se levantó con rapidez y acortó la distancia. No se quedó tranquilo hasta que notó que la sangre no pertenecía a ella, pero podía notar que no estaba bien.

El aroma que emanaba era el de la tristeza y, unido a esa sangre que no era humana, le quemaba la nariz.

—Puedes llamarme Alaric —pronunció con el deseo de escucharla decir su nombre—. Estaba muy preocupado por ti. Quise buscarte, pero no deseaba meterte en problemas.

No esperó su reacción y tampoco se quejaría, ella se lanzó a sus brazos y él la atrapó sin esfuerzo. Libby buscó su boca con desesperación, como si lo necesitara o acabaría por ponerse a llorar y se derrumbaría.

Sus bocas se unieron y, de la misma forma que esa mañana, la pasión se desbordó con tal fuerza que ninguno tenía control sobre sí mismo o de dónde estaban.

Libby enredó los brazos en su cuello y la toalla cayó al suelo. Su piel desnuda se frotó contra la ropa de su compañera y no pudo evitar gruñir de frustración.

Necesitaba tocarla y sentirla, pero si solo ese beso era lo que ella tenía para darle, lo tomaría sin exigir nada más. Sus lenguas se entrelazaban, sus labios pedían no separarse y sus cuerpos hablaban el lenguaje que ellos no eran capaces de pronunciar.

—Ayúdame a desvestirme —la escuchó jadear sobre sus labios y no lo pensó dos veces.

No sabía por qué ella se encontraba en ese estado cuando llegó, se lo preguntaría después, pero el olor a miedo y a dolor había quedado relegado por el de la excitación.

Libby se quitó la chaqueta militar con torpeza. Las manos le temblaban tanto que incluso al tirar de la prenda, sus brazos quedaron atrapados entre la tela. Él sonrió y los apresó en la espalda para dejarla inmovilizada.

—Así que eres dominante —ronroneó ella a la vez que su respiración entrecortada elevaba su

pecho cubierto por una camiseta ajustada.

Las garras emergieron de sus manos como si su lobo tomara el control y deslizó una de ellas al escote de la prenda. Lo sintió natural, parte de sí mismo.

—Es lo que necesitas ahora —murmuró a la vez que rasgaba la tela hasta la cintura y sus pechos quedaban al descubierto.

Agradeció su visión de licántropo porque pudo apreciarlos a la perfección incluso en la oscuridad. Libby cerró los ojos cuando sus labios se aferraron a uno de sus pezones y un fuerte gemido escapó de su garganta. La sintió tener un escalofrío cuando terminó de quitarle la chaqueta y la parte superior de su cuerpo quedó descubierta. No podía dejar de tocarla.

Acarició su espalda con una mano mientras la otra la llenaba con sus pechos. Sentía a su lobo aullando de felicidad y el deseo por ella era tan fuerte, que el dolor punzante que siempre lo acompañaba en la herida del abdomen quedó olvidado.

Libby se agarró a sus hombros a la vez que se quitaba las botas con rapidez y las lanzaba a un lado de la sala.

—Quítame los pantalones —exigió, pero Alaric solo sopló sobre el pezón que había torturado con su lengua y se dirigió al otro para hacer lo mismo—. Oh, por Dios, te necesito ahora. No estoy para preliminares, te quiero ya.

Desesperada, alzó su rostro para besarlo y cuando lo consiguió, su mano se deslizó hasta su miembro e intentó rodearlo con su pequeña mano. Ambos gimieron y la tomó de las caderas para acercarla a su cuerpo.

La mano de su compañera comenzó a moverse sobre su erección provocándole que un temblor lo recorriera. Gruñó y la apartó porque, si seguía haciéndolo, se volvería loco y atrás quedaría toda su intención de ser suave con ella.

—Pero quiero tocarte —se quejó e intentó llevar su mano de nuevo hasta su miembro—. Eres tan grande.

Él apretó los parpados y dejó escapar un gemido. Los abrió una vez logró recuperar el control y, sin pensarlo, le rasgó los pantalones de la misma forma que había hecho con la camiseta.

—Después me tocarás todo lo que quieras —pronunció sin dejar de admirar su cuerpo desnudo.

Sus pechos eran lo suficientemente grandes como para que llenaran sus manos al completo, sus caderas eran anchas y su cintura estrecha. Al verla, solo podía pensar en que esa mujer había nacido para él.

Con ambas manos tomó sus nalgas y la impulsó para que enredara las piernas en su cintura. Su miembro quedó encajado entre sus piernas y se deslizó por la humedad de su sexo.

Ambos se miraron a los ojos y, sin necesidad de palabras, ella llevó la mano entre sus cuerpos, volvió a agarrar su miembro y lo posicionó en su entrada.

—Por la diosa —murmuró—. Estás tan mojada.

—La diosa no tiene nada que ver, lobo. Eres tú el que me pone así. —Libby intentó mover la cadera para provocar la penetración, pero él la sostuvo con más fuerza para no permitirselo.

Quería que pronunciara su nombre y dejara de llamarlo de esa forma.

—Alaric. —Ella lo miró con el ceño fruncido y volvió a intentar que sus cuerpos se unieran—. Llámame Alaric.

—En estos momentos podría llamarte «mi Dios» con tal de que me follaras. —Libby lo agarró de la nuca y lo acercó para besarlo, pero en lugar de darle lo que quería, alzó sus caderas y deslizó su miembro a través de sus pliegues humedecidos arrancándole un gemido.

—No necesito ser tu Dios, me conformo con que me llames por mi nombre —pronunció a la

vez que volvía a castigar su clítoris con toda su longitud.

Libby lo miró como si no quisiera rendirse, pero acabó por poner una sonrisa traviesa en su rostro y decir:

—Te necesito dentro de mí, ahora... Alaric.

No sabía el motivo por el que tenía esa necesidad de escucharla pronunciar su nombre. Tal vez era porque su nombre era lo poco a lo que podía aferrarse. Lo único que recordó de una vida que parecía no existir. Cuando ella lo decía en voz alta, era como si él volviera a ser alguien, como si tuviera un propósito de nuevo.

—Y yo te daré todo lo que tú quieras —gruñó para después enterrarse en ella de un solo empujón.

Le apretó con fuerza las caderas, tanto como para dejarle la marca de sus dedos en la carne, pero ella no se quejó. Todo lo contrario, Libby lo mantenía rodeado por el cuello y se impulsaba al mismo ritmo de sus fuertes embestidas.

Se miraron, se retaron y fingieron que era el otro quien tenía el control de la situación, pero la realidad era que ambos deseaban que aquello ocurriera tanto como deseaban continuar respirando.

Sus bocas volvieron a rozarse, a imponerse sus lenguas jugando una con la otra, mientras entraba en ella una y otra vez, cada vez más rápido, ahogando sus gemidos entre sus labios.

La sentía mojada, tan resbaladiza y caliente que no podía suavizar sus movimientos por más que deseara alargar el tiempo y tenerla así, entregándose a él.

Libby comenzó a temblar, se frotaba contra su cuerpo y buscaba la fricción entre ambos. Se permitió dejar de besarla para mirar su rostro contraído por el placer. La sentía palpitar alrededor de su miembro y perder la fuerza por el intenso orgasmo.

Después la llevaría a la cama y se daría el tiempo de adorarla entera, pero en ese momento la tomaría como un animal salvaje, porque la necesitaba y ella a él.

Alaric salió de ella con un gruñido resignado por perder el calor de su cuerpo y la dejó en el suelo. Tuvo que sujetarla porque a Libby le temblaban las piernas y no era capaz de sostenerse en pie por sí misma.

—Grandullón, tú sí que sabes usar a tu amiguito —balbuceó con los ojos entrecerrados y una sonrisa lánguida en el rostro—. Ahora podría dormir mil años.

—¿Dormir? Todavía no he acabado, ángel —le dijo a la vez que la llevaba hacia el sofá y la hacía apoyarse en el respaldo dándole la espalda.

Ella obedeció sin poner objeciones y entreabrió las piernas alzando su cadera para mostrarle su sexo humedecido.

—Esta noche creo que soy más el diablo —murmuró y sintió como su voz se apagaba—. Hice algo horrible.

No quería que ella volviera a pensar en lo que sea que hubiese ocurrido. Así que se pegó a su espalda, la envolvió con el calor de su cuerpo y comenzó a besarle la nuca y los hombros.

—Para mí eres el ángel que me devolvió a la vida y eres el único que recuerdo que no quiero olvidar nunca.

—Alaric —volvió a pronunciar su nombre y sintió que se endurecía aún más—. Si supieras lo que hice no querrías volver a verme.

—Nada de lo que hagas hará que me separe de ti —apenas lo pronunció, supo que era cierto.

Había sido una locura pensar que podría marcharse y no volver a verla. Ahora era impensable, si debía mantenerse oculto en esa casa con tal de tener un poco más de ella, lo haría.

La herida del abdomen le ardía cada vez más y le provocaba un dolor intenso. Su cuerpo

comenzaba a recordarle que todavía no estaba curado del todo, pero ni una tortura lo haría detenerse.

La deseaba como un muerto de hambre y ella era su alimento pero, había algo más, su lobo sentía que ella le pertenecía de alguna forma que no podía entender y él no podía hacer otra cosa más que darle la razón.

Apartó el dolor que lo desgarraba y recorrió su espalda con su boca y sus manos. Libby echó la cabeza hacia atrás y comenzó a temblar de anticipación cuando se arrodilló en el suelo y tuvo sus preciosas nalgas y su sexo expuesto a la altura de su rostro.

—Tu excitación huele tan dulce —ronroneó—, pero ahora no me conformo solo con olerla, también quiero saborearla.

Libby gimió cuando su lengua se deslizó sobre su sexo, probándola. Aquel sonido lo animó a repetir el movimiento con más fuerza y su lengua comenzó a recorrer cada pliegue. La sostuvo de las caderas y la torturó bebiendo de ella hasta que tuvo que dejarse caer sobre el sofá porque las piernas no la sostenían.

Sus gritos de placer inundaban sus oídos y supo que haría lo que fuera necesario para mantener a esa mujer a su lado.

—Podría morir de esta forma —la escuchó susurrar cuando Alaric se levantó para posicionarse tras ella—. También eres muy bueno con la lengua.

No pudo evitar reír.

—¿Eso significa que te gusto, ángel? —preguntó en tono de broma, pero la inquietud de que le dijera que no, comenzó a mortificarlo.

—Me gustas tanto que hasta estoy arriesgando mi miserable vida por ti, así que haz que merezca la pena, grandullón.

—Mataré a cualquiera que se atreva a hacerte daño —bramó y supo que era su lobo el que ponía las palabras en su boca, pero volvía a estar de acuerdo con él.

No la dejó responder, tomó sus caderas, le abrió las piernas con las rodillas y embistió su miembro en el interior de su sedosa vaina. Deslizó una mano hasta sus pechos sin dejar de bombear una y otra vez. La idea de que alguien la dañara por su culpa le hizo perder la poca contención que le quedaba, aunque ella no parecía quejarse.

Libby aprisionaba su espalda contra su torso y ladeaba la cabeza para buscar sus labios igual de enfebrecida.

—E-Eres un s-salvaje, lobo —balbuceó sobre sus labios sin poder dejar de gemir—, pero acabo de descubrir que me encanta que seas así.

Alaric no se detuvo a pensar, los colmillos se deslizaron entre sus labios y sintió el sabor de su propia sangre al rozarlos contra su lengua. Le ardían de necesidad de clavarlos en su carne, de desgarrar la suave piel y marcarla para siempre.

Tuvo que preguntar o contenerse, pero su lobo no dejaba de gritar en su mente que esa mujer era suya y nada ni nadie lo haría cambiar de opinión. Repetía una y otra vez que había encontrado a su compañera y él quería que eso fuese cierto.

No sabía qué conllevaba marcarla y en ese instante tampoco le importaba. Su único pensamiento era hacerlo y ya lo preguntaría después.

Sin dejar de embestirla besó su cuello y bajó hasta su clavícula. Libby apartó su rostro para permitirle un mejor acceso. Lo tomó como una aceptación porque para ese instante ambos estaban demasiado compenetrados y enardecidos de deseo.

Su compañera le clavó las uñas en el brazo y un alarido escapó de su garganta cuando un nuevo orgasmo la asoló. La sentía apretando su miembro con tanta intensidad que casi no pudo

contenerse más.

—Eres mía, ángel —susurró justo antes de que sus colmillos se deslizaran por su clavícula y la mordiera.

Libby emitió un jadeo por la impresión, pero con sus últimas embestidas ese jadeo se convirtió en un fuerte gemido que la llevó a un nuevo orgasmo. La sintió temblar y agotarse, pero él la mantuvo sujeta contra su cuerpo a pesar de que todas las emociones comenzaron a asolarlo en ese instante.

Vio a su compañera luchando contra unos vampiros, vio el horror y la sangre. La agonía que le suponía tener que hacer eso. Observó el rostro asustado de una mujer joven, una niña que apenas acababa de alcanzar la adolescencia y abrazó con más fuerza a Libby cuando sintió el dolor de su compañera al acabar con su vida.

Ella estaba volcando todos sus recuerdos en él sin darse cuenta y los recibió sin importar lo horribles que fueran muchos de ellos porque conforme Alaric los tomaba, su mujer parecía encontrar la paz.

Con una embestida más, se dejó ir y la llenó con simiente. Ambos estaban sudorosos y no podían dejar de temblar, pero eso no le impidió tomarla entre sus brazos y alzarla para llevarla a la cama.

Libby no objetó, dejó caer su rostro en el hombro y mantuvo los ojos cerrados.

—Me marcaste —afirmó con un hilo de voz, como si no tuviera fuerzas para discutir su decisión—, creí que eso solo lo hacían entre lobos.

Alaric no tenía una respuesta que darle, quizá disculparse por enloquecer y hacerlo sin su consentimiento habría sido buena idea, pero, cuando la soltó en la cama, un fuerte pinchazo le atravesó la cabeza y un sentimiento cálido anidó en su pecho.

El rostro de una mujer apareció en sus recuerdos. Tenía el cabello plateado y los ojos del mismo color, él estaba a su lado y la miraba con anhelo. Ella le sonrió y su corazón se aceleró con ese gesto.

Podía sentir que en algún momento de su vida, sintió algo muy fuerte por esa mujer. El dolor en su cabeza se hizo insoportable y terminó arrodillado en el suelo.

Libby gateó en la cama hasta llegar a su lado, podía escuchar su voz y sus manos tocándolo, estaba muy preocupada, pero él casi no soportaba el ensordecedor sonido de su mente y las imágenes. Quería tomarlas todas, recordar, pero por más que lo intentó, el rostro de la mujer se esfumó de su memoria y solo pudo ver un latigazo dirigiéndose hacia él.

Lo sintió en su carne como si hubiera impactado en ese mismo instante. Alaric se dejó caer de espaldas en el suelo cuando todo pasó y el único dolor que se mantenía y que cada vez era más fuerte, era el de su abdomen.

Cuando logró regresar a la realidad.

Su compañera estaba a su lado, arrodillada en el suelo. Le sujetaba el rostro con ambas manos y lloraba con tanta intensidad que era como si todo lo que había contenido ese día, se hubiese desbordado y no pudiera soportarlo más.

Quería calmarla, decirle que la amaba y que todo estaría bien, pero la imagen de aquella mujer desconocida le impidió decir lo que de verdad sentía.

En cambio, solo pudo pronunciar.

—Emma, ¿cómo pude hacerte esto?

Si esa mujer era su compañera en realidad, él acababa de traicionarla y no solo con su cuerpo. Ya no podía cambiar lo que sentía por Libby, estaba enamorado de ella, pero saber que había otra mujer preocupada por él y quizá esperándolo, no ayudó a su conciencia.

Capítulo 10



Libby rara vez lloraba y menos se permitía mostrar sus emociones, pero después de lo ocurrido, era como si un dique se hubiera abierto en su interior y todas las lágrimas que guardó por años buscaran el cauce.

El lobo —Alaric— se corrigió en su mente, se encontraba en el suelo con la respiración entrecortada, pero ya no parecía que iba a morir por el dolor. Verlo con ese sufrimiento después de tantas emociones, la había impactado y no fue capaz de reaccionar de otra forma que no fuese poniéndose a llorar.

Aún no lograba comprender qué había ocurrido en realidad. Sintió sus colmillos insertarse en su clavícula y al pequeño dolor le siguió una sensación mágica. Incluso para ella que creció rodeada de tantos seres sobrenaturales y con historias que para el resto del mundo solo eran fantasía, le costaba procesar que lo que sintió con aquella marca fuese real.

Fue como si se uniera a él más allá de lo físico, como si sus almas conectaran y, al hacerlo, comprendió una verdad a la que le tenía pánico y había intentado ignorar.

Estaba enamorada de Alaric.

No sabía en qué momento ocurrió, si fue productor de la marca, del mejor sexo que había tenido en toda su vida o porque desde la primera vez que lo vio herido e indefenso sintió algo por él que no podía explicar. Pero cuando lo escuchó pronunciar el nombre de otra mujer se quedó paralizada.

No sabía cómo reaccionar. ¿Emma? ¿Quién era Emma? Un frío helado se extendió por su pecho ante la posibilidad de que hubiera otra mujer en la vida del lobo. ¿Acaso no lo había pensado en alguna ocasión?

Con las manos temblorosas se secó las lágrimas y se puso de pie para ayudarlo a sentarse en el suelo.

—¿P-puedes levantarte? —preguntó con la voz trémula al ver que la venda del abdomen estaba cubierta de sangre—. No puedes quedarte ahí, necesitas llegar a la cama para que pueda revisar tu herida.

En otro momento, se preguntaría quién era Emma, pensaría en lo que acababa de ocurrir y en qué significaba esa marca para Alaric. Al final, ella era humana y poco debía importarle las costumbres de los lobos. Aunque por más que se lo repetía para calmarse, algo había cambiado en su interior.

—Lo siento —escuchó que decía y, sin tomar la mano que ella le ofrecía, se levantó del suelo y se sentó a un lado de la cama—. No quería estropearlo. ¿Te encuentras bien?

Libby apartó esos sentimientos que le provocó el escucharlo mencionar el nombre de otra mujer cuando lo vio tan preocupado. Se acercó a él sin poder mantenerse alejada por más tiempo y terminó colocada entre sus piernas. Mientras, Alaric la abrazaba por la cintura y dejaba caer el rostro en su vientre.

Se mantuvieron callados por varios minutos. Ella solo podía pensar que aquel abrazo era demasiado íntimo para tenerlo con alguien que ya tenía a alguien esperándolo.

No era que lo que acababa de pasar entre ellos no lo fuese, pero bien podrían tomarlo como el

encuentro sexual entre dos adultos que estaban muy estresados. Al menos, eso se dijo cuando entró a su casa y se abalanzó sobre él.

¿Acaso pensó? No, no lo hizo.

Solo quería apartar el dolor que sentía y Alaric estaba allí, habría ocurrido con cualquier otro hombre... ¡Mentirosa!

No podía dejar de mentirse a sí misma y todo porque lo que sentía le daba demasiado miedo. Ella condujo como una loca para llegar a su casa porque lo buscaba a él y no a otro hombre.

Se había enamorado de un licántropo, tenía que reconocerlo y dejar de mentirse.

De todas las cosas que hizo en su vida y que le trajeron problemas, aquella se llevaba el premio. Iba a comenzar a reírse de sí misma cuando sintió la mano de Alaric acariciar su espalda y levantó la cabeza de su vientre para mirarla.

—No estás bien, puedo sentirlo, ¿qué te preocupa? —Notó el gesto de dolor que hizo a la vez que hablaba y enseguida se retiró de aquel abrazo que, para su mala suerte, le agradaba demasiado.

—Estoy bien —mintió y Alaric la miró con el ceño fruncido. Bien, no solo sabía cómo se sentía, también podía saber que ella le estaba mintiendo. Suspiró al darse por vencida y lo miró a los ojos. Ahora eran grises, su lado animal estaba oculto—. Han sido demasiadas cosas para un día. Acuéstate, debo curarte —murmuró en un tono frío.

Libby no quería profundizar más en lo ocurrido, al menos no en ese momento. Estaba agotada y tenía que curarle la herida del abdomen. Por la sangre era muy probable que se hubiera abierto de nuevo, quería ducharse y no para borrar las huellas del lobo en su cuerpo sino para sacar esa suciedad que sentía por ser una asesina.

Lo demás, ya lo procesaría más adelante. Como lo que vio y sintió a través del vínculo.

Era una imbécil, se había enamorado de un lobo que ya amaba a otra mujer.

—Ángel, estoy bien, no es necesario. Ven a la cama, duerme conmigo, te ves muy cansada.

—No me llames de esa forma, mi nombre es Libby —pronunció con demasiada agresividad.

Recordaba lo que él le dijo cuando la llamó por ese apodo y lo bien que la hizo sentir. Ahora esos sentimientos le dolían porque había visto a esa preciosa mujer en su mente y la forma en que él la miraba.

Alaric se levantó con rapidez, de nuevo la agarró desprevenida y se encontró entre sus brazos antes de poder negarse.

—No voy a dejar de llamarte así y tampoco voy a permitir que te apartes de mí —gruñó y la voz resonó en su oído provocándole un escalofrío. Cuando lo miró a los ojos ahí estaba de nuevo, aquellos ojos avellanas que ahora sabía que correspondían a su lobo.

—Solo fue sexo —volvió a mentir—. Ya somos adultos como para pensar que por algo así va a cambiar lo que sea que haya entre nosotros. Soy una cazadora y tú un lobo, cuando te recuperes, regresarás a tu manada, con tu linda mujercita y esto solo será un mal recuerdo.

Libby emitió un jadeo de sorpresa después de que todo lo que no quería pronunciar escapara a borbotones por su boca. ¡Estaba tan celosa, dolida y para colmo no había hecho nada para disimularlo!

¿Por qué tenía que enamorarse? Ni siquiera cuando acabó la relación con su exprometido le dolió tanto como le destrozaba pensar que él se marcharía y estaría feliz con otra mujer.

Los ojos del lobo brillaron de una forma sobrenatural, posesiva y el abrazo en el que la tenía envuelta se afianzó aún más.

—Puedo oler cuando mientes, ángel —su voz se escuchó baja, ronca y peligrosa, pero en lugar de provocarle miedo solo hizo que su cuerpo se olvidara de todo y el calor emergiera

provocándole un gemido que intentó ocultar. No lo hizo muy bien porque Alaric sonrió con prepotencia—. ¿Por qué mientes? Ambos sabemos que fue mucho más que sexo. Te marqué, perdóname por hacerlo sin preguntarte antes, pero no pude evitarlo. Estamos unidos, Libby, para siempre. Eres mía y yo tuyo.

Ese para siempre debería haberle sonado como una condena, pero en lugar de ser así, las lágrimas volvieron a sus ojos porque quería que fuese realidad.

No estaba enfadada porque la marcara sin su permiso. Tampoco es que ella pusiera demasiada resistencia cuando ocurrió porque lo deseaba. Había sentido algo muy profundo por él desde que lo vio por primera vez y supo que debía salvarle la vida.

Si le hubiera preguntado antes de marcarla, se habría negado porque su mente le decía que aquello era un error. Que venían de mundos diferentes, que eran distintos en todos los aspectos y encima eran enemigos, pero sus sentimientos gritaban que era lo correcto.

Libby dejó caer la frente en su torso y no pudo evitar corresponderle al abrazo. Lo necesitaba y tenerlo así la hacía olvidar todo lo que sucedió con los vampiros, el consejo y esa soga que parecía colgar para ella en forma de un marido que escogerían sin que tuviera voz ni voto para negarse.

Alaric la llevó hacia la cama y la tumbó a su lado. No se quejó ni opuso resistencia.

—¿Qué haremos ahora? No puedes vivir para siempre encerrado en esta casa y yo no puedo huir porque me buscarían —se atrevió a preguntar—. No quiero que por mi culpa te hagan daño.

El lobo le acarició el cabello y le acomodó mejor la cabeza sobre su brazo. Emitió un suspiro y le alzó el rostro para que lo mirara.

Habría sido mucho mejor si no lo hiciera porque cuando la miraba de esa forma podía decirle que sí a todo lo que le propusiera.

Sus facciones eran duras, masculinas y con ese toque de peligro que parecía volverla loca, excepto cuando sonreía. Cuando lo hacía se iluminaba su rostro y su expresión se tornaba más amable y dulce. Podía ver en sus gestos que era un hombre que tenía mucha responsabilidad en su vida y debía mostrarse duro e impenetrable. Era una lástima que no recordara, quería saber todo sobre él.

Quizá era un regalo que no tuviera memoria, puede que ese aspecto taciturno se debía a una vida difícil. El lobo no era un hombre de regalar sonrisas, pero cada una de ellas eran increíbles.

Sí, en definitiva, era mucho mejor que no recordara si lo que provocaba que él fuese tan serio era una vida complicada.

En especial, si se olvidaba para siempre de esa mujer.

¡Era una persona horrible!

—¿Quieres que me vaya, ángel? —le preguntó Alaric y enseguida pudo notar a través del vínculo la tensión que se creaba en su interior.

Era una sensación extraña poder saber sin necesidad de preguntarle qué pasaba por su mente. Tragó el nudo de nerviosismo que se instaló en su garganta al darse cuenta de que aquello era recíproco y él también podría saber todo de ella y no solo lo bueno.

Libby negó con la cabeza.

—No, no quiero, pero este no es un lugar en el que puedas quedarte. Cuando te recuperes tenemos que buscar la forma de sacarte de aquí sin que te vean —decir aquello le estaba costando, pero lo amaba y era un amor sin egoísmo. Por más que lo quisiera a su lado, deseaba mucho más que él estuviera sano, sin peligro a su alrededor y feliz. Si eso la condenaba a una vida de extrañarlo, que así fuera, lo soportaría con tal de saber que él no corría peligro—. Yo no soy lo que tú crees. He hecho muchas cosas de las que me arrepiento, pero sentirlo no cambia

que tenga las manos manchadas de sangre.

—¿Lo dices por todos esos vampiros que mataste hoy? ¿O... por la joven vampira que te obligaron a matar? —Libby se tensó al escucharlo y, antes de que pudiera preguntar cómo lo sabía, él la miró como si fuera una niña pequeña a la que tuviera que educar—. El vínculo, ángel. Cuando te marqué, vi una parte de tus recuerdos, también lo que sentiste al acabar con su vida —aclaró.

Libby comenzó a toser cuando intentó quejarse por la intrusión en su mente, pero todas las palabras se atoraron. ¿Acaso a ella no le había ocurrido lo mismo? Ahora él ya sabía la clase de persona que era. Libby era peligrosa, podía no tener la fuerza de un ser sobrenatural, pero eso no le quitaba fortaleza.

No era ese ángel que él decía, era un demonio con un entrenamiento dirigido a aniquilar a los seres que eran como él. Eso lo espantaría, ni siquiera el vínculo lo mantendría a su lado. Se marcharía para ponerse a salvo de ella y de su gente.

¿Acaso no era lo que quería? Era mucho mejor que la odiara y viese lo peor de ella.

Pero si eso deseaba, ¿por qué tenía que doler así?

Lo empujó para escapar de su abrazo y él no se lo impidió. ¿Qué esperaba, qué no le permitiera alejarse? ¿Qué luchara por convencerla? ¡Por Dios, había visto como mataba a una joven inocente! No podía pedirle nada.

Una vez en pie y, sin demasiado control de su cuerpo por los nervios, se humedeció los labios y comenzó a caminar por la habitación buscando gasas limpias, antiséptico y todo lo que necesitaba para hacerle unos nuevos puntos de sutura.

—Ángel —susurró el lobo desde la cama. Tenía la mano sobre el abdomen e intentaba ocultar que le dolía—. Tú no eres lo que te obligaron a hacer. Deberías dejar de juzgarte y verte de la misma forma en la que yo te veo.

Estuvo a punto de tirar todo al suelo al escucharlo, pero logró sujetarlo a tiempo y dirigirse a la cama.

—No es necesario que me justifiques. Siempre he juzgado a mi gente por no hacer las cosas de otro modo, por temer lo que no conocen y no molestarse en intentar proteger a los humanos de una forma menos... agresiva. —Libby se sentó a un lado de la cama y lo instó a colocarse boca arriba para que dejara al descubierto su abdomen.

Ambos estaban desnudos y parecía que ninguno se sentía incómodo con eso. Ella podía notar que él no la odiaba a pesar de lo que había visto, tampoco la juzgaba y solo estaba preocupado por cómo se sentía. De la misma forma que podía saber eso, él también sabría todo lo que ella estaba sintiendo en ese instante.

La desnudez del cuerpo poco importaba cuando ambos veían en el otro algo mucho más profundo que lo físico.

A pesar de lo dura que era la situación, le habría gustado que fuera posible. Se daba cuenta de que aquello era lo que quería, quedarse a su lado, marcharse con él y alejarse de su gente, pero esa historia no tendría un final feliz.

Por más que sintiera un amor incontrolable por un hombre que acababa de conocer, tenía que bajar los pies a la tierra.

—Creo que solo estás equivocada en una cosa —escuchó la profunda voz de Alaric cuando le quitó el vendaje y tuvo que ocultar su preocupación al ver la herida—. Juzgas a toda tu gente por igual, pero en todos los lugares hay gente buena como también la hay mala. ¡Ah, mujer, cuidado! —Libby apartó las manos de la herida y lo miró con preocupación.

—¿Te hice daño? —Cuando Alaric sonrió y negó con la cabeza, ella hizo un mohín y le

pellizcó el brazo.

—No, pero dejaste de escucharme en el momento en que viste mi herida, quería traerte de vuelta a la realidad.

—Te estaba escuchando. —El lobo rodó los ojos con incredulidad y Libby ignoró el gesto para concentrarse de nuevo en la herida—. Es solo que me preocupa, debería haber sanado como el resto de tu cuerpo y no lo ha hecho. Quizá fue por... —Se detuvo cuando las imágenes de lo que hicieron momentos antes regresó a su memoria. El calor la atravesó y Alaric gruñó como un animal.

—Si sigues pensando en eso voy a tumbarte en la cama y no me importará si me desangro. —Libby se mordió las mejillas en el interior de su boca intentando retener una sonrisa.

—No puedes saber lo que estaba pensando —argumentó y evitó fijarse en esa parte de su cuerpo que se mantenía alzada y expectante—. Además, deja de interrumpirme o no terminaré de curarte.

—Sí, será mejor que me concentre en la herida antes de que te tumbe en la cama y me olvide de que aún no estoy repuesto. —Alaric la miró con intensidad conforme lo pronunciaba y el muy descarado sonrió cuando la vio respirar con dificultad.

Libby lo miró fingiendo enfado y se quedó en silencio mientras volvía a fijarse en la herida. Sangraba porque varios puntos se habían soltado, pero lo más preocupante era que no se veía mejoría en ella.

Aquello no era la herida de una garra como pensó en su momento. Su gente había tratado con demasiados brujos como para darse cuenta de que esa herida estaba hecha con magia. Quería equivocarse en su diagnóstico porque, de ser así, la medicina tradicional no podría hacer nada y él seguiría debilitándose por más que su lobo lo hiciera sanar.

La desinfectó de nuevo, le echó un spray anestésico y comenzó a suturar la herida otra vez.

Podía notar los ojos de Alaric fijos en ella sin necesidad de ojearlo. De vez en cuando, no podía evitar alzar el rostro y cruzar las miradas, pero ninguno decía nada. Cuando terminó de hacer el último de los puntos y comenzó a vendarle de nuevo la herida, él rompió el silencio.

—Mi lobo grita que eres su compañera —murmuró y Libby sintió una opresión en el pecho por el tono tan serio que estaba usando.

—Pero tú no lo crees, ¿cierto? Entiendo, no hace falta que digas nada. Cuando me mordiste vi a una mujer. Ella es muy bonita y seguro es una loba como tú... Sé que piensas que la has traicionado, pero si la buscas y le explicas que perdiste la memoria, tal vez puedan solucionarlo.

Cada palabra fue como si una daga se incrustara en su corazón, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Habían perdido el control, él la marcó y después recordó que tenía una mujer a la que amaba.

No sabía bien cómo funcionaba el vínculo. Por más que su gente estudió a todos los seres sobrenaturales, solo indagaron en las debilidades que podían tener. De hecho, se hablaba del vínculo porque en alguna ocasión usaron a la pareja de un licántropo poderoso para vencerlos.

La pareja los hacía más fuertes, pero si la asesinaban la mayoría morían poco después o perdían las ganas de seguir con vida.

Quizá había alguna forma de anular el vínculo, no podía ser definitivo porque, de ser así, ambos sufrirían mucho.

Tras un rato de silencio, Alaric se incorporó tan rápido que no tuvo tiempo de decirle que cuidara su herida, o tendría que volver a coserla de nuevo y ya no le quedaba anestesia, pero, cuando le sostuvo el rostro y la miró con los ojos de su lobo, casi no pudo respirar con normalidad.

Desde que la marcó, todo lo que sentía por él se había multiplicado.

—Ya no existe otra mujer para mí —pronunció sin dejar de mirarle los labios como si no soportara las ganas de probarlos de nuevo.

Ella también deseaba que la besara y solo centrar sus pensamientos en esos besos que le habían hecho perder la cordura, pero si algo aprendió a lo largo de su vida era que las palabras se las llevaba el viento y lo único importante eran los hechos.

Tenía que resguardar su corazón por más que ahora pareciera imposible.

—Entonces... ¿quién es Emma? —preguntó con la voz entrecortada.

Se arrepintió enseguida porque temía su respuesta.

—No lo sé —confesó y se pasó la mano por el cabello. Estaba nervioso—. Es solo un nombre y un rostro que apareció en mi mente. No sé quién es o qué significa para mí. Solo entendí que en algún momento ella fue alguien importante.

Libby apretó los labios y contuvo el impulso de continuar interrogándolo. Sabía que no era justo presionarlo cuando él no entendía lo que le estaba pasando.

Aunque eso no cambiaba lo mucho que le dolía.

Dolía pensar que tuvo un pasado, pero, ¿acaso ella no tenía también uno? Ambos tuvieron una vida anterior de la que no formaron parte.

Eran adultos con un pasado, algo bastante común.

Quizá lo único normal de aquella situación.

—Será mejor que descanses —dijo para terminar la conversación y evitó mirarlo a los ojos—. Puedo inyectarte de nuevo si el dolor que sientes es muy fuerte. Yo... creo que será mejor que duerma en el sofá.

Se dirigió hacia la puerta, ansiaba escapar de esa habitación porque de repente se sentía demasiado pequeña y asfixiante.

—Libby, espera. —Alaric la detuvo con la mano en el pomo—. Por favor, no te marches así. Sé que esto es confuso para los dos, pero te juro que no recuerdo nada de mi pasado. Lo único que sé con certeza es lo que siento por ti y eso no va a cambiarlo nadie. Eres mi compañera, te escogió mi lobo y también lo hice yo. Si había una mujer esperándome, si en algún momento recuerdo dónde encontrarla, le pediré perdón por lo que hice, pero no pienso arrepentirme de estar contigo. ¿Me crees, ángel? Siéntelo, estamos unidos, sabes que digo la verdad.

Cerró los ojos y luchó contra las emociones que amenazaban con desbordarla. Quería creerle, quería aferrarse a la esperanza de que lo que había entre ellos era real y verdadero a pesar de tener todo en contra.

—Te creo, pero esto es un error, no podemos estar juntos. Tú eres un licántropo y yo una cazadora. Deberíamos detener esta situación antes de que nos hagamos daño.

«O con alguno de nosotros muerto», pensó.

—No recuerdo muchas cosas. —Alaric se levantó y se dirigió hacia ella cuando se percató de que Libby no hacía ningún gesto para marcharse—, pero sé muy dentro de mí que encontrar a la compañera que el destino nos tiene preparada no es algo fácil. También sé que llevo esperándote demasiado tiempo porque mi lobo no deja de recordármelo. No me importa lo imposible que sea, si estás conmigo, haremos que lo imposible se convierta en posible.

—Maldito lobo, ¡siempre sabes lo que debes decir! —Libby se lanzó a sus brazos y él la recibió con un jadeo adolorido—. Lo siento, no quise golpearte la herida.

—El dolor merece la pena. —Alaric la levantó del suelo y se la llevó de nuevo a la cama—. Desde ahora duermes donde yo esté, así que si quieres ir al sofá, tendrás que hacerme un espacio y no se ve muy grande.

Ambos cayeron en la cama y Libby recostó la cabeza en su torso.

—Eres demasiado dominante y pronto descubrirás que yo no soy nada sumisa, pero por hoy, está bien, grandullón. La cama me parece perfecta y más dormir contigo.

Escuchó su risa y se relajó cuando comenzó a acariciarle la espalda. Estaba agotada, ni siquiera sabía cómo había logrado mantenerse en pie, pero con el agradable calor que emanaba de su compañero y aquel ronroneo que emitía destinado a calmarla, se quedó dormida.

Capítulo 11



La siguiente semana, desde que Alaric la marcó, Libby se olvidó de Emma, de que era una cazadora, de que tenía un deber con su gente y convirtió su pequeña casa en un refugio solo para ella y su compañero.

Por una vez, decidió dejar de centrarse en todo lo malo que la rodeaba y tomar la presencia del lobo como ese remanso de paz por el que tanto había esperado.

Si ya antes de conocerlo pensaba que no todos los seres que eran diferentes a los humanos eran malos y que no tenían por qué suponer un peligro, cuanto más conocía a Alaric, más convencida estaba de que era así.

Él tenía todo lo que ella deseaba y lograba que bajara sus defensas cuando estaba a su lado.

—¿En qué piensas? —murmuró el lobo en su oído.

Estaban en la cama, casi no habían salido de ahí más que para comer y asearse. Había descubierto que ese hombre tenía un instinto muy arraigado de cuidar y proteger.

—En que tengo hambre, me has agotado toda la energía. Eres incansable, grandullón. —Alaric le dedicó una sonrisa prepotente y llena de orgullo.

Podría no tener memoria, pero parecía recordar cada punto de su cuerpo en el que debía tocar para volverla loca.

—Ven. —Se levantó de un salto e hizo una mueca de dolor, aunque intentó fingir que nada le dolía para que ella no se diera cuenta—. Te voy a alimentar, no puedo consentir que mi mujer pase hambre.

Libby se estiró en la cama como un gato y Alaric recorrió su cuerpo desnudo con una mirada de deseo.

—Pero si ya me alimentaste, grandullón. ¿Acaso ya olvidaste que hiciste que me lo comiera todo? —Su lobo gruñó y sus ojos avellanas destellaron dándole un aspecto peligroso, depredador.

—Me refiero a comida, ángel y deja de mirarme así a no ser que quieras que me olvide de que tienes hambre y no salgamos de la cama.

Libby le dedicó una sonrisa ladina y una mirada insinuante.

—Eso suena mucho mejor que meterse en la cocina, a no ser que me quieras empotrar en la encimera. ¡Ahí no lo hemos hecho! Me apunto a montárselo en la encima, eso es mejor que ponerse a cocinar, ya sabes que lo odio. —Se levantó dispuesta a arrastrarlo hasta allí y olvidarse del hambre de comida, porque, el hambre que él le provocaba, era imposible sacársela de la mente.

Quería tomar todo de su lobo porque tenía un miedo atroz a que un día despertara y él ya no estuviera. Si lo que tenía de él eran esos momentos robados, los aprovecharía al máximo. Si fuera por ella, no respiraría para poder besarle por más tiempo.

—Libby —siseó su nombre, exasperado. Era tan gruñón y desde que él estaba en su vida ella se sentía como si hubiera renacido y podía comportarse como la niña traviesa que alguna vez pudo ser, pero que estaba demasiado ocupada entrenando para enfrentar monstruos—. El que cocinará seré yo, así que no tienes de qué preocuparte. ¡Y deja de provocar!

—Pero yo voy a ayudarte, me gusta cocinar si lo hago contigo. Además, tengo que impedir que quemes la cocina. La última vez, si no llego a estar cerca estaríamos carbonizados. Tienes que reconocer que ninguno de los dos somos muy diestros en el arte culinario. —El lobo tuvo la decencia de quitar su expresión malhumorada y avergonzarse.

—Estoy seguro de que, cuando recupere la memoria, mis conocimientos sobre cómo alimentar de forma correcta a mi compañera regresarán. Algo me dice que soy un excelente cocinero, pero, mientras tanto, descansa, ángel. Te tuve despierta toda la noche. —Los ojos se le oscurecieron y ambos se miraron sin apartar la vista durante unos minutos. Los dos sabían lo que los había mantenido despiertos.

No fue hasta que cerró los ojos y en su rostro se mostró una expresión de dolor que regresaron a la realidad. La mano de Alaric fue directa al vendaje que le cubría el abdomen, pero la apartó enseguida al darse cuenta de cómo ella lo miraba.

—Te sigue doliendo —afirmó y corrió hacia él para intentar examinarlo, pero cuando sus manos se acercaron, Alaric la detuvo.

—Estoy bien, ángel —mintió—. No te preocupes, sanará.

Alaric se alejó hacia la cocina, caminando con seguridad y exhibiendo su perfecta desnudez.

Tenía que conseguirle ropa, pero cubrir esa obra de arte debería ser pecado. Se prometió que ese mismo día lo haría, tendría que robarla porque no podía levantar sospechas pidiendo ropa de hombre. También aprovecharía para mirar los archivos que hablaban sobre los brujos, quizá había algo en ellos que la ayudara a curar esa herida.

Con ese pensamiento, siguió a su lobo hasta la cocina y lo encontró mirando por todos los muebles en búsqueda de comida.

—¿Necesitas ayuda, grandullón? —susurró una vez que estuvo detrás de él y lo abrazó por la espalda.

—Debí imaginar que no podrías quedarte tranquila.

—Imaginaste bien —ronroneó sin dejar de darle besos en la espalda y sus manos recorrieron su torso sin poder dejar de tocarlo.

—Ángel, si sigues así no desayunaremos. —El sonido de su teléfono satelital resonó en la sala y Alaric se puso en guardia. Sus garras salieron y su rostro se deformó mostrando parte de las facciones de su lobo.

No había visto su transformación al completo y lo estaba deseando. Hasta cuando su parte animal salía, a ella le fascinaba.

Libby también se asustó por el sonido y eso provocó la reacción defensiva de su compañero, pero enseguida intentó calmarlo.

—Tranquilo, es solo mi teléfono. —Aunque, a decir verdad, que la estuvieran llamando no era una buena noticia, en lo absoluto.

—¿Teléfono? —murmuró Alaric como si no tuviera la menor idea de a qué se refería.

—Teléfono, ya sabes, eso que sirve para comunicarse cuando dos personas están lejos.

Alaric la miró como si no comprendiera, pero no lo tomó en cuenta.

Ella buscó entre el desorden el sonido estridente, y que no parecía querer detenerse, hasta que dio con el teléfono. Le mostró el aparato y él no hizo ningún gesto de reconocimiento. ¿Cómo era posible que no supiera lo que era un teléfono? Tenía amnesia, aunque era sobre todo en lo referente a su vida, su mente no era una pizarra en blanco. Sabía muchas cosas, pero todo lo referente a la tecnología parecía sorprenderlo.

¿En qué clase de manada estaba? Puede que ella nunca hubiera estado en ninguna, pero sabía por los informes que los lobos no se habían mantenido al margen de los avances tecnológicos.

Alaric, curioso, se acercó y ella le pidió silencio antes de contestar. Por inercia, lo puso en altavoz para que él también pudiera oír la conversación.

—Hija —se escuchó la voz de su padre y el lobo dio un traspiés hacia atrás. Sus expresión era de sorpresa y, aunque no habló en voz alta, en sus labios pudo leer que pronunciaba: «brujería». John, al notar que Libby no contestaba por estar demasiado anonadada por la reacción del lobo, repitió—. Hija, ¿me escuchas?

—Sí, te escuchó, papá. ¿Qué necesitas? —Por unos segundos, John se mantuvo en silencio y eso la puso nerviosa—. ¿Papá?

—Ah, sí, hija. Lo que pasa es que no he sabido nada de ti desde hace más de una semana. No quise molestarte porque te vi muy alterada la última vez.

—Todavía necesito tiempo a solas —mintió, porque, si bien ahora estaba más segura de que nunca podría continuar colaborando con los cazadores, también necesitaba más tiempo para decidir qué hacer—. Aunque iré pronto.

Por desgracia, la herida de su lobo se debía a la magia y, para encontrar una solución, no le quedaba otro remedio que investigar en los archivos de su gente. Quizá tenían algo para revertir un daño de ese tipo.

—Quisiera darte más tiempo, pero es necesario que vengas. El consejo me ha pedido que te convoque a una reunión, están muy contentos con tu desempeño en la misión del nido y quieren felicitarte. —En la voz de su padre podía notarse el orgullo, pero también, había un poco de recelo y preocupación.

—No necesito sus felicitaciones —siseó sin poder ocultar la rabia.

¡Felicitarla por ser una asquerosa asesina! Aquello era el colmo.

—Como padre intento comprenderte, Libby —comenzó a decir John—. Aunque no esté de acuerdo contigo en muchas cosas intento ser comprensivo. Tu madre siempre me dice que tú eres diferente y que por más que nos duela quizás debamos dejarte ir para que hagas la vida que desees.

—¿Lo harías?! —interrumpió con demasiada efusividad.

Alaric estaba pendiente de toda la conversación, no mostraba ningún signo de preocupación, su expresión era una máscara que ocultaba con demasiada facilidad cualquier sentimiento, pero Libby se daba cuenta de que no le quitaba la vista de encima.

Él podía sentir sus cambios de humor y no dejaba de acariciarle la espalda para calmarla.

—Hija... tú y tu madre siempre fueron demasiado parecidas, solo que ella no era tan rebelde como tú y se callaba sus opiniones.

—¿Me llamas para contarme las diferencias entre mi madre y yo? —cuestionó cada vez más tensa.

Sí, su madre nunca alzaba la voz. Nunca metía a su padre en problemas. Ella era astuta y para su desgracia no heredó ese don. Libby era rebelde por naturaleza, demasiado franca e impulsiva. No soportaba las injusticias y no podía mantenerse al margen si algo no era de su agrado.

Su madre, en cambio, callaba y observaba. Nunca se pronunciaba frente a nadie, pero después, cercaba a John y le hacía saber sus pensamientos. La decisión de enviarla a estudiar fuera del clan fue de su madre y, si por ella hubiera sido, Libby nunca habría regresado. Al final, el peso del cargo de su padre y las amenazas del consejo fueron más fuertes que su voluntad.

Libby muchas veces comparaba a los cazadores con la mafia. Una vez que estabas dentro, salir de ello era casi imposible. Vivir una vida normal teniendo conocimientos que los demás humanos no tenían no estaba a discusión para ellos.

Nadie salía, eras un cazador hasta la muerte.

—Esta petición no la hago como tu padre, tampoco es una petición —pronunció en un tono que le dio escalofríos, ese que hablaba era John, el líder, no el amoroso padre—, es una orden. En dos horas te quiero aquí. Con ese tiempo tendrás suficiente para hacerte a la idea de que tienes un deber con tu gente. Eres mi sucesora y te comportarás a la altura o se te revocarán todos los privilegios.

—¿Qué?! —gritó y Alaric la abrazó por la cintura. Sintió su torso pegado a su espalda y dejó caer el cuerpo sobre él.

—Lo que escuchaste o ¿ahora además te volviste sorda? Si no vienes en dos horas con la actitud de aceptar lo que el consejo te ofrece, olvídate de tu casa alejada y de tu independencia, olvídate de tantas concesiones de mi parte para no enviarte a las misiones, harás tu deber lo quieras o no. Ah, Libby y te lo recuerdo, es una orden .

La llamada se cortó y Alaric le dio la vuelta entre sus brazos para mirarla a los ojos.

—¿Estás bien?

No, no lo estaba.

No recordaba escuchar a su padre tan enfadado nunca, ni siquiera cuando tuvo aquel amor adolescente al que él se oponía.

Jamás le había hablado con tanta dureza y eso solo significa que estaba bajo mucha presión y era por ella. Esas supuestas «felicitaciones» del consejo le saldrían muy caras.

—Sí, estoy bien. —Intentó sonreír para no preocuparlo, pero era inútil.

—¿Por qué te empeñas en mentirme? Ambos sabemos que no estás bien, ángel. Si no me dices qué te preocupa, ¿cómo podré ayudarte?

Nadie podía ayudarla, si su madre, la única capaz de interceder por ella ante su padre no había logrado nada, nadie más podría. La felicidad que había vivido esa semana llegó a su fin y ahora le tocaba enfrentar la realidad.

¿Acaso no pensó antes de la llamada que debía ir a la aldea? Tenía que conseguir ropa para Alaric y encontrar una forma de curar la herida de su abdomen. Su lobo era demasiado fuerte, continuaba en pie y con una fortaleza digna de cualquier deportista olímpico, pero la herida cada vez empeoraba más.

Tenía miedo de que en algún momento ni toda su fuerza lo mantuviera en pie.

—No te miento, es solo que aún no sé qué tienen planeado para mí. Te prometo que en cuanto regrese te lo contaré todo. —Aquello no lo convenció mucho, pero aceptó su palabra y volvió a mirar el teléfono con intensidad.

—¿Eres bruja? —gruñó y por primera vez, después de la llamada de su padre, comenzó a reírse.

—En alguna ocasión me llamaron de esa forma, pero ninguna de ellas fue porque tuviera poderes mágicos, más bien fue por mi carácter. Es solo tecnología, grandullón.

—Ah, sí, eres algo gruñona. Yo también, por eso somos el uno para el otro —bromeó. Libby le dio suaves golpes con el teléfono en el torso y lo miró fingiendo enfado.

Alaric sonrió y el corazón comenzó a bombearle con fuerza. Si él supiera lo irresistible que era cuando hacía ese gesto.

—El gruñón eres tú, yo soy encantadora. No diré más, no estás preparado para esta conversación. —El lobo comenzó a darle besos en el cuello y el calor de su cuerpo desnudo provocó que le dieran ganas de olvidarse de la llamada y de salir de la casa—. Será mejor que te detengas.

—¿Por qué debería? —susurró a la vez que la acorralaba con la encimera de la cocina tras ella.

¿Acaso no corrió tras él porque quería estrenar ese lugar?

—¡Ah! —gritó al verse sujeta y alzada en sus brazos.

Se abrazó a su cuello para no caerse, a pesar de saber que él nunca permitiría que se hiciera daño. En apenas unos segundos, la soltó sobre la encimera, le acarició los muslos y acabó apresando sus caderas con total familiaridad. Sus piernas se abrieron por inercia y Alaric aprovechó para colocarse entre ellas. Le acarició la mejilla de forma lenta, con suavidad y, por más que la mirara como un depredador, Libby pudo ver un amor tan profundo que la dejó sin respiración.

—Dijo que te espera en dos horas. —Las enormes manos que tan bien sabían tocarla se enredaron en su cabello y comenzó a acariciarle los mechones. Ya sin voluntad se dejó hacer porque, sentirlo tan cerca, era maravilloso—. No puedo permitir que te marches así de nerviosa, es mi deber como tu compañero, calmate —pronunció en un susurro, a la vez que bajaba el rostro a la curva del cuello y lo rozaba con la punta de la nariz—. Me encanta tu olor, ángel.

Libby cerró los ojos y se obligó a ser fuerte porque no podía aparecer frente a su padre oliendo a sexo, tenía que resistir. Planificar sus próximos movimientos, pero, en lugar de negarse, solo pudo llevar las manos a su espalda y comenzar a tocarlo.

Alaric tiró de sus caderas y la acercó a su cuerpo hasta que su miembro, ya preparado, se rozó con su sexo.

—Supongo que hay tiempo —murmuró con rendición y escuchó su risa junto al oído.

—Supones bien.

Aparecer frente a su padre saciada y oliendo a sexo ya no le parecía tan mala idea. De hecho, el calor que sentía en el vientre le gritaba que era una buenísima idea.

Libby buscó los labios de su compañero con desesperación, de la misma forma que siempre lo hacía porque cada beso lo sentía el último. Le acarició la barba y, al escucharlo gemir sobre su boca y sentir la excitación de ambos, la hizo olvidarse de aquella llamada.

La piel se le erizaba con anticipación y solo podía pensar en que usara su boca en otras partes más sensibles.

Arqueó la columna para ofrecerle los pechos y él no dudó en complacerla. Al instante, sus labios y su lengua se apropiaron de sus pezones y sus manos hicieron maravillas sobre su cuerpo.

—Te necesito dentro de mí, ahora —murmuró.

Siempre le ocurría lo mismo con él, no se cansaba de su cercanía y de sentirlo en su interior, llenándola.

Alaric continuó torturándole los pechos con su boca mientras ella deslizaba la mano entre sus cuerpos para apresar la firme erección. Sonrió al sentirlo temblar, él podía hacer estragos cada vez que la tocaba, pero le gustaba saber que ella también podía provocar lo mismo.

Su lobo se detuvo para mirarla como si estuviera regañándola.

—Dos horas —repitió con un gruñido—. No quiero que esto acabe rápido.

—Por favor —imploró a la vez que abría las piernas sin pudor y le permitía ver lo muy necesitada que estaba.

Su corazón dio un brinco al notar su mirada salvaje puesta en su sexo y la forma en que se endureció aún más en su mano.

En lugar de acercarse, Alaric se mantuvo estático, exhibiendo toda su gloriosa desnudez.

—Me vuelves loco, ángel —pronunció y, por la forma en que lo decía, Libby sintió que aquellas palabras eran algo más que cualquier loca conversación durante el sexo—. No importa lo que ocurra hoy, no importa lo difícil que se pongan las cosas, pídemelo y seré tuyo para siempre.

Se estremeció de anticipación y buscó el borde de la encimera para sostenerse. Quiso decirle

que sin importar lo que ocurriera, así tuvieran que separarse, ella también sería suya para siempre.

En cambio, solo pudo mirarlo a los ojos y decirle:

—No te imaginas cuánto te amo. —Tanto como para dejarlo ir y perderlo si eso significaba salvar su vida.

Libby le echó los brazos al cuello y lo besó con todo el amor que sentía.

La distancia se acortó y su lobo le acarició las piernas antes de posicionarse entre sus piernas y llenarla de una sola embestida. Emitió un jadeo que fue una mezcla entre dolor y placer y, sin necesidad de más palabras, supo que ese amor era igual de correspondido.

Capítulo 12



Un sudor frío resbalaba por la espalda de Libby mientras se acercaba junto a su padre al edificio principal donde se encontraba la sala del consejo.

Solo una vez, antes de ese momento, había estado en ese lugar. Fue cuando decidieron que podría ser beneficioso para el clan que ella accediera a una carrera universitaria fuera de aquella cárcel.

Libby, por la tensión de su padre, estaba muy segura de que en aquella ocasión no estaba allí para recibir un indulto y poder marcharse con libertad.

Antes de salir, le pidió a Alaric que se ocultara y que por nada saliera al exterior. Sin importar el tiempo que transcurriera, él debía esconderse. No fue una conversación cómoda y menos después de que sus cuerpos hubieran estado tan unidos como un hombre y una mujer pueden estarlo.

Los instintos de protección de su lobo se negaban a dejarla ir sola y más cuando sentía la tensión emanar de ella, pero consiguió convencerlo. Al menos, eso esperaba.

Necesitaba estar tranquila y no pensando en que un lycan desataría su furia contra la aldea. No importaba lo que dijera el consejo, Libby se mantendría calmada porque necesitaba libertad para acceder a los archivos y, si la castigaban, no podría ocuparse de eso.

Además, tampoco podía ser tan malo. Lo más probable era que la felicitaran por su comportamiento homicida en la misión, le darían unas palmaditas en la espalda, le exigirían que comenzara a pensar con seriedad que era la futura líder de los cazadores y nada más.

Sí, seguro eso ocurriría y no tenía por qué ponerse nerviosa.

Ella no quería ese destino, pero no era como si pudiera librarse. Desde que Alaric llegó a su vida, incluso inconsciente, provocó algo en su interior que la acompañaría hasta el final de sus días. Y ni qué decir de la última semana. A pesar de la situación, del encierro y el miedo a ser descubierta, en esos días había tocado el cielo y nadie, ni siquiera un futuro desolador sin él, le quitarían eso.

Cuando las puertas de la sala del consejo se abrieron y accedió al interior junto a John, todos los cazadores retirados que componían una parte del gobierno de su clan, se encontraban ya reunidos.

Hacía frío, pero el calor del interior del edificio la estaba ahogando. En los últimos días, se sentía más inmune a las bajas temperaturas, era extraño.

—Señor Baker, señorita Baker —pronunció con respeto el portavoz.

Los miembros del consejo que estaban solo un escalón por debajo de ellos en la jerarquía, siempre les hablaban a su padre con el tratamiento de señor. El resto, se dirigía a él como «Maestro».

—Buenos días —gruñó su padre con pocos ánimos de confraternizar. No se veía demasiado feliz y algo le decía que era porque temía la reacción que ella pudiera tener.

—Es un excelente día —continuó el portavoz demasiado feliz para su gusto—. No queremos hacerles perder su valioso tiempo, así que comenzaremos. Señorita Baker... —Libby se tensó sin poder evitarlo cuando esos ojos marrones, entrecerrados por una media sonrisa que provocaban

que algunas arrugas se delinearan alrededor, la miraron con astucia—. Debo decir que me ha sorprendido y no lo esperaba.

—Anda, mira qué bien —murmuró con cinismo y recibió una mirada airada de su padre que la hizo encogerse en su sitio. Carraspeó e intentó recordar que de su comportamiento dependía su libertad—. Solo hice lo que me encomendaron, pero agradezco mucho sus palabras.

La respuesta provocó que todos los miembros del consejo se sintieran conforme con su actitud y todos asintieron en señal de que estaban de acuerdo con las palabras del portavoz.

—Jeffrey dio un informe sobre su desempeño en el nido y lo dejó muy impresionado, señorita Baker. Desde la planificación con tan poco tiempo, la forma de dirigir y de conseguir terminar una misión de esa índole apenas con unas pocas heridas en nuestra gente y ningún deceso. —Libby no dejaba de sonreír, parecían que le habían cosido los labios a las mejillas, pero en el fondo solo quería gritarles que no necesitaba sus halagos porque ella se aborrecía por lo sucedido—. También mencionó que no dudó en poner fin a la vida de una vampira neófita que a todas luces era una niña.

»He visto cazadores dudar en esos momentos, aunque estamos entrenados para ello, nuestra humanidad a veces nos impide comprender la maldad de estos seres por más que a simple vista parezcan inofensivos. Demostró lo preparada y también lo desaprovechado que está su talento. Hay más doctores entre nuestra gente que se pueden ocupar de esas obligaciones, pero usted, señorita Baker...

—Me gusta ocuparme de esas obligaciones —lo interrumpió con un tono de voz neutro. Intentaba no entrar en pánico.

Libby no deseaba ser una cazadora, no quería participar en más misiones. Había tenido suficientes en su vida y después de conocer a Alaric, no sería capaz de continuar con ello.

El portavoz del consejo hizo un aspaviento con una mano, como si le quitara importancia a sus palabras.

—Si tanto le gusta, puede dedicarse a ello en sus ratos libres —tras decirlo y no darle opción a replica, con un gesto hizo que abrieran la puerta y tres hombres pasaran al interior. Uno de ellos era Jeffrey, los otros dos también eran cazadores—. Como no quiero hacerles perder el tiempo, pasaré al segundo tema y más importante. Señorita Baker, cumplió treinta años hace dos meses.

—Seré yo el que informe a mi hija —interrumpió su padre.

Para ese momento, Libby ya tenía el corazón latiendo furioso contra sus costillas. Se sentía mareada y un ataque de ansiedad amenazaba con dejarla sin aire. Desde que el portavoz del consejo mencionó su edad y entraron los tres cazadores, comprendió lo que iba a ocurrir en aquella sala.

El estómago se le estrujó y la bilis trepó por su garganta. ¿Cómo era posible que hubiera estado feliz en los brazos del hombre que amaba y ahora se encontrara en esa situación?

No podía, aquello no debía estar sucediendo, al menos no tan pronto.

Libby comenzó a sentir una rabia inmensa que no procedía de su interior y supo que era de su compañero. Tenía que calmarse, Alaric sentía a través del vínculo todas sus emociones y estaba segura de que se estaría debatiendo entre cumplir su promesa o salir y sembrar el pánico en toda la aldea.

No podía permitirlo.

Intentó respirar y normalizar sus latidos.

En ese instante, le hubiera gustado nacer como un lycan para poder comprender mejor el vínculo. De esa forma, quizá, ella podría hacer algo más para calmarlo.

—Libby —pronunció su padre mientras continuaba envuelta en aquella neblina emocional—.

Como sabrás, nuestra mujeres comienzan a contraer matrimonio a los veinte años. Tú, por ser mi hija y porque se te concedió el permiso de vivir unos años fuera del clan mientras terminabas tus estudios, ese plazo se alargó. —John la miraba a los ojos y parecía rogar para que ella no comenzara a dar gritos.

La daga que siempre llevaba consigo parecía palpar en su bolsillo con el deseo de ser usada, pero poco podría hacer con ella y menos arriesgaría a Alaric. Su padre continuaba hablando y Libby solo intentaba respirar en calma para que su compañero no enloqueciera.

—Después... por mi error, te comprometiste con un hombre ajeno al clan y regresaste a nosotros, hum, ya sabes.

—¿Con el corazón roto? —lo ayudó a terminar, no porque se compadeciera de John, lo hizo porque quería terminar cuanto antes con aquella situación y salir de allí.

Necesitaba aire limpio y no el viciado que se respiraba en aquella sala.

Su padre se dignó en parecer avergonzado, aunque esa expresión solo duró unos segundos.

—Ajá, lo que quiero decir es que se extendió el plazo debido a ese percance. —Después de conocer a Alaric y de comprender que lo que sintió por su exprometido no se parecía en nada a lo que sentía por el lobo, agradecía que ese matrimonio nunca se diera. Aunque eso no cambiaba lo mucho que la molestaba que llamara percance a que la arrancaran de su vida a la fuerza y que lo viera como un contratiempo. ¡Era su maldita vida!—. Ahora ya tienes treinta años, como mi hija...

—Como hija del Maestro debes dar ejemplo, mi querida Libby —interrumpió Jeffrey sintiéndose el nuevo líder del clan—. Los cazadores siempre estamos expuestos al peligro, asegurar que nuestra gente se reproduzca es esencial y más siendo quién eres.

No pudo evitar soltar una carcajada por los nervios y la expresión de rabia de su padre tampoco ayudó a que se calmara. John parecía querer estrangular a Jeffrey por interrumpirlo y ella lo ayudaría sin eso llegaba a ocurrir.

—No deseo casarme y menos «reproducirme» —siseó y le lanzó una mirada de asco a Jeffrey.

Al menos no lo deseaba con otra persona que no fuera su compañero. Puede que su amor fuera imposible, que tuviera que dejar ir a Alaric, pero después de él nadie ocuparía su lugar. Era imposible.

Prefería morir a que la unieran con alguno de esos hombres.

—No tienes opción —pronunció el portavoz del consejo—. A no ser que quieras apegarte a las antiguas leyes.

Libby trastabilló y sintió la gran mano de su padre sosteniéndola del codo.

—Si mi hija lo quiere así, que así sea —respondió John—. Llevo siendo líder de este clan treinta y cinco años.

—No, papá...

—Calla —le ordenó—. Acepto el duelo a muerte.

—¡No! —gritó y se interpuso entre su padre y el consejo—. Accederé, si necesitan que me case, lo haré. —Aunque podrían ir olvidándose del tema de la reproducción porque en cuanto se acercara a ella le cortaría el miembro con su daga.

John la miró con algo parecido al respeto y asintió con la cabeza.

—Nos alegramos que hayas entrado en razón, señorita Baker. Su padre es muy querido entre nuestra gente y deseábamos que la transición para dejar su cargo, se hiciera de la forma más pacífica posible.

—¿Con quién se supone que debo casarme? —gruñó y Jeffrey dio un paso al frente. Ese gesto le dio un escalofrío.

No, él no. La muerte era un mejor destino.

—El señor Baker insistió mucho en que deberíamos permitirle elegir —concedió el portavoz del consejo. Su tono de voz condescendiente la hacía ver que, para él, ese detalle era un favor al líder del clan—. Por ese motivo están aquí nuestros tres mejores cazadores. Jeffrey, Logan y Ryder. Aunque, sin menospreciar a los otros dos candidatos, el consejo eligió a Jeffrey. Es el más adecuado, señorita Baker. Tiene más experiencia, Logan y Ryder son demasiado jóvenes para usted.

Libby sabía que los otros dos cazadores eran elección de su padre o quizá de su madre. Puede que de ambos.

No los conocía demasiado, ni siquiera recordaba haber mantenido una conversación con ellos más allá de un par de saludos de cortesía. Eran jóvenes, sí y mucho más manipulables. Ellos no la miraban como Jeffrey, ambos le guardaban el respeto correspondiente a la hija del líder del clan.

—Sí, son jóvenes —murmuró en voz alta y Jeffrey hinchó el pecho como si se tratara de alguna especie de cortejo antiguo. El cazador la miró con lascivia y promesas sexuales que le dieron ganas de vomitar.

Cualquier otra mujer del clan, otra que no fuese ella, estaría más que encantada de estar en la mira de ese cerdo. Libby no.

—Entonces... Suponemos que Jeffrey es su elección. —El portavoz del consejo se veía exultante de alegría.

Ella fijó su mirada entre Logan y Ryder, el primero observaba el suelo y empuñaba las manos con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Si su intuición no fallaba, ese chico ya tenía puesto el ojo en otra mujer y estaba siendo obligado a estar allí. Ryder se veía en calma, como si no esperase ser elegido por encima del cazador estrella del clan.

Libby solo quería salir del paso, al menos en ese momento. Ya pensaría después en las consecuencias de su decisión frente al consejo. Lo primero que tenía que hacer era poner a salvo a Alaric y después hablaría con su madre.

Tal vez, ella lograría interceder a su favor. John casi no podía negarle nada a su esposa y puede que el plan que se le pasaba por la mente fuese una locura, pero no le importaría fingir su propia muerte con tal de escapar.

Era solo una elección para ganar tiempo, si después las cosas salían mal... No podía pensar en eso o entraría en pánico de nuevo y su compañero lo notaría.

—Ryder —pronunció sin más y el aludido alzó el rostro como si no lo creyera.

Los miembros del consejo se miraron unos a otros y su padre bajó el rostro para esconder una sonrisa.

—¿Qué has dicho?! —bramó Jeffrey fuera de sí.

Libby se encogió de hombros y miró al cazador con una sonrisa burlona.

—Bañarse de vez en cuando no le hace mal a nadie, Jeffrey. Tal vez si lo hicieras tus oídos estarían lo suficiente limpios como para aprender a escuchar. —Lo observó apretar la mandíbula y no podía negar que en su expresión había una promesa de venganza. Puede que aquel fuera un pésimo día, pero, al menos, ese desgraciado sufriría con aquella humillación—. Acabo de decir que elijo a Ryder.

Colérico, el cazador empuñó sus manos y, sin decir una sola palabra, salió de la sala.

—Si esa es su decisión, señorita Baker, no nos queda otro remedio que aceptarla ya que teníamos un pacto con su padre. Aunque, si cambia de opinión, puede hacérselo saber —masculló el portavoz del consejo.

Al parecer, su decisión tampoco pareció agraderle mucho. Los únicos que se veían felices eran su padre y Ryder. Comprendía al consejo, una misión satisfactoria no la hacía merecedora ni de su confianza ni del cariño del clan. Ryder era joven e influenciable, contra ella no podría hacer mucho.

Ellos querían un cazador que la mantuviera sumisa y dominada.

Para eso tendría que volver a nacer.

Libby jamás se sometería a nadie. Bueno, si lo pensaba bien, quizá se sometería a su lobo y solo en la cama.

—No cambiaré de opinión. Si es todo, tengo cosas que hacer. Podemos organizar el bodorrio dentro de unos dos años. Quizá tres, mi padre aún es joven y fuerte, no hay prisa por sustituirlo. Aún puedo aprender mucho de él.

—Dos semanas, señorita Baker y ni un día más.

Y con aquella frase, el mundo pesó demasiado sobre sus hombros.

Capítulo 13



Cuando la reunión terminó, Libby mantuvo la misma máscara de tranquilidad frente a su padre. John quería hablar de lo sucedido, asegurarse de que estaba bien, pero ella solo mostró una sonrisa hipócrita y le dijo que todo estaba perfecto.

«Siempre me sentí un poco atraída por Ryder —mencionó y casi se atragantó con aquella mentira—. Solo que por la diferencia de edad nunca dije nada. Pero ahora ya no tengo que ocultarlo».

Si su padre la creyó, no lo sabía. La sorpresa en su rostro no indicaba nada en concreto, solo que se había quedado en shock y ella aprovechó eso para escabullirse con la excusa de que tenía cosas que hacer.

No era mentira, tenía demasiado que hacer. Como librarse de aquel matrimonio en dos semanas.

Libby se centró primero en conseguir ropa para Alaric. Le dolía demasiado tener que dejarlo ir cuando no recordaba ni tenía algún lugar al que dirigirse, pero ella tenía suficiente dinero escondido en su casa como para ayudarlo a comenzar de nuevo en otro lugar.

Ponerlo a salvo de su gente era lo más importante, sus sentimientos quedaban en un segundo plano. Soportaría lo necesario con tal de saber que él estaba bien.

Encontrar ropa para su lobo en el almacén de los cazadores no fue tarea fácil. El tamaño de Alaric debía rozar los dos metros y ninguno de los hombres del clan era tan grande y musculoso. Por suerte, dio con algunas prendas que le podrían servir. Al menos, para no ir enseñando aquel cuerpo hecho para el pecado y acabar detenido.

Su plan era enviarlo con los humanos, nadie lo buscaría allí, ni siquiera el desgraciado que lo dejó en ese estado. Hasta que no recuperara la memoria, pasar desapercibido sería lo más seguro para él.

Ella le enseñaría los trucos que usaba su gente para detectarlos, dónde esconderse y también a huir si se encontraba en problemas. Con el dinero que tenía ahorrado podría sobrevivir un tiempo y rogaba para que fuera suficiente. Alaric debía recuperar la memoria, saber quién era su gente y regresar con ellos.

También con esa mujer... Emma.

Él la había amado, cuando recuperara sus recuerdos ese sentimiento regresaría y... Libby intentó calmarse cuando el dolor que le provocó ese pensamiento se apropió de ella y casi comenzó a llorar en mitad del almacén.

Guardó la ropa e intentó pasar desapercibida mientras salía de allí.

Llegó a su todoterreno y escondió todo en él.

Lo más sensato, sería regresar a su casa para comenzar a preparar a Alaric y, sobre todo, convencerlo de que debían separar sus caminos. Era lo mejor.

En el clan nadie sabía sobre él, si se iba solo no lo perseguirían, con ella a su lado no sería seguro.

Por más que deseara regresar a su casa, aún le quedaban dos paradas por hacer. La segunda debía ser los archivos. Tenía que encontrar algo que la ayudara a curar la herida del lobo.

Cuando Libby llegó, saludó a Hermes que se encontraba, como siempre, siendo el custodio de toda aquella información reunida a lo largo de los siglos. Los archivos seguían sin digitalizar, a pesar de toda la tecnología que usaban, esa parte les gustaba mantenerla a la antigua usanza.

El hombrecillo canoso y enjuto la miró por encima de sus gafas y se sorprendió.

—¡Pero si es la pequeña Libby! ¿Qué te trae a visitarme? —Hermes se dirigió a ella y, sin esperarlo, la abrazó.

En secreto siempre había envidiado la suerte de aquel hombre. Provenía de familia de eruditos, desde niño su destino siempre estuvo fuera del alcance de la violencia de los cazadores.

Su vida transcurría entre libros y él fue el encargado de enseñarle todo lo que sabía sobre los seres sobrenaturales.

—Ya no soy tan pequeña —contestó y le correspondió al abrazo.

—Puedo verlo, pero estoy seguro de que no te trae por aquí enseñarme lo mucho que has crecido. —Libby negó con la cabeza y mostró una sonrisa nerviosa.

No podía decirle lo que buscaba sin que hiciera preguntas y Hermes no permitía a nadie entrar al archivo si no era en su compañía.

Quizá su desazón se mostró en su mirada porque Hermes le señaló una silla para que se sentara.

—¿Quieres una bebida caliente? Parece que tienes frío. —Asintió, aunque en realidad tenía calor. Eran los nervios los que le calaban hasta los huesos al pensar en todo lo que podía salir mal. Llevaba un chaqueta térmica cerrada hasta el cuello para no mostrar su marca de vinculación y se arrepentía de habérsela puesto porque se sentía un pollo en el asador—. Cuéntame, pequeña Libby.

—Pero no tengo nada que contar, solo pasaba por aquí y decidí saludarlo. —Hermes alzó una ceja y la miró con condescendencia.

Ese pequeño hombre había vivido demasiado para que alguien como ella lo engañara. Y más cuando fue la persona que la instruyó, la vio crecer y también lloró muchas veces en su hombro porque no comprendía los motivos para matar de esa forma.

—Tienes la misma mirada perdida —murmuró—. Como cuando eras una niña y llorabas porque a ti no te permitían quedarte aquí y te mandaban a entrenar. ¿Qué ocurrió?

Libby se encogió de hombros, al menos eso podía decirse. No era necesario mentir, todos lo sabrían en pocas horas.

—Mi padre y el consejo han decidido que es hora de aceptar mi destino y tomar las riendas del clan, pero como piensan que no puedo hacerlo sola me obligan a casarme.

—Con Jeffrey —afirmó, al parecer todos habían esperado eso. La voz de Hermes no se escuchaba feliz, más bien se veía preocupado—. Es un buen cazador, pero también es...

—¿Un imbécil? Lo sé.

El hombre bajó el rostro para ocultar la sonrisa, aunque ella pudo verla.

—Yo no lo dije, no estoy en posición de criticar a tu futuro marido. —Libby no lo corrigió, Jeffrey o Ryder, no había diferencia. No amaba a ninguno y con ambos sería un desastre—. Ahora entiendo por qué estás aquí. Necesitas un lugar para esconderte unas horas sin que nadie te busque, ¿cierto?

Libby respiró como si fuera su último aliento y lo contuvo en el pecho mientras asentía con efusividad.

—Me conoces tan bien —susurró y el hombre se levantó de la silla para acercarse a ella y darle una palmadita amistosa en la espalda.

—Vamos, entra al archivo y ponte a leer todo lo que quieras. Siempre fuiste la más curiosa de

todas y te encantaba aprender. Nadie sabrá que estás ahí, yo me quedaré aquí fuera como siempre hago.

Aquello era justo lo que estaba buscando, no podía creer cómo tuvo tanta suerte, pero no cuestionaría nada. Recibiría el regalo y en cuanto tuviera la información se marcharía, aunque su conciencia al final pudo con ella.

—¿No te causará problemas dejarme estar en el archivo sin vigilancia? —Hermes caminó con gesto cansado y negó con la cabeza.

—¿Problemas a un viejo como yo? No, no te preocupes, además, eres la futura Maestra del clan. Si alguien necesita prepararse para ello eres tú y más con ese Jeffrey a tu lado. Confío en ti, niña, tu gente te necesita.

Libby se sintió horrible por traicionar la confianza de Hermes, no se lo merecía, pero la vida de Alaric era demasiado importante como para confiarla a nadie más que no fuese ella misma.

—Gracias, no estaré mucho tiempo, solo necesito un respiro.



Estuvo allí más de dos horas buscando en los archivos sin encontrar nada, al menos, no lo que necesitaba. Toda la información que los brujos le proporcionaron era para defensa del clan y nada para curar heridas provocadas por la magia.

Era una tonta por pensar que podría ser diferente. Los clanes de brujos eran como ellos, humanos, o casi humanos, pero sus dones mágicos los dotaban de una larga vida. También eran guardianes del equilibrio entre lo sobrenatural y el mundo humano. No eran enemigos, eran aliados y por tanto, no había motivo para esperar daños mágicos de ellos. De suceder, podían acudir a los brujos para que los sanaran.

Acudir a ellos...

Aquel pensamiento, por más que fuera suicida, podría ser una salida.

Libby cerró los libros que estaba mirando y buscó los registros donde estaban todas las localizaciones conocidas tanto de brujos como de otros seres. Comenzó a leerlo y llegó al apartado de las brujas que habían decidido vivir independiente de sus clanes. Eso sería algo más seguro que intentar entrar en los dominios de los hechiceros.

Las que lo hacían, solían tener un nivel de magia muy bajo. Al igual que los cazadores, los brujos eran bastante elitistas y los que nacían con menor poder, o su rango no era elevado, solían ser humillados por su propia gente.

Eso provocaba que la mayoría buscara su suerte fuera del reino mágico. Sus dones eran tan poco cuestionables que no ponían en peligro el secreto mejor guardado.

Encontró la dirección de una sanadora, por la fecha en la que fue anotada esperaba que continuara con vida o siguiera viviendo allí. No provenía de una familia importante y eso la hacía incluso mejor porque no tendría motivos para delatar al lobo mientras le pagaran.

Con su teléfono tomó una foto para no perderla y lo guardó en el bolsillo al terminar.

Libby, con un poco de remordimiento de conciencia por haber mentido a Hermes, se despidió y dirigió a su hogar de la infancia. Necesitaba hablar con su madre, ella sería la única que podría convencer a su padre para que le permitiera salir del clan.

Los planes habían cambiado, necesitaba llevar a Alaric con esa bruja para que sanara su herida y después dejarlo marchar.



—¡Lib! —gritó su madre en cuanto abrió la puerta y la vio—. No te quedes ahí, entra. Tu

padre no está —lo último que pronunció fue un susurro.

Libby exhaló un suspiro y de nuevo no pudo creer que todo saliera tan bien.

Apenas cruzó la puerta, el calor de la sala le dio una bofetada. A su madre le gustaba tener la casa a la misma temperatura del infierno. Ni a ella, que odiaba el frío, le resultaba agradable estar allí con tantas capas de ropa.

Al menos, desde que su lobo la mordió. Antes le habría encantado aquella calidez tan extrema.

—Imaginé que todavía no había llegado, pero no vine a hablar con él, quería conversar contigo, mamá. —Iría al grano, quería regresar cuanto antes a su casa para calmar a Alaric y explicarle que su estancia en el clan de cazadores estaba llegando a su fin.

Sin detenerse a pensar en lo que hacía, bajó la cremallera de su chaqueta térmica y se la quitó antes de lanzarla al reposabrazos del sillón y sentarse.

—Creo saber de lo que quieres hablar. Deseo que sepas que intenté hablar con tu padre, pero está sometido a mucha presión del consejo y lo único que pude conseguir fue ofrecerte dos candidatos más. Unos candidatos que fueran un poco menos... Jeffrey.

—¡No puedo casarme, mamá! —en cuanto lo pronunció quiso retirar lo que había dicho.

¿Acaso no se había convencido? Su vida o su felicidad no era lo importante. Ella iba a sacrificarse por poner a salvo a Alaric.

—¿Cómo que no puedes? Tu padre me dijo que aceptaste, que todo salió bien.

Libby podía mentirle al consejo, a Hermes, incluso a John, pero con su madre era muy difícil. Ella siempre fue su apoyo y su confidente. Debía callar, su secreto involucraba a su compañero y su madre continuaba siendo la matriarca de un clan de cazadores.

Sentía demasiado calor y eso la estaba agobiando aún más, ¿desde cuándo no toleraba las altas temperaturas? Desde que Alaric vivía con ella tuvo que bajar un poco el termostato porque los lycan soportaban mucho mejor el frío y su idea de estar calentita para ellos no era tan tolerable.

Y ahora, sentía que le sobraba la ropa en donde antes habría estado a sus anchas. Ella estaba cambiando desde que él la mordió. Tenía más resistencia, no habían dormido mucho esa semana y se sentía con tanta vitalidad, con tanta fuerza...

Su madre la miró preocupada y con demasiada intensidad. Sabía que tenía que calmarse, pero la marca del vínculo comenzó a calentarse. Su lobo intentaba transmitirle paz y ella de forma inconsciente se llevó la mano a la clavícula, apartó el cuello de la camiseta y acarició los bordes.

Al hacerlo, no pudo evitar que un jadeo entrecortado escapara de su garganta. Por un momento, fue como si Alaric estuviera allí, a su lado, con aquel ronroneo que usaba para tranquilizarla.

Ahora podría continuar con su plan, lo habría hecho si su madre no se hubiese levantando de un salto, con los ojos casi a punto de salirse de sus cuencas oculares y gritando como una desquiciada.

—¡Maldita sea! ¡¿Qué hiciste?! —Libby aún no se recuperaba de aquella sensación de paz cuando su madre cayó sobre ella y tiró de su camiseta tan fuerte que estuvo a punto de rasgársela.

—Ma-mamá —pronunció con la voz entrecortada y el corazón a punto del infarto.

¿Cómo pudo ser tan descuidada?

—No puede ser. —La miró como si la desconociera y después dijo—: Incluso tus ojos cambiaron de color cuando la tocaste.

—¡¿Qué?! —Libby apartó a su madre con la intención de que soltara su camiseta para correr hacia el espejo, pero lo que ella creyó que era un leve empujón, terminó con su progenitora tirada en el suelo. Se miró las manos sin poder creer que esa fuerza hubiera salido de ella—. Ma-mamá, yo... De verdad no quería hacerte daño.

Temblorosa, intentó ofrecerle la mano para ayudarla a levantarse, pero su madre se negó y la miró con lágrimas en los ojos. La vio alzarse del suelo con lentitud y en su expresión se mostraba una mezcla de shock y horror.

—¿Cómo pudo ocurrir? ¡¿Dime ahora mismo cómo ocurrió, te lo exijo?! —preguntó con voz llena de ira.

Libby tragó saliva y sintió el pánico crecer en su interior. Sabía que no podía seguir ocultando la verdad, no después de lo que acababa de pasar.

Su madre era una cazadora, no valdría cualquier excusa.

—Mamá, p-por eso estoy aquí. Quería que me ayudaras a escapar —confesó, su plan inicial había sido salir unos días para acompañar a Alaric con la sanadora, pero después de lo que acababa de pasar, solo podía rogar que ella la ayudara a huir porque estaba segura de que jamás le ocultaría esa información a su padre—. Sé que no se lo ocultarás a papá, pero explícaselo cuando me haya ido.

Su madre negó con la cabeza, confusa.

—¿Fue durante la misión? ¿Te atacaron? —La pobre mujer estaba a punto de sufrir un colapso. Se frotaba las sienes y caminaba en círculos como si no pudiera controlarse—. Nadie puede culparte si te forzaron, hija. Te ayudaremos, por supuesto. Le dije a John que era una mala idea que te enviaran a ese misión, que te podía ocurrir algo malo, lo presentía. Mi pobre hija... —Su madre se acercó a ella y la abrazó, temblorosa—. Uno de esos animales se atrevió a abusar de ti, pero no te preocupes, no descansaré hasta que él y toda su manada de monstruos estén muertos.

Libby se separó de su madre con rapidez y evitó volver a tirarla al suelo.

¡¿Abusar de ella?! Nadie había abusado de ella. La rabia que sintió cuando amenazó la vida de su compañero la hizo gruñir como un animal.

—¡Amo a mi compañero y nadie le hará daño! —Con una actitud peligrosa se acercó a su madre—. ¡Nadie, ni siquiera tú, mamá!

La mujer que le dio la vida se llevó la mano a la boca y ahogó un grito de horror. Sus ojos se llenaron de lágrimas y retrocedió un paso como si su presencia la asustara.

—No... no puede ser. Dime que no es verdad, Lib. Dime que no has traicionado a tu clan, a tu familia —suplicó.

Libby sintió cómo su corazón se le resquebrajaba al ver la decepción y el sufrimiento en los ojos de su madre. De todas las personas, siempre pensó que ella la apoyaría.

Su madre siempre quiso una vida normal para ella, pero estaba muy claro que esa vida normal no era junto a un licántropo.

—Lo siento, mamá, pero no puedo cambiar lo que siento. Él es mi compañero y lo necesito —confesó y volvió a acariciar su marca—. Creí que podría casarme con tal de ponerlo a salvo, pensé que dejarlo marchar era lo mejor, pero no puedo. Si todavía me amas, necesito que me ayudes a escapar.

Su madre se dejó caer en el sofá y se cubrió el rostro con las manos mientras sollozaba. Libby se acercó a ella, intentó consolarla, pero la apartó de un manotazo.

—¡No me toques! ¡No quiero que te acerques a mí! —gritó, con la voz llena de rabia y dolor—. ¿Cómo has podido hacernos esto? Te habría ayudado a escapar incluso si eso significaba no volver a verte si hubieras querido tener una vida lejos de aquí, pero ¡mírate! Marcada como un animal por uno de esos monstruos.

Con las manos empuñadas y la columna tensa, Libby intentó mantenerse en control. El día había sido demasiado intenso y las horas sin su compañero solo acrecentaban todos los síntomas

que su vínculo le provocaba.

—¿Me delatarás? —preguntó.

Su madre negó con demasiada lentitud y como si aún su mente no estuviera en aquella habitación, la miró con la vista perdida.

—¿Cómo ocurrió? Y no quiero mentiras —su tono de voz ya no fue tan tenso—. Siempre supe que no encajabas aquí, desde que eras una niña. Eras hábil, rápida, con una mente muy despierta y con un corazón demasiado bondadoso.

—Me parezco a ti, mamá —susurró Libby y una media sonrisa se mostró el rostro de su madre.

—Sí... pero yo me enamoré de tu padre y junto a él, incluso esta vida que no me gustaba, me pareció la mejor que pude tener. —Estuvo a punto de decir que eso mismo le ocurría con Alaric. No importaba dónde o cómo, solo sabía que lo que le quedaba de vida la quería junto a él. No necesitó pronunciarlo, su madre lo leyó en su mirada—. No hay muchos casos de humanos que se hayan vinculado de esa forma con un licántropo. Es peligroso, cuando ellos muerden inyectan un veneno que es una mezcla de su sangre con algo mágico, supongo, no hemos podido averiguar mucho sobre ello.

»Recuerdo que en los archivos figuraba un caso de hace más de cien años. La mujer no soportó los cambios y murió. El lycan que se vinculó con ella no luchó, los cazadores lo mataron, pero él deseaba su muerte. Se sentía muy culpable.

Libby se llevó la mano a la marca y la acarició, asustada. No quería morir y menos que a Alaric le ocurriera algo parecido. Sintió un estremecimiento y miró a su madre.

—No quiero que eso me ocurra —pronunció en voz baja.

La mujer se acercó a ella y comenzó a inspeccionar la marca.

—No te ocurrirá, por los cambios que estás teniendo, tu cuerpo ha aceptado el veneno y se está preparando para aceptar todo lo demás.

—¿Lo demás? —¿Acaso había más? Santo Dios, si cuando se enfureció con su madre sintió que unos colmillos estaban a punto de emerger de su boca.

—¿Tú que crees? No tendrás hijos humanos, tu cuerpo debe prepararse para sobrevivir a ello. —Libby sintió un nudo en la garganta—. Tu vida se adaptará a la de ese...

—Es mi compañero, mamá.

—A la de tu compañero —escupió intentando contener la rabia—. ¿Cómo lograste acercarte a un lobo tan poderoso? No es cualquier lycan por lo que veo o no habrías sufrido tantos cambios, es uno peligroso y no puedo explicarme cómo es posible que mi hija, que en tres años no salió de aquí, esté vinculada un lobo.

No tenía mucho sentido callar, así que comenzó a explicarle la historia de cuando encontró a Alaric y decidió ayudarlo. Le contó que él había perdido la memoria y también que estaba herido a causa de algún ataque mágico.

Libby le explicó que quería salir de allí para llevarlo con una sanadora y su madre le pidió que le enseñara lo que había encontrado.

Cuando lo hizo, algo cambió en la mujer. Fue extraño, como si entrara en algún tipo de trance. Se levantó y le pidió que esperara. Regresó con varias cosas en sus manos, entre ellas llevaba una libreta. Por unos instante parecía querer recordar algo y cuando lo hizo comenzó a escribir. Después, arrancó la hoja y se la dio.

—Es más seguro que vayas a esta dirección. No sé si esté allí, tampoco si siga con vida, pero es la opción más segura. Tampoco me pidas explicaciones porque la realidad es que no lo sé. Ni siquiera recordaba haber vivido un momento así.

—¿Quién es? —preguntó con curiosidad sin dejar de mirar la dirección escrita en aquel papel. El lugar pertenecía a la misma ciudad en la que ella estudió.

No era cerca, sería difícil llegar hasta allí.

—Una poderosa bruja que, al igual que tú, cometió el terrible error de enamorarse de un lycan. La conocí poco antes de que regresáramos al clan, estaba sentada en un banco en el parque en el que te esperaba y ella se sentó a mi lado.

»Sin que yo le preguntara, comenzó a contarme su historia y, conforme hablaba, yo me puse cada vez más nerviosa por todo lo que sabía sobre el mundo que nosotros intentamos ocultar a los humanos. Entonces, ella empezó a reírse y me llamó: *cazadora*. Después, me dijo que llegaría un momento en el que necesitaría una bruja que atendiera a un lycan con discreción. Había olvidado ese encuentro por completo.

—¿Dijo algo más? —Las mejillas de su madre se ruborizaron y bajó la mirada al suelo.

—No tiene mucha importancia, pero si tanto lo quieres saber, dijo que, cuando necesitara sus servicios, no fuera demasiado dura ni juzgara con anticipación porque esos lobos eran tan tontos como apuestos y que no había mujer que estuviera en su sano juicio que no les lanzara su ropa interior si tenía uno cerca —tras finalizar su relato, su madre carraspeó—. Lo cierto es que no quiero saber más detalles. No es como si fuera a llamarlo yerno ni ver crecer a mis nietos así que acabemos cuantos antes.

Libby no tenía planteado contarle a su madre que Alaric no tenía paciencia para esperar a que ella le lanzara la ropa interior, él se la desgarraba o la mantenía desnuda. Volvió a acariciar su marca e intentó fingir que no se estaba volviendo loca.

Su madre la había descubierto y ella estaba allí, pensando en saltar sobre su lobo en cuanto lo tuviera de frente.

—Creo que es mejor que hablemos de otra cosa, como por ejemplo... —Sujetó los botes de cristal que su madre soltó sobre la mesa—. ¿Qué es esto?

—Este deberás tomarlo tú y ese lobo, es un inhibidor. Dura unas veinticuatro horas y camuflará vuestro aroma, los perros de rastro no podrán seguirlos. —Después, tomó los otros dos—. Estos no son míos, me lo dio esa mujer. Me dijo que sabría a quién dárselo cuando llegara el momento y ahora sé que es para ese lobo. —Su madre se veía confundida—. No sé por qué esos recuerdos vinieron ahora y tampoco entiendo por qué lo guardé. —Señaló los botes—. Imagino que esa mujer me hizo algo.

—¿Pretendes que le dé esto a mi compañero sin saber lo que contiene? ¡Quizá me estás mintiendo y solo lo haces para matarlo! —gritó.

—Por más que no me gusten tus decisiones, eres mi hija y no quiero hacerte daño. Puedes desconfiar, pero en estos momentos no tienes a nadie más que a mí para ayudarte. Arriesgarte es tu única opción, ahora vete antes de que llegue tu padre y cúbrete esa marca. Déjame pensar en cómo hacerlo y te daré los detalles. Dame un día.

—Un día —repitió y agarró su chaqueta para ponérsela.

Tenía un calor horrible, no le extrañaba que Alaric siempre prefiriera estar desnudo en su casa. Cuando estaba a punto de salir su madre la detuvo.

—Había algo más. —Señaló los botes que ella se estaba guardando en los bolsillos—. El azul debías dárselo primero apenas lo recibieras, pero el otro, solo debías usarlo cuando llegaran a la casa de esa mujer. No sé por qué, así que no me interrogues.

—¿Crees que debería confiar? —Su madre se encogió de hombros.

—Te lo vuelvo a repetir, no tienes otra opción.

Capítulo 14



Alaric daba vueltas por la casa como un ratón encerrado en una jaula. Los sentimientos de Libby habían permanecido con un sinfín de altibajos a lo largo de todo el día. Sentirla y no poder hacer nada casi lo hizo cometer una locura. Solo la promesa que le sacó a regañadientes y saber que ella no estaba herida ni en grave peligro, logró que se controlara.

El extraño ruido que escuchó cuando Libby se marchó de la casa, resonó de nuevo. No tenía la menor idea de lo que se trataba, pero, tal como su compañera le había repetido una y otra vez, tampoco asomarse a las ventanas era seguro.

Inhaló su aroma mucho antes de que ella abriera la puerta. Sus pasos se escucharon cansados, pero solo podía pensar en que abriera de una vez para poder verla y calmarse.

Cuando lo hizo y lo miró con una sonrisa temblorosa, se olvidó de preguntar qué había ocurrido y se lanzó sobre ella como un muerto de hambre que no quisiera otra cosa que devorarla.

La puerta de entrada se cerró de un portazo y dejó caer la espalda de Libby sobre ella. Su boca lo recibió como si hiciera meses que no se vieran y no pudieran perder tiempo en respirar.

—Alaric —jadeó su nombre cuando comenzó a recorrerle la mandíbula con su boca—. Si sigues besándome así no haremos otra cosa que enredarnos en la cama y tengo mucho que contarte. —El sonido de un gruñido resonó en su pecho, uno igual al que haría un animal hambriento al que le quitan su presa.

—No es necesario ir a la cama, aquí me parece bien —murmuró a la vez que agarraba sus caderas, la alzaba y la obligaba a enredarle las piernas en la cintura.

Había demasiada ropa de por medio y en lo único que podía pensar era en arrancársela y poder asegurarse de que estaba bien. Una vez que tuviera la certeza de que era así, ocurriría lo que ella decía. Se enredarían en la cama o en cualquier lugar de la casa, eso poco importaba.

El sonido de unos bultos chocando en el suelo llamó su atención.

Alaric miró las bolsas con curiosidad.

—Grandullón, yo también tenía muchas ganas de verte, pero no me dejaste ni soltar todo lo que traigo. —Libby le dio un suave beso en los labios y se apartó para mirarlo con intensidad. Después, cerró los ojos y negó con la cabeza—. No, no puedo perderme en tu cuerpo de dios griego, bágame porque tenemos mucho de lo que hablar.

La fue soltando, no sin antes deslizarla por su cuerpo con mucha lentitud. Pudo notar lo afectada que estaba cuando por fin sus pies tocaron el suelo, al menos no era el único que sufría ese calor cuando ella estaba cerca.

—¿Dios griego? —preguntó.

A veces, le costaba seguir el ritmo de su conversación cuando usaba términos que no comprendía. Como teléfono satelital, coches, bombas, granadas... Entendía que había perdido la memoria, pero había detalles que sabía sin necesidad de recordar su vida. Era como si toda su existencia no hubiera transcurrido alrededor de aquellas cosas.

Puede que antes no supiera que era un lycan, pero en cuanto asimiló esa información, el resto llegó por sí solo. Sabía cómo se organizaba una manada, también la forma en que vivían, sabía

cómo funcionaba el vínculo con su gente y también con su compañera. Su compañera... Esa no era otra que Libby. Agradecía a quién fuera que lo atacara y lo lanzara por aquel precipicio porque de otra forma no creía que la hubiese encontrado.

Al menos no de forma tan pacífica.

—Un dios griego, ya sabes. —Él no tenía la menor idea, pero cuando ella se acercó de nuevo y comenzó a acariciarle los brazos y a apretar sus músculos, supo que diría que sí a todo. Aunque no tuviera la menor idea de a qué refería—. No, no te pareces en nada a esas estatuas, siempre las hacen con el pene pequeño y eso que tienes ahí de pequeño no tiene nada. Es como un portaaviones de la marina siempre dispuesto a entrar en combate.

Alaric estuvo a punto de sonreír e inflar el pecho. ¿A qué hombre no le agradaba que su compañera alabara sus atributos? Porque a él le gustaba mucho escucharlo, pero la sonrisa se le borró cuando vio que los ojos de Libby cambiaron de color y por unos segundos se tornaron demasiado claros. Incluso, cuando ella se mordió el labio inferior sin dejar de mirar a esa parte de su anatomía, que se mostraba alzada y orgullosa por su escrutinio, atisbó que sus colmillos se habían alargado.

—Ángel, creo que está ocurriendo algo.

—Oh, Dios, sí, está ocurriendo. ¡Me calcino! —Su compañera se arrancó la chaqueta con demasiada fuerza y la lanzó a una silla con despreocupación—. No puedo seguir mirándote, no sé qué me ocurre, pero es pensar en ti y solo quiero sexo desenfrenado. Duro y muy...

No terminó sus palabras. La ropa que llevaba comenzó a volar hasta que se quedó desnuda y se dirigió a la cocina. Él la siguió y la encontró frente a lo que ella llamaba el refrigerador.

Sacó hielo de su interior, se lo llevó en las manos y acabó por sentarse en el sofá. Después, comenzó a pasar los cubitos por su cuello y por su pecho.

Alaric cerró los ojos y sintió sus garras emerger de sus manos. El olor que ella desprendía lo volvería loco.

—Á-Ángel —balbuceó casi sin poder hablar del esfuerzo que suponía no terminar de abrirle las piernas y clavarse en su interior—. ¿Cuándo es la luna llena?

—No lo sé, en un par de días, creo —murmuró sin darle mucha importancia a sus palabras—. ¿Por qué? —Intentó acercarse a ella para sentarse a su lado, aunque tenerla tan cerca sería una tortura. Necesitaba explicarle lo que creía que le estaba ocurriendo y, lo que también le ocurría a él, en menor medida porque estaba seguro de que había aprendido a manejar muchas lunas antes que esa—. Ni se te ocurra acercarte sin ponerte la ropa, grandullón. De verdad que necesito hablar contigo y no lo puedo hacer con esta calentura.

Libby señaló las bolsas que había dejado caer al suelo y rezongando se acercó. Buscó en el interior para encontrar demasiadas prendas. Con un pantalón le bastaba y también le sobraba porque con ese olor a hembra excitada él solo quería estar desnudo.

Se los puso y masculló una maldición porque los sentía demasiado apretados.

—¿Mejor? —Ella lo miró y asintió con la cabeza sin mucha seguridad.

—Ahora deseo arrancártelos, pero al menos así habrá alguna barrera entre nosotros. ¡Puedes creer que mis ojos cambiaron! —Libby se acarició la marca de su vínculo y ambos jadearon por la sensación que les produjo. Antes de que le fallaran las rodillas, se acercó hasta el sofá y se sentó a su lado—. Y además a los del consejo se les ocurrió la genial idea de informarme de que tengo que casarme en dos semanas.

Alaric se tensó al escuchar el cambio en su tono de voz en sus últimas palabras. Hasta su olor dejó de ser demasiado atrayente para convertirse en el aroma característico del miedo y el asco.

—Ángel, ¿a qué te refieres con casarte? —susurró y abrió sus brazos para que ella se acercara.

Libby fue más allá, se sentó sobre su regazo y lo abrazó como si soltarlo no fuera una opción.

—No pienso hacerlo, pero ellos no lo saben. Mi madre se enteró de lo nuestro, me descubrió —murmuró en voz baja y, por el dolor en su voz, supo que la reacción que tuvo no había sido buena—. Dijo que nos ayudará a escapar, pero que nunca volveré a verla.

Quiso consolarla, aunque no encontró nada que decir para aliviarla. Su compañera parecía conformarse con tenerlo cerca y mantener el contacto mientras dejaba salir todo lo que le había pasado en el día.

Comenzó con lo ocurrido en la reunión con el consejo. Ahí no pudo evitar que varios gruñidos se le escaparan. Libby no estaría con otro hombre que no fuera a él, sentía a su lobo querer escapar de su confinamiento para arrancarle la cabeza a ese cazador. Terminó su relato explicándole lo que había hablado con su madre. Incluso la curiosa historia sobre la bruja que, por algún motivo, puso intenso a su lobo.

Era como si él supiera a quién se refería, pero la información no llegaba a su mente.

Ese fue el único momento en que Libby se apartó de él para dirigirse a la ropa que había dejado tirada en la silla. Buscó en su chaqueta y sacó tres botes.

—Este lo debemos tomar antes de salir para que no nos detecten y este lo debes tomar ahora, pero antes debo decirte que no sé lo que contiene. —Libby lo apretó contra su pecho y pudo ver la duda cubrir sus facciones.

Antes de que él pudiera decir nada, su lobo lo incitó a que lo hiciera. Esa parte de él confiaba en que aquello que le ofrecía su compañera no era nada dañino.

De hecho, su lobo quería con intensidad ese bote y lo habría tomado al momento si alguien no se acercara a la casa.

—Escóndete —susurró su compañera y, cuando vio que no se movía, insistió—. Por favor, no sé quién pueda ser. Si mi madre me ha traicionado quizá...

—No me iré —gruñó—. Si te traicionó debo protegerte.

Escuchó los pasos de una sola persona seguido de tres golpes en la puerta, un silencio y dos golpes más. Su compañera soltó el aire un poco más tranquila.

—Es mi madre, siempre llama así. Escóndete, aunque sabe de ti creo que es preferible evitar que se vean.



Libby respiró profundo antes de abrir la puerta.

Su madre se encontraba al otro lado, cargaba con dos mochilas tácticas y miraba a su alrededor, nerviosa.

—No voy a entrar, así que agárralas, rápido —la instó y obedeció colocándolas dentro de la casa.

—¿Qué es? —preguntó.

—¿Qué crees? Armas, Lib. Espero sacarte de aquí de una pieza y que logres escapar, pero si te alcanzan, no dudes en usarlas. También te traje esto. —Su madre deslizó la funda de su espada y se la entregó.

—Mamá, ¿eres consciente de lo que dices? —La mujer la miró como si ella hubiera perdido un par de tornillos.

—Puede que no vuelva a verte, pero quiero saber que, a dónde sea que vayas, mi hija estará con vida. Si para eso tienes que defenderte, no dudes en volar toda la aldea conmigo dentro.

Antes no quiso que la tocara, pudo notar la repugnancia en su rostro cuando descubrió que había sido mordida por un lycan, pero en ese momento, no le importó que la rechazara otra vez.

Se abrazó a su madre porque no creía tener muchas oportunidades de hacerlo de nuevo.

No la empujó, ambas se fundieron en ese abrazo que de alguna forma supieron que sería el último.

—Te llevas a mi hija, lobo —masculló su madre mirando por encima de su hombro y supo que Alaric no le había hecho caso. Estaba detrás de ella.

—La cuidaré con mi vida —lo escuchó pronunciar con la voz ronca y sintió un escalofrío.

¡Malditas hormonas que la iban a volver loca! ¿Es que ni en un momento así podía contenerse? Su compañero le gustaba mucho, muchísimo, pero aquel calor cada vez que se acercaba no era normal.

—Más te vale —graznó su madre demasiado tensa para mantener el abrazo y la soltó—. Si no estás muerto es porque mi hija me importa mucho más que este clan, pero si le haces daño te juro que echaré sobre ti todo el poder de los cazadores.

—No se lo haré, es una promesa. —Su madre asintió y miró hacia el todoterreno de Libby.

—Desactiva el GPS, no lo olvides o de nada servirá que oculten el olor —dijo refiriéndose a su coche—. Mañana, cuando se hagan las doce de la noche, yo les abriré la puerta. Mientras tu padre no se entere de que te marchas con ese tipo de compañías, haré lo que pueda para vencerlo de que estarás mejor fuera de aquí.

Libby asintió con tristeza, su madre los miró a ambos, pero no se detuvo a decir nada más. Se alejó hasta su coche sin volverse a mirarla ni una sola vez.

Tras la despedida de su madre, no pudo quedarse tranquila. Cargó las armas en su todoterreno y también guardó la ropa que consiguió para Alaric y un poco para ella. Buscó el dinero que había ahorrado y también lo preparó para que estuviera todo listo. No podían ir demasiado cargados porque en algún momento debían abandonar el coche, era demasiado llamativo y llevaba la insignia de su clan.

Si un cazador la veía cuando estuvieran fuera de peligro, no dudaría en dar la voz de alarma. Esperaría a la noche para salir a desactivar el GPS, no se fiaba de recibir alguna visita y la encontrarán con las manos en la masa.



—¿Me podrías repetir lo que esa bruja le dijo a tu madre?

Era increíble que Alaric se hubiera centrado tanto en el relato sobre aquella bruja y no pareciera preocupado por el escape tan peligroso que debían hacer. Su lobo gruñó cuando le contó que debía casarse, pero fue como si para él eso fuera imposible porque estaban unidos y ese enlace no ocurriría por nada.

Algo le decía que su lobo no dudaría en desmembrar al futuro marido si se atrevía a dar el sí quiero.

Por otra parte, la conversación sobre la bruja parecía intentar acariciar una parte de su cerebro que se negaba a recordar.

—Te lo dije unas cinco veces, quería que tomaras este primero y el otro cuando llegáramos a su casa. La verdad, no creo que sea buena idea y menos cuando la herida que no consigo curar está provocada con magia.

Libby no había dejado de pensar en que esa mujer y la persona que lo dejó malherido podrían ser la misma. Él no sabía nada del pasado y con la vida de su compañero no quería correr riesgos.

Alaric ignoró sus palabras y volvió a decir.

—No, ángel, eso no. La parte en que habló de los licántropos.

Ella se rascó la barbilla e intentó no reír.

—¿Acaso quieres halagos, grandullón? —Su compañero puso esa expresión de haber chupado un limón para después comenzar a gruñir.

Ahí estaba el gruñón malhumorado que salía a la luz pocas veces cuando estaba con ella. Libby presentía que ese era su carácter con el resto del mundo y solo la hacía sentir más especial porque a su lado rara vez estaba de mal humor.

—No es eso, aunque si quieres decirme algunos no me opongo. —Borró el ceño fruncido y los ojos avellana del lobo la devoraron—. Es una tontería, pero cuando te escuché decir eso sentí algo familiar, como si pudiera confiar en esa bruja. ¿Tiene sentido?

—O sea, me dices que una bruja te dice que los lobos son tan apuestos como tontos y que una mujer solo tiene que verlos para sentir la necesidad de bajarse la ropa interior y tú... confías en ella. —Libby no era celosa, al menos no recordaba haber sentido tantos celos como para saltar sobre él y hacerle entender que la única ropa interior que arrancaría en lo que le restaba de vida sería la suya.

En lugar de hacerlo, como un basilisco se alejó de él y le lanzó el frasco que contenía el líquido azul.

—Ahí lo tienes, atragántate.

—Ángel.

Libby alzó el dedo índice, o lo que quedaba de su dedo porque aquello era más una garra, y lo miró amenazante. Ambos observaron su mano, ella cada vez más perpleja y él con un gesto socarrón.

—¿Me voy a convertir en una loba? ¿Es eso? Porque si es así me gustaría que me lo dijeras para estar preparada. No estoy segura de si quiero tener cuatro patas y poderme lamer cada parte del cuerpo con mi propia lengua.

—Eso puedo hacerlo yo, ángel —ronroneó Alaric y se acercó a ella con la mirada encendida de lujuria.

Libby volvió a alzar el dedo, es esa ocasión su mano volvía a ser la de siempre porque, los celos y la ira que la habían poseído, disminuyeron con el miedo al pensar en una posible mutación de su cuerpo.

Había que tener cuidado con lo que se deseaba, ¿acaso no quiso nacer lycan para entender mejor el vínculo?

—No quieras entretenerme con sexo y responde. Antes mencionaste la luna llena, ¿qué tiene que ver? ¿Crees que me pondré a aullar a la luna y me llenaré de pelos? ¿Tendré pulgas? —Su compañero ladeó la cabeza y abrió los brazos para mostrarle ese torso tan bien formado.

Gruñó sin poder contenerse y el deseo vibró en su cuerpo.

—Si no dejas de llenar la habitación con ese olor, ángel, no creo que pueda contenerme lo suficiente para darte una explicación.

—Deberías cubrirte toda esa cantidad de músculo y piel que dejas al descubierto, así podría prestar atención a las cosas importantes y mi mente dejará de pensar en pasar mi lengua, humana o en forma de lobo, por todo lo que veo. —Ese fue el momento de Alaric para gruñir y tomó la camiseta que ella, tan previsiva, le había dejado fuera.

Se la puso, pero le quedaba tan ceñida que no hacía más que acentuar todo lo que guardaba debajo. Gimió de impotencia y él se pasó las manos por el rostro.

—No puedo decirte que recuerde algún caso de un humano con un licántropo —comenzó a decir—. Quizá lo haya visto, pero no lo recuerdo. Lo que sí sé es no vas a convertirte en una loba y que esto que sientes se debe a la cercanía de la luna llena.

—Si no me voy a convertir, ¿entonces qué ocurre? —Él no se veía demasiado preocupado, así que intentó sentarse y calmarse lo más posible.

—Una vez al año hay una luna que llamamos la luna de apareamiento. —Estuvo a punto de decir que ella no iba a soportar hacer todas esas cosas que habían hecho esos días solo una vez al año, pero él continuó—. Cuando ocurre, es un momento en que los licántropos tienen más facilidad para encontrar a sus mates. Es una noche en la que todos nuestros instintos buscan a nuestra pareja, pero si fuera ese caso, yo no estaría tan tranquilo.

—Yo no te veo tan tranquilo —masculló—. Hay un enorme bulto asomando por tu pantalón. No es que estuviera mirando, es que se ve. Bueno, quizá estaba mirando un poquito, pero es que no me lo pones fácil.

Un gruñido resonó en la sala y otro escalofrío recorrió su cuerpo para calentar más su bajo vientre.

—¡Maldita sea, ángel, te huelo! Estoy usando todo el control que tengo para calmarme y explicarte. Es tu primera luna llena con un compañero así que tu cuerpo... ¡Libby deja de mirarme así! —Alaric se pasó la mano por el rostro, exasperado—. Tu cuerpo nota los cambios y se prepara para que nosotros podamos tener cachorros. Con el tiempo espero que los síntomas no sean tan fuertes, quizá no me importa que lo sean y me agrade demasiado que ocurra así.

Eliminó la palabra cachorros de su mente para solo quedarse con la parte de cómo se fabricaban. No era momento, no era el tiempo, estaban llenos de problemas y tenían que planificar una huida, pero aquel vínculo la estaba convirtiendo en una bestia que solo quería lanzarse sobre él.

—¡Para darme como cajón que no cierra! Podrías haber empezado por ahí. No soy nadie para negarme a los efectos de esa luna, estoy dispuesta. —Libby miró su reloj, aún faltaba un poco para que tuviera que salir para quitar el GPS de su todoterreno, así que había tiempo que ocupar en cosas más importantes que en explicaciones.

El sexo era una magnífica idea para ocuparlo.

—¿Cajón que no...? ¡Se acabó, no puedo más con esto. Me beberé esto y después... —Alaric la miró como si no tuviera ropa y ya estuviera anticipando lo que iba a pasar allí. Antes de que pudiera decir nada, la agarró, la levantó del sofá y se la echó al hombro como si no pesara nada—. Te quiero en la cama —gruñó y caminó hasta la habitación.

La echó sobre el colchón y sacó el brebaje azul del bolsillo de su pantalón. Lo abrió y se lo llevó a los labios.

—¡¿Qué haces?! —gritó—. ¿Estás seguro?

Él miró el frasco, después a ella y asintió con la cabeza.

—Mi lobo me dice que tengo que confiar y que debo seguir las instrucciones porque es importante —murmuró y le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Ángel, no entiendo el motivo, pero es como si con esto estuviera más cerca de mis recuerdos.

«Sus recuerdos», los mismos que incluían a una mujer que él amó y que no era ella. No pudo hablar.

Él volvió a llevarse el bote a los labios y se lo bebió de una sola vez. Cuando terminó, ambos se quedaron inmóviles.

Libby apretó las sábanas entre sus dedos a la espera de que recordara todo y toda su relación se fuera al traste. No quería ser egoísta, pero tenía miedo.

Alaric parpadeó varias veces, como si se hubiera comenzado a sentir extraño y trastabilló hacia la cama. Acabó por tirarse sobre el colchón de espaldas como si no pudiera sostenerse por más tiempo y un fuerte olor a azufre comenzó a emerger de su cuerpo.

Su compañero se llevó la mano al vendaje que cubría su abdomen y lo arrancó de un solo tirón.

Aquello enfrió todos los efectos que aquella próxima luna estaba provocando en ella y solo quedó el terror de que lo ocurrido no fuera más que un engaño para matarlo.

Escuchó que un grito resonaba en la habitación y descubrió que salió de su garganta.

Se arrodilló en la cama junto a él y se quedó petrificada al ver cómo de la profunda herida comenzó a emerger un líquido negro. Se levantó con tanta rapidez que comenzó a dudar de si continuaba siendo humana. Aquellos movimientos solo los había visto en Alaric.

No se detuvo a pesar más en ello, agarró las gasas y comenzó a limpiar todo lo que supuraba la herida mientras se iba cerrando de una forma que no se podía describir de otra forma que mágica.

Cuando en su abdomen no quedó rastros de la llaga, el resto de las pequeñas cicatrices que habían quedado en su cuerpo también comenzaron a disolverse.

Ambos se miraron, pero los ojos de su compañero estaban vidriosos y casi no podía mantener los párpados abiertos.

—Estoy bien, ángel —lo escuchó hablar con esfuerzo—, pero creo que el cajón no podrá cerrarse hoy.

Tras pronunciarlo, cayó en un sueño profundo.

Capítulo 15



—¡Maldita puta! —gritó Jeffrey sin poder contenerse.

Esa mujer lo había humillado frente al consejo y todavía tuvo el descaro de reírse de él. Estaba en la taberna de la aldea, gran parte de los cazadores estaban allí reunidos y le daban sus felicitaciones a ese niño de Ryder.

¿Cómo pudo escoger a ese imberbe?

Había perdido la cuenta de cuántas cervezas llevaba, pero no ayudaban a aminorar la furia que sentía.

—Deberías disimular y ser mejor perdedor. —Logan se sentó a su lado—. A mí tampoco me escogieron y no estoy con cara de querer matar a todo el mundo.

—¿Alguien te pidió tu opinión? ¡Yo tendría que ser el nuevo Maestro! —gritó cada vez con más rabia y todos miraron en su dirección.

Apretó la jarra de cerveza entre sus manos y, sin poder controlarse, la lanzó contra la pared.

El cristal se hizo añicos y todos dejaron sus conversaciones para centrarse solo en él.

Ryder se levantó de su asiento, lo miró con una sonrisa burlesca y se acercó a su posición.

—No merece la pena —dijo Logan que se levantó tras él para meterse en medio de los dos—. Se le pasará.

—La que no merece la pena es esa puta —masculló entre dientes—. ¡Soy el mejor cazador! —bramó y miró a su alrededor para dirigirse a todos—. ¡¿Cómo pueden conformarse con la elección de un mujer que no está en sus cabales?!—

—Será mejor que te calles, Jeffrey. Esa mujer es mi futura esposa y no voy a consentir que hables así de ella. —Ryder dio un paso al frente y su primer impulso fue estamparle el puño en el rostro.

—Ni siquiera te la encuentras en los pantalones y ¿crees que serás mejor que yo? —escupió—. No defenderías tanto a tu futura esposa si supieras cuántas veces me la follé. A estas alturas no me extraña que, para cuando te cases, tengas que cargar con mi bastardo. Si fuera tú, me lo pensaría mejor. Esa mujer es mía.

Antes de que respondiera, Jeffrey salió de la taberna.

No pensaba conformarse, nunca lo haría. Iría ahora mismo a buscarla y se la follaría tantas veces que no le quedaría otro remedio que suplicar por su perdón.



Libby sabía que Alaric se encontraba bien. Dormía en calma, tan tranquilo que incluso de su boca escapaban unos ruidos que podían ser confundidos con el sonido de una locomotora vieja.

Su lobo roncaba a pierna suelta después de haberle prometido quitarle el calor del cuerpo, pero al parecer con una ducha de agua helada tendría que bastar. Sabía que tras una curación como esa, el cuerpo necesitaba descanso.

Ahora comprendía la insistencia de la bruja en que lo tomara antes y no después de la huida.

Puede que tras su vínculo se sintiera mucho más fuerte, pero no se veía capaz de llevar a un lobo inconsciente por la montaña.

Por suerte, en la mañana, seguro estaría como nuevo y podrían estar listos para marcharse. Todo saldría bien, o no.

—¡Deja de pensar que algo saldrá mal! —se quejó en voz alta y miró por última vez a su compañero antes de salir de la habitación—. Duerme como si no tuviera la culpa de todos los males del mundo, al menos de mis males. Mejor dejo de mirarte porque en ese estado sería como abusar de un muerto. ¡Lo que me faltaba, la necrofilia como efecto secundario!

Riéndose sola y animada porque él ya no sufriría más por aquella herida, salió de la casa y se encaminó al cuartito en la zona trasera. Allí guardaba herramientas.

Buscó entre ellas y localizó las que necesitaba para sacar el GPS. Una vez las tuvo en sus manos, se dirigió a su todoterreno. La luz del porche de la casa no la ayudaría para iluminar debajo del coche, así que, al acostarse en el suelo y arrastrar la mitad de su cuerpo bajo el auto, encendió la linterna y la dejó colocada de tal forma que se mantuviera en pie.

Hacía demasiado frío fuera, pero ella no lo sentía. Más bien agradecía la brisa helada rozando la piel de sus brazos. Dudaba mucho de que a esa hora alguien se acercara y no quería abrigarse con tal de ocultar su marca de vinculación.

Trabajó durante un rato entre maldiciones cuando algún tornillo se le dificultaba, pero después de un tiempo, logró sacar el GPS y volver a colocar todo de nuevo.

Estaba por arrastrarse otra vez al exterior, cuando unas manos presionaron sus tobillos y tiraron de ella con demasiada rudeza.

—Grandullón —ronroneó creyendo que era Alaric el que la agarraba porque se había despertado—. No debiste salir a...

—Me alegra que me recibas con tanto cariño —la voz pastosa de Jeffrey la detuvo.

Libby intentó patear para que la soltara, por desgracia, no había logrado salir al completo de debajo del coche y él no se lo permitía.

—¡Suéltame! —gritó e intentó patearlo, pero solo consiguió que él respondiera de la misma forma y la hiciera soltar un alarido de dolor.

—¿Soltarte? Eso no ocurrirá, puta. —Una nueva patada en sus piernas la hizo jadear y apretar los dientes.

Libby intentó rodar bajo el auto para salir por el otro lado y tener posibilidad de defenderse, pero un par de rodillas cayeron sobre sus muslos y la obligaron a abrir las piernas.

Dolía demasiado soportar el peso de ese hombre sobre sus piernas, pero no tanto como le dolería si le permitía continuar. Se aferró al chasis del auto con todas sus fuerzas y luchó con desesperación contra el peso de Jeffrey. El miedo y la adrenalina corrían por sus venas mientras buscaba de una forma frenética un modo de escapar de su atacante.

Sus garras emergieron sin poder controlarlas y, aunque eran mucho más pequeñas y débiles que las de Alaric, eran lo único que tenía para defenderse en ese instante.

A ciegas, comenzó a mover los brazos hasta que consiguió atrapar su chaquetón y desgarrarlo. Maldijo las capas de ropa porque no consiguió tocar su carne y herirlo.

Con un rugido de furia, Jeffrey intentó arrastrarla fuera del vehículo y ella lo permitió porque si seguía allí estaría indefensa. Sus dedos se clavaron en los tobillos de Libby mientras tiraba de su cuerpo sin piedad.

Gritó y lo pateó como una salvaje.

Si ese hombre pensaba abusar de ella se equivocaba. Con una agilidad producto de su entrenamiento, se impulsó con sus brazos y piernas para elevarse y quedar en cuclillas en el

suelo.

No le dio tiempo a ponerse de pie, Jeffrey le golpeó con el puño en el estómago y la dejó sin respiración.

—¡Quédate quieta, perra! Te arrepentirás de no haberme elegido. —El cazador aprovechó su falta de aire para agarrarla del cabello y tirar de ella.

Se negó a rendirse. Le clavó las garras en las muñecas y logró retorcerse y girar para darle una patada en la cara. Él aulló de dolor, pero ni la sangre que manaba su nariz rota, hizo que se detuviera.

Estaba fuera de sí.

—Vas a pagar por eso, zorra —gruñó y avanzó hacia ella.

Libby retrocedió sin perder su postura defensiva. Sabía que no podía igualar la fuerza bruta de un hombre que se había entrenado mucho más que ella, pero ahora era más rápida y ágil. Esquivó su primer ataque y se agachó bajo sus brazos extendidos. Sin pensarlo, lanzó un golpe a sus costillas.

Aquello no lo detuvo, al revés, parecía excitarlo.

—No te imaginas las ganas que tengo de someterte. —Estaba tan fuera de sí, que ni siquiera se había percatado de sus garras.

Si no las había visto, podía intentar huir, encerrarse en su casa y esperar que se fuera. Dar la voz de alarma no era buena idea y menos cuando al día siguiente se marcharía, pero si consiguió ver sus garras, no tenía forma de explicar algo así.

Tampoco podía matarlo. Acabar con la vida del mejor cazador del clan atraería toda la atención sobre ella y se abriría una investigación que le impediría huir.

Libby ocultó las garras con la esperanza de correr al interior de la casa. Había dejado la puerta entreabierta, era fácil. Correría con toda la velocidad que su lobo le regaló con aquel maravilloso vínculo y saldría vencedora.

Para su mala suerte, Jeffrey se percató de sus intenciones y con un movimiento rápido la tiró al suelo.

Jadeó cuando su espalda chocó contra la dureza de las piedras y miró lo cerca que estaba la puerta de su casa.

Contuvo el aliento cuando se percató de que ya no estaba entreabierta, ahora estaba abierta al completo y Alaric, tambaleante por la poción curativa que había tomado, hacía todo su esfuerzo para caminar.

Negó con la cabeza, en ese estado podría matarlo, el cazador era peligroso. Ella podría lograr librarse de Jeffrey sin necesidad de ayuda si no debía preocuparse de que hirieran a su compañero.

—¡Entra! —gritó en el mismo instante en el que el cazador cayó sobre ella, inmovilizándola.

—¿Tan desesperada estás? ¿Tanto quieres que entre en ti, putita? Hasta me lo pides a gritos —se burló.

Un gruñido aterrador resonó en el silencio de la noche y ambos miraron a Alaric que saltó en el aire y se convirtió en un enorme lobo gris. Quizá el lobo más grande que vio en su vida.

Ya no le quedaba duda de que su compañero no era cualquier lycan, era uno poderoso. Un alfa o un beta, no había muchos de ellos para suerte de los cazadores. Alguien así debía tener una manada buscándolo.

El lobo le quitó a Jeffrey de encima en pocos segundos. El cazador no tuvo oportunidad de defenderse cuando las fauces abiertas se incrustaron en su cuello y la cabeza de desprendió del cuerpo.

Jeffrey se mantuvo de pie por unos instantes, mientras su cabeza rodaba por el suelo, antes de perder la fuerza y caer también.

Libby tembló y no porque la forma de lobo de su compañero la asustara. Era intimidante, pero sabía que nunca le haría daño.

Lo vio gruñirle al cuerpo y después clavar sus ojos avellana en ella. Se acercó con lentitud, como si quisiera asegurarse de que no se asustara y saliera corriendo. Cuando estuvo al alcance de su mano, le echó los brazos al cuello del animal y lo abrazó.

—G-gracias —balbuceó con la voz temblorosa.

«Ángel, ¿te hizo daño?», la voz en su mente la sorprendió y se apartó lo suficiente para mirar a los ojos al lobo.

—Me acabas de hablar —musitó, sorprendida.

El animal asintió con la cabeza y le propinó un lametón a lo largo de toda la mejilla.

Libby se tensó al percatarse de lo ocurrido. Acababan de matar al cazador más importante del clan, algo así no habría forma de ocultarlo.

Alaric malinterpretó su temblor y con rapidez volvió a tomar su forma humana.

La ropa con la que lo dejó vestido estaba hecha trizas en el suelo y él estaba desnudo otra vez.

—Ángel, ¿te asusto? —preguntó, cohibido—. Tuve que matarlo, intentaba hacerte daño.

Libby le acarició la mejilla y le dio un beso corto en los labios.

—Odio la violencia, pero en lo que se refiere a Jeffrey, arrancarle la cabeza era casi una fantasía para mí. Debemos irnos antes de que...

—¿Libby? —la voz de Ryder se escuchó y el joven cazador apareció a un lado del todoterreno.

Miró a Alaric desnudo, a ella y al cuerpo desmembrado de Jeffrey.

Su compañero se movió con rapidez, sus garras salieron y su rostro comenzó a deformarse con largos colmillos.

El cazador, con los ojos muy abiertos, se llevó la mano a la espalda dónde con normalidad, durante una misión, estaría su arma. Al darse cuenta de que estaba desarmado la miró cargado de terror.

—Alaric, mi amor —le habló dulzura y le tocó el brazo con cariño para calmarlo—. Él no es como Jeffrey, no quiero más muertes.

—Estás con un lobo, ¿eres mi futura esposa! —escupió y la miró con asco—. ¡Jeffrey tenía razón eres un puta!

Eso no ayudó a que el rugido de su compañero y su agresividad se apaciguara. Sin entrar en su forma de lycan, acortó la distancia antes de que el cazador pudiera huir y con el puño golpeó su rostro.

El joven cazador cayó de espaldas, sin conocimiento.

—Tu futuro esposo no está muerto solo indispuesto, tal como querías —bramó, celoso y la miró con arrogancia—. ¿Qué hacemos?

Obvió los celos de su compañero y continuó con lo que era importante.

—Adelantar la huida. Me alegro de haber dejado todo preparado con antelación. Quédate aquí, si despierta no lo mates, solo dale otro derechazo. —La sonrisa de Alaric se alargó hasta entrecerrar los ojos—. Oh, vamos, es solo un chiquillo y no voy a casarme con él. Nada de muertes, grandullón.

—Por eso es que sigue con vida —murmuró—, porque no se casará contigo.

Libby corrió al interior de la casa para agarrar las llaves de su todoterreno, el inhibidor y el otro frasco de la bruja.

Cuando estuvo junto a su compañero, que vigilaba a Ryder con atención, abrió el coche y le dijo que entrara. Hasta ese momento, él había estado demasiado ocupado con los ataques como para fijarse en su auto.

—Grandullón, tómame la mitad del frasco y sube. —Señaló al asiento del copiloto antes de subirse ella e insertar las llaves para ponerlo en marcha.

Cuando el motor rugió, Alaric dio un paso atrás.

—¿Qué cojones es eso?!

—Un dragón mecánico, cariño. ¿Tú que crees? Un coche. —Por la mirada que le echó, sabía que no estaba entendiendo nada, así que lo instó a subir—. Te responderé lo que necesites si subes de una vez. Tenemos que salir de aquí antes de que den la voz de alarma. Quizá tengamos que inutilizar a los guardias de la puerta.

Alaric obedeció, pero no se veía muy convencido.

Se sentó a su lado y miró a su alrededor, curioso.

—¿Un dragón mecánico? —lo preguntó con tanta ingenuidad que sintió un pellizco en el estómago.

—Oh, grandullón, estoy casi por pensar que eres un viajero del tiempo. A estas alturas creería cualquier cosa.

Antes de acelerar, miró por última vez a Ryder y se fijó en que estaba reaccionando. Masculló una maldición y de un volantazo puso el todoterreno en la posición correcta. Alaric se agarró del techo y la miró con espanto.

—¿Estás segura de que es buena idea ir subidos en esto? —murmuró con la voz entrecortada a la vez que clavaba las garras en el techo para sujetarse.

—Confía en mí —le dijo sin querer dar muchas explicaciones y miró por el espejo retrovisor. Ryder intentaba incorporarse—. Soy una experta conductora. Siempre saqué las mejores notas en el entrenamiento de huida, me apodaron la desquiciada.

—¿Eso debería tranquilizarme? —Libby se forzó a sonreír y agarró la bolsa de las armas sin soltar el volante. La subió sobre las piernas de Alaric y lo obligó a reaccionar.

—No tenemos mucho tiempo antes de que Ryder de la voz de alarma. Con suerte, no llevará su teléfono satelital y podremos llegar hasta la puerta antes de que avise a todos. Por si acaso, abre esa bolsa y enséñame el contenido.

Alaric lo hizo y, mientras el coche avanzaba a toda velocidad, agarró una granada de fragmentación y negó con la cabeza al ver las granadas de humo. Para no dañar a nadie lo ideal serían las de humo, pero si lanzaba eso solo sería su compañero el que sufriría, eran de nitrato de plata. Al parecer, su madre no estaba muy segura de que su lobo fuese a cuidarla.

Lo mejor sería volar la puerta y escapar. Rápido, sencillo y muy ruidoso, aunque para hacerlo necesitaría algo mucho más potente que una granada. Necesitaban una puñetera bomba para hacer un agujero en ellas.

Los planes cambiaron cuando la alarma comenzó a sonar en el mismo momento en que entraban en la aldea. Las luces rojas y el estruendoso sonido puso en alerta a todos.

—¡Santa mierda!

Alaric se cubrió los oídos, si para ella era molesto, para él, que tenía una audición mucho más desarrollada, aquel despliegue de sonido le debía resultar insoportable.

Libby aceleró al máximo y esquivo a varios cazadores que salían a su encuentro, armados.

Los disparos chocaron en la carrocera, pero eso no la hizo detenerse. Continuaría aunque le vaciaran los cuatro neumáticos.

Estaban ya cerca de la puerta, cuando vio a su padre rodeado de hombres parados frente a ella.

No podía matar a John.

Frenó en seco y derrapó.

—No salgas —ordenó, pero su voz fue un ruego—. Intentaré convencerlo de que me deje ir. No permitas que te vea.

Alaric no contestó, pero el gruñido que dejó escapar le hizo entender sin palabras que no le gustaba nada. Agarró una Beretta y con rapidez la cargó. Abrió la puerta del coche con lentitud y esperó a que comenzaran a moverse.

Su padre fue el primero en acercarse.

—¡Libby! —la llamó con un grito y ella saltó del coche apuntando a John a la cabeza.

En una mano mantenía la pistola y en la otra la granada.

—Déjame ir —pidió con más calma de la que sentía.

—¿Qué es todo esto?! —gritó John y le hizo una señal a los hombres que comenzaban a rodearla para que no la atacaran.

—¿Mi despedida? —pronunció con sarcasmo—. No quiero herir a nadie, solo abrid la puerta y dejadme ir.

—¡Ha matado a Jeffrey y la acompaña un Lycan! —la voz de Ryder, ahogada por la carrera, resonó y pudo ver, casi a cámara lenta, cómo su gente ignoraba la orden de su padre de no dañarla.

Uno de los cazadores intentó atacarla por la espalda para reducirla, pero Alaric saltó del coche y se convirtió en lobo. Con apenas un gruñido y el sonido de unos huesos rotos, el cazador que intentó atacarla yacía en el suelo sin vida.

Todo enloqueció a su alrededor, los disparos silbaban en el aire y su compañero, furioso, esquivaba las balas y reducían a sus adversarios con una facilidad terrorífica. No quería más muertes, solo deseaba marcharse.

—¡No se acerquen más! —gritó y movió su pistola apuntando a varios objetivos—. Papá, si le haces daño a él, también te quedas sin hija.

En un intento desesperado apuntó el arma a su propia cabeza.

El lobo se colocó a su lado mostrando los colmillos y sin dejar de gruñir. Dios, no se acostumbraba a verlo en esa forma, era tan enorme que le llegaba a los hombros.

—¡Qué nadie se mueva! —ordenó su padre de nuevo y Alaric hizo un sonido tan agresivo que varios dieron un paso atrás.

Sí, podrían llegar a reducirlo, pero las muertes que podría provocar su lobo no merecía el intento. Tenían que dejarlos ir.

«Tu madre se dirige hacia la puerta», escuchó a su compañero en su cabeza y Libby buscó a la mujer entre la gente.

No la reconoció porque estaba cubierta con una capa que ocultaba toda su anatomía, pero sabía que su compañero la reconoció por el olor. Estaba armada y corría hacia la torre donde se encontraban los guardias que manejaban el control de entrada y salida.

La puerta era de acero reforzado, con la granada no lograría hacerle más que una abolladura, pero si su madre conseguía abrirla, podría usar la explosión como distracción.

—No podemos dejar que se escape y menos con ese lobo —gritó uno de los cazadores y supo que se rebelarían en contra de su padre.

Estaban perdidos, ¿a cuántos tendrían que matar antes de que consiguieran detener a su compañero?

—Mamá, date prisa —siseó para sí misma cuando la vio desaparecer en el interior de la torre.

Miro a su alrededor y arrancó la anilla de la granada.

Con todas sus fuerzas la lanzó hacia la puerta que aún estaba a demasiada distancia y rogó para que lograra llegar al objetivo.

Al verla, los cazadores que estaban más cerca intentaron saltar en todas las direcciones para apartarse.

Sin necesidad de palabras, su compañero y ella se entendieron. Libby se metió al todoterreno con rapidez y Alaric saltó sobre el techo. En su forma de lobo era imposible que cupiera en el interior.

La granada explotó y una nube negra cubrió la puerta sin permitirle ver más allá.

Su madre había desaparecido y Libby pisó el acelerador con más miedo que nunca en su vida.

—¡Si morimos! —gritó y su compañero aulló al escucharla—. ¡Te amo, lobo!

Cerró los ojos sin dejar de acelerar y solo alcanzó a escuchar a su madre gritando: «¡Huye, Lib».

Cruzó la salida a una velocidad imprudente y descubrió que su madre lo había conseguido. Con un grito de júbilo, apretó aún más el acelerador y se perdió en la oscuridad.

Capítulo 16



Libby no se detuvo hasta que logró poner suficiente distancia y solo lo hizo para que Alaric tomara su forma humana y entrara en el todoterreno. Apenas lo hizo, su compañero la agarró de la nuca y le dio un beso que le aceleró más el corazón si eso era posible.

—No vuelvas a ponerte en ese riesgo —masculló con enfado y ella comenzó a reírse mientras aceleraba de nuevo.

—Habla al que le pedí que se quedara dentro y no se dejara ver.

—No esperes que obedezca si estás en peligro porque eso no pasará, será mejor que te hagas a la idea. Además, solo recibo órdenes del alfa.

Libby, por unos segundos, casi perdió el control del coche, pero lo recuperó con rapidez.

—¿Has recordado algo? —preguntó, por más que la respuesta le diera miedo—. ¿Sabes dónde está tu manada? Yo podría... podría llevarte.

Alaric negó con la cabeza.

—No, no recordé nada más, solo es algo que está en mi interior. Sé que estoy entrenado para...

—Para ser la mano derecha de un alfa —terminó Libby por él—. En cuanto vi tu lobo supe que podrías ser un beta, grandullón. No hay muchos de tu clase, en alguna parte debe de haber una manada enloquecida de preocupación por ti.

—Ahora mi manada eres tú —respondió como si supiera la clase de sentimientos que se le movían por dentro e intentó calmarla.

¡Claro que lo sabía! Con su vínculo era poco lo que le podía ocultar.

—No me opondré a que quieras regresar con ellos, es tu gente.

Libby dio un volantazo para esquivar unos árboles y se salió lo más que pudo del camino. En algún momento debían dejar el todoterreno, el rastro que dejaban era demasiado notorio y les resultaría muy fácil seguirlos.

Pensar en la huida era mucho mejor que cavilar sobre el futuro.

—Pero si los recordara tú no vendrías conmigo —afirmó su compañero y a Libby se le cerró la garganta.

Ella era una cazadora, al menos lo fue durante toda su vida. Ninguna manada la recibiría con los brazos abiertos.

Antes de contestar, las luces de otros coches llegaron a su campo de visión.

—Joder —murmuró—. Nos han seguido.

Los faros destelleaban a través de los árboles y Libby aceleró. Sabía que no se detendrían ahora que los tenían localizados.

—¡Sujétate! —gritó y tomó un desvío brusco a la izquierda, las ramas arañaron el vehículo.

Los cazadores no estaban lejos. Podía escuchar los motores, las voces y los ladridos de los perros. Al menos, con el inhibidor no podrían encontrarlos con facilidad si lograban escabullirse.

Cada vez estaban más cerca y solo acelerar y esquivar árboles no les llevaría a nada. Debían lograr una distracción lo suficiente fuerte para detenerlos.

—Hay que enfrentarlos, déjame aquí y sigue adelante —dijo Alaric y vio su intención de saltar

del coche.

—¡Ni se te ocurra! —gritó.

—Nos alcanzarán tarde o temprano, ángel. Yo te daré tiempo para que huyas, te encontraré después. Sabes que nada impedirá que lo haga.

—Olvídate de eso, no llegamos hasta aquí para separarnos.

Libby recordó las palabras de su madre, ella le dijo que se defendiera sin importar cómo y ahora la comprendía.

Con una mano rebuscó en la bolsa de armas y tanteó una granada. Se la dio a Alaric y este miró lo que le cedía sin comprender.

—¿Ves esa anilla? Una vez la quites tendrás unos pocos segundos antes de que haga explosión. Apunta a los... dragones mecánicos y lánzala. —Libby derrapó el coche y dio un giro para colocarse en dirección contraria—. ¡Ahora!

Alaric, como si hubiera hecho aquello muchas veces, la lanzó con una puntería que ella envidió. Se escucharon gritos y pocos segundos después uno de los coches estalló.

Las llamas y el humo impregnaron el aire, varios de los coches se detuvieron, pero otros continuaron su camino. Su compañero, sin que le diera otra orden, sacó dos nuevas granadas y con la misma puntería las lanzó en diferentes direcciones.

Los gritos de dolor y la confusión llenaron el aire. A Libby se le cerró el estómago. Puede que nunca se hubiera sentido parte del clan, pero no dejaba de ser su gente. Quizá en uno de esos coches iba su padre.

Se dispuso a acelerar de nuevo cuando Alaric la detuvo.

—Será mucho más fácil ocultarnos si me convierto en lobo y subes sobre mí. Con este dragón mecánico somos un blanco demasiado visible.

Libby quiso decirle que no era ningún dragón, pero, por más que ir subida sobre un lobo gigantesco le daba un poco de miedo, terminó por asentir.

Con rapidez, salieron del coche y ella se cargó la espada al hombro.

—Cuanto más livianos viajemos, mejor.

—Oh, vamos, no voy a dejar mi espada. Además, necesitamos llevarnos la ropa, hacia dónde nos dirigimos la necesitarás. —Alaric gruñó con poco ánimos, pero ella no se dejó convencer.

Mientras recogía lo poco que podía llevarse, él lanzó la última granada.

En cuanto hizo explosión, el lobo enorme se acercó a ella y le dio con el hocico en la cadera, empujándola.

—Sube en mi lomo —se tensó al escucharlo hablar estando convertido en un enorme animal, hasta ese momento solo lo hizo en su cabeza.

No tuvo que agacharse, con agilidad, Libby saltó sobre él y, apenas se inclinó para sujetarse, Alaric comenzó a correr a toda velocidad.



Habían pasado algo más de día y medio huyendo sin descanso. Su compañera estaba agotada y por más que ella insistía en que debían continuar, Alaric sentía que por el momento estaban fuera de peligro.

Se aseguró de que así fuera, aunque el estómago le rugiera de hambre, prefirió un poco de incomodidad a que fueran atrapados. Esos cazadores eran insistentes, Libby no exageró cuando dijo que la perseguirían sin descanso.

Apenas quedaban unas pocas horas para que la luna llena se mostrara en el cielo y sabía que el comportamiento de su compañera comenzaría a cambiar. Solo la huida y el miedo por ser

atrapados aminoró los efectos del vínculo.

Eso cambiaría en el momento en el que la luna se mostrara, como un cachorro que apenas comenzaba a descubrir su licantropía, no podría controlarse.

Su compañera no era ningún cachorro, era una hembra adulta y vinculada a un lobo, sus efectos nada tendrían que ver con los que podría tener un lycan convirtiéndose por primera vez.

—Por favor, grandullón, aunque creas que estoy perdida no lo estoy. —Libby se había arrastrado de su lomo hasta el suelo y se quedó tendida de espaldas. Por los gestos que hacía, se notaba que tantas horas sobre él consiguieron que sus músculos se engarrotaran y ahora casi no podía moverse—. Sé que un poco más adelante hay un pueblo, es pequeño y dudo que los cazadores piensen que nos hemos dirigido hacia los humanos. Dejaste demasiadas pistas falsas para que creyeran que íbamos en dirección contraria.

Alaric tomó su forma humana antes de hablar y no pudo evitar la mirada apreciativa que su compañera le dio.

Al parecer, ni el cansancio ni el hambre, mitigarían los efectos de esa luna.

—Ángel —el apodo en sus labios se escuchó como un regaño—. Me detuve porque estabas a punto de caerte. Falta un par de horas para que se haga de noche, cazaré algo y comeremos.

—No dudo de tus dotes para traer un animal muerto. Estoy segura de que si yo fuera un animal y viera a tu enorme lobo me rendiría sin luchar solo por el miedo, pero no es solo el hambre. Quiero una ducha y una cama —la forma en la que pronunció cama se escuchó como un ronroneo y su lobo no pudo evitar sentir la anticipación—. Me niego a pasar otra noche a la intemperie cuando cerca está Hope.

—¿Hope? —Ella asintió.

—El pueblo, es pequeño y acogedor, aunque los cazadores llegaran a barajar la posibilidad de que nos escondamos entre los humanos, pensarán que iremos a zonas más habitadas para pasar desapercibidos.

—Es lo más lógico —murmuró con incomodidad.

Alaric puede que no recordara, pero estaba bastante seguro de que nunca había cruzado la frontera hacia el mundo humano. Solo de pensarlo se le erizaba la piel.

No le había pasado desapercibido la diferencia de tamaño entre él y los cazadores. En todos los sentidos. Apenas pusiera un pie en ese lugar llamaría la atención y con ello, atraería la mirada hacia Libby.

No pensaba ponerla en peligro solo por la comodidad de una cama.

—Por eso, como es lógico, por el momento estaremos seguros ahí. Es probable que tengamos que seguir moviéndonos más adelante porque tendremos que encontrar un lugar para establecernos. El dinero que tengo no nos durará para siempre.

—¿Quieres quedarte con los humanos? —preguntó a pesar de saber la respuesta.

Ella era humana, claro que quería eso. ¿Acaso no había soñado con una vida normal fuera del clan de cazadores?

—¿Tú no quieres? —cuestionó ella sin dar respuesta—. Ha sido todo tan precipitado que mi plan hacía aguas por todas partes, al menos, estamos vivos. Creo que ningún cazador pensaría que un licántropo tendría la osadía de esconderse entre los humanos.

Ella lo miraba con esperanza, estaba agotada y hambrienta, él no estaba mejor. Sabía que quedarse allí, tampoco los ponía a salvo, pero exponerse podría ponerlos en peligro.

—Ángel, apenas me vean llamaremos la atención. Tú pasarás desapercibida, pero ¿yo? No conozco a los humanos, ni sus reglas, ¿y si hago algo que nos descubra? Quizá debas ir tú... —Apenas comenzó a pronunciarlo se detuvo

No iba a dejarla sola y se arrepintió al momento cuando vio y sintió en el vínculo el dolor que aquello le provocó. Libby forzó una sonrisa que él no creyó y asintió con lentitud.

—Llamarías la atención, eso sin lugar a dudas —murmuró para sí misma—. Tienes razón, mi plan era una locura. —Pudo ver como su mente continuaba moviéndose como un engranaje alineado a la perfección, buscaba alternativas y maldito fuera si le gustaba verla tan preocupada. Él debía quitarle esa angustia, debía protegerla no darle más sufrimiento.

En su empeño, mencionó lo primero que se le vino a la mente.

—¿Y si descansamos esta noche aquí y mañana continuamos el viaje? —En cuanto la luna se coronara en el cielo dudaba mucho que el cansancio que mostraba Libby la venciera. No, esa noche ninguno descansaría. Aun así, decidió intentarlo porque mostrarse ante los humanos no le agradaba los más mínimo. Casi parecía como una ley que no recordaba, pero sabía que debía respetar—. Esa bruja de la que me hablaste, la que ayudó a curarme la herida. Dijiste que quería fuéramos a buscarla.

Una bruja era un punto más seguro para él y su lobo gruñía de aprobación. Después de ver lo que aquel brebaje hizo con su cuerpo, podían estar más tranquilos. Esa mujer debía ser de confianza.

Si su compañera fuese una loba, estaba seguro de que habría visto el pelaje encresparse en señal de peligro. Alaric se levantó de un salto y miró a su alrededor, preocupado, pero él no detectó nada.

—L-la bruja —tartamudeó—. Anchorage, la ciudad donde se encuentra, no está muy lejos de aquí, pero ¿estás seguro de que quieres ir?

—He pensado que para saber sobre nosotros antes de que nos conociéramos, debe tener el don de la videncia. Tal vez pueda ayudarme con mi memoria, o pueda ver algo que nos ayude. —Por la forma en que la expresión de Libby se volvió cenicienta, supo que a ella esa opción le daba tanto pavor como a él la de mostrarse antes los humanos.

No entendía por qué, ni a qué le tenía miedo, pero su compañera no solo le había salvado la vida. También lo cuidó arriesgándose a que la atraparan y renunció a todo para seguirlo. Era muy consciente de que solo la adrenalina de la huida evitó que rompiera en llanto al darse cuenta de que todo era real.

Ella no volvería a ver a su madre y a su padre, notó ese dolor como también la angustia al pensar que, en aquellos dragones mecánicos que alcanzaron con esas granadas, podía ir alguien de su familia.

Y ahí estaba él, sabiendo que apenas en una horas la luna llena la haría entrar en celo y en lugar de buscar su comodidad, estaba poniéndole las cosas más difíciles con tal de no enfrentar el miedo que le daba lo desconocido.

—Está bien, tienes razón. —Libby esbozó una sonrisa temblorosa, a pesar de que una vez que detuvieron la incesante carrera, ella intentaba evitar mostrar que los efectos de la próxima luna la estaban golpeando cada vez más—. Podemos continuar, creo que ya no me duele tanto el cuerpo. Si no tienes mucha prisa por llegar, caminaré para que no tengas que cargarme de nuevo.

Su compañera se puso de pie dispuesta a reanudar la marcha y él no la detuvo porque ya había tomado su decisión.

—Si vamos a caminar me pondré algo de ropa. —Ella lo miró como si le hubieran salido dos cabezas, pero buscó un par de pantalones y se los cedió—. Creo que necesitaré todo, no puedo ir frente a los humanos medio desnudo. Por lo que veo, suelen llevar demasiada ropa.

—Claro, pero aún no es necesario que nadie te vea, la ciudad está bastante lejos y podemos hacer gran parte del camino ocultándonos.

Alaric negó con la cabeza y terminó de vestirse. Cargó todas las pertenencias que lograron salvar antes de huir de los cazadores y tomó la mano de su compañera.

—¿Hacia dónde estaba ese pueblo? ¿Cómo se llamaba?

—Hope —pronunció ella y no le pasó desapercibido la leve esperanza en su voz—. Está por allí. Si seguimos este camino en unos veinte minutos llegaríamos.

—Que sea en diez, no falta mucho para que salga la luna y quiero tenerte en una cama cuando suceda.

La atrapó entre sus brazos y un grito de sorpresa escapó de Libby, pero cuando él comenzó a correr mucho más rápido de lo que irían si fuesen ambos caminando, ella solo se abrazó a su cuello y permitió que la llevara.



Libby conocía aquel lugar porque no estaba demasiado lejos de la ciudad donde estudió. Nunca lo había visitado, pero durante su relación con su exprometido siempre idearon pequeños viajes de fin de semana que nunca llegaron a concretarse.

Por el ambiente en el que había crecido, podría llegar a pensar que le gustaría quedarse en grandes ciudades para vivir una experiencia diferente, pero la realidad no era así. Estaba tan acostumbrada al aislamiento que la multitud de personas de una gran ciudad la agobiaba.

Apenas entraron a Hope, no pudo evitar que una sonrisa enorme adornara su rostro y Alaric, que se resistía a dejarla de nuevo en el suelo y permitirle caminar sobre sus propios pies, roncó al sentir su felicidad.

El pueblo era rústico, muy pequeño, casi un refugio en el que perderse para siempre, o al menos hasta que sus ahorros sucumbieran. Encontrar alojamiento no fue tan difícil como lo pensó en un primer momento.

Consiguieron encontrar un pequeño hostel y alquilaron una habitación. Conseguir comida tampoco les resultó complicado ya que se la ofrecieron en el mismo establecimiento donde pensaban quedarse, aunque, por la mirada que la recepcionista le dio a su compañero, parecía que ella quería a su pareja en el plato.

Estuvo a punto de gruñir como una salvaje y lo habría hecho si Alaric no hubiera tomado las llaves de la habitación por ella. Su lobo la alejó de allí justo antes de que agarrara a la mujer del cuello y la estrangulara poco a poco.

Una vez que cenaron y que ambos pudieron relajar los músculos con una buena ducha, el cansancio debió hacer su aparición.

Debía, pero a pesar de que ambos parecían estar envueltos en sus propios pensamientos, él sueño no llegaba. Al contrario, sentía una extraña ansiedad que la devoraba por dentro y ese calor que intentó obviar mientras estuvieron siendo perseguidos, regresó con tanta fuerza que sentía que le habían prendido fuego.

Libby no quería decir nada, no deseaba romper el silencio porque no era incómodo. Había sido demasiado lo que vivieron en los últimos días y tenían mucho que asimilar.

Estaban fuera del clan, a salvo, al menos por un tiempo indeterminado y solo esperaba que nadie hubiera descubierto a su madre. Ella tenía que estar a salvo, solo pensar que su madre pagara por sus propios pecados la hacía sentir un hueco en el pecho.

La luna llena colgaba baja en el cielo nocturno y proyectaba su brillo sobre la habitación. Alaric yacía en la cama sin dejar de mirarla con intensidad y empuñaba las manos como si se estuviera conteniendo. A ella el corazón le latía frenético y por más que intentaba no mirar a su lobo, era imposible no hacerlo.

Todavía le caían gotas de agua del cabello sobre los hombros, ni siquiera se había cubierto con la sábana y eso no debería extrañarle. A él le encantaba ir como Dios lo trajo al mundo... Dios no, la diosa licania.

Sí, ellos eran producto de la diosa y ella ya no sabía qué era. No era humana en su totalidad, ya no. Había dejado de pertenecer a los de su clase y le daba miedo.

No era una lycan y tampoco una humana, no existía un lugar para ella. La respiración se le entrecortó cuando observó la ventana y la luna parecía burlarse de sus problemas calentándole la sangre.

—Ángel —Alaric la llamó con suavidad—. ¿Estás bien?

—No lo sé —confesó con voz áspera—. Debería estar preocupándome por mi madre, pensando en qué haremos, planificando nuestro siguiente paso, pero en lugar de hacerlo...

La garganta se le cerró y un gemido lastimero escapó de ella. La ducha de agua helada ayudó, pero el corto efecto que le produjo se sentía demasiado lejano. Su piel ardía como si tuviera fiebre, la marca de su vínculo palpitaba y el deseo era tan profundo que se avergonzaba.

Hubo muertes, fallecimientos de su propia gente y todo porque ella no podía abandonar la idea de marcharse. La culpa, una vez que la huida se detuvo, recayó sobre sus hombros con demasiada fuerza.

Libby se sentó en la cama y se cubrió el cuerpo desnudo con la sábana. No se merecía ningún tipo de consuelo. Merecía sufrir esa noche por lo que había provocado.

—Lo que siga de aquí en adelante lo decidiremos juntos, no tienes que cargar con todo —la voz tranquilizadora de su compañero la volvió a sacar de sus pensamientos—. ¿Confías en mí?

—Lo hago —respondió sin que hubiera ni una pizca de mentira en su respuesta.

—Entonces también créeme cuando te digo que nadie puede obligarte a vivir como no quieres hacerlo. Ellos pudieron dejarte ir y no lo hicieron, solo nos defendimos.

—Pero...

—Ven aquí —murmuró de nuevo con demasiada suavidad.

Libby no pudo negarse, se dejó caer a su lado y pudo sentir que el calor febril que parecía atacarla también era parte de él.

—Te amo —pronunció y lo miró a los ojos—. Y también te necesito.

No hizo falta más explicaciones, él sabía muy bien lo que ocurría y cómo aliviarla. Los labios de Alaric se estrellaron contra los de ella sin ninguna ceremonia. La suavidad se perdió en algún punto de la conversación y todo lo que quedó fue un feroz y hambriento deseo que estalló en cuanto dejó de ponerse barreras.

Siempre enloquecía cuando él la tocaba, pero aquello era mucho más fuerte. Era como si pudiera ahogarse y morir si su compañero no la poseía.

Sus manos recorrieron su cuerpo y dejaban un rastro de fuego dondequiera que tocaban. Con un gruñido desesperado, Alaric la empujó de espaldas en la cama y cubrió su cuerpo con el suyo.

Sentir su peso sobre ella no era todo lo que necesitaba, pero ayudaba a disminuir aquella ansiedad que parecía querer devorarla. Sus labios trazaron un camino de fuego por su cuello, mordisqueando y chupando hasta que llegó a la marca de su vínculo.

Ambos corearon un gemido cuando su compañero acarició esa parte que se había vuelto uno de sus puntos más sensibles.

Libby enredó sus manos en el espeso cabello de Alaric y se arqueó contra él.

—Eres hermosa —afirmó y pudo sentir el calor de su aliento sobre la piel.

Libby temblaba y abrió más sus piernas para poder rozarse con la firme erección que se encontraba entre ellas.

—Tú tampoco estás nada mal —logró balbucear, aunque lo que de verdad quería era ponerse a gritar como loca y ordenarle que la penetrara con tanta fuerza hasta que la hiciera rogar que parara.

Pero él, que siempre era un bruto, parecía querer ponerse romántico cuando más necesitaba su bestialidad.

Llevó las manos a su torso desnudo y con ambas palmas intentó empujarlo para tomar el control. Lo cabalgaría hasta que aquel ardor insoportable cesara, pero no se movió ni un milímetro.

Para tentarlo, bajó sus manos hasta su abdomen y comenzó a recorrer cada montículo. Movié las caderas de nuevo deseando que aquello le hiciera entender lo que quería, pero él la inmovilizó con más fuerza.

—P-podría lavar la ropa en este abdomen, grandullón —la voz escapó entrecortada por la necesidad y no ayudó que él dejara escapar una risilla ronca.

Aquella vibración se instaló en su vientre y, sin poder frenar sus impulsos, un par de colmillos se deslizaron entre sus labios y Libby perdió el control. Todo lo que estuvo conteniendo, se desbordó sin que pudiera hacer nada. Estaba fuera de sí, solo quería tomar lo que era suyo y hacerlo una y otra vez.

Pero Alaric estaba preparado para su arrebato. Inmovilizó sus manos sobre su cabeza y ella volvió a arquearse para intentar escapar, o para que continuara, no sabía qué quería, solo necesitaba sentirlo.

—Por favor —rogó—. Te nece... —Sus palabras se ahogaron en el grito que escapó de su garganta cuando su compañero, sin darle tiempo a pensar, abrió más sus rodillas para dejarla expuesta y se introdujo en su interior de una sola embestida.

El dolor y el placer se entremezclaron al sentir todo su diámetro enfundado en su interior. Todavía le costaba acostumbrarse a su tamaño, pero el dolor entre los muslos no era nada en comparación a lo que dolía no tenerlo dentro.

Ella gimió y, cuando él soltó sus manos, no pudo detenerlas. Necesitaba tocarlo, arañarlo, morderlo. Alaric no se quejó, ni siquiera cuando sus garras se deslizaron por la espalda de él y le rasgaron la piel.

Cuando lo hizo, recibió como premio que sus caderas impactaran con más fuerza.

La habitación se llenó del eco de sus gruñidos y jadeos, del choque de sus cuerpos una y otra vez. La noche iba a ser muy larga y en aquella cama ella tenía todo lo que necesitaba.

Capítulo 17



Dos meses después...

La tranquila localidad de Hope se convirtió en un refugio para ellos. Si bien, Libby sabía que no era para siempre, rezaba cada día para que durara un poco más.

Pasaron una semana en aquella habitación del motel, sin querer salir ni enfrentarse a la realidad, pero cuando lo hicieron, todo lo que encontraron fue calma.

Puede que las primeras veces que los lugareños los vieron caminando por sus calles, los repasaran con la mirada, pero ninguno dio la voz de alarma por el tamaño de Alaric ni lo observaron con miedo.

Su lobo estaba relajado y más sonriente que de costumbre. Tal vez eso ayudaba a que su semblante no fuera una máscara perpetua de malhumor y la gente incluso se atreviera a hablarles.

Socializar era necesario si querían enterarse de los movimientos y las idas y venidas de personas extrañas en el pueblo.

Juntos decidieron que quedarse allí por un tiempo sería agradable. A su compañero, el ambiente de Hope le hacía sentir en casa y a ella olvidar que él tenía un pasado al que regresar le levantaba el ánimo.

Una vez que la decisión estuvo tomada, comenzaron a buscar un lugar dónde quedarse que fuese más permanente que la habitación del hostel.

Quizá ese fue el primer momento en que sus esperanzas decayeron. Hope podía ser pequeño y muy tranquilo, pero también era un destino muy bueno para la gente que quería salir unos días del estrés de las ciudades. Eso significó que los aldeanos no tenían mucha intención de rentar sus espacios para algo permanente cuando su economía podía aprovecharse de los turistas.

Ese día, regresaban a la habitación del hostel en silencio e intentando que ninguno notara en el otro el revés que suponía aquello, cuando un anciano los llamó.

—Escuché que están buscando un lugar para establecerse. —El hombre, que debía rondar los casi ochenta años, mostraba una sonrisa bastante desdentada y amable.

Alaric y ella se miraron, tensos. Si bien recibían algunos saludos cuando pasaban, llamar la atención sobre ellos no era lo que querían.

Una señora casi de la misma edad, con algunos kilos de más y unas mejillas demasiado rojas, salió de detrás del hombre que los había detenido.

—La gente habla, pero son inofensivos —pronunció la mujer, se limpió las manos en un paño y le tendió una de ellas a Libby—. Soy la Señora Rose y él es mi esposo Eder. —La mujer esperó a que ellos se presentaran, pero al parecer, todo lo ocurrido los había vuelto unos ineptos sociales.

Cuando por fin Libby pudo reaccionar, el silencio entre ellos se hizo tenso e insoportable.

—Yo soy Li... Lidia —mintió y miró de reojo a su compañero—: y él es Al... Aldo, Albert, ¡Alec! Sí, Alec, eso es. Me di un golpe en la cabeza y mi memoria desde entonces no está muy bien. —No le pasó desapercibida la forma en que Alaric la miró con una ceja alzada y después escuchó en su mente: «Ángel, eres una terrible mentirosa. Yo puedo hacerlo mejor».

Sin decir una palabra, lo retó a que lo hiciera y su compañero esbozó su mejor sonrisa, esas

que hacía que a cada mujer de la localidad le temblaran las rodillas y casi hundieran su trasero ante él rogando para que sus enormes manos les dieran unas nalgadas.

Había visto las miradas, ¡claro que las había visto! Si solo les faltaba lanzarse a su cuello, pero la Señora Rose era una mujer mayor que no caería ante sus encantos.

—Encantado, Señora. —Alaric tuvo el descaro de tomar la mano de la mujer y besarle los nudillos. ¡Los nudillos! Por favor, en definitiva ese hombre era un viajero del tiempo y a las bragas de la señora Rose solo le faltaban que le saliera alas para escapar volando—. Un placer conocerlos. Mi esposa y yo estábamos de visita en Hope, pero nos ha gustado tanto que decidimos quedarnos un tiempo.

Escuchar que la llamaba esposa la hizo recostarse en su brazo y él le rodeó la cintura. Aquello no debía escucharse tan bien en sus labios, pero lo hacía.

—¡Por eso es que los llamé! —interrumpió el anciano y miró a su esposa que se veía mucho más enrojecida que cuando se detuvieron—. Nos dijeron que no han tenido suerte en su búsqueda.

—Es un pueblo pequeño, ya saben —murmuró Rose.

—Lo es, lo es —repitió Eder.

—Tal vez mañana tengamos más suerte, o no, quizá deberíamos irnos —masculló Libby, demasiado incómoda por toda la atención que había sobre ellos.

Por lo que podía ver, todos los aldeanos murmuraban de su estancia allí y ellos, demasiado metidos en sus propios asuntos, ni siquiera se habían percatado.

No le extrañaba que aquellas miradas acaloradas que las mujeres le dedicaban a su recién adquirido «esposo», se debiera al poco profesionalismo de las empleadas del hostel y de los intensos encuentros sexuales con su lobo.

Solo de pensar en que también hablarían de eso, su rostro enrojeció tanto o más que el de Rose.

Alaric le frotó la espalda y descansó su gran mano en la curva de su trasero, con posesividad.

—Oh, no, por eso es que mi marido les habló. Lo que ocurre es que nosotros vivimos aquí, solos. La casa es demasiado grande para los dos y nuestros hijos ya no viven aquí. Si no les importa compartir el lugar con unos ancianos, estaríamos encantados de alquilarles una habitación.

—¿Podemos pensarlo? —preguntó Libby y Rose asintió con rapidez.

—Por supuesto que pueden.

—Incluso puedo ayudarle a encontrar un empleo. —Eder se metió en la conversación, se acercó a Alaric y lo miró desde su baja estatura—. Eres enorme, chiquillo.

—Si supiera que tengo más de cien años —murmuró su compañero en tono de broma, pero Libby supo que no estaba mintiendo.

¿Lo había recordado? ¿Qué más sabría de su pasado?

El anciano comenzó a reírse y, antes de que se dijera algo más que los delatara, Libby se apresuró a despedirse.

—Lo pensaremos esta noche y mañana les avisaremos.

Se despidieron de los ancianos y cuando ya estaban a suficiente distancia, Libby no pudo evitar interrogarlo.

—¿Cien años? —Alaric se encogió de hombros.

—No he recuperado la memoria si eso es lo que te preocupa —murmuró, tenso.

—N-no me preocupa —tartamudeó—. Sería bueno que lo hicieras.

Excepto que, cuando por fin tuviera su memoria, él regresaría con su gente y tendría que

decirle adiós.

Una cazadora en una manada de licántropos, solo de pensarlo le daba un ataque de risa, o de histeria. No dudarían ni un par de minutos en despedazarla por todo lo que su gente había hecho.

Como si su compañero le leyera el pensamiento, Alaric se detuvo y la abrazó sin importarle que todas las miradas se dirigieran hacia ellos y unos suspiros femeninos se elevaron en el aire.

No se había dado cuenta de que le costaba respirar hasta que estuvo entre sus brazos y de nuevo el oxígeno volvió a recorrer el trayecto hacia sus pulmones de forma normal.

—He recordado algunas cosas, pero no creo que sea buena idea hablarlo aquí.

—Estoy de acuerdo, parecen cámaras de vigilancia —susurró contra su pecho.

—Pero lo que sí te puedo decir es que no importa lo que recuerde, ángel, no voy a dejarte.

—No pensaba en eso —mintió a pesar de saber que él podía olerlo y sentirlo en su vínculo.

Cuando llegaron de nuevo a la habitación del hostel y dejando tras de sí unas miradas acaloradas y envidiosas, Alaric intentó impedirle la huida.

Libby pensó que, con la excusa de darse una ducha, podría librarse de la charla que tanto quería evitar, pero su compañero la agarró del brazo y la sentó en la cama.

—Es hora de que me digas lo que te preocupa. —La sonrisa se había esfumado y en su lugar solo quedaba el lobo malhumorado.

Puede que su tono no fuese furioso, pero la tensión en su cuerpo le decía que no estaba cómodo. A eso debía agregar que no sentía nada en el vínculo, él la estaba dejando fuera a conciencia.

Libby, en un gesto infantil, hizo lo mismo.

—¿Es necesario decir lo que me preocupa? Será que no es fácil olvidar que tenemos una clan de cazadores tras nuestros pasos.

Puede que esa fuera una de sus preocupaciones, aunque sabía muy bien que no era la preocupación a la que se refería Alaric.

Su compañero perdió la postura tensa, suspiró y se sentó a su lado.

—Dijiste que confiabas en mí.

—Y lo hago —se apresuró a decir Libby.

—Si lo haces, ¿por qué no hablas conmigo? ¿Por qué no confías en que sabré entenderte?

—Hablamos todo el tiempo. —Su compañero bufó como un toro y Libby le dio la espalda. Él tenía razón, debía contarle sus miedos, pero era demasiado difícil hacerlo mientras lo miraba—. Me da miedo que recuperes la memoria, ya está, lo dije, ¿contento? Ahora comamos porque me muero de hambre.

Libby intentó levantarse, pero antes de lograrlo se encontró sobre el regazo de Alaric. En lugar de luchar por liberarse, dejó caer la espalda sobre su torso y escondió el rostro en la curva de su cuello.

Ese hombre siempre olía de esa forma tan maravillosa que la hacía olvidarse hasta de su enfado consigo misma.

No había tensión en su agarre, él deslizó su mano por el interior de su camiseta y comenzó a acariciarle el vientre.

—Por eso te preocupaste cuando te pedí que fuésemos con la bruja. No es que tuvieras miedo por lo que pudiera ocurrir si nos delataba, tu miedo era que ella me ayudara a recordar. —Libby asintió, pesada y sintiéndose una basura.

—Soy una egoísta, cada vez que ocurre me enfado por ser así, pero no puedo evitar pensar que todo esto viene con fecha de caducidad, ¿sabes? Todo en mi vida vino con una fecha que ponía fin a cualquier cosa que me hizo un poco feliz. Primero, cuando me interesé en estudiar con los

eruditos. Aunque te cueste creerlo, soy más de libros que de lucha.

—No me cuesta creerlo —susurró junto a su oído y le dio un beso en la sien para animarla a continuar—. Eres muy inteligente, tanto que siempre estás analizando todo y pocas veces te permites dejarte llevar, como ahora.

Libby no podía quitarle la razón. Ir un paso por delante siempre era lo que le permitía salir de situaciones poco favorecedoras. Las pocas veces que se dejó llevar, los golpes llegaron de pronto y sin solución.

—Me permitieron dedicarle tiempo al estudio mientras no dejara de lado mis obligaciones como cazadora. Tenía que entrenar más que el resto y también sacar tiempo para aprender todo lo que me apasionaba. Después, tuve un enamoramiento bastante infantil con uno de los chicos. —El gruñido de Alaric retumbó en su espalda—. Oh, vamos, grandullón. Fue solo eso, un enamoramiento y ahora me doy cuenta de que estaba más interesada en la paz que me podía proporcionar que en él. El chico quería ser un cazador, aunque provenía de familia de eruditos. Se esforzaba, pero todos sabían que terminaría por quedarse en la aldea siendo uno más de los que enseñaba a los niños.

»Eso era lo que yo quería. Si no podía escapar de esa vida, ser esposa de un erudito me bajaría de rango y podría quedarme a enseñar junto a él. Mi padre acabó con eso y me dio lo que tanto deseaba, estudiar. Convenció al consejo de que podía ser útil que lo hiciera y movió sus hilos.

—Ahí es cuando estudiaste para sanadora —murmuró su compañero.

—Estudí medicina, sí. Estuve cuatro años estudiando la licenciatura y otros cuatro en la escuela de medicina. Intenté convencer a mi padre para que me permitiera estudiar cirugía, pero tuve la mala idea de comprometerme con otro hombre inadecuado y esos sueños se esfumaron. —Sabía, por la expresión de Alaric, que intentaba comprender lo que significa todos esos estudios de los que ella hablaba, pero cuando mencionó su compromiso, el gruñido fue mucho más fuerte que cuando mencionó a su amor adolescente.

—Y ese hombre inadecuado, ¿dónde está? —cada palabra escapó entre dientes y casi se escuchaban como el goteo de la sangre escapando del cuerpo de su exprometido.

—¡Dios, no voy a casarme con él!

—¡Claro que no lo harás, eres mi mujer! —La aferró con más fuerza entre sus brazos y perdió la tensión en cuanto ella le acarició la mejilla—. Pero lo querías lo suficiente como para plantearte hacer una vida con él.

—Habría sido muy infeliz de haberme casado con él —confesó—. Era demasiado... humano. La relación estaba plagada de mentiras, tuve que mentir acerca de mi pasado, de mi futuro, de todo lo que sabía. No quiero comparar, pero contigo todo es mejor.

—Tuviste que huir de tu gente y aún nos buscan —murmuró—. ¿Cómo podría ser mejor?

—¿Qué es la vida sin un poco de emoción? No importa lo que ocurra, nunca me arrepentiré de elegirte. He sido más feliz en este tiempo que a lo largo de toda mi vida.

—Ángel —ronroneó, satisfecho y comenzó a besarle el cuello hasta pasar la lengua por su marca de vínculo.

Libby emitió un gemido y le clavó las uñas en las piernas.

—Detente, grandullón, ya sabemos cómo acaba esto y querías que te contara.

—Me elegiste a mí, es todo lo que importa.

Nunca pudo terminar de contarle sus miedos porque acabaron desnudos y enredados en la cama.

Ella lo había elegido, siempre lo haría, pero ¿podría hacerlo él cuando recuperara su memoria? Tras esa noche, decidieron aceptar la oferta del matrimonio de ancianos. Llegaron a la

conclusión de que sería mucho más fácil ganarse la confianza de la gente del pueblo si vivían entre ellos.

Así, si en algún momento había alguna visita no deseada, podrían enterarse a tiempo. Nunca supieron lo acertados que estuvieron con esa decisión hasta dos meses después.

Alaric y ella habían entrado en una rutina en la que eran felices, al menos ella lo era.

Su lobo, si bien fingía muy bien y se ganó rápido el cariño de la gente, poco a poco comenzó a perder la sonrisa.

Muchas noches, Libby le pedía alejarse del pueblo para ir a patrullar las cercanías y asegurarse de que no había cazadores vigilando. En esos momentos, él recuperaba la sonrisa.

Soltar su ropa y convertirse en lobo, dejar de ocultarse y correr entre los árboles con ella sobre su lomo parecía revitalizarlo. No hacía falta ser muy inteligente para saber lo mucho que le agotaba tener que fingir que era un humano.

Él ponía todo de su parte, incluso encontró un trabajo con los pescadores, se ganó la devoción de Rosie que siempre agradecía la ayuda que Alaric le prestaba y la confianza de Eder. El anciano lo trataba como un padre por más que su compañero tuviese más años.

Todavía le costaba asimilar eso.

Su lobo había vivido una larga vida de la que no tenía recuerdos, un vacío de cien años que por su culpa no podía llenar. Puede que la esperanza puesta en aquella bruja de la que su madre le habló fuese solo una ilusión, pero si existía la posibilidad, ¿por qué le negaba eso?

Ellos no volvieron a tocar ese tema y, durante dos meses, ella vivió en una burbuja de amor creyendo que aquella era la vida que siempre había deseado.

La realidad no era así. Libby tendría la vida que siempre soñó si eso lo incluía a él y si lo veía feliz. En cambio, si no lo ayudaba a recuperar su memoria, Alaric continuaría marchitándose.

Meditó mucho la situación y nunca supo cómo enfrentar el tema. Cada vez que lo intentaba, alguien o algo los interrumpía. Lo tomó como señal del destino para callar, pero, para su suerte o quizá desgracia, fue el mismo destino quien tomó la decisión por ella.

Eder apareció con su compañero mucho antes de que terminara su trabajo. El anciano lo había ido a buscar y con rapidez lo empujó hacia el interior de la casa. Por su semblante, lo que ocurría no era nada bueno.

—Deben marcharse —dijo apenas la puerta se cerró y los tuvo a los dos juntos.

—¿Qué?! —jadeó Libby—. ¿Hicimos algo que los molestara? Podemos solucionarlo.

El anciano negó con la cabeza.

—No, para nada. Mi Rosie y yo estamos muy contentos de tenerlos aquí. No estábamos tan felices desde que nuestros hijos vivían con nosotros, pero han llegado unos hombres preguntando por una pareja de vuestras características.

Alaric y ella se miraron, tensos.

—¿Quién podría buscarnos? —intentó disimular, pero el anciano la miró como si no la creyera.

—Cazadores, ¿quién más? —Eder le dedicó una mirada de reojo a Alaric y su compañero se tensó. Todos lo hicieron—. ¿Pensaban que no lo sabía? Al principio puede que no, pero con el tiempo me di cuenta. De niño, uno de los de su clase intentó matarme, pero me salvaron los cazadores.

Para ese momento, su lobo empuñaba las manos y casi temblaba. No era de miedo, fue al escuchar que un lycan intentó matar a un niño.

—Si es así, ¿por qué nos has ayudado? —la voz de Alaric se escuchó tormentosa, pero el anciano le quitó importancia.

—Porque me di cuenta de que no eres igual al lobo que me encontré, muchacho. Los años te hacen ver esas cosas. Los cazadores intentaron hacerme creer que lo que vi fue por el miedo y que todo era parte de mi imaginación, pero yo sé lo que ocurrió ese día, como también sé que esos que están preguntando por ustedes son ellos.

—Tenemos que marcharnos —susurró Libby sin negar las palabras del anciano y su compañero asintió.

Su idílico refugio terminó ese día. Para su suerte, la gente del pueblo se había encariñado lo suficiente de ellos como para no delatarlos y darles tiempo a huir.

Despedirse del matrimonio y prometerles que volverían a visitarlos, fue otra mentira que añadir a su larga lista. Ambos sabían que no iban a regresar y que el tiempo de jugar a forjar un hogar se había acabado.

Tenían que buscar a esa bruja, lo que ocurriera después, estaba en manos del destino.

Capítulo 18



Escapar de Hope no fue complicado.

Tampoco lo fue llegar a la ciudad donde su compañera decía que vivía la bruja. Lo más complicado fue llegar a Anchorage y encontrar un mundo tan diferente al de Hope. Enormes edificios por todas partes, humanos que parecían caminar enclaustrados en su propio dilema mental, ruido, demasiado ruido. Si tuviera que describir con una sola palabra el sentimiento de una crisis nerviosa, la llamaría Anchorage.

Se había acostumbrado a ver aquellos dragones mecánicos, por más que Libby le explicó que eran automóviles, que no había nada de mitológico en ellos, ni mágico, todavía le costaba hacerse a la idea de que había multitud de ellos circulando a toda velocidad.

Alaric había comenzado a recordar algunos detalles de su vida en los meses anteriores. No lo compartió con Libby porque cada vez que intentaba sacar el tema, ella parecía ponerse demasiado nerviosa y tensa.

Comenzó a recordar rostros al alzar y momentos. El hombre que lo atacó y lo dejó al borde de la muerte, le creaba sensaciones contradictorias. Debería odiarlo, sentir que era su enemigo, en cambio, era como si su lobo se empeñara en hacerle pensar que había algo más ahí. Que ese hombre era su amigo.

En ocasiones, soñó con una manada, la suya, supuso, pero no tenía la menor idea de dónde se encontraba o cuál era su nombre. En uno de los recuerdos, vio a un lycan un poco más alto que él y supo enseguida que era el alfa.

Todas las imágenes parecían piezas de un rompecabezas que era incapaz de unir, pero cuando conseguía llegar a algo en concreto, los pulmones se le anudaban y no le permitían respirar.

Era demasiado confuso, todo lo que recordaba le llevaba a una simple palabra: traición. Y después de comprender que Emma era la pareja del alfa de su manada, llegar a la conclusión de que él hizo algo horrible era lo más fácil.

Decirlo en voz alta y confesárselo a su compañera era demasiado fuerte para él. Poco a poco, se convenció de que callar era lo mejor porque al no recordar, ya no era esa persona que traicionó a su gente.

Libby podría comprenderlo, al final, ¿acaso ella no hizo lo mismo? Y lo hizo por amor a él. Explicarle a la mujer que amaba que creía que era posible que en algún momento confundió sus sentimientos y le hizo daño a su gente...

No, esa información solo le crearía problemas.

Por eso no tuvo mucho sentido para él contárselo a su compañera y generarle más preocupación.

En esos meses, él había sido feliz. Todo lo feliz que se podía ser cuando no podías ser quien en realidad eras. Estaba cansado de ocultarse, de temer que lo descubrieran, de que todo lo que habían construido se estropeará por un error de su parte.

La tensión cada vez se hizo más fuerte y no iba a negar que, en parte, que los cazadores hubieran ido a buscarlos había sido un alivio. El mundo humano no era para él.

Un ensordecedor ruido lo hizo llevarse las manos a los oídos y sintió que Libby tiraba de su

brazo para echarlo hacia atrás. Uno de esos dragones mecánicos pasó junto a él a demasiada velocidad y el humano en el interior sacó su mano por la ventana mostrándole el dedo medio.

—¿Estás loco?! —gritó su compañera y lo hizo volver a la realidad—. Esto no es Hope, no puedes lanzarte a la carretera de esa forma. —No supo qué pudo ver Libby en su semblante, pero enseguida se tranquilizó y lo envolvió entre sus brazos—. Lo siento, no quise ser tan dura, pero es que casi te atropella.

—Es solo que... —No sabía cómo explicarse.

—Es ruidoso, hay demasiada gente, nadie saluda o le importa tu aspecto por más despampanante que seas. Sí, grandote, bienvenido a una gran ciudad.

Libby tiró de su brazo para alejarlo de la carretera y miró a su alrededor. Después se aseguró de que tenía dinero en los bolsillos y volvió a respirar tranquila.

—Espero que no me digas que te gusta esto —murmuró sin poder contenerse.

Podría replantearse regresar a Hope una vez que el peligro de los cazadores hubiera cesado, pero quedarse allí... Lo dudaba mucho.

—Apuesto que este es el primer lugar donde mi gente nos buscó cuando no nos encontraron en la montaña —dijo ella sin responderle—. Quiero pensar que ahora se centraron en localidades más pequeñas, pero no podemos bajar la guardia.

—Quizá deberíamos abandonar la idea de ver a la bruja. Podemos ocultarnos en el bosque, o en las cuevas.

—Odias la ciudad —afirmó su compañera.

—Con todo mi ser.

Su respuesta no pareció tomarla por sorpresa, habían aprendido a conocerse sin necesidad de dar muchas explicaciones.

Su mano, acariciándole el brazo con suavidad, le templó un poco los nervios.

—Estamos aquí y, por el momento, nuestra única esperanza es que esa bruja tenga algo bueno para decirnos. Debe ser así —se animó a sí misma más que a él.

—Ya no estoy seguro de nada.

No recordaba haberse sentido tan pesimista desde que despertó en aquella nueva vida, después de casi morir. Incluso cuando ella le explicó en dónde se encontraba y al clan al que pertenecía, siempre tuvo la seguridad de que las cosas saldrían bien.

En ese momento, quizá era por el tiempo que había pasado con los humanos, tal vez era aquel lugar que parecía tan inestable y lleno de peligros por todas partes, o que había perdido demasiado de sí mismo al no recordar, que ya no sabía quién era o cuál era su lugar.

Lo peor era que dudaba encontrarlo.

La expresión de Libby se mostró triste y odió haber demostrado sus sentimientos. Ella no tenía la culpa de que se sintiera tan desarraigado.

Su compañera alzó una mano y después dio un fuerte silbido.

—Vamos, iremos en taxi, será lo mejor.

¿Taxi?

Uno de esos dragones mecánicos de menor tamaño se deslizó a su lado y se detuvo. Libby lo animó a entrar y le indicó que guardaran silencio para no alertar al taxista.

El trayecto a la dirección que Libby le dio era corto, según su compañera no les llevaría más de diez minutos, pero para él se hizo eterno porque en todo momento sintió la necesidad de escapar por la ventana.

El sonido de los cláxones, los frenazos, la velocidad. No entendía cómo los humanos podían vivir en un lugar así cada día.

El taxi se detuvo cuando llegaron a una zona menos abarrotada. Los edificios ya no eran tan grandes y todo a su alrededor, si bien parecía más moderno que Hope, llegaba a ser algo más tranquilo que el centro de Anchorage.

Libby se quedó mirando a una pequeña propiedad que, por su aspecto, se veía que había estado deshabitada por un tiempo. Varios periódicos apilados se encontraban en el pequeño jardín de la entrada. El césped estaba demasiado crecido y no había nada que indicara que alguien estaba viviendo allí en ese momento.

La casa, de una sola planta y tejas marrones, era de madera y estaba pintada de rosa.

—Es como un pequeño pastel —murmuró su compañera y Alaric, cada vez más nervioso, gruñó su malhumor.

—Ya me estoy indigestando. Deberíamos irnos, no hay nadie.

Ella, que siempre parecía reacia a visitar a la bruja, debería haberle dicho que sí. Su lobo parecía oler algo en el aire que lo ponía eufórico, deseaba entrar a esa casa, pero él cada vez estaba menos convencido.

—Ey, grandullón, para mí tampoco es fácil —confesó y comenzó a frotarse las manos con nerviosismo—, pero ya no tenemos nada que perder. Mi gente no se ha cansado, nos sigue buscando y sé que no se detendrán hasta que den con nosotros o encuentren nuestros cadáveres. Y, entre tú y yo, no tengo nada de ganas de morir.

—Ni yo permitiré que eso ocurra —gruñó y la abrazó por la cintura.

Ambos miraron de nuevo a la casa, solo debían abrir la pequeña cerca de madera y pasar. Ya que estaban allí, al menos debían intentar llamar.

Antes de que alguno de ellos tuviera el valor de dar el primer paso, Libby sacó del bolsillo de su pantalón aquel segundo bote que la bruja le dio a la madre de su compañera.

—Quizá deberías beberlo —susurró.

Alaric lo recibió, pero solo lo apretó entre sus dedos.

—No creo que deba hacerlo aquí en la calle. Si caigo fulminado no creo que te haga mucha gracia tener que ocultar mi cadáver.

—No te comprendo —se quejó—. Entonces, ¿qué hacemos? Antes de llegar a Hope querías venir, ahora que estamos justo enfrente de la casa, no quieres dar unos pasos y llamar.

Miró la casa una vez más y rechazó el impulso de su lobo de cruzar la valla de madera y acercarse a la puerta.

—No hay nadie, es mejor que nos vayamos, ángel. Podemos refugiarnos un tiempo en el bosque hasta que todo se calme.

—Alaric —cuando Libby pronunció su nombre se tensó. Ella rara vez lo llamaba de esa forma y menos con tanta seriedad—. Yo no quería venir porque tenía miedo y lo sigo teniendo. Mi gente no cesará de buscarme y ni mi padre podrá salvarme cuando me encuentren. Un cazador nunca renuncia, termina su trabajo el día en que muere.

—No permitiré que te encuentren —le aseguró y rodeó su cintura. Su compañera se apoyó en su torso y, por unos instantes, todas las preocupaciones desaparecieron.

—Lo que quiero decir —continuó—, es que no pertenezco a ningún mundo. Ya no. No quiero ni puedo regresar con los cazadores. Ya no soy lo suficiente humana como para vivir entre mi gente y menos entre los humanos. Por más que los días en Hope fueron tranquilos, contaba las horas para la nueva luna llena y vivía con miedo de que en un impulso mis garras salieran, pero tú tienes una manada que debes recordar. Tú sí tienes un lugar al que perteneces.

—Por eso no quiero entrar —la interrumpió y ella lo miró muy confusa—. He tenido algunos sueños en este tiempo. No conseguí recordar todo, pero sí algunos detalles que me hacen pensar

que quizá hice algo que no debía.

—¿A qué te refieres?

Alaric se dio cuenta de que no se lo contó hasta ese momento porque no tenía el valor de hacerlo y ver cómo lo miraría de otra forma. Iba a defraudarla.

Por las pocas imágenes que tenía, supo que él llegó a tener sentimientos por esa mujer llamada Emma y ella era la compañera de su alfa. No sabía qué pudo ocurrir, todas las imágenes se mezclaban sin orden y sin contexto. Los latigazos, esas palabras que se repetían una y otra vez: «¿Ya le dijiste a tu alfa que estás enamorado de su compañera?», después venía el ataque.

Sabía que ese hombre con el que luchó fue su amigo, podía notarlo en la forma en la que se reprimía de atacarlo y cómo aceptaba el daño que le provocaba. Como si lo mereciera.

—Creo que me expulsaron y decidieron que mi condena sería la muerte. No sé si estoy preparado para saber lo que hice, puede que lo mejor sea comenzar de nuevo, sin recuerdos.

—No puede ser, seguro es un error —murmuró Libby y lo abrazó con más fuerza—. Me niego a creerlo, si es así y te expulsaron, debió ser por algún error. Te conozco, eres dulce, cariñoso, te preocupas por la gente. Solo había que ver la forma en que tratabas a Rose y a Eder.

Su compañera, mucho más decidida que él, abrió la pequeña puerta de madera y entró al jardín descuidado.

—Ángel, por favor.

—No pienso marcharme, no te dejaré vivir con esa idea. Si lo hiciste, lo aceptaremos y seguiremos adelante y si no es así, encontraremos la verdad. Aunque estoy segura de que no es así, eres un buen hombre.

Libby llamó a la puerta con decisión, una y otra vez sin ningún resultado.

—¿Ves? No está. Vamos a tomarlo como una señal de que es mejor dejar las cosas así.

—Si no está romperé una maldita ventana y entraré, pero esa bruja tendrá que dar explicaciones porque no voy a creer que nos hizo venir para nada.

Libby comenzó a levantar las macetas, el felpudo y todo lo que veía a su paso en un intento de encontrar unas llaves de repuesto. Cuando no sucedió, volvió a llamar a la puerta, en esa ocasión con más energía.

Golpeó tan fuerte que una mujer salió de la casa contigua.

Ambos se tensaron cuando la señora se los quedó mirando sin decir nada.

—Vámonos, recuerda que no debíamos llamar la atención —susurró Alaric, pero su compañera, en lugar de hacerle caso, compuso su mejor sonrisa.

—Ah, ¡hola! Estábamos buscando a... Hum, ¿no sabe cuándo regresará?

La vecina de mirarlos muy seria, de pronto, como si hubiera recordado algo, cambió su actitud y le devolvió la sonrisa a su compañera.

—¡Son los nietos de Endora! Pensé que vendrían pocos días después de que ella se marchara, pero como ya pasó tanto tiempo me olvidé. Su abuela salió de viaje, me encargó que los avisara.

—¡Sí! Somos sus nietos. Mi abuelita... Endora. Divina mi abuelita, todo amor —balbuceó su compañera mostrando, de nuevo, que era una pésima mentirosa.

—Si es tan divina, ¿por qué no la visitan más seguido?! —La mujer se mostró molesta con ellos, pero enseguida regresó a su actitud amable—. Supongo que no es problema mío, pero si tanto la quieren, no le vendría mal un poco de compañía. Siempre está sola.

—¿Sabría cuando regresa? —Decidió intervenir Alaric al ver que la mujer no les daba la información.

—¿No les contó que no iba a regresar? Por supuesto que no lo hizo, ¿por qué tendría que hacerlo? Con esos nietos desnaturalizados que no se molestan ni en visitar a una pobre anciana.

Dadme unos minutos. —Sin dar más explicaciones, la mujer entró a su casa y los dejó a ambos desconcertados.

—Siento que si sale de nuevo, llegará con una escoba en la mano y nos golpeará —susurró Libby.

La mujer salió, pero no iba armada. Traía un manojo de llaves en su mano y se las entregó.

—Me dijo que dentro de la casa encontrarán las llaves de su coche. —Señaló un pequeño dragón de esos mecánicos que tanto les gustaban a los humanos. Ese era más pequeño, antiguo, de un tono verdoso descolorido—. Quiere que lo utilicen para llevarle sus pertenencias a... No recuerdo bien el nombre. Creo que era Emma.

—¿E-Emma? —tartamudeó su compañera y por unos momentos temió que saliera corriendo—. Ah, sí, Emma. La conocemos muy bien, ¿cierto?

Se veía tan tensa que tuvo que acariciarle la espalda antes de que sus garras salieran y lo atacaran a él. Lo que sentía a través del vínculo eran celos. Unos enormes y desastrosos celos.

Ella seguía teniendo dudas de sus sentimientos, ¿cómo podía hacerle entender que ya no existía otra para mujer para él?

Alaric agarró las llaves de las manos de su compañera y se dispuso a despedirse de la mujer.

—Le agradezco mucho, a partir de ahora nos ocupamos nosotros.

Acabaría con eso de una vez. Ya era demasiado.

Que esa bruja también mencionara a la misteriosa Emma de sus recuerdos fue la gota que colmó el vaso. Si traicionó al alfa de su manada, era hora de que supiera la verdad, no podía continuar huyendo de sus recuerdos.

La mujer intentó seguirlos al interior de la casa, pero la despidió con lo poco que le quedaba de amabilidad. Y la única forma que encontró fue cerrándole la puerta en las narices.

Apenas entraron, los recibió la oscuridad. Las cortinas y persianas dejaban todo en la más absoluta penumbra.

—Si no hubieras tenido tanta prisa por cerrarle la puerta en la cara a esa pobre mujer, quizá ahora tendríamos un poco de luz —masculló Libby.

—No necesito luz, soy un lycan, ¿recuerdas? La oscuridad no es un problema para mi visión.

—Ay, sí, el fabuloso lobo que todo lo puede hacer bien. No como una simple humana.

Alaric golpeó el interruptor que encontró a su lado y, para su suerte, la luz se encendió.

—¿Acaso dudabas de que podía hacerlo bien? —El ambiente cada vez se sentía más tirante entre ellos, era como si las palabras de esa mujer y la mención de Emma, hubieran abierto un abismo en la pareja.

Libby miró a su alrededor y pasó el dedo por una repisa empolvada.

—Pura suerte, lobo. Por el polvo que hay en esta casa esa bruja lleva bastante tiempo fuera, podrían haberle cortado la luz.

—¿Desde cuando volví a ser «lobo» para ti y no grandullón? —Alaric la acorraló entre la pared y su cuerpo y los ojos de su compañera chispearon de rabia.

Podía sentir a través del vínculo el cúmulo de emociones desordenadas que iban desde la ira, los celos y la frustración. Además, se mezclaban con las suyas que eran una montaña rusa entre la culpa, la vergüenza y el miedo a que todo saliera mal y ella lo rechazara.

Libby intentó empujarlo pero, aunque ahora era más fuerte que un humano promedio, no logró moverlo ni un paso. Se apartó porque la respiración se le aceleró y no quería hacerla sentir peor.

—Es hora de que vayamos cambiando los hábitos —respondió en cuanto pudo poner distancia entre ellos—. Siempre tuviste que ser un lobo para mí, soy una imbécil. Donde pongo el ojo pongo la bala y se ve que mi puntería siempre va a parar a hombres inadecuados.

—¿Ahora soy inadecuado? Hace un momento, me dijiste que era un buen hombre. ¿Tan rápido cambias de opinión? ¿Ahora sí me crees capaz de haber traicionado a mi manada?

Su compañera se dirigió a la sala dándole la espalda, pero él no estaba dispuesto a dejar así la conversación. La detuvo agarrándola del hombro y la hizo mirarlo.

Cuando la vio parpadear para apartar las lágrimas, se le anudó el estómago.

Libby se desprendió de ellas de un manotazo y segundos después su rostro solo mostraba enfado.

—Eres un buen hombre, pero no eres el adecuado para mí, lobo. Así que no debes preocuparte. Está claro que esa bruja te trajo hasta aquí para que te reencuentres con tu gran amor, Emma. Si hasta te quiere usar de chofer para que le entregues sus cosas. Tal vez quiera que seas tú el que se las lleves como regalo de bodas, aunque la idiota que tendrá que conducir seré yo.

—Hay cosas que no merece la pena contestar —pronunció, herido.

Libby había decidido poner una barrera entre ellos. Los celos la estaban llevando a imaginar escenarios que no eran reales.

—Pienso lo mismo, hay cosas que no merecen la pena ser habladas y más cuando las señales siempre estuvieron ahí —murmuró su compañera y volvió a darle la espalda para comenzar a mirar por la sala.

En silencio, recorrieron la casa. Todo estaba recogido, pero muy polvoriento. Allí no encontrarían nada, a simple vista era solo la vivienda de alguien solitario. Quedaba poca ropa en el armario y algo de comida en el refrigerador de dudosa calidad después de tanto tiempo. Nada indicaba que aquella fuese la casa de una bruja.

No sabía cómo debía ser el hogar de una, pero aquello se veía demasiado normal, muy humano.

Libby se dejó caer en el sofá como si de repente se hubiera quedado sin fuerzas. El polvo del mueble se levantó a su alrededor haciéndola estornudar.

—Como esa mujer no aparezca de la nada, creo que hemos llegado a un callejón sin salida —pronunció, cansada y se frotó el rostro—. No parece que aquí vayamos a encontrar nada. ¿Qué harás?

Estaba de acuerdo con ella, ir hasta allí solo había sido una pérdida de tiempo y para colmo provocó una lejanía emocional con su pareja.

—Estoy seguro de que querías decir: ¿qué haremos? —la corrigió.

Su compañera alzó el rostro y, por unos segundos, una chispa de esperanza se mostró en su mirada, pero la ocultó enseguida y negó con la cabeza.

—Venir hasta aquí fue una pérdida de tiempo, pero eso no significa que no vayas a recuperar tus recuerdos. Estoy cansada de tener miedo de que recuerdes y decidas que esto que tenemos es un error. Lo mejor será distanciarnos y tomar caminos separados.

Alaric no estaba dispuesto a escuchar algo así. Más que nunca quería recuperar su memoria para demostrarle que nada cambiaría lo que sentía por ella. De pronto, recordó el brebaje que llevaba un tiempo sujetando.

Sin pensarlo, la abrió y se la tomó de un solo trago.

Libby emitió un jadeo entrecortado al verlo, se levantó con agilidad y corrió hacia él para sujetarlo.

—¿Estás bien? —preguntó con demasiada preocupación para alguien que segundos antes quería que cada uno tomara caminos separados—. Siéntate, no sabemos qué es lo que bebiste.

Las manos de su compañera lo recorrían y terminaron su camino apresando su rostro con

ambas manos. Lo miraba como si de golpe él fuera a desaparecer.

Al contrario de la anterior poción, no sentía nada. Sus recuerdos no habían regresado ni ocurría algo diferente en su cuerpo.

—Te preocupas mucho por alguien del que quieres tomar distancia, cazadora.

Ella vio encogerse como si la hubiera golpeado. Ella soltó su rostro y sintió la falta de su tacto. Había sido mezquino hablarle así, pero sentía rabia por la facilidad con la que ella enmascaraba sus sentimientos y podía decidir que lo que tenían era pasajero.

Libby dio un paso atrás y acarició la funda de la espada que llevaba colgada en la espalda.

—Supongo que ahora que tienes tus recuerdos lo primero que querrás hacer será acabar con la cazadora. —¿Qué?! ¿Es que ella no era capaz de entender que solo estaba molesto?—. Antes de que lo intentes déjame recordarte que tengo entrenamiento, no quiero luchar contra ti, pero si te empeñas en hacerlo me defenderé.

Un gruñido rabioso escapó de su garganta y se acercó con una lentitud felina, como la de un depredador que cercaba a su presa. Le dio tiempo suficiente de escaparse, de reaccionar, incluso de sacar la espada y alzarla contra él, pero toda la frialdad que mostró desde que entraron en la casa, se esfumó para dar paso a una mujer que contenía las ganas de llorar.

Sus labios temblaban, los ojos le brillaban por las lágrimas contenidas y la funda que contenía su espada, cayó al suelo con un estrepitoso sonido en lugar de desenvainarla.

Alaric tomó su rostro entre las manos y deslizó una de ellas hasta su nuca para impedirle cualquier separación. Sus bocas chocaron una con la otra y sus labios se amoldaron como siempre lo hacían. En ese momento, con más intensidad y rabia.

Sintió las uñas de Libby clavarse en sus brazos incluso a través de la tela, pero no estaba luchando por separarse, lo sostenía para que no se alejara.

Un gemido dolorido escapó de ella y aprovechó para deslizar la lengua en el interior de su boca. Libby le respondió y todas las emociones que intentó ocultar de su vínculo, se derramaron en tropel una tras otra.

El sabor salado de las lágrimas se deslizó por sus labios y detuvo el beso. No iba a permitir que ella continuara pensando lo peor de él.

—Estoy enfadado —susurró aún muy cerca de su boca y la miró a los ojos para que viera la verdad en sus palabras—. Me molesta que pienses lo peor de mí, que creas que esto que tenemos es desechable y que al primer recuerdo correré en busca de mi manada. Nuestro vínculo —continuó hablando mientras le deslizaba la palma de la mano por el cuello y finalizó acariciándole la marca de su unión—, es para siempre. No es una unión de cuerpos, es de almas. Perdóname porque no te di la opción de elegirme y nos uní sin preguntarte, pero si tú no me rechazas, nunca me separaré de ti en toda nuestra vida y, cuando la diosa nos reclame, mi alma te buscará en el otro mundo para continuar juntos. Nunca te librarás de mí y no es una advertencia, es una amenaza.

Cuando terminó de soltar todo lo que sentía, el rostro de Libby estaba mojado por las lágrimas y tenía los ojos tan abiertos que, por unos instantes, pensó que lo rechazaría. En cuanto reaccionó, le echó los brazos al cuello y sintió las curvas de su anatomía adaptarse a su cuerpo, casi como si hubieran nacido para estar así, abrazados.

—E-es l-la amenazaba más hermosa que me han hecho —balbuceó con la voz entrecortada—. Te amo, mi lobo y si me dejas seré yo la que te persiga con esa espada para cortarte las pelotas.

—Siempre tan gráfica con tus amenazas, ángel. —Alaric iba a callarla con un nuevo beso, cuando una luz azul, resplandeciente, brilló en un reloj de pie que se encontraba en la sala—. ¿Ves eso?

Libby miró en la dirección donde señalaba y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Tampoco has visto nunca un reloj? Es un poco antiguo, pero creí que te resultaba más fácil familiarizarte con todo lo que no es de esta época.

—No, ángel, no me refiero al reloj, te pregunto si ves la luz azul que sale de él.

Ella negó con la cabeza.

Alaric se acercó, cuanto menos distancia había entre el reloj y él, más vibrante se volvía la luz. Una vez que estuvo frente al aparato, las manos se le movieron solas, como si supiera con exactitud lo que debía hacer.

Abrió la tapa que protegía el mecanismo y en su interior, una llave antigua brillaba. La agarró y la luz se desvaneció.

—Es una llave —murmuró—. ¿Qué abrirá? —se preguntó en voz alta.

—Ya hemos registrado toda la casa, quizá un abre un baúl, pero no vi ninguno. —Cuando Alaric miró a su compañera, vio como detrás de ella, en la pared, se formaba una nueva luz azul.

—Mira en la pared detrás de ti, ¿lo ves? —Ella negó con la cabeza.

—No hay nada.

Se acercó al punto que parecía llamarlo.

—Creo que solo yo puedo verlo, debe ser por ese brebaje mágico que bebí. Parece que nos está guiando.

Alaric tocó la pared, justo en el lugar que la luz brillaba con más fuerza y, al no ocurrir nada, presionó hacia el interior y una pequeña palanca se deslizó mostrando una habitación oculta.

Allí donde antes había una pared, apareció una puerta de madera antigua y la cerradura coincidía con la llave del reloj.

Su compañera jadeó de la sorpresa y se colocó a su lado.

—Es increíble —musitó y él buscó su mano para agarrarla y que no pusiera distancia entre ellos.

No sabía qué podía haber al otro lado, pero no pensaba dejarla atrás.

—Sea lo que sea que haya detrás de esa puerta, vamos juntos —pronunció con un leve tono de preocupación.

Libby sonrió y, el peso que se formaba en su corazón por la incertidumbre de no saber si todavía continuaba con la idea de separarse, se disipó.

—Juntos, grandullón, alguien tiene que protegerte de los enemigos. No puedo dejarte solo.

Alaric deslizó la llave en la cerradura, pero antes de que pudiera girarla, la puerta comenzó a brillar con la misma luz azul y se desvaneció frente a ellos.

Capítulo 19



Libby se quedó mirando el interior de la habitación que se acababa de revelar frente a ellos. Por más que había visto mucha magia a lo largo de su vida, no dejaba de impresionarle.

Hace unos instantes, había una gruesa pared y ahora una habitación ocultaba la verdadera naturaleza de la mujer que vivía allí. Era la primera vez que entraba en el santuario de una bruja y le fascinaba.

Los brujos siempre tenían un aura muy diferente a los humanos, si bien también lo eran, había algo en ellos que los hacía distintos.

La habitación se iluminó con la luz de varios candiles, como si estuvieran hechizados para encenderse en el momento en el que alguien cruzara la puerta. Las paredes estaban recubiertas de estantes de madera oscura y en cada uno de ellos, libros, grimorios y manuscritos encuadernados en cuero llenaban cada hueco.

A Libby le picaron las manos con el deseo de comenzar a agarrar uno a uno y leerlos. Quería absorber cada uno de ellos y empaparse de toda la información. Sabía que no estaban allí para eso, pero una vez que encontraran lo que sea que vinieron a buscar, tal vez podrían quedarse un tiempo y leerlos.

No tenían otro lugar a dónde ir y la bruja no parecía usar su casa. No creía que le importara que la ocuparan y la mantuvieran con vida antes de que el polvo y la mugre diera buena cuenta de ella.

El ambiente olía a especias exóticas y a hierbas secas, junto a ciertos destellos de metales. La cazadora que había en ella no podía evitar que sus ojos miraran todo casi como un escáner.

Un caldero de bronce descansaba en un trípode y había una estantería cargada de frascos de cristal. Algunos estaban llenos.

Un círculo de tiza dibujado en el suelo y rodeado de velas parecía ser la última práctica mágica que la bruja había hecho allí. Lo sabía porque los restos de las velas permanecían en el suelo y, a juzgar por el orden de aquella habitación, alguien tan meticuloso no habría dejado eso sin recoger.

A no ser que tuviera la necesidad de marcharse con urgencia.

A un lado, se encontraba un pequeño escritorio. Sobre él, estaba abierto un nuevo grimorio en el que parecía había estado escribiendo antes de marcharse.

«Translocación: Anclaje mental, energía mágica, ruptura del espacio tiempo, desintegración y reintegración».

Libby leía por encima cada palabra escrita y no pudo evitar que un jadeo escapara de su boca.

—¿Encontraste algo? —preguntó Alaric que parecía haber despertado tras escucharla.

Su compañero no había sido capaz de cruzar el umbral, era como si su mente se hubiera perdido por unos momentos y ahora se sentía mal por dejarse engatusar por todo lo que veía y no prestarle atención.

—Esa Endora no es cualquier bruja. No me extraña que dejara su auto disponible para ti, ella no lo necesitaba. Podía teletransportarse. ¿Qué hacía una bruja de ese calibre entre los humanos como una desterrada? —preguntó en voz alta.

No podía evitar encontrar un misterio y querer saber todo sobre ello, pero se centró en lo importante. Su compañero.

Miró hacia la mesa de madera que se encontraba en el centro de la sala. Sobre ella había un pequeño bote de cristal con alguna poción en su interior y un sobre debajo de ella.

Curiosa, se acercó y levantó el frasco.

Sintió la presencia de su lobo a su lado y, mientras ella examinaba el frasco, él agarró el sobre con rapidez y se lo mostró.

El nombre de Alaric estaba escrito en el papel, con letras elegantes y una pulcra caligrafía. La misma que había visto en el grimorio.

—Dejó una carta para mí —pronunció su compañero y no le pasó desapercibido la forma en que parecía temblarle la mano.

—Puedo leerla por ti —le dijo—. No creo que vaya a explotar y a carbonizarnos si la abrimos. Si nos trajo hasta aquí, su intención no debía ser matarnos, ella parece conocerte. Se tomó muchas molestias para asegurarse de que sobrevivieras.

—Eso es lo que me preocupa. Mi lobo no está incómodo aquí, es como si conociera a la dueña de esta casa, pero yo no entiendo cómo pude conocerla si nunca estuve con los humanos.

Libby quiso corregirlo, no recordaba haber estado con los humanos, pero con su memoria perdida ninguno de ellos podría asegurar que esta fuera su primera incursión en ese mundo.

—Tal vez si lo lees aclaremos nuestras dudas —lo animó y él asintió con la cabeza.

Alaric abrió el sobre y deslizó la hoja entre sus manos. La miró de reojo y, como un acuerdo tácito de no ocultarse nada entre ellos, comenzó a leer en voz alta.

Si estás leyendo esto es que ya estoy muerta y tú estarás confuso y sin saber quién demonios soy.

Te traje hasta mi casa porque yo era el amor de tu vida.

Oh, no gruñas, lobo tonto y dile a tu compañera que deje de mostrar los dientes. Me encanta tomarte el pelo.

—Mucha confianza con la brujita, ¿no? —masculló Libby con la mandíbula apretada y miró a su alrededor en búsqueda de cámaras—. Esa maldita bruja parece tener ojos en todas partes.

—No sé por qué siento que no es la primera vez que esta mujer intenta jugar conmigo de esa forma. —La expresión malhumorada de Alaric había desaparecido y miraba la carta con una media sonrisa.

¡Lobo desgraciado, mujeriego!

—Deja de sonreír y sigue leyendo —gruñó y su compañero puso los ojos en blanco y negó con la cabeza al notar sus celos.

Hace unos años tuve una visión y supe lo que mi padre haría contigo. También supe que yo ya no estaría con vida para poder impedirlo, pero podía ayudar de otra forma, devolviéndote tus recuerdos.

Puede que ahora no tengas la menor idea de quién es mi padre, pero él nunca hacía las cosas a medias. Tu pérdida de memoria no fue accidental, es producto de la magia. Él se aseguró de que no pudieras estropear sus planes en el dudoso caso de que sobrevivieras.

Evitaré mencionar el nombre del ser que te ocasionó tanto dolor para que no investigues en el caso de que tu decisión sea seguir adelante y no mirar al pasado.

La poción que dejé junto a esta carta te devolverá tus recuerdos si así lo deseas.

Hay dos caminos para ti, mi apuesto y amargado lobo.

La decisión es tuya.

Solo te diré que, para tu manada, estás muerto de la misma forma en que yo lo estaré cuando

leas esta carta. Para mi suerte, mi fallecimiento sí es real y por fin estaré junto a mi compañero.

Ellos te consideran un héroe y en ese frasco al que tanto le temes, solo encontrarás el relleno a ese vacío que sientes en ti. Una vez que lo bebas, volverás a sentirte completo.

Si escoges no hacerlo, lo único que tendrás de tu memoria serán esos fragmentos de recuerdos que no lograrás enlazar nunca, aunque no sería la decisión más correcta, puedes escogerla. Vivir escondiéndose no es una buena vida, te lo dice esta bruja que pasó la mayor parte de su existencia huyendo.

Toma tu decisión y no te arrepientas.

Si decides beberlo, comprenderás por qué dejé mi coche a tu disposición.

Cuídate, lobo.

Endora.

Tras la lectura de la carta, el silencio los acompañó a ambos por un largo rato. Hasta que Libby se decidió a romperlo.

—Sabía que no habías traicionado a tu manada —susurró y le acarició la mano que descansaba sobre la mesa—. Creo que ella tiene razón, vivir huyendo no es vida. Ahora sabes que tienes un lugar al que regresar.

«Aunque no sea conmigo».

Alaric asintió con la cabeza, pensativo. En ese instante, él releía la carta de nuevo como si quisiera creerse las líneas donde le decía que para su manada era un héroe.

—Lo beberé. —Libby se humedeció los labios, nerviosa y le acercó el bote de cristal—. Pero antes, debes asegurarme que, sin importar lo que recuerde, nada cambiará entre nosotros.

—Nada cambiará el amor que siento por ti —contestó Libby con la esperanza de que eso fuera suficiente para Alaric.

Si cuando lo bebiera y recuperara los recuerdos, el que cambiaba de opinión era su compañero, no quería que una promesa lo dejara atado a ella.

Una lenta y sensual sonrisa se mostró en el rostro de su lobo y tuvo que agarrarse de la mesa para no ponerse a llorar, o correr hacia él y obligarlo a salir de esa casa.

—Ningún recuerdo cambiará lo que siento por ti, ángel —repitió las mismas palabras casi como si pronunciara unos votos irrompibles.

Antes de poder contestar aunque, con los nervios encajados en su garganta dudaba que pudiera decir alguna frase coherente, lo vio alzar el bote y beberse su contenido de una sola vez.

Libby contuvo la respiración hasta que los pulmones comenzaron a gritarle por oxígeno y esperó una reacción que no tardó mucho en llegar.

Un gruñido gutural resonó en el aire, áspero, quebrado y cargado de sufrimiento. Alaric se llevó las manos a la cabeza como si no soportara tanta información de golpe y acabó arrodillado en el suelo sin dejar de emitir sonidos que se asemejaban a los de un animal herido.

Se arrodilló a su lado, sintiéndose inútil por no poder hacer nada para aminorar su sufrimiento. No era una enfermedad, o una herida que ella pudiera sanar. Lo único que podía hacer era darle su apoyo y mantenerse a su lado para que, cuando todo pasara, la viera a su lado.

Lo abrazó con fuerza, hasta que acabó sentada en el suelo, sosteniéndolo contra su pecho mientras le susurraba lo mucho que lo amaba y las lágrimas caían sobre él sin control.

Cuando todo acabó y el dolor dejó de ser tan fuerte, Alaric apartó las manos de su cabeza y abrió los ojos. Exhaló el aire como si lo hubiera estado conteniendo, miró a su alrededor y comenzó a reírse con una carcajada que templó su pecho.

—Vieja y astuta bruja, aún desde la tumba me sigues sorprendiendo. Emma no va a creerlo cuando se lo cuente.

Los brazos que mantenía alrededor del cuerpo de su compañero, se deslizaron a un lado y lo soltaron. Las lágrimas no habían dejado de caer y ahora se alegraba porque podía darle la excusa de que lloraba por verlo sufriendo y no porque sintiera que su corazón se rompía en pedazos.

Los celos se la comían por dentro y no podía evitar aborrecer a una mujer que ni siquiera conocía.

Iba a contárselo a Emma, apenas recuperó sus recuerdos lo primero en lo que pensó fue en ir a buscarla.

Libby se fue separando de él poco a poco y su compañero... Ya no sabía si debía continuar llamándolo así, ni siquiera pareció inmutarse por la forma en que se fue alejando.

Alaric, después de pronunciar esas palabras, se quedó en silencio. Su vista parecía perdida y podía notar que estaba asimilando toda la información.

Ella se puso de pie, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Una parte de sí misma quería salir a correr fuera de aquellas paredes y perderse en la ciudad mientras él continuaba en ese limbo de recuerdos. Podría alejarse y esconderse en algún lugar para lamerse las heridas.

Pero la mujer responsable que vivía en alguna parte de su interior, no le permitía ser una cobarde. No podía dejarlo en el mundo humano y menos en una gran ciudad.

Si él se lo pedía, lo ayudaría a ponerse a salvo con su manada y después... Ya pensaría en el después.

Alaric se puso de pie de un salto, como si algo lo hubiera alterado y con un gruñido de rabia la miró.

—Ángel, debemos regresar a la manada. Tengo que avisarles del peligro, Ethan es Astron. ¡Quiere matar a mi Luna!

Su compañero intentó salir de la habitación, fuera de sí y con la mirada de alguien que buscaba venganza, pero cuando Libby se metió en su camino y le colocó ambas manos en el torso, él se detuvo.

Su contacto fue suficiente para sacarlo de esa rabia en la que parecía verse envuelto.

—No sé quién es Ethan, no sé quién es tu Luna, pero ¿Astron? ¿Astron el hechicero? ¿El mismo Astron que trabaja con los cazadores? —su última frase fue como un cortocircuito en su mente—. La manada más cercana a nuestro clan es Valley of Shadows, su alfa es... ¡Esa es tu manada! ¡Él te atacó! Por eso la herida de tu abdomen estaba hecha con magia. ¡No vas a enfrentarte a él de nuevo! —gritó fuera de sí. Alaric la sujetó de los brazos y ella intentó soltarse.

»No te salvé la vida para que corras de nuevo a que te la quiten. No sabes de lo que es capaz, su hija... —Libby miró a su alrededor y se cubrió la boca con la mano—. La bruja que vive aquí es su hija, por eso es tan poderosa. Ellos son de la realeza, Astron es hermano del rey de los brujos. ¿No lo entiendes? Son los cuidadores de la magia. Es un suicidio enfrentarte a él tú solo.

Todo comenzó a encajar.

—En estos momentos quiero preguntarte muchas cosas —murmuró Alaric con la voz mucho más tranquila que cuando salió del trance—, pero quiero que te calmes. Ángel, estás temblando.

La mano de Alaric fue a parar a su mejilla y le limpió las lágrimas que ya ni sentía que derramaba. Era cierto, estaba temblando. Asintió intentando recuperar el control de su cuerpo y él la abrazó emitiendo ese ronroneo que tanto la calmaba.

—Los cazadores llevamos un registro de todas las criaturas sobrenaturales, al menos de la mayoría —comenzó a explicarse—. Con los brujos tenemos una alianza, aunque hay mucha división entre su gente. El poder corrompe y entre ellos es más visible. La gran mayoría de magos, hechiceros, druidas, trabajan con los cazadores para mantener el equilibrio entre lo sobrenatural y los humanos, pero no entran en guerra. Su ayuda es de protección. Astron es un

brujo oscuro y su odio hacia los que no son como él es demasiado grande. Los cazadores se aprovecharon de eso, aceptaron encargos de ese hombre porque su plan era destruir las manadas desde su interior. Valley of Shadows es una manada muerta, solo es cuestión de tiempo.

—Lo sé —contestó su compañero—. Estuve allí.

Alaric comenzó a explicarle lo sucedido y la relación entre Ethan, Emma y Astron. Le contó lo que sucedió el día en que cayó por el barranco y dio a parar bajo su cuidado. También le contó los planes que tenía ese ser.

—Han pasado casi tres meses desde que desapareciste, ellos te creen muerto. Si Astron va hacia tu manada como dices, lo consiguió hace mucho tiempo. El aviso llegará tarde, si Emma es una bruja tan poderosa como Endora y lo será porque está en su linaje, es muy posible que lograra hacerle frente o que lo supiera con anticipación. Dices que también tiene visiones como su tatarabuela.

—O no lo consiguió y ahora mi manada está igual de arruinada que la manada de Valley of Shadows. Si queda alguien en pie debo ayudarlos, no puedo quedarme de brazos cruzados. Tengo que ayudar, ángel, pero no voy a ponerte en peligro a ti. Te quedarás aquí, en esta casa estarás a salvo.

»Es poco probable que los cazadores te encuentren en este lugar y si lo hacen puedes esconderte en esta habitación. Incluso, aunque entraran en la casa, no darían contigo. Yo me ocuparé de esto y...

—Y con eso te deshaces de mí —terminó la frase por él.

Libby se soltó de su abrazo y se peinó los rizos con las manos en un acto de nerviosismo.

—¿Qué?! No, ángel, no es así.

—Entiendo, no gastes más saliva y tiempo, yo entiendo.

—No, no lo haces —gruñó—. ¡Intento mantenerte fuera de peligro!

—Es más fácil que yo me mantenga con vida a que lo hagas tú, al menos a mí, Astron no me odia. —Se cruzó de brazos y elevó el pecho al hacerlo. Alaric no pudo evitar que su vista bajara hasta el escote.

Estaba deseando deshacerse de ella, pero bien que le gustaba lo que veía. Todos los hombres eran iguales, unos desgraciados, lobos o no.

—He visto el daño que puede causar ese ser, ángel —comenzó a decir su compañero en un tono más calmado, como si quisiera amansar a una fiera. Aunque, por la forma en que su mandíbula se apretaba, se notaba que estaba más alterado de lo que quería demostrar—. Lo que más quiero es llevarte a la manada, enseñarte mi hogar y que dejemos de huir, pero me niego a ponerte en peligro. Si te ocurriera algo no podría continuar sin ti.

—El alfa de tu manada estaría loco si aceptara a una cazadora entre los suyos —susurró—, pero no llegamos hasta aquí para que te deje ir a enfrentarte al mismo ser que te hirió y quedarme de brazos cruzados. Iré contigo y no hay más que hablar. Si tengo que cortar en pedazos a ese horrible hombre con mi espada, lo haré.

—Ángel...

—Ni ángel ni nada, ¿seguro que solo deseas que me quede porque no quieres ponerme en peligro? ¿No es porque ahora que has recordado quieres ir a reencontrarte con tu amada Emma? —no pudo evitar que el nombre de esa mujer escapara con un gruñido y la expresión de satisfacción de Alaric no la ayudó a ponerse de mejor humor.

—Lo que sentí por ella solo fue producto de la soledad, deseaba lo mismo que tenía mi alfa, una compañera con la que compartir mi vida. Confundí esos sentimientos con el cariño que sentía por la mujer que ayudó a mi mejor amigo a olvidarse del rencor que sentía hacia la bruja

que nos maldijo.

»Te lo dije antes de beber la poción y te lo digo de nuevo ahora. Ningún recuerdo cambia lo que siento por ti, por más que tu cabecita no pare de elucubrar posibilidades en donde todo se acaba. Ni los cazadores, ni mi manada, ni Astron y menos Emma, hará que me separe de ti, ¿entendido?

Libby se mordió el labio superior e intentó controlar el rubor que crecía a pasos agigantados en sus mejillas.

Una mente ansiosa y fatalista como la suya era difícil de dominar, pero en aquel momento deseaba haberse contenido un poco antes de ponerse en evidencia. Tenía que aprender a dejar de intentar controlar todas las situaciones, también a dejar de pensar un paso por delante y a escoger futuros alternos por los demás.

Carraspeó como si eso ayudara en algo al afrontar su vergüenza y habló:

—Entonces... Ya que quedó claro que no eres un horrible mujeriego que se va con la primera bruja que encuentre. —El bufido de Alaric resonó en el aire y ella lo ignoró y se dirigió de nuevo a la carta que dejó Endora—. Ella no dijo nada de que cuando la leyeras tu manada estaría en peligro. Una bruja que tres años antes de que nos conociéramos planificó todo esto, también debía saber lo que haría su padre.

—Emma me explicó que las visiones eran difíciles de controlar, que no siempre venían cuando quería y a veces no llegaban tan completas como era necesario. —Libby señaló todos los libros y tomó el último que la bruja estuvo escribiendo.

—También dijiste que Endora murió sin poder enseñarle a Emma todo lo que sabía, por eso te pide que le lleses sus pertenencias. Quiere que le hagas llegar el trabajo de toda una vida, no sería así si el peligro continuara vigente. Una bruja como ella no dejaría nada al azar y, si dice que tu manada cree que moriste como un héroe, es porque saben a quién te enfrentaste.

—No puedes saberlo...

—No, no puedo, pero cuando no estoy haciendo en mi mente futuros alternativos donde me dejas por la Luna de tu alfa, suelo pensar con mucha lógica y no ser irracional. Los cazadores nunca actúan por impulso, es uno de nuestros primeros principios de supervivencia. ¿O cómo crees que hemos sobrevivido por tanto tiempo rodeado de seres mucho más fuertes que nosotros? ¡Y los celos no cuentan, maldito lobo, deja de mirarme así!

Alaric contuvo la risa y le habló con condescendencia.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —preguntó su compañero con un bufido de aceptación.

Ignoró la mofa en su mirada y lo pagado de sí mismo que parecía sentirse al verla hervir de celos y continuó hablando.

—Endora sabía que estarías herido y te curó, nos hizo venir hasta aquí y recuperaste la memoria. Ha dejado su coche para que podamos cargar con todo esto y llevarlo a tu manada, yo creo que si hemos seguido sus instrucciones hasta el momento y salió bien, ¿por qué no seguir haciéndolo?

—Reconozco que Emma se pondrá muy feliz si recupera todas las pertenencias de su abuela.

—Reconozco que Emma *mi mi mi* —se burló sin ser capaz de detenerle el demonio de los celos.

—¿Celosa, mi ángel? —ronroneó Alaric, la tomó en sus brazos y enterró su rostro en la curva de su cuello para olfatearla.

Dejó un casto beso sobre su marca de apareamiento y un estruendoso escalofrío la recorrió. Uno lleno de lujuria.

Desgraciado lobo, unos segundos antes quería atravesarlo con su espada y momentos después

quería que él la atravesara a ella con su enorme arma letal.

Libby lo empujó antes de caer en la tentación y él no se opuso a separarse de su cuerpo, pero la risa comenzó a brotar de su garganta.

La cara le ardía de la vergüenza por no poder controlarse. Ella jamás fue celosa, jamás quiso arrancarle el corazón a otra mujer y menos por un hombre. La culpa la tenía ese veneno lycan que le había inyectado, por eso se había convertido en una posesiva.

—Suficiente, lobo detestable. Recojamos todo esto y vámonos de una vez. Estoy deseando llegar a tu manada y que tu alfa comience a desmembrar cada parte de mi cuerpo en cuanto sepa lo que soy. Al menos así, dejaré de hacer el ridículo.

Capítulo 20



No podían llevarse todo lo que había en el santuario de la bruja, pero sí consiguieron guardar la mayor parte en el interior del auto. Con la fuerza y la rapidez de su compañero, la tediosa tarea se completó en menos de una hora.

Hubiera sido menos, si la curiosa vecina no estuviese en la puerta observando cada movimiento, deseosa de que le dieran la espalda para ver si podía colarse en el interior de la casa.

Cuando la mayoría de las cosas estuvieron cargadas en el interior del coche, se despidieron de la mujer y decidieron ponerse en camino.

Alaric no dejaba de farfullar y quejarse de que odiaba aquellos dragones mecánicos y que ese era tan pequeño que tenía que encogerse para entrar bien.

—Deja de quejarte, gruñón, me preocupa más que nos quedemos atascados en alguno de los caminos que la falta de espacio. Este coche es para la ciudad, no para meterlo en vías de montaña. Ni siquiera tiene cadenas para la nieve, lo mismo no llegamos vivos.

—Esa bruja del demonio hasta muerta es problemática —masculló su compañero y Libby no pudo evitar comenzar a reír.

Mientras avanzaban por la ciudad, Alaric le habló un poco sobre su manada y la historia que tenían con Endora. Le explicó cómo rompieron la maldición y como su alfa pasó de odiar a las brujas a beber los vientos por una de ellas.

Aquello le dio un poco de esperanzas.

Si su manada consiguió aceptar a la descendiente de la bruja que los maldijo y también perdonaron a la anciana antes de morir, quizá ella tenía una oportunidad de ser aceptada sin importar todo el daño que su clan había hecho.

—¿Crees que me den una oportunidad? —preguntó y miró de reojo a su compañero que no dejaba de pelearse con el poco espacio.

Su lobo tenía que doblar el cuello para que su cabeza no golpeará el techo. No se veía del mejor humor, aun así, intentó calmarla sin mentirle.

—No lo sé, ángel. Es mejor que hable a solas con Asher antes de llegar y presentarte como una cazadora frente a todos. —Libby asintió con un nudo en la garganta.

—¿Qué les diremos entonces? Podemos decirle que solo soy una humana —tartamudeó—. Que me conociste cuando no tenías memoria y acabaste viviendo con los humanos.

—Los lycan huelen la mentira y los alfas más aún. No, mentir no es la solución. Diremos que eres una humana, eso es una realidad, después hablaré con él a solas para explicarle todo. Asher sabrá de qué forma enfrentar a la manada. No rechazará a mi compañera, no cuando sabe lo que es sentir el rechazo de su gente hacia su Luna.

Libby lo escuchaba hablar y sus palabras parecían más destinadas a creérselas él mismo que a convencerla a ella.

—Está bien —susurró y apretó las manos en el volante—. Tal vez las ofrendas que le llevamos a la bruja la pongan tan feliz que pueda interceder con su compañero. Mi madre siempre decía: «Dos tetas tiran más que dos carretas». Las mías se ven que no tienen mucho poder de convencimiento —bromeó, pero su compañero, a pesar de su postura incómoda, no

perdió un segundo en repasar toda su anatomía con una mirada ardiente.

—Por las tuyas me enfrentaría a todo tu clan de cazadores en solitario. —Libby sintió su corazón acelerarse. Era cierto que por protegerla no dudó en enfrentarse a toda su gente y ella no había hecho más que desconfiar de sus sentimientos—. Por ti me enfrentaría hasta a mis peores miedos y, si eso incluye enfrentar a mi alfa o darle la espalda a mi manada si no te aceptan, lo haré.

—No quiero eso, de verdad, no me gustaría que perdieras a tu familia.

—Mi familia ahora eres tú, ángel, tú y los cachorros que tengamos. Mi manada siempre será importante, pero no más que mi compañera. Cualquier lycan puede entender eso.

—Cachorros —susurró y se sorprendió de lo mucho que le gustaría ser madre.

Quizá no en ese momento en el que vivían huyendo de la sentencia de muerte que pendía sobre ellos, pero si todo se solucionara, si pudieran encontrar un lugar donde establecerse, podría imaginar ese futuro junto a él.

—Sí, ángel, cachorros. ¿No te gustaría?

Libby asintió, conmovida y a la vez temerosa. Se podía permitir soñar un poco, aunque fuese lo que durara el trayecto que sería difícil en aquel coche, con tanto peso y sin cadenas para los neumáticos, bien podían llegar dos meses después.

Incluso podría permitirse conducir con lentitud para alargar el tiempo y soñar que podía tener un lugar en esa manada, por más que su corazón le dijera que no la aceptarían.

—Con todo lo que practicamos quizá suceda antes de lo que esperamos —murmuró para sí misma y Alaric la miró con intensidad.

—No me recuerdes lo bien que se sienten las prácticas o no llegaremos, al menos no hoy.

Libby iba a decirle que si ya había tardado casi tres meses en regresar, bien podía tardarse unos días más, pero en cuanto llegaron a la entrada del bosque y a una de las carreteras sin asfaltar, algo extraño sucedió.

Apenas perdieron de vista la ciudad, el coche se detuvo sin explicación.

—¡Santa mierda! —se quejó Libby y golpeó el volante—. Sabía que esta carcacha no soportaría el camino, pero no esperaba que se detuviera tan pronto.

De repente, una extraña sensación la invadió. Asustada, miró a su compañero y pudo notar que él estaba igual de desconcertado. Su expresión se endureció y agarró la manilla para abrir la puerta, pero no cedió.

—Salgamos de aquí —ordenó con rapidez y demasiada brusquedad, pero ella no lo tomó en cuenta porque estaba igual de asustada.

Algo extraño ocurría a su alrededor, el aire se volvió más denso y se les dificultaba respirar. El coche comenzó a temblar como si estuviera cargado de energía y sintió el vello de su cuerpo erizarse. Una corriente, como la de una descarga, recorrió su cuerpo hasta tensarla de tal forma que era incapaz de mover un solo músculo.

Alaric se encontraba igual.

Quiso hablar, moverse o ponerse a gritar, cualquier cosa para no sentirse presa de su propio cuerpo, pero una luz cegadora envolvió el vehículo y los obligó a cerrar los ojos. Libby sintió como si su cuerpo se desintegrara en un millón de partículas. Perdió toda sensación de peso y solidez. Era como si flotara en un vacío infinito, sin poder distinguir arriba de abajo, sin poder respirar.

Era una sensación de vértigo abrumadora. Su estómago se revolvió y, si hubiera tenido control sobre sí misma, estaba segura de que la orden de su cerebro habría sido vomitar. Intentó aferrarse al volante, pero sus manos lo atravesaban como si se hubiera vuelto incorpóreo.

El tiempo pareció detenerse y, al mismo tiempo, transcurrir en un parpadeo. Colores y formas indescriptibles danzaron frente a sus ojos cerrados y crearon patrones hipnóticos desconcertantes que acrecentaron el malestar. Un zumbido ensordecedor llenó sus oídos, como si estuvieran inmersos en un enjambre de abejas.

Y, con la misma rapidez con la que había comenzado, todo terminó. La luz se desvaneció y la sensación de solidez regresó a sus cuerpos. Libby y Alaric abrieron los ojos y jadearon en busca de aire a la vez que trataban de orientarse.

—¿Qué cojones?! —graznó y recordó la forma en que su padre siempre la regañaba por maldecir peor que los hombres.

«Tienes que comportarte como una señorita, tienes que ser más femenina, no crie a un asno para que te comportes como tal», ¿por qué siquiera pensaba en eso? Quizá porque era más fácil centrarse en lo conocido para no vomitar, en lugar de preguntarse si estaba muerta.

Ambos abrieron las puertas en cuanto tuvieron el control de sus cuerpos y cayeron rodando al exterior.

Para su asombro, ya no se encontraban en la carretera. El coche estaba detenido en un claro, rodeado de árboles altos y frondosos. El silencio del bosque los envolvía, solo interrumpido por el suave murmullo de las hojas mecidas por el viento.

Libby gateó alrededor de coche sin atreverse a ponerse en pie porque no estaba segura de que sus músculos respondieran. Cuando alcanzó a ver a Alaric, lo encontró sentado en el suelo, con los ojos abiertos como platos y una expresión de asombro.

—¿Qué... qué acaba de pasar? —preguntó con la voz temblorosa.

Su compañero despertó del trance y dirigió su mirada hacia ella, pero aún se veía conmocionado.

—¡Maldita sea si lo sé! Sabía que no podía fiarme de esos dragones mecánicos y menos del dragón de esa vieja loca. Ángel, ¿puedes creer que ahí, aunque ahora no la veas, está nuestra manada? Hemos aparecido aquí como si nada.

Ese «nuestra» le erizó el vello y le provocó un escalofrío más fuerte incluso que lo que acababa de ocurrir.

Deseaba con todo su ser que también pudiera ser su manada. Allí estaba la familia, los amigos, el pasado de su compañero y solo por ser el lugar que lo hizo ser quien era, ella amaba a esa gente sin conocerlos.

Quería tanto ser aceptada por ellos y que su pasado no interfiriera, que casi estuvo a punto de ponerse a llorar, pero soportó de forma estoica e intentó hablar con voz segura.

—¡Hum, ah! —un balbuceo ininteligible escapó de su garganta y carraspeó para aclarársela—. Creo que el dragón... El coche, estaba bajo un encantamiento. En uno de los grimorios que vi, Endora parecía estar escribiendo sobre la translocación.

—¿*Translo* qué?

—Translocación, la capacidad de teletransportarse —explicó y Alaric asintió con lentitud, como si comprendiera.

Era increíble como él aceptaba cualquier información que para el resto del mundo parecería inexplicable, pero cuando se trataba de tecnología, creía que era algo imposible.

La primera vez que vio en el cielo los dragones mecánicos voladores, estuvo a punto de convertirse en lobo en mitad de Hope. Le costó varias horas hacerle entender que la humanidad disponía de aviones para viajar.

Si su manada estaba igual de perdida que él en cuanto a los avances tecnológicos, su compañero tendría muchas aventuras que contarles.

—Debí imaginarlo, ¿sabías que esa vieja bruja apareció en la habitación del alfa una noche cuando Emma se estaba muriendo? Se ofreció a sanarla a cambio de una estancia en la manada y...

—¿Y? —preguntó con curiosidad y por ganar tiempo, se había acabado eso de alargar el viaje y comenzaba a estar muy nerviosa.

La manada estaba frente a ellos. La hora había llegado.

—Y se atrevió a pedir mis servicios sexuales —farfulló.

Libby estuvo a punto de soltar una carcajada al ver la cara de aprehensión de su compañero, pero decidió compadecerse. Alaric se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Sabes, no la culpo. Yo tuve la tentación de cobrarte mis servicios médicos de la misma forma.

Sin poder evitarlo, y después de tanta tensión, metió la mano bajo la camiseta demasiado estrecha de su compañero y le acarició el abdomen. Lo sintió tensarse bajo su tacto y, al mirarlo a su hermoso rostro, vio los ojos de su lobo.

—Ángel, eres demasiado tentadora. No veo la hora de tenerte en mi casa y en mi cama, pero para eso debemos de entrar a la manada y afrontar lo que haya ocurrido en este tiempo.

Siendo así, debían darse prisa. De pronto, le urgía conocer su cama.

—Agarraré mi espada, si ese ser está ahí no pienso dejarte solo.

—Quizá sea mejor que esperes aquí, si no hay peligro saldré a buscarte.

Libby negó con la cabeza y se dirigió al coche, se colgó la funda de la espada al hombro y colocó ambas manos en jarra en cuanto volvió a su lado.

—Ni en tus sueños, grandullón. No soy una damisela en apuros y yo también tengo cuentas pendientes con ese desgraciado por lo que te hizo. Primero le daré las gracias por llevarte hasta a mí y después, lo atravesaré con mi espada y le haré comer sus propios intestinos.

—Pensé que aborrecías la violencia —murmuró con una ceja arqueada y un cierto tono burlón.

—Y la aborrezco, pero no dudo en usarla en casos justificados. Vamos, mi grandullón, cuanto antes nos lo carguemos antes nos vamos a la cama.

Su lobo la agarró de la mano sin borrar esa sonrisa que escondía promesas sexuales muy agradables y entrelazó los dedos con los de ella. La guio hacia la entrada de la manada y, para su asombro, llevó uno de sus brazos al frente y la mitad de él desapareció.

—La barrera de protección que Emma le puso a la manada continúa en pie, eso debe ser un buen augurio. De todas formas, no te separes de mí en ningún momento, sin importar lo que te digan y, si ves a un lycan con cierto parecido a Emma y con el cabello plateado, no te acerques a él por nada del mundo.

—Entendido, a ese es el que tengo que atravesar.

—Ángel —gruñó.

—Que sí, seré obediente, me quedaré a tu lado y no descuartizaré a nadie.

—Esa es mi chica. —Le dio un rápido beso en los labios que le supo a poco y tiró de ella.

Lo siguiente que ocurrió también la tomó por sorpresa.

Su compañero desapareció tras la barrera, pero ella, cuando intentó cruzarla, fue expulsada por una fuerza sobrenatural que la empujó en el aire y la hizo rodar en el suelo.

—Jod... —No pudo terminar porque la necesidad de recuperar aire fue más importante que mascullar todas las groserías de su repertorio.

—¡Libby! —gritó su compañero y apareció de nuevo tras la barrera—. ¡¿Qué ocurrió?! ¿La magia te rechazó?

—¿Tú crees? —murmuró con sarcasmo y se puso de nuevo en pie con ayuda de Alaric—. Si no me lo llegas a decir, el que me haya hecho volar varios metros no me habría dado una pista. ¡Ni siquiera tuve oportunidad de ganarme el favor de tu gente! Me rechazaron antes de siquiera verme y poder engatusarlos con mi encanto.

—No pienses eso, ángel. Debe ser porque la magia no te reconoce y te detecta como intruso —le explicó—. Entraré y hablaré con Emma para que te permita entrar. Ella más que nadie te dará su apoyo.

Libby, terca como era, no pensaba dejarse vencer por esa barrera y menos quedarse allí fuera sin saber si algo malo podía ocurrir mientras no podía hacer nada.

Sin detenerse a meditarlo, intentó cruzarla de nuevo con los mismos resultados. Antes de que Alaric pudiera detenerla, sacó todo el estrés discutiendo y golpeando una barrera que no sufría sus golpes, pero ella sí sufría sus descargas.

—¡Detente! —Su compañero tuvo que abrazarla por la espalda e inmovilizarla con sus brazos—. Solo te harás daño, pero con la cantidad de alarmas que acabas de enviar a la manada, dudo mucho que tarden en salir para ver quién intenta acceder. Tranquila, ángel, no voy a dejarte sola.

En medio de su conversación, un enorme lobo negro de ojos dorados apareció a través de la barrera en postura amenazadora. Tras él, varios licántropos fueron apareciendo con la misma actitud.

Por el tamaño, dedujo que el primero era el alfa de la manada, ese tal Asher.

Aunque si no fuera reconocible por lo enorme que era, la expresión de felicidad de su compañero le habría dado toda la información. La soltó y cambió la posición para cubrirla con su cuerpo.

Que la protegiera hasta de su propia gente la hizo amarlo más. Si ese lobo continuaba así, un día su corazón no resistiría tanto amor.

Libby no pudo evitar observar el reencuentro. Fue tan emocionante cuando el alfa se detuvo, miró a Alaric con un expresión anonadada que incluso en su forma lobuna era visible y perdió toda el aura de amenaza.

En unos segundos, el alfa pasó de ser un lobo a un enorme hombre, de cabello oscuro, lo llevaba un poco más largo que el de su compañero y tenía un cuerpo demasiado impresionante. ¡Vaya, esa Emma comía muy bien! Estaba desnudo, no pudo evitar fijarse. Habría que estar ciega para no ver semejante portento. Era como un dios vikingo en toda su gloria, enorme, enorme por todas partes.

Alaric también era enorme, ella no tenía queja alguna y por más atractivo que fuese ese licántropo, no le provocaba ni cosquillas y menos ganas de conocer su cama. Aun así, no pudo evitar dar voz a sus pensamientos.

—Al parecer la diosa los esculpe grandes. —Alaric gruñó en respuesta y su gran y bien formada espalda le ocultó la visión—. Quise decir interesantes, una manada muy interesante —se corrigió.

El alfa no pareció inmutarse por sus palabras, tampoco le prestó atención porque se encontraba estático sin poder apartar la mirada de su lobo.

Y no solo él, todos los lycan que lo acompañaban siguieron los mismos pasos de su alfa y perdieron su forma de lobo para quedarse también como la diosa los trajo al mundo.

Bendita diosa.

Libby ya no sabía si cubrirse los ojos con las manos o pedir una ceguera momentánea para dejar de presencia aquel despliegue de testosterona y masculinidad.

Todos miraban a su compañero como si estuvieran presenciando un milagro o algún evento

paranormal. Nadie parecía capaz de hablar y el silencio no se rompió hasta que el alfa, alias dios vikingo, logró balbucear:

—¿Alaric? ¿De verdad eres tú?

Capítulo 21



Alaric quería abrazar a su mejor amigo, pero ninguno de los dos eran capaces de moverse. Sentía las miradas clavadas en él, como si verlo allí, fuese algún tipo de milagro de la diosa.

—Hasta hace unas horas no recordaba ser yo —dijo al fin—. Endora me trajo hasta aquí. Esa bruja hasta muerta es entrometida, pero no se lo digas a tu Luna, ya se lo diré yo cuando le muestre lo que le he traído. Quiero que sea una sorpresa.

Quería abrazar a su amigo, pero ya lo haría en privado porque no quería ponerse sentimental frente a tanta gente. Era el beta de esa manada y tenía que mantener su reputación de hombre duro e imperturbable.

Asher parpadeó, como si el nombre de la bruja lo sacara de la alucinación en la que estaba y dio un paso hacia él.

—¡Maldita sea, Alaric! ¿Eres tú?! —gritó y se vio cercado por el enorme hombre—. Creí que te había perdido.

El abrazo fue tan fuerte que, por unos segundos, le cortó la respiración. Le devolvió el gesto con la misma intensidad. Un sollozo escapó de su amigo y, antes de ver al alfa quedar en evidencia ante los guardias, Alaric dio una orden por el enlace mental y les pidió que se retiraran.

Tras hacerlo, dudó que lo obedecieran, llevaba unos meses fuera y su manada lo creía muerto. Pese a eso, los guardias retrocedieron y se alejaron en dirección a la manada. Continuaba siendo el beta y recibiendo el mismo respeto que antes.

—¿Creías que te ibas a librar tan fácil de mí? —bromeó al ver que su amigo seguía aferrado a su cuerpo y no lo soltaba. Continuó hablando porque no estaba acostumbrado a esa invasión de espacio personal y hablar lo hacía menos extraño—. ¿La manada sigue en pie o ya la destruiste sin mis consejos?

Le dio palmaditas en la espalda, pero su amigo no parecía captar la indirecta. Permanecía envolviéndole con sus brazos y no solo eso, estaba desnudo. Las muestras de cariño no era algo que llevara muy bien y menos de otro macho con poca ropa.

Carraspeó, incómodo.

—Yo también me alegro de verte —masculló para que solo el alfa lo escuchara—, pero no vas a seducirme, deja de rozarme esa cosa. ¡Por la diosa, qué asco!

—Hum —un sonido estrangulado fue lo único que escapó de su amigo.

Asher estaba llorando y sus hombros se movían como si no pudiera contenerlo. Esperaba que se emocionara, él también lo estaba al verlo sano y salvo, pero aquella reacción era desmesurada.

No parecía propia de él.

Alaric intentó hacerse el fuerte y miró a su compañera.

—Es un poco dramático —murmuró—. Ya, ya, me estás asustando. La única vez que te he visto llorar fue cuando Emma se estaba muriendo. Si llego a saber que te afectaba tanto mi casi muerte habría lanzado a Ethan por el barranco en lugar de dejar que me tirara a mí. ¡Ethan! —gritó cuando recordó lo ocurrido. Empujó al alfa para que lo soltara, pero en lugar de conseguir su objetivo, su amigo aprovechó su fuerza para no moverse—. ¡Asher, maldita sea! Escúchame, ¿dónde está ese desgraciado? Agarraré a ese prospecto de alfa inútil y le sacaré a Astron a la

fuerza. ¡Todos están en peligro!

—Emma ya se ocupó de eso y, aunque te cueste creerlo, Ethan no es tan inútil, ayudó a acabar con ese ser —explicó con la voz enronquecida y volvió a sollozar—. Estás vivo, no me lo puedo creer. Extrañaba tanto escuchar tus insultos hacia mi cuñado. —El alfa intentó tomar una bocanada de aire y respiró de forma entrecortada. Eso puso fin al momento incomodo y se separó lo suficiente para no sentir que le estaba moqueando encima. Su amigo lo miró con los ojos enrojecidos y las lágrimas mojaban gran parte de sus mejillas—. Puedes estar tranquilo porque no permití que te olvidara, continué insultándolo en tu lugar. Mientras Ethan estuvo aquí no hubo un solo día en que no le recordara lo insoportable que es.

No es que Alaric se quejara de que en su ausencia hubiera mantenido las buenas costumbres. Poner en su lugar a ese alfa endemoniado debería ser un deporte que se practicara a diario, pero su amigo parecía poseído por un dramatismo que no era normal.

—Ethan no tiene la culpa de haber nacido estúpido y de dejar que Astron lo atrapara. Ahora deja de llorar y explícame bien, ¿Emma no está en peligro?

—Emma no está en peligro —se escuchó la voz de la aludida. La bruja cruzó la barrera y lo abrazó con cariño. Aquel abrazo fue mucho más agradable, ella llevaba ropa y Alaric no sintió nada, fue como tener el reencuentro con una hermana—. Debería darles vergüenza insultar así a mi mellizo cuando no está presente para ponerlos en su lugar —los regañó, pero la sonrisa no se le borraba del rostro—. Bienvenido a casa, amigo mío, has hecho mucha falta aquí, pero sé que tenías que tomarte tu tiempo para encontrar el camino de vuelta. Por cierto, ¿no nos presentas?

Su Luna observó a Libby con curiosidad.

Alaric tomó la mano de su compañera que estaba viéndolo todo en silencio. Pudo notar la tensión que invadió su cuerpo en cuanto vio aparecer a Emma, pero más que celos, lo que sentía en ella era el miedo al rechazo.

Emma miraba a Libby con una sonrisa y él no pudo hacer otra cosa que rodearle la cintura y mostrarles con orgullo la mujer que estaba a su lado.

Desde que la bruja entró en escena, había algo en el aire que era incapaz de explicar. Era como si la paz pudiera respirarse. Su compañera perdió toda la tensión de su cuerpo y recostó la cabeza en su torso con un suspiro. Incluso Asher, parecía más calmado.

De su Luna emanaba un aura demasiado poderosa. No era oscura, pero era incluso más fuerte que la de Endora.

Todo apuntaba que, en tan poco tiempo, Emma había madurado y no representara la edad que tenía.

—Ella es Libby, mi compañera. Es humana, aunque ya lo habrán notado, si estoy vivo es gracias a su valentía. Me salvó la vida —aclaró, porque, en cuanto dejara caer la noticia de dónde la había conocido, quería que su heroísmo al cuidar de él incluso exponiendo su integridad física, pesara mucho más que su procedencia.

Sin ver venir el movimiento, Asher le arrancó a Libby de entre los brazos y, tal como había hecho con él, la apretó contra su cuerpo y comenzó a darle las gracias sin parar.

Un gruñido posesivo se quedó atorado en su garganta, pero por más que su lobo le pedía recuperar a su compañera y frotarse contra ella para impregnarla de su olor, no quería provocar un altercado por sus celos.

¡Maldito alfa estaba desnudo y restregándose con su compañera!

—Luna —siseó—, ¿podrías decirle a tu compañero que se calme de una vez y recuerde que está desnudo y tocando a mi mujer?

Libby lo miraba con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Su miraba imploraba por ayuda. No

pudo contenerse más y se metió en medio del abrazo.

—L-lo siento —balbuceó el alfa—. No sé qué me pasa. Desde que encontré a Emma llorando esta mañana porque extrañaba a Ethan, no he dejado de sentirme... ¿Cómo era esa palabra que dijiste, pequeña? Ah, sí, hormonal.

Alaric se fijó en que Emma no estaba sorprendida por la presencia de su compañera, ni por verlo a él con vida. Tampoco parecía ver extraño el comportamiento de su compañero. Quería preguntarle muchas cosas, pero no podía dejar de mirar a su amigo llorando.

—¿Eso es un efecto secundario de la unión? —no pudo evitar preguntar porque no quería acabar así.

La carcajada de Emma resonó en el claro silenciándolos a todos.

—Es el efecto secundario de decirle a su compañera que la falta de mi mellizo no es un motivo de llanto, sino de celebración. Debería aprender que, hacer enfadar a su compañera bruja cuando el embarazo la tiene más visceral que de costumbre, no es buena idea. Pensé que debía ser más empático, así que le hice sentir lo que es estar en mi lugar, con las hormonas revolucionadas y con ganas de llorar todo el tiempo. —Emma chasqueó los dedos y el alfa dio un paso atrás, avergonzado.

Asher miró a todos y se limpió las lágrimas, carraspeó y, como si nada hubiera ocurrido, se acercó a él y le dio unas palmaditas en el hombro.

Unas palmaditas fuertes y muy masculinas. Nada que ver con el llanto desgarrado.

—Me alegro de tenerte de vuelta, hermano. —Miró de reojo a Libby y después a él—. Espero que esto no salga de aquí, ya ajustaré cuentas con mi compañera. Por lo que veo la tuya es humana —susurró y Alaric asintió—. No huele a bruja, gracias a la diosa, no sé si esta manada podría resistir otra más.

—¡Te estoy escuchando! Estoy embarazada, no sorda.

—Pequeña —gruñó el alfa—. Tú y yo vamos a poner reglas en cuanto a la magia. Hablaremos cuándo estemos a solas —se quejó, pero por más que apretaba la mandíbula, Asher acabaría por desahogar su frustración de cualquier forma, pero nunca con su compañera.

La barriga de Emma era tan grande que parecía que esos cachorros podrían salir en cualquier momento.

El embarazo de los licántropos duraba cinco meses, así que no debía faltarle mucho.

—Estás enorme —dijo sin poder evitarlo y Libby le dio un pellizco.

—No está enorme, ¿cómo se te ocurre decir algo así? —murmuró su compañera.

Una descarga cayó a sus pies y solo sus reflejos que siempre estaban alertas, lo hizo dar un salto hacia atrás y esquivarlo.

—La próxima vez no fallaré, beta. Me gustaría verte a ti llevando este enorme bulto en el vientre. No me des ideas porque estos cachorros me tienen muy irascible. Quizá deba embarazarlos a ambos para que sepan lo que se siente.

—Pequeña —intervino el alfa—. Alaric regresó de entre los muertos, antes de que decidas hacerle sentir algo así, será mejor que entremos y le demos la buena noticia a la manada.

Como si momentos antes no pareciera una bruja a punto de sacar todo su poder y acabar con ellos, esbozó una enorme sonrisa y agarró del brazo a su compañera.

—Mejor dejemos a este par de orangutanes. Vamos, Libby, te enseñaré tu nuevo hogar. —Su compañera lo miró, confusa y casi estuvo a punto de detener a Emma porque todavía no estaba muy seguro de dejarla sola. Si alguien descubría que era una cazadora quería estar a su lado para protegerla, pero la bruja, como si le leyera el pensamiento, lo miró y dijo—: Tranquilo, estará a salvo. Asher y tú necesitan un tiempo a solas, tienen muchas cosas que contarse.



Tras burlarse de su amigo varias veces y que Asher le gruñera cada vez que le recordaba la bienvenida tan emocional que le había dado, acompañó al alfa hasta su casa.

En el camino, los detuvieron una y otra vez. Ya todos sabían de su regreso de entre los muertos y se acercaban a él para darle abrazos efusivos o le decían lo feliz que estaban de que estuviera con vida.

Emma y Libby se mantenían a la vista, ambas parecían estar hablando y su compañera se reía de algo que la bruja le contaba. No podía apartar la vista de ella, su gente le dio la bienvenida con la misma efusividad en cuanto su Luna comenzó a correr la voz de que el beta había regresado gracias a la mujer humana.

Podía sentir en el vínculo que todos los nervios que antes la habían acompañado, mutaron a un sentimiento de felicidad.

—Tu compañera aprendió a controlar las emociones de los demás, ¿cierto? —Después de ver lo que había hecho con Asher, no le quedaban dudas, pero quería asegurarse porque comenzaba a darse cuenta de que, los sentimientos que emanaba Libby, no eran del todo reales.

Emma la estaba manipulando.

Agradecía que le hiciera ese momento más fácil, él quería estar a su lado y la preocupación no lo abandonaba, pero si se mostraba demasiado sobreprotector, el alfa comenzaría a sospechar que ocultaba algo.

—Aprendió demasiadas cosas y el embarazo la tiene muy graciosa —gruñó aludiendo a la situación que encontró cuando llegó a la manada—. Desde que se enfrentó a Astron su magia aumentó de un día para otro. Al parecer todos las mujeres de su linaje le entregaron su poder para que pudiera derrotarlo, pero eso no desapareció después de que lo consiguiera. No es que me queje, sabes que cuando la maldición cayó no estábamos en ventaja con el resto de manadas y agradezco que ese poder tan fuerte esté en manos de mi compañera. Nuestra gente se siente segura, adoran a su Luna y no hay uno solo de ellos que no daría la vida por ella, pero Emma sabe que no me gusta que use la magia conmigo. Espero que puedas olvidar ese bochornoso momento.

—Te lo recordaré por el resto de tu vida. —Esquivó el puñetazo de Asher y comenzó a carcajearse—. Me alegro de haber regresado, ya extrañaba esto.

Cuando por fin la curiosidad de la manada quedó saciada y el alfa y él lograron quedarse a solas, su amigo intentó que le contara qué le había ocurrido y por qué tardó tanto en regresar, pero Alaric no estaba preparado para contarle.

Sabía que tenía que hacerlo, pero quería que, cuando ocurriera, Libby estuviera a su lado. Confiaba en su amigo, él mejor que nadie podía entender lo que era tener una compañera a la que su gente le costaría aceptar, pero con la seguridad de la mujer que amaba no pensaba arriesgarse.

Si Asher se dio cuenta de su reticencia, no lo mostró porque estaba demasiado emocionado poniéndolo al día con todo lo que ocurrió en su ausencia.

Su amigo le contó que Emma había insistido mucho en la importancia de las alianzas, algo que él mismo dijo antes de embarcarse en la misión de rescatar a Tala.

Al parecer, la Luna de la manada no era ociosa y el alfa hablaba de todo lo que su compañera había logrado en tan poco tiempo. Junto con la manada de Ethan, ahora eran aliados de varias manadas importantes.

No sabía cómo Emma logró que los licántropos renunciaran a su reticencia para los brujos, pero sin duda, Asher estaba muy orgulloso de ella. Aunque se hacía una pequeña idea, los lobos eran estratégicos y sabían que era mucho mejor unir fuerzas con alguien poderoso que ponerse

en su contra.

Enterarse de que habían liberado a Ethan de Astron y también a la manada Valley of Shadows fue una gran alegría. Esa gente no merecía todo lo que sufrieron a manos de ese ser sin escrúpulos.

Al parecer, ellos habían aprovechado el tiempo mucho más que él, pero no se arrepentía de haber conocido a Libby ni de los dos meses que pasó en el mundo humano. Ahora sabía que existían otras formas de vivir y si la manada no respetaba a la mujer que la diosa destinó para él, se marcharía.

—No puedo creer que ahora Ethan tenga su propia manada y que Tala sea su Luna. Sé que lo hará bien, será un gran alfa, pero nunca reconoceré que yo dije algo así.

Asher asintió dándole la razón.

—¿No le guardas rencor por lo ocurrido? Si es así, habla con Emma, ella lo liberó de Astron y podrá explicarte que su hermano no podía hacer nada en contra de él. —Alaric negó con la cabeza—. Hubo momentos en que casi caí en la tentación de culparlo. Era la opción más fácil, tener a alguien en quien descargar toda la furia que me provocó creer que estabas muerto, pero comprendí que él era una víctima.

—El alfa reconociendo que no podía vivir sin su beta. —Asher frunció el ceño.

—Extraño tu malhumor, ¿sabes? Antes no eras tan gracioso.

Alaric comenzó a reírse a carcajadas y su amigo lo miró como si no lo reconociera. Era cierto, desde que Libby había entrado a su vida sonreía más y tenía unos planes de futuro que no solo se limitaban a servir al alfa.

Para no seguir por ese camino y evitar que Asher comenzara a hacerle preguntas sobre su compañera, desvió el tema.

—No le guardo rencor a Ethan. Sabía que no era mi amigo el que me atacaba, comencé a notar algo extraño desde que escapamos de la manada, pero no me atreví a decir nada porque solo eran conjeturas. Cuando nos enfrentamos, sabía que era Astron quien lo hacía, intenté que Ethan luchara en contra del monstruo porque no quería hacerle daño y eso no jugó a mi favor.

—Lo sé, Emma me mostró lo ocurrido. Tuvo una visión. Estuvimos en el lugar en el que ocurrió, después de ver la altura de aquel precipicio todos asumimos que era imposible que sobrevivieras a algo así. Siento haberme rendido y no buscarte. No me lo voy a perdonar nunca, si hay alguna forma de resarcirte, solo pídemelo.

Alaric tampoco le guardaba rencor al alfa, tomaron las decisiones más lógicas. Si hubiera estado junto a ellos, habría llegado a la misma conclusión. Entrar al territorio de cazadores para buscar a alguien que lo más probable estuviera muerto provocaría una guerra.

El alfa debía mirar por su manada y seguridad, hacer otra cosa habría significado poner en la mira a toda su gente.

—Lo importante es que todo salió bien. Estoy vivo y logré regresar a la manada. ¿Por qué no vamos a buscar a nuestras mujeres? No me quedo tranquilo dejando a Libby tanto tiempo sola.

Se puso en pie y quiso huir porque apenas mencionó que logró recuperarse y regresar, pudo notar el cambio en Asher. La hora de las preguntas había llegado y su amigo no iba a permitir que continuara cambiando de tema.

Por algo era el alfa.

Sentía que todo el tiempo estuvo jugando con él, ayudándolo a sentirse cómodo, hablándole de todo para después darle la estocada final.

Asher lo agarró del brazo y con toda su fuerza lo obligó a sentarse.

—No tan rápido, beta —que mencionara su rango fue suficiente para hacerle entender que

debía recordar su lealtad a la manada y al alfa—. Ahora me dirás por qué cada vez que intento saber qué ocurrió contigo el tufo a mentira me ahoga.

Intentó levantarse de nuevo, pero un gruñido de advertencia lo detuvo.

Maldito fuera el alfa y sus feromonas que lo obligaban a obedecer.

Alaric se frotó el rostro con las manos y lo miró con desesperación.

—Hablaré, te contaré todo, pero quiero que mi compañera esté aquí cuando lo haga, o de preferencia metida en ese dragón mecánico de Endora.

—¿Dragón mecánico? —Con aquella pregunta vio la ocasión perfecta de cambiar el tema de nuevo, pero Asher no se lo permitió—. ¡Ni se te ocurra! Ya habrá tiempo para que me cuentes qué tiene que ver la vieja bruja con tu regreso y eso de los dragones mecánicos.

—Y voladores, tendrías ver que no solo los hay terrestres... —Una sola mirada del alfa lo silenció—. Está bien, pero antes de decírtelo debes hacerme una promesa.

—No puedo empeñar mi palabra antes de saber todo —pronunció el alfa.

En aquel momento, frente a él no tenía a su amigo, el que lo miraba era el líder de la manada. El mismo que haría cualquier cosa por defender a su gente y Alaric, después de todo lo sucedido, ya no sabía a dónde pertenecía.

Una vez que le contara que metió al enemigo en sus tierras quizá la lealtad hacia la amistad que tenían no sería tan fuerte.

Por lo que le había contado, Emma también permitió que Ethan entrara en la manada aun cuando sabía la verdad, pero ella era su compañera. No había nada que el alfa no le perdonara a su Luna.

—Tendrás que empeñar tu palabra porque me lo debes, porque me diste por muerto y me abandonaste. Si quieres lavar tu conciencia lo único que te pido es que me prometas que una vez que te cuente la verdad, mi compañera estará a salvo. Ella podrá abandonar la manada sin ninguna represalia y nadie la buscará, nunca.

Alaric no quiso hacerlo sentir culpable, pero era lo único que tenía.

—Eso fue un golpe bajo —masculló con la mandíbula apretada y él se encogió de hombros.

—Si quieres saber la verdad, la condición que pido es esa, mi compañera podrá marcharse sin represalias y yo afrontaré el castigo.

El alfa empuñó las manos y asintió con la cabeza.

—Te doy mi palabra.

Por varios minutos, buscó en su mente la forma correcta de comenzar a contarle, pero no encontraba el modo de suavizar la información. Hasta que el alfa perdió la paciencia y usó de nuevo su poder de coacción para obligarlo a hablar.

No pudo resistirse y cantó como un pajarillo en las mañanas.

—Está bien, ¡está bien! —ladró, molesto por la presión a la que lo sometía—. Libby me encontró porque caí cerca de su casa, en la tierra de los cazadores y ella estaba ahí porque era una cazadora y no solo eso, también es la hija del líder y su sucesora.

Capítulo 22



Alaric contó hasta tres antes de que el alfa procesara sus palabras y estallara. Todo comenzó con un tic nervioso en el ojo, los labios se convirtieron en una fina línea que le daba un aspecto cruel y los ojos dorados de su lobo brillaron con furia.

Chasqueó la lengua y se levantó del asiento dispuesto a defenderse.

Libby no era peligrosa para la manada, su compañera tenía un corazón bueno y si Asher no lo veía, no le importaba. Si sus acciones al traerla provocaran un daño a su gente, ni siquiera pensaría en defenderse, pero no era así.

La silla donde estaba sentado el alfa se cayó al suelo cuando se levantó con un movimiento brusco.

—¿Trajiste a una maldita cazadora a mi manada y la dejaste con mi compañera?! —gritó fuera de sí e intentó salir de la habitación, pero Alaric lo detuvo—. ¡Quítate de mi camino! Si esa mujer le hizo algo a mi Luna te juro que si Astron no te mató lo haré yo.

—¿Maldita cazadora?! ¡Es mi compañera de la que hablas! —Lo empujó con toda la rabia que sentía y Asher se desestabilizó, pero consiguió sobreponerse con rapidez—. A tu Luna no le ocurrirá nada junto a Libby, ¿es una humana recuerdas?

—¡Es una cazadora! No quiero golpearla, pero quítate de mi camino. Compañera tuya o no, esa mujer es un peligro. Por tu estupidez al traerla aquí ahora tengo que romper mi palabra, olvídate de que la deje ir.

—Claro que la dejarás ir y yo me iré con ella. No estoy dispuesto a seguir jurando mi lealtad a un alfa obtuso que es incapaz de escuchar lo que tengo que decir o conocerla un poco antes de juzgarla. —Asher gruñó con rabia, pero sus palabras parecieron detenerlo.

Sabía que no sería por mucho tiempo. Si aún no intentó quitárselo del camino era porque una parte de él, la que no estaba obsesionada con el bienestar de su Luna, sabía que Libby no era contrincante para Emma.

—No tengo nada que conocer, es una cazadora y si tú no estuvieras bajo algún hechizo que esa mujer te haya puesto pensarías como yo. La decisión está tomada, ya entrarás en razón.

¿Hechizo? ¿Acaso se olvidaba de que la bruja era su compañera y no Libby?

Asher dio una orden por el enlace mental a los guardias, lo sabía, por más que lo hubiera dejado fuera a él, conocía al alfa más que a sí mismo.

—¿Qué acabas de hacer?! —rugió y su ropa comenzó a desgarrarse al engrosarse los músculos para la transformación.

Estaba a punto de retarlo.

Puede que Alaric no hubiera nacido con las características de un alfa, pero lucharía a muerte si era necesario para proteger a Libby.

Su compañera tenía miedo, ella no quería venir, sabía que la rechazarían y, aun así, por él se arriesgó. Confió en que le darían una oportunidad porque él le dijo que así sería, pero al parecer, Asher ya había olvidado que también su compañera fue rechazada por la manada.

—No te metas porque en este asunto no eres imparcial, aunque, si tanto lo quieres saber, hice lo que debía. Mandar a los guardias a arrestar a esa mujer y llevarla a las celdas.

—¡Esa mujer es mi compañera! —gritó y se transformó en lobo.

Alaric se abalanzó sobre Asher y se olvidó de que era su alfa y que le debía lealtad. No era la primera vez que acababan a golpes, pero aquella ocasión era diferente.

El alfa, que no esperó el ataque, cayó al suelo bajo sus zarpas, pero su ventaja solo duró unos segundos. Aprovechó un momento de duda para empujarlo y convertirse.

«Te atreves a atacar a tu alfa por una cazadora, beta», le dijo a través del enlace mental y mostró sus fauces abiertas en señal de amenaza.

«No es una cazadora, es mi compañera y por ella haría arder la manada entera contigo dentro, alfa».

Alaric volvió a embestir antes de esperar una contestación, si su amigo no era capaz de calmarse y entrar en razón para que le pudiera hacer entender que Libby no era una amenaza, solo su astucia lo haría vencer.

Un beta era muy superior al resto de los licántropos, pero no llegaban a tener la fuerza o el tamaño de un alfa. Con un lobo como Ethan, que su transformación era reciente, sería un combate igualado porque Alaric era un lobo más antiguo, pero con Asher, ambos tenían casi la misma edad.

El impacto entre los dos lycan fue tan brutal, que atravesaron una mesa robusta y la redujeron a fragmentos astillados. Asher contraatacó con un mordisco y hundió sus colmillos en su lomo.

El dolor solo avivó la furia que sentía por la forma en que había hablado de su compañera. Se liberó con un giro y lanzó a Asher contra una estantería. Libros y objetos se precipitaron al suelo.

Tampoco sería la primera vez que destrozaban alguna habitación de la casa, pero esa sería la definitiva. Si el alfa no respetaba a la mujer que la diosa le dio, la manada para él estaba muerta.

Su contrincante se levantó de un salto y sus ojos dorados ardieron con una rabia visceral.

—¡Última oportunidad, Alaric! Entra en razón de una vez, estás confundido y te lo demostraré. Esa mujer no es tu compañera, la diosa nunca haría que un lycan se uniera a una cazadora, es antinatural.

—¡¿Ah, sí?! ¿Y cómo piensas demostrármelo? Eres imbécil, lo antinatural es la basura que tienes en la cabeza.

El alfa dio una nueva orden por el enlace mental a los guardias. En esa ocasión, sí le permitió escucharlo.

«Cambio en las órdenes, sacar a la cazadora de las celdas. Informarla de que si quiere conservar la vida debe marcharse de la manada y su supuesto compañero pagará con la muerte».

Le sorprendió escucharlo e intentó que no se reflejara su sorpresa, pero lo aceptaba. Ese era el trato que había hecho antes de contarle la verdad. Si su compañera era libre, él se rendiría.

—Pídele a Emma que le borre la memoria —gruñó—. Si no me recuerda, cuando se rompa el vínculo con mi muerte ella no sufrirá tanto.

En esa ocasión, fue Asher el sorprendido. El alfa no hizo nada para ocultarlo.

—No haré eso.

—¡¿Por qué?! Es lo mínimo que merezco después de una vida de lealtad. Es mi compañera y yo cometí el error de creer que tú, como mi amigo y teniendo una Luna bruja, serías capaz de comprenderme.

—¡Deja de juzgar mis acciones! No permitiré que esa cazadora huya de la manada, se convertirá en presa tal como su gente hace con los lycan desprotegidos que se encuentran. Si esa mujer de verdad fuera tu compañera, si no te hubiera lavado el cerebro para hacerte creer que te ama, jamás se iría de la manada sin ti. Pero como no lo es, como lo único que quiere es espiar para su gente, correrá a la primera oportunidad.

Alaric no le permitió continuar hablando, no podía seguir perdiendo el tiempo con ese lobo, debía salir de allí para proteger a Libby.

El alfa, que vio sus intenciones de escapar, saltó sobre él.

La lucha continuó y en esa ocasión fue el sofá el que terminó partido en dos cuando el peso de ambos chocó contra el mueble. Alaric consiguió hacerle un desgarró en una de sus patas traseras. Se negó a soltarlo, en ese momento ya no veía a su amigo frente a él.

Una vez cometió el error de no luchar con todas sus fuerzas por proteger a Ethan, en esa ocasión la vida de su compañera estaba en riesgo y solo veía frente a él a un enemigo.

Asher contrató con un zarpazo que le dio de lleno en el pecho. No estaba destinado a matarlo, pero sí a dañarlo lo suficiente para que soltara la mordida que tenía sobre él. El dolor lo desestabilizó y el alfa cayó sobre su cuerpo, presionándole el cuello con las garras y sus colmillos se acercaron de forma peligrosa.

—Detente antes de que esto acabe en una tragedia. —Pudo ver el dolor en sus ojos mientras lo pronunciaba, no era una orden, era un ruego.

Por unos segundos, el lobo que lo miraba era el amigo con el que creció y al que le juró lealtad, pero ya no obedecería. Muriera o no ese día, la amistad para él ya estaba rota.

La puerta se abrió con un estruendo y por ella apareció Libby. Tras sus pasos se encontraba Emma que, apenas vio la escena, lanzó un bufido exasperado.

Libby, en cambio, desenvainó su espada y sin miedo, se colocó en posición defensiva retando a Asher.

«¡Ángel, aléjate!», rugió en su mente, pero ella negó con la cabeza. Debió imaginar que no se iría sin él. Era demasiado terca y valiente para huir.

—Imagino que mi compañero ya te contó que soy una cazadora, alfa —siseó sin bajar la espada—. Así que será mejor que sueltes a Alaric si no quieres que te atraviere con mi espada. Lo haré sin pensarlo un segundo.

El alfa no lo soltó, si lo hacía, si aminoraba la presión sobre su cuerpo un solo segundo, aprovecharía para alejar a Libby.

—¿Crees que puedes vencerme con esa espada, humana? —se jactó Asher—. Emma, sal de aquí, vete con los guardias y ponte a salvo, no tienes que ver esto.

La bruja, que debería estar alterada por lo que estaba ocurriendo, se veía demasiado tranquila y nada indicaba que haría algún movimiento mágico para atacarlos.

—Eso no será posible, amor, dejé a los guardias inconscientes. —El alfa gruñó al escuchar a su compañera y eso sí lo desestabilizó, pero no quitó la presión de su cuello.

—En lugar de echarla deberías escuchar a tu Luna —le increpó Libby—. Ella, sin conocerme, me ha protegido. Quieres echarme, está bien, no necesito a tu manada ni tu aprobación, pero me iré de aquí con mi compañero de una pieza.

—Tu compañero morirá hoy, ¿quieres seguir su misma suerte?

—¡Libby, márchate! —gritó, pero aparte de un leve temblor al escucharlo, no se movió de su posición—. Por favor, ángel —rogó.

—Si ese es nuestro destino, que así sea. —Hizo un movimiento con su espada y volvió a retarlo—. Lucha, alfa.

—Tiene agallas, debo reconocerlo —ronroneó Asher y miró a su compañera—. Muy bien, acabas de ganarte que escuche tu historia completa. Me retracto de mis palabras, quizá sí eres digna de mi mejor amigo.

El alfa se quitó de encima y Alaric se levantó con rapidez para colocarse frente a Libby, no pensaba bajar la guardia.

—¿Amigo? Tú y yo ya no somos nada —bramó y el alfa hizo una mueca de dolor.

—Me equivoqué, ¿de acuerdo? Pensé que te estaba usando para llegar a la manada. —Se transformó de nuevo en humano y las heridas de la lucha quedaron a la vista—. Cambia, se acabó la lucha. Vamos a hablarlo. Nuestra amistad es más fuerte que un desacuerdo.

Él no quería hablar nada, su compañera continuaba con la espada alzada y podía sentir su miedo. Estaba muy alterada y eso no pensaba perdonarlo, pero por el bien de ella sabía que debía tragarse el orgullo.

Volvió a su forma humana y le quitó la espada a Libby. Después la atrajo hacia su cuerpo para sentirla cerca. Por un momento, pensó que todo había acabado y que la podía perder.

No había sentido un miedo tan fuerte en su vida, ni cuando estuvo seguro de que iba a morir al caer por el barranco.

Ese día no temía por él, lo que le dio verdadero pavor fue pensar en lo que ella sufriría si no podía protegerla.

Un gemido de dolor seguido del sonido del líquido deslizándose hasta el suelo llamó la atención de todos. Era Emma.

—Ahora que mi querido compañero ya demostró su punto a pesar de que le dije mil veces que no lo hiciera, te aseguro, Alaric, que tu compañera nunca estuvo en peligro porque yo no pensaba permitirlo, ayyyy —jadeó y se llevó la mano al vientre.

—¡Pequeña! —Asher se olvidó de ellos y se colocó junto a Emma, la miraba aterrado.

—Al parecer estos cachorros decidieron nacer hoy —murmuró la bruja y levantó su brazo como si quisiera que Libby tomara su mano.

El alfa miró a su compañera con horror. La alzó en sus brazos con la intención de llevarla a la habitación, pero Emma lo hizo detenerse.

—Alaric —lo llamó—, sé que estás enfadado, pero Libby me dijo que estaría junto a mí en el parto. La necesito.

Enfadado era poco en comparación a cómo se sentía.

—No —pronunció Asher—. Que haya comprobado que esta mujer quiere a mi amigo no significa que vaya a dejar a mi Luna en manos de una cazadora.

—¡A qué le temes, alfa! —gritó, Libby. Estaba seguro de que si hubiera tenido su espada se habría lanzado sobre él, pero la sostuvo a su lado para que no hiciera ningún movimiento que comenzara otra lucha—. Soy doctora, salvo vidas no las quito. Aunque a lobos como tú, los despedazaría con gusto.

—Me niego, no tocarás a mi mujer hasta que demuestres que...

—¡No tiene que demostrar nada! —en esa ocasión el grito provino de Emma—. Es mi decisión y si me quieres viva, más te vale que la dejes hacer su trabajo porque te conté la visión de Alaric llegando a la manada con su compañera, pero no te dije que iba a necesitarla si me querías con vida.

Toda la arrogancia del alfa se marchó y, con su Luna entre los brazos, perdió todo rastro de color en el rostro.

—Vamos, Emma, dime dónde estarás más cómoda, yo me aseguraré de que tus cachorros y tú estén bien —aseguró Libby.

Esa mujer no dejaba de impresionarlo, si quería vengarse por lo que acababa de ocurrir o ver a Asher a sus pies rogándole por ayuda, habría sido su momento. En cambio, ella no lo pensó ni un segundo. Ayudar era más importante que cualquier venganza.

No le importó el trato que había recibido y, por más que él quería que ayudara a Emma porque era una persona muy querida, no obligaría a su compañera a hacer algo que no quisiera.

—Ángel, ¿es lo que quieres? No tienes por qué hacerlo, podemos marcharnos de aquí ahora mismo. —Miró a la bruja con un rastro de vergüenza por lo que acababa de decir, pero tenían que entender que no pensaba permitir un solo acto más en contra de la mujer que amaba—. Perdóname, Luna, quiero que tú y tus cachorros estén bien, pero si mi compañera no desea estar ni un minuto más aquí, nos iremos sin mirar atrás.

—Alaric —jadeó el alfa—, no se vayan. Sé que podemos solucionarlo. Nuestra amistad...

—Habla en otro momento —interrumpió Libby—. Ella necesita atención y no pienso esperar a que el parto avance y después me culpen a mí si llegara a ocurrirle algo malo.

Todos estuvieron de acuerdo y Emma fue trasladada a la habitación del alfa. Sabía que no podía quedarse dentro, pero pensaba hacer guardia en la puerta. Al mínimo reclamo que escuchara de Asher, entraría y le arrancaría la cabeza.

Eso no fue necesario.

Emma expulsó a su compañero de la habitación y exigió quedarse a solas con Libby.

—¡Y más te vale hacer que Alaric te perdone porque si escuchó una pelea más no vuelves a tocarme en lo que te resta de vida!

Su grito fue lo último que se escuchó antes de que Libby, con una expresión de regocijo en el rostro, lo tomara de la nuca, le diera un beso que lo hizo gruñir de deseo y cerrara la puerta.

Capítulo 23



Libby extrañaba su inseparable maletín y sus instrumentos médicos. Al menos eso la haría sentir más segura.

Su experiencia como doctora distaba mucho de traer una nueva vida al mundo. Ella salvaba vidas, al menos lo suficiente para que su gente pudiera continuar con la tortura un poco más, pero bebés... Era la primera vez que lo hacía.

No podía negar que la emocionaba usar sus conocimientos para el milagro de la vida, aunque, las palabras que la bruja dijo antes de que se encerraran en la habitación, la ponían muy nerviosa.

¿Qué haría sin fallaba? Si de verdad corría peligro su vida y hacía algo mal estaría en problemas. Quizá debió hacer caso a su compañero y marcharse en ese mismo instante.

—Piensas demasiado alto —murmuró Emma—. Todo saldrá bien.

—¿No debería ser yo la que te calmara a ti? —contestó y se concentró en lo poco que le habían traído.

Agua caliente para esterilizar las tijeras y sus manos, sábanas... Y nada más. Vivir allí era como retroceder en el tiempo.

—No es necesario que me tranquilices, estoy bien —dijo mientras hacía un gesto de dolor y pasaba una de sus manos por el vientre—. Agoté mucho mis fuerzas al dormir a todos los guardias, pero aún me queda la suficiente para poder calmar los dolores con mi magia.

Emma no se veía como una mujer aterrada, ella lo estaría si tuviera el don de la clarividencia y hubiera visto que tenía posibilidades de morir.

—Voy a palparte. —Libby se acercó a Emma y comenzó a tocar su vientre. Era enorme y conforme su exploración avanzaba, notó que el bebé estaba en buena posición, pero su tamaño debía ser enorme.

—Son dos —respondió la bruja a una pregunta que nunca hizo, pero que explicaba lo que estaba tocando—. Será una brujita y un lobo, justo como mi mellizo y yo.

Libby continuó su exploración a pesar de que las manos le temblaban. Si le ocurría algo a esa mujer el alfa no dudaría en liquidarlos a su compañero y a ella.

Cuando se colocó entre sus piernas y midió la dilatación, los ojos se le abrieron con asombro, esa mujer estaba casi apunto de tener a sus bebés.

—Esto será rápido, Emma. Un poco más y estarás lista para recibirlos, no tengas miedo, me aseguraré de que tus hijos estén en perfectas condiciones.

Emma sufrió una contracción y no pudo hablar enseguida, aunque después la observó con una mirada enigmática.

—Lo sé, hace más de diez horas que comencé con los dolores, pero debía esperar a que llegaras. —La bruja se movió, incómoda, pero eso no la hizo callar—. Hace casi un mes tuve un visión de Alaric llegando a la manada con su compañera, ya sabía que eras una cazadora, ¡oh, por la diosa, estos cachorros de verdad quieren salir!

—Será mejor que hablemos después y ahora guardes tus fuerzas, concéntrate en tu respiración —prosiguió Libby, tenía mucha curiosidad por lo que le contaba, pero podían hablarlo cuando todo terminara, o quizá no lo harían porque su compañero y ella estarían muertos.

La bruja negó, respiró varias veces y continuó hablando.

—Vi dos destinos posibles, es la primera vez que me ocurre algo así, pero no me extraña. Mi magia ha aumentado mucho en este tiempo.

—¿Dos destinos? —La mujer jadeó un sí entrecortado.

—Un destino inamovible y que ocurriría sin importar qué, era vuestra llegada, pero una vez que estuvieran aquí, había dos opciones. Si te cuento esto no es para manipularte, es para que sepas que uno de esos destinos no termina bien.

—¿Te refieres a que algo puede salir mal durante el parto? ¿Tu compañero nos matará? —Libby se obligó a dejar de prestar atención a sus palabras y más a lo que estaba haciendo si quería seguir con vida.

—No... Eso fue una mentira, no hay ningún problema con el nacimiento de mis cachorros. —Alzó el rostro para mirarla e intentó no enfadarse por haberla puesto tan nerviosa—. Era la única manera de que Asher te dejara quedarte conmigo. Es un buen hombre, pero cuando cree que algo puede causar un peligro a la manada toma decisiones demasiado radicales.

—¿Como querer matar al amigo por el que estaba llorando? —preguntó con rabia—. No le salvé la vida a Alaric para que su propia gente lo mate.

—Asher nunca dañaría a su beta, al menos no de gravedad. Nunca le dije que eras una cazadora, pero le pedí que escuchara la historia que Alaric le contaría y lo hiciera con la mente *abiertaaaaaa* —terminó sus palabras con un grito y Libby pudo ver que el primer bebé ya estaba listo para conocer a su madre.

—Un poco más, Emma, después podemos hablar, cuando llegue la próxima contracción puja con fuerza.

—No, tengo que hablar ahora, cuando nazcan los bebés... Alaric te convencerá para marcharse de la manada. Aprovecharán que todos estarán demasiado pendientes de los cachorros del alfa y Asher no se separará de mí. Si se van... ¡Ayyyyy, diosa cómo duele!

—Ya casi está Emma, veo la cabeza.

La bruja tenía los ojos brillantes por unas lágrimas no derramadas y una expresión de agonía en el rostro.

—Tengo que avis... ¡Ah! —Con la nueva contracción, Libby sujetó al bebé y lo tomó entre sus brazos.

Era una niña, apenas una pelusita de cabello rubio platinado adornaba su cabeza y la saludó con un grito que indicaba los buenos pulmones que tenía.

—Ay, por Dios, acabo de traer un bebé al mundo —balbuceó mirando a la niña, embelesada.

—No te emociones tanto porque falta otro. —Al escuchar la voz de la bruja, se apresuró a envolver a la niña y la colocó junto a su madre mientras regresaba a su posición anterior—. Sé que ahora desconfías, pero te ruego que te quedes en la manada.

—No sé si quiero quedarme en un lugar en el que ni siquiera me dieron el beneficio de la duda y me juzgaron sin conocerme. Alaric y yo hemos sido felices con los humanos, podemos volver. Los cazadores en algún momento dejarán de buscarnos.

Quería creer su propia mentira, pero su padre no dejaría de buscarla.

—¡Si se marchan sufrirán una emboscada de los cazadores! Morirán muchos... el beta no será fácil de asesinar, pero no podrá con todos... no podrá, ambos morirán, tu familia también porque ellos querrán protegerte. No se marchen, prométemelo. ¡Aaaaah! —con su último grito el segundo bebé, un varón que se parecía mucho a su padre llegó al mundo.

Tal como la bruja dijo, no hubo tiempo para nada más. La puerta se abrió con tanta fuerza que creyó que se desenchajaría de las bisagras. Por ella apareció el alfa, con el rostro cetrino y solo

tenía ojos para su compañera.

—No podía esperar más... Tus gritos, pensé... Yo pensé... Pequeña no puedo pasar de nuevo por esto. Creí que me moría.

—La que estaba sufriendo era yo. —Libby, en silencio y viendo como ese hombre tan grande se arrodillaba en el suelo junto a la cama, se limitó a terminar de limpiar a Emma y a cortar el cordón de ambos bebés.

La bruja, de vez en cuando la miraba con una expresión atormentada y le pedía sin palabras que no se marchara. Al menos, es lo que sentía cuando los ojos plateados de Emma la veían con esa intensidad.

Al notar que nadie la retenía en la habitación y después de asegurarse de que la mujer estaba bien y los cachorros también, los dejó solos.

No había caminado ni un metro cuando una sombra apareció a su lado y la atrajo a sus brazos.

—¡Alaric! ¿Quieres matarme de un infarto? —Agotada de tantos nervios se dejó caer en su torso y se permitió unos minutos de paz.

—Estaba preocupado, ¿todo salió bien? —Libby lo abrazó por la cintura y su compañero recostó su espalda en la pared.

—Sí, fue increíble traer vidas al mundo en lugar de quitarlas. —Alaric le colocó un dedo bajo la barbilla y le alzó el rostro. La miró con preocupación y se dio cuenta del motivo cuando le limpió las lágrimas.

—No llores, ángel. No permitiré que nada te ocurra, aprovecharemos la excitación de la manada por el nuevo nacimiento y escaparemos. —Se tensó al escucharlo, ¿acaso no era de lo que Emma le acababa de advertir?

Ella dijo que había dos caminos, nunca pudo contarle el otro, pero si se marchaban y la bruja tenía razón sellaría sus destinos.

—¿No conseguiste llegar a un acuerdo con el alfa? —Alaric se encogió de hombros y, antes de contestar, besó sus labios.

—No quise escucharlo, me mantuve apartado. De todas las personas, creí que él entendería. No voy a perdonarlo, mi lealtad con el alfa murió este día. Por eso es mejor que nos marchemos, puede que ahora esté feliz por el nacimiento de sus cachorros, pero nada nos asegura que cuando todo vuelva a la normalidad no intente dañarte.

—Quiero quedarme. —Su compañero entrecerró los ojos y la miró, confuso—. No tenemos a dónde ir, los cazadores continúan buscándonos y no quiero estar huyendo de por vida.

—Ángel, aquí tampoco es seguro, ya viste lo que ocurrió. Aunque Asher acabe aceptando tenerte aquí, en cuanto el rumor de que eres una cazadora corra entre nuestra gente, no serán amables y si alguno te hace un desplante lo mataré.

—Entonces puede que la que sobre aquí sea yo. —Libby se mordió los labios para no llorar, Emma le dijo que si se iban juntos los atraparían, que él moriría, pero si su compañero se quedaba tal vez el destino era diferente.

Al final, enfrenar a su gente era cosa suya y de nadie más.

—Donde tú vayas yo iré y no hay más que hablar. No permitiré que te alejes, ángel, no te encontré para perderte. Haremos lo que quieras, si quieres irte, adelante, aunque te aseguro que no será sin mí.

Alaric la tomó de la mano para instarla a caminar, pero ella lo detuvo.

—Quiero irme, pero de esta casa. —Intentó sonreír y le enredó los brazos en el cuello—. Llévame a la tuya, a tu cama, quiero saber dónde viviremos a partir de ahora.

—¿La mía? —Por unos momentos, la expresión de su compañero dejó de ser dura y se mostró

soñadora.

Como si por mucho tiempo se hubiera imaginado lo que sería llevar a su compañera a su hogar.

—Sí, quiero ir a tu casa y encerrarnos allí al menos por dos semanas. Si el alfa nos llama nos haremos los sordos. ¿Qué me dices? Creo que este horrendo día puede finalizar muy bien si nos vamos a la cama y dormimos poco. Ya resolveremos los problemas después.

Los ojos avellana de su lobo brillaron y un ronroneo resonó. Antes de que pudiera echarse a reír al ver su reacción, Alaric la alzó entre sus brazos y salió corriendo.



Asher observó a su compañera y a sus dos cachorros Lucian y Raina.

Ambos dormían tranquilos.

La diosa lo había bendecido con un pequeño lycan y una bruja que a simple vista no aparentaba el poder que tenía. Era afortunado por la familia que tenía y ese día más que nunca sintió que no los merecía.

—Te dije que controlaras tus impulsos y que tuvieras la mente abierta —le reprochó Emma—. Espero que no se hayan marchado.

Su compañera se veía muy preocupada y todo por su culpa. Ella debería estar tranquila y más después del parto.

—No, ambos están en la casa de Alaric. Los vieron entrar y aposté algunos guardias a su alrededor para que me avisaran si había cambios. Además, tengo cubierta la salida, no podrán marcharse.

—¿Ahora son prisioneros?

—Pequeña...

—No, Asher, te pedí que lo escucharas y ¿qué hiciste?

—Lo escuché, de verdad, lo hice —murmuró y se preguntó si era cierto lo que decía.

Su compañera se acomodó mejor en la cama e hizo un gesto de dolor. Asher la ayudó colocándole unas almohadas en su espalda y le apartó el cabello del rostro.

Se veía agotada.

—Si de verdad lo escuchaste, dime, ¿cómo se conocieron? ¿Cómo le salvó la vida? ¿Por qué ella no lo asesinó cuando estaba herido? —Asher no pudo contestar porque no tenía ni la menor idea, tal vez Emma tenía razón y no permitió que se lo contara.

Juzgó a la chica solo por su procedencia, justo como había hecho con su compañera cuando supo que era una bruja. Al parecer, era incapaz de aprender de sus errores.

—Cuando me dijo que era una cazadora perdí el control. Te había dejado con ella, pensé que solo era una humana inofensiva y...

—Y decidiste que si tu mejor amigo, el mismo que creías muerto hasta que te dije que no era así y por el que sufrías a diario, era muy tonto como para dejarse engatusar por una mujer, tú le abríras los ojos. ¡Es su compañera! A la vista está lo mucho que se quieren.

El alfa no tenía cómo defenderse, lo había estropeado. Alaric no lo perdonaría, su amigo siempre estuvo ahí para él y se lo pagó de la peor forma. Dándole la espalda cuando lo necesitaba.

—Acabará por marcharse, lo conozco. Quizá no lo ha hecho porque no tiene a dónde ir, pero en cuanto trace un plan se irá y todo por mi culpa.

—Siempre puedes llevarlos a las celdas. Antes te pareció un buen plan —el sarcasmo en la voz de su compañera era demasiado palpable. Asher gruñó y masculló un: «bruja tenía que ser»

que pareció hacerle mucha gracia—. Tengo que hacerle honor a lo que soy. Cuando te comportas así, mereces que sea toda una bruja.

—Entonces, hazle honor y dime cómo puedo solucionar esto. —El alfa se tumbó en la cama y colocó los brazos doblados por debajo de su cabeza.

La actitud tranquila de Emma y su sonrisa le dio un poco de esperanza.

—Hay dos caminos y Libby ya escogió porque continúan en la manada. Para que el segundo ocurra tendrás que demostrarle a Alaric que aceptas a su compañera como una más de la manada.

—Eso no es complicado, me aseguraré de que se sientan cómodos aquí y que nadie de la manada le haga un desplante a la cazadora.

—Libby, su nombre es Libby, no cazadora. Y creo que necesitarás más que eso para que Alaric confíe de nuevo en ti.

—¿Qué propones, pequeña? —La sonrisa de Emma no fue muy alentadora, por más adorable que se viera, cuando ponía ese gesto de estar tramando alguna maldad sabía que lo que le diría no iba a gustarle.

—Te lo contaré, pero ellos no deben enterarse...

En cuanto su compañera comenzó a relatar su plan, confirmó lo que ya sabía. Cuando Emma ponía esa expresión nunca tramaba algo bueno.

Capítulo 24



Libby no se arrepintió de haber seguido el consejo de Emma. Puede que hubiera sido imposible ocultarse en la casa que ahora compartía con su compañero por mucho tiempo, pero mientras lo hicieron, nadie intentó entrar por la fuerza y atacarlos.

Alaric se sorprendió al encontrar que su casa estaba limpia y abastecida, era como si no hubiera faltado de la manada y se hubiera marchado el día anterior. Estaba segura de que eso fue algo que la brujita preparó.

No podía negar que la mujer que tanto había temido, le agradaba. Fue muy tonta por sufrir aquellos celos cuando en realidad no tenía motivos. Alaric le demostraba cada día cuánto la amaba.

Al cuarto día de estar allí, unos tímidos golpes en la puerta los trajeron de regreso a la realidad.

No era el alfa, tampoco su Luna, eran los miembros de la manada que comenzaron a llegar en busca de su compañero. Algunos intentaban entablar una conversación para después pedirle ayuda. Otros le contaban sin medias tintas lo que necesitaban, no importaba qué, cada uno de los licántropos que llamaron a su puerta la trataron con el respeto que se esperaba para la compañera del beta y trataban de involucrar a Alaric en cualquier asunto de la manada.

Al principio, Alaric gruñía y los expulsaba diciéndoles que él no se quedaría mucho tiempo y que buscaran a otro que ocupara su lugar, pero no dejaron de insistir.

Hubo momentos, en que Libby dudó de que fuera cierto que necesitaran ayuda. Las peticiones eran demasiado triviales como para representar un problema en realidad, era como si quisieran hacerle ver a su compañero lo mucho que lo necesitaban.

Poco a poco, fue cediendo y se atrevió a dejarla sola en la casa, pero no tardaba más de una media hora en regresar. Cuando lo hacía, entraba alterado y buscándola por todas partes.

No fue hasta dos semanas después, que convenció a su compañero de comenzar una vida normal. Si tenían planeado algo en contra de ellos, lo harían de igual forma y ella no quería seguir viviendo encerrada en una casa tal como hacía en su clan.

Quería salir y descubrir si su elección había sido correcta, pero cada vez que ponía un pie fuera y los miembros del clan la miraban con curiosidad, no podía evitar pensar si en alguno de ellos había perdido a alguien importante a manos de los cazadores y la culpaba.

—Tan valiente para enfrentarte al alfa y mírate, escondiéndote solo porque te miran de reojo —se dijo a sí misma y volvió a cerrar la puerta.

Quizá lo intentaría más tarde, o cuando Alaric regresara de los mil encargos que le hacía su gente. Sabía por su compañero que, desde la lucha con el Alfa, no había vuelto a hablar con Asher.

Y, a pesar de que ellos como pareja estaban bien, mucho mejor que en Hope porque allí su lobo no tenía que ocultar lo que era, notaba que lo ocurrido con su amigo lo hacía ponerse pensativo y triste en muchas ocasiones.

La puerta sonó con un tímido llamado y Libby se preparó para abrirla y encontrar a algún miembro de la manada que estuviera buscando a su compañero.

Cuando abrió, no esperó encontrarse a Emma allí, con sus dos hijos uno en cada brazo. Sin mediar palabra, le acercó al pequeño cachorro de lobo.

—Sujeta a tu ahijado, pesa una tonelada. No puedo creer cómo ha podido engordar tanto en tan poco tiempo. Ya que quiero mis pechos vuelvan a pertenecerme, me están drenando la vida.

Libby no pudo negarse, tampoco lo deseaba, sentir al pequeño entre sus brazos y aquel maravilloso olor a bebé la hizo desear uno propio.

—¿Cómo has dicho? —preguntó cuando se percató de la palabra que la bruja usó.

—Dije que me drenan la vida, ¿puedes creer que Lucian ya tiene dientes y sabe usarlos? He perdido la cuenta de las heridas que tuve que sanarme. Y Raina, anoche electrocutó a su padre. Asher estuvo quince minutos inconsciente. Si sigue así tendré que atar su magia hasta que pueda tener control sobre ella.

Libby miró al adorable bebé y acercó un dedo a sus labios para comprobar si lo que Emma decía era cierto y ya tenía dientes. A simple vista eran tan humanos, pero por lo que le contaba había muchas diferencias.

El pequeño cachorro intentó succionar su dedo y, sin poder evitar mirarlo enamorada, aclaró:

—Me refería que a qué te refieres con eso de mi ahijado.

—Bueno, quise venir a preguntar antes, pero pensé que podía molestar. Vi salir a Alaric y creí que era un buen momento para decirte que esta noche se hará la ceremonia de la Luna nueva y presentaremos a los cachorros con la diosa. Queremos que tú y tu compañero sean sus padrinos. Si no quieres, entiendo, pero... Mi hermano está en otra manada, él es la única familia que me queda y esperaba que tú y yo pudiéramos ser...

—¿A-amigas? —balbuceó porque la palabra se le atascó en la garganta y no porque le desagradara.

Fue por la emoción de poder considerar a alguien así.

—Bueno, pensé en familia, pero podemos comenzar con amigas. ¿Querías salir un rato de esa casa y pasear conmigo?

Libby sintió la intensidad de una mirada sobre ella y observó a su alrededor. Descubrió a Alaric que no le quitaba la vista de encima y antes de poder llamarlo, en su mente resonó la voz de su compañero.

«Ángel, te ves hermosa con ese cachorro en tus brazos, no veo la hora de que cargues el nuestro».

Miró de nuevo al bebé y después a su compañero y no pudo evitar ruborizarse. Ella también lo deseaba y mucho.

—Si no quieres venir, lo entiendo —murmuró Emma y la alegría en su rostro desapareció—. Quizá otro día, espero que pienses lo de la ceremonia de esta noche. De verdad nos gustaría que estuvieran.

—Sí, me gustaría. No puedo contestar por mi compañero, pero la respuesta es sí a ambas cosas. Además, tenemos un regalo para ti que no pudimos entregártelo el día en que llegamos. Podríamos aprovechar para que te lo dé, solo déjame entrar y buscar las llaves.

Libby se adentró en la casa sin percatarse de que se llevaba al bebé en sus brazos. Se tensó apenas perdió de vista a Emma, no la invitó a pasar porque no pensaba tardar mucho, pero si desconfiaba de ella era probable que la bruja entrara para arrebatárselo.

No ocurrió, encontró las llaves del auto y cuando salió, se encontró a Emma hablando con Alaric.

Él sonreía y no parecía tener rencor por la compañera del alfa. Tampoco ella parecía preocupada porque cargara al bebé fuera de su vista. Era agradable que no la trataran como a una

homicida.

—Ya conseguí las llaves —murmuró y ambos la miraron.

—Le estaba diciendo a Alaric lo de esta noche. —Su lobo volvió a observarla con intensidad a ella y al cachorro. Después bajó la mirada por su cuerpo y se sintió desnuda.

«Será lo que tú desees —le habló de nuevo en su mente—. Emma no tiene culpa de que Asher sea un imbécil y los cachorros son inocentes. Viéndote con él en brazos, no puedo pensar en nadie mejor para el puesto que la Luna te ofrece».

—Creo que aceptaremos —contestó a ambos en voz alta y su compañero sonrió. Cuando la miraba así, le entraban ganas de arrancarle la ropa. Por eso, evitó esos pensamientos y cambió de tema—, pero ahora déjame que te muestre lo que trajimos para ti. Regresaré pronto, grandullón. Te amo —susurró al oído de su compañero y le rozó la mejilla con un beso.

—Emma —gruñó Alaric con voz amenazadora—. Si le ocurre algo juro que tu alfa será hombre muerto.

La bebé, como si sintiera la amenaza, dejó caer su bracito y le lanzó una descarga que su compañero fue rápido en esquivar.

—¡Lo siento! Raina, no ataques a tu padrino, él no tocará a papá. —Una vez que contuvo la mano peligrosa de su cachorra lo miró—. Tranquilo, Libby está a salvo en la manada y tú también. Nadie sabe de su pasado y si lo supieran no les quedará más remedio que aceptarlo, como me aceptaron a mí.

Alaric asintió, pero conforme se alejaban, podía sentir su intranquilidad y la mirada clavada en su espalda.



Aquel día fue el comienzo de una nueva rutina.

Libby nunca había visto a una mujer llorar tanto como cuando le entregó las pertenencias de Endora. Desde que las vio, la hizo conducir hasta una cabaña y supo que aquel era su santuario.

No había nada más privado que el santuario donde una bruja practicaba su magia y no pudo evitar emocionarse cuando le permitió entrar en un lugar tan importante para la ella.

Cuando condujo el auto al interior de la manada fue todo un revuelo. Al igual que su compañero, los demás lycan se sorprendieron al verlo en funcionamiento. Alaric aprovechó para contar todos los dragones mecánicos que había visto y las preguntas sobre su estancia fuera de la manada comenzaron a ser más intensas.

Hasta ese momento, todos daban por hecho que ellos se conocieron en el mundo humano, pero cuando Asher se acercó para ver a qué se debía todo el revuelo, su compañero se tensó y, retando al alfa con la mirada, comenzó a contar su historia desde el comienzo.

Libby cerró los ojos y empuñó las manos mientras lo escuchaba explicar el ataque de Astron y cómo lo tiró por el barranco y acabó en tierra de los cazadores.

Se lo contaba a todos los miembros de la manada que estaban presente, pero la mirada de su compañero estaba fija en Asher.

Intentó detenerlo cuando vio las intenciones de explicar que era una cazadora, pero él la rodeó con su brazo de forma protectora y dejó muy claro que quién se atreviera a decir algo, se las vería con el beta.

Alaric la instó a hablar y no le quedó otro remedio que contarles cómo lo encontró y la forma en que lo arrastró para ocultarlo en su casa. Después, como si su pasado le pesara demasiado la información escapó a borbotones.

—Como ven, mi compañera arriesgó su vida varias veces por mí —finalizó—. Si alguno no

está de acuerdo o piensa hacer algo en contra de ella, no me importará quién de la orden, la protegeré con mi vida porque ahora Libby es lo primero para mí.

Cada palabra que dijo lo hizo mirando al alfa. Asher se mostraba arrepentido y solo asintió con la cabeza antes de darse la vuelta y marcharse.

El rencor de Alaric se respiraba en el aire y eso que ella apenas podía apreciar un poco el aroma de las emociones desde su vínculo. Para los demás, debía ser mucho más evidente.

Frente a él, nadie se atrevió a decir nada sobre su pasado como cazadora y, cuando la emoción de ver por primera vez un auto acabó, varios lycan ayudaron a Emma a meter la pertenencias de Endora en la cabaña.

Esa noche, la manada celebró la presentación de los cachorros frente a la diosa y fueron nombrados sus ahijados. Si alguna vez al alfa y a la Luna les ocurría algo, ellos se harían cargo de mantenerlos a salvo.

Ni esa celebración tranquilizó a Alaric que seguía siempre pendiente de ella y la seguía con la mirada cada vez que salía de la casa. La tensión entre el alfa y el beta ya estaba en boca de todos y eso provocaba que los demás miembros de la manada comenzaran a mirarla como la culpable de lo ocurrido.

Libby se calló las habladurías y no se lo contó a su compañero, nadie le hacía un desplante frente al beta, no se atrevían, pero en alguna ocasión escuchó frases como: «¿Será que merece la pena romper un vínculo como el del alfa y el beta por una mujer? O ¿todo por una débil humana, espero que cuando la diosa me dé una compañera no sea una cazadora?».

Los comentarios de las mujeres no eran mejores, algunas la miraban por encima del hombro y las escuchó decir en voz alta para que ella se percatara de la conversación: «¿Cómo un beta pudo fijarse en una humana, es débil, demasiado pequeña, ni siquiera es poderosa como nuestra Luna? Sería mejor que la rechazara, para una compañera así mejor no tener nada. Habiendo tantas lobas solteras, es una vergüenza que se pasee con ella por toda la manada como si estuviera orgulloso».

Para su suerte, no todos hablaban así, al menos, no frente a ella, pero no podía ocultar que le dolía. En su clan, solo la aceptaban por su padre porque sus ideas no eran bien recibidas y en la manada tampoco la apreciaban.

Lo único que la animaba más eran las visitas de Emma y el tiempo que pasaban juntas en la cabaña leyendo los grimorios de Endora. Puede que no tuviera la magia en su sangre, pero le encantaba aprender cada palabra que había escrito en ellos.

Tres semanas después de la celebración, la Luna de la manada puso a prueba el hechizo de bilocación y, mientras el cuerpo de la bruja permanecía en la cabaña, otra parte de ella apareció fuera de ella y la saludó desde el exterior. Después, hizo lo mismo con el de translocación y Emma desapareció de su lugar y apareció en el interior del coche.

Era increíble la rapidez con la que aprendía.

Ese día, cuando agotaron sus fuerzas de tanto estudiar los libros, Libby regresaba con Emma a su nuevo hogar y escuchó un nuevo comentario sobre lo poco adecuada que era para ser compañera del beta. Sin poder callarse por más tiempo, se acercó a la misma loba que dijo que Alaric debía rechazarla y la abofeteó.

La mujer se convirtió en apenas unos segundos, desgarró su ropa y, antes de que intentara a atacarla, un enorme lobo cayó sobre ella y la hizo rodar.

El gruñido airado resonó en el aire y todos los que estaban alrededor bajaron la cabeza.

La loba, permaneció tirada en el suelo con el hocico cubierto por sus patas y emitiendo lastimeros gemidos.

Su compañero llegó corriendo, supuso que al escuchar el altercado. Miró a su alrededor, tenso

y la cubrió con su cuerpo.

El que la protegió fue el alfa, aunque, si le hubiera dado tiempo, le habría demostrado a esa loba que ella no era tan débil como parecía.

—Pensé que había quedado muy claro que Libby es un miembro de la manada. Además de ser la compañera de mi beta y un miembro más de mi familia. Quien la toca ella, es como si tocara a mi Luna. ¡¿Quedó claro?!—

Todos asintieron, pero la loba que intentó atacarla pidió permiso para hablar.

—Alfa, ¿puedo dar mi versión? —Asher asintió y Libby apretó a su compañero entre sus brazos porque cada vez lo sentía más alterado—. Yo estaba aquí, hablando con ellas y me atacó de la nada.

—¡Te atacué porque...! —Se detuvo antes de decir el voz alta lo que había escuchado.

No quería ver en los rostros que la miraban que todos pensaban lo poca cosa que era para el beta de la manada.

La loba salió volando sin previo aviso y chocó contra un árbol. En esa ocasión, fue Emma con su magia.

—¡Escuché lo que dijiste! ¿También negarás frente a mí que te merecías la bofetada?

—No, Luna, es cierto, pero se malinterpretó, yo no quería ofenderla.

—Claro que no querías, no tienes culpa de siempre haber mirado a Alaric con ojitos de cachorrita enamorada y que él ni siquiera te viera. —Libby miró el perfil de su compañero buscando alguna reacción, pero continuaba en silencio y atento al alfa. Al parecer, los sentimientos de la loba le traían sin cuidado—. Espero que no haya una próxima vez, pero si vuelve a ocurrir algo parecido, todos están advertidos, en esta manada no se tolera este tipo de comportamientos.

—Alaric —se escuchó la voz del lobo de Asher—. Si deseas imponer algún castigo, lo dejo en tus manos.

Su compañero miró al alfa y del alfa a la loba que intentó atacarla.

—Ni siquiera llegó a rozarme —susurró—. Por favor, no quiero ganarme enemigos.

Su compañero deslizó la palma de la mano por su espalda en una caricia tranquilizadora.

—Alfa, no puedo ser imparcial cuando se trata de algo que daña a mi compañera. Si tengo que tomar una decisión ahora, tendrían que enterrar el cadáver de Nia junto al de Astrid, en una tumba sin nombre destinada a los traidores. —La loba jadeó y miró a Alaric con dolor. Estaba muy claro que estaba enamorada de él.

—Pero como todo ha sido un malentendido sin importancia —dijo en voz alta y todas las miradas se dirigieron a ella—. No hace falta enterrar a nadie y menos ningún castigo. Estoy segura de que no volverá a ocurrir.

—Si no quieren que comience a arrancar cabezas será mejor que no vuelva a ocurrir —gruñó Alaric, la tomó de la nuca y comenzó a besarla hasta que terminó temblorosa y jadeante—. Vamos a casa, ángel, por hoy fue suficiente.

Capítulo 25



Varios días después de lo ocurrido, Alaric continuaba molesto con el alfa, con la manada y consigo mismo por contar frente a todos que su compañera era una cazadora.

Fue incapaz de evitarlo, quería que Asher supiera la injusticia que cometió con Libby, que la culpa lo retorciera como a él le retorció la traición de su mejor amigo. Más que su alfa lo consideró un hermano. Llevó a su compañera a la manada porque confiaba en que la relación que tenían pesaría más y sería capaz de escucharlo.

No fue así y solo su reticencia a ponerla en peligro, evitaba que se echara a Libby sobre hombro y corriera lo más lejos posible de allí.

Su compañera permanecía desnuda y dormida a su lado, de vez en cuando sonreía. Esperaba que se estuviera acordando de la noche anterior porque pensaba despertarla para recordársela.

Unos golpes en la puerta lo hicieron gruñir.

No quería salir de la cama, no quería tener frente a él a la misma gente que a su espalda hablaba de su compañera y en su cara fingían aceptarla. Esperaría que la persona que llamaba se rindiera y se marchara, pero por más que esos eran sus planes, el sonido insistente no terminaba.

Libby abrió los ojos, se estiró sin importarle su desnudez y le dio una visión privilegiada de su cuerpo.

—Buenos días, grandullón —ronroneó sobre su torso y acercó su rostro para besarle la mandíbula.

—Siempre son buenos cuando estás desnuda a mi lado. —La mano de su compañera bajó por su abdomen y siseó cuando acarició su erección.

—Me levante hambrienta —dijo relamiéndose los labios y mirando con deseo su miembro.

Libby comenzó a deslizarse por la cama y él se preparó para la lenta y dulce agonía de esperar para tener sus labios rodeándolo, pero los golpes en la puerta volvieron a escucharse y eran cada vez más fuertes.

—¡Maldición! Juro que le arrancaré la cabeza a quien sea que esté llamando. —Su compañera se apartó, con un mohín de disgusto en los labios que él convirtió en un jadeo cuando la besó—. Lo echaré y después volveré a ti, ni se te ocurra vestirme.

—No tenía intención de hacerlo, grandullón —ronroneó ella y la miró por última vez antes de enredarse una toalla en la cintura y salir de la habitación.

Decidido a decirle a quién fuera que llamaba que se marchara por dónde había venido, abrió la puerta y se encontró con Asher.

Apenas vio su rostro, el puño comenzó a picarle por el deseo de estrellarlo justo sobre su nariz. El alfa debió de ver sus intenciones porque alzó ambas palmas y lo miró con una súplica.

—Vengo en paz, lo juro.

—Verte la cara no me pone muy pacífico. —Asher intentó hablar, pero él alzó la mano para detenerlo—. Esta es mi casa y no tengo que tolerar tu presencia aquí. Si vienes por algún encargo, déjame recordarte que ya no soy más tu beta, búscate otro. Si vienes a echarme de la manada, estaré encantado de no ver más tu cara por el resto de mi vida. Si es todo lo que querías, puedes irte, mi compañera me espera y verla a ella es más agradable que verte a ti.

Alaric iba a cerrarle la puerta en la cara cuando vio el cabello platinado de Emma.

—Pequeña, te dije que mejor hablaras tú a mí no me quiere escuchar.

Bufó, si su Luna también estaba allí aquello era una encerrona en toda regla.

—Alaric —escuchó la voz dulce de Emma y empuñó las manos, con un gruñido molesto la miró.

—No tengo nada en tu contra, Luna, pero si estás aquí para que solucionemos las cosas, pierdes el tiempo.

El ruido de la puerta de la habitación a su espalda lo hizo darse la vuelta y descubrió a su compañera, se había puesto una de sus camisetas y le llegaba hasta los muslos. Ya se sentía hervir de rabia, pero verla a ella, le calentaba la sangre y no por enfado.

Desnuda o con su camiseta, poco importaba, ella solo tenía que existir para que una vergonzosa erección se mostrara debajo de la toalla. Se movió para ocultarla y no quedar como un lobo adolescente.

—¿Por qué tardas tanto, grandullón? Me muero de hambre y mi plan era comerte a ti. — Cuando Libby dio unos pasos hacia él para ver qué lo retenía, se encontró con la mirada de Asher. El alfa miraba de uno a otro con un gesto burlón. ¡Qué ganas de partirle la cara y borrarle la sonrisa!—. C-comer el desayuno contigo, quise decir —murmuró y miró hacia sus pies desnudos—. Creo que mejor me iré.

—¡No te marches! ¡Ven, Libby! —la llamó Emma—. Qué bueno que apareces porque lo que venía a decirles implica a ambos.

Su compañera se colocó a su lado y no pudo evitar tomarla por la cintura de forma posesiva. Sabía que era una tontería sentir celos de que Asher la viera con tan poca ropa y supiera que debajo de esa camiseta estaba desnuda.

Tenerla cerca y dejar claro que esa mujer era suya era un pensamiento primitivo que no podía evitar. El alfa estaba emparejado y desde que apareció Emma en su vida no tenía ojos para otra mujer. Lo mismo le ocurría a él con Libby, pero sin importar eso, después de lo ocurrido odiaba hasta que respirara a su lado.

—Debe ser importante si vinieron los dos —pronunció su compañera.

—No es nada malo, lo prometo. Esta mañana me comuniqué con Ethan —al mencionarlo, Emma lo observó. Antes de aquella aventura en la que pasaron mucho tiempo juntos, el mellizo de su Luna le traía sin cuidado, incluso le costaba soportarlo, pero después de lo ocurrido lo consideraba un amigo, quizá el único que le quedaba—. No le conté que estás aquí ni que sobreviviste, pensé que te gustaría ir a verlo. Estoy segura de que a ambos les vendrá bien. Puedes presentarle a Libby o ayudarlo con la manada, estoy segura de que tu experiencia le puede resultar beneficiosa. Tala ya está avisada de que irán.

—¿Nos están echando? —preguntó y Emma negó con rapidez, aunque, lo que más sorpresa le causó, fue la expresión horrorizada de Asher al escucharlo.

—Nunca expulsaría a mi beta y a su compañera de la manada. —Alaric bufó y el alfa miró a Emma como si le pidiera ayuda.

—Aquí nadie se va —bufó Emma ya perdiendo la paciencia—. Tómallo como unas vacaciones.

Alaric miró a Libby y su compañera observaba a su Luna como si quisiera apartarla y acribillarla a preguntas. En el poco tiempo que llevaban allí ambas se habían hecho bastante unidas y pasaban horas encerradas en la cabaña.

—Reconozco que quisiera ver a Ethan y a Tala. Quiero asegurarme de que no se sienta culpable por lo ocurrido, pero después del recibimiento que mi compañera tuvo en mi propia

manada, no estoy muy seguro de llevarla a otra.

—Puedes ir sin mí —susurró Libby—. No quiero que dejes de hacer lo que deseas porque yo no sea bien recibida.

—¡No! —gritó Emma con demasiada rapidez y sobresaltándolos a todos. Alaric la observó y eso la puso nerviosa. El alfa atrajo a su compañera a su lado de forma protectora y sintió el peso de su mirada sobre él—. Lo que quiero decir es que mi hermano no creció como un licántropo, él no juzgará a Libby y sufre mucho por tu muerte. Se siente muy culpable. Si los ve a ambos y sabe que algo bueno salió de lo ocurrido, podrá liberarse de esa carga.

—Puedo contarle sin necesidad de llevarla y exponerla a un nuevo rechazo.

—Alaric, soy adulta, no tienes que protegerme.

—Siempre te voy a proteger —renegó—. Tampoco estoy dispuesto a dejarte sola. Además, les recuerdo que los cazadores están buscándonos, no voy a arriesgarme a encontrarlos por error y que todo lo que hicimos no sirva para nada... A no ser que sea eso lo que buscan. ¿Eso quieren? ¿Que nos atrapen para así tener la conciencia limpia y quitarse el problema que suponemos para la manada?

Emma y Asher se quedaron lívidos al escucharlo. Incluso su compañera se tensó a su lado.

—No creo que esos sean sus planes, ¿cierto? —Había vulnerabilidad en su pregunta y en la forma en que Libby miraba a Emma. Tenía miedo de ser traicionada por una persona a la que había comenzado a apreciar.

—¡Por supuesto que no! Gracias a los grimorios de mi abuela ahora puedo enviarlos a Valley of Shadows sin que corran ningún peligro en el camino. Ni siquiera deben salir de la manada, aparecerán allí.

—No pienso subirme de nuevo a ese dragón volador, ya tuve suficiente de eso que llaman tecnología —masculló.

—No hará falta, te lo aseguro, ¿entonces? ¿Quieren ir?

Querer someterse al experimento de una bruja novata no era el plan perfecto que tenía planeado para ese día, pero deseaba ver a Ethan y a Tala. Y no solo a ellos, también a los lycan que los ayudaron a escapar.

—¿Me aseguras de que no hay peligro? —se dirigió a Emma y ella asintió casi con una reverencia.

—Te lo aseguro, nunca arriesgaría a mi familia y ustedes son parte de ella.

—Está bien, iremos.



Emma los incitó a recoger algunas pertenencias, las suficientes para unos días y los llevó a la cabaña. Lo que vio allí, fue parecido a lo que encontró en la casa de Endora.

Su Luna no se veía nerviosa y ejecutó el hechizo como si lo llevara haciendo toda la vida. Fue tan rápido y preciso, que Alaric apareció junto a su compañera en el interior de una casa incluso antes de que pudiera percatarse de lo que ocurría.

Tenía a Libby entre sus brazos. Emma les dijo que no había necesidad de hacerlo de esa forma y que, sin importar que no estuvieran uno al lado del otro, aparecerían en el mismo lugar.

Pese a eso, decidió abrazarla y mantenerla a su lado en todo momento. Aunque ese abrazo duró poco porque, en cuanto sus cuerpos reaparecieron, ambos se soltaron para doblarse a la mitad y contener las náuseas.

—La próxima vez, recuérdame por qué me hacía ilusión viajar de esta forma —jadeó Libby, cubriéndose la boca y conteniendo una arcada.

Él no estaba mejor, sentía el sudor resbalar por la frente y el estómago revuelto. Por suerte, los efectos del viaje fueron menor en esa ocasión y lograron reponerse muy pronto.

—Creo que estamos en la casa del alfa —murmuró Alaric y miró a su alrededor.

Estaban en un pasillo, tras ellos había una puerta abierta y en su interior podían verse los muebles de un dormitorio. Dedujo que Emma habría estado antes allí y los envió a la casa de su hermano.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó su compañera en su susurro sin dejar de mirar a su alrededor.

—Intuición y... —Se calló cuando le pareció escuchar la voz de Ethan un par de puertas más adelante—. Espérame aquí, creo que sé dónde está.

Su compañera asintió y él se dirigió hacia el lugar donde escuchaba la voz.

«Cada día más imponente, solo hay que verme para comprender por qué Tala nunca me puede quitar las manos de encima». Alaric reconoció la voz de Ethan y parecía estar hablando solo.

Se disponía a llamar, cuando sintió que alguien se acercaba corriendo. Dejó lo que intentaba hacer para acercarse a su compañera y ocultarla con su cuerpo.

—Viene alguien —susurró y, apenas terminó la frase, Tala apareció al girar la esquina.

Detuvo su carrera al verlos y se llevó ambas manos a los labios.

—Emma me dijo que aparecerían aquí y que estabas vivo. —La loba sacudió las manos y daba saltitos de alegría, pero su tono de voz era muy bajo, parecía que no quería ser escuchada—. Ethan se pondrá tan feliz, pero no te quedes ahí, dame un abrazo. —Ni siquiera le dio tiempo a reaccionar cuando ya tenía a Tala colgada de su cuello. Cuando la loba vio a su compañera detrás de él, se soltó de su cuello y abrazó a Libby con la misma efusividad—. Tu debes ser la compañera de Alaric.

Libby recibió el abrazo sin dejar de mirarlo como si quisiera que se la tragara la tierra.

—Lo soy y tú eres...

—Soy Tala, la Luna de esta manada y la compañera de Ethan.

—Ahora que ya se hicieron las presentaciones, ¿dónde está el incordio ese que tienes por compañero? —preguntó Alaric a pesar de saber que se encontraba en una de las habitaciones.

La loba señaló al lugar donde estuvo a punto de entrar.

—Una vez a la semana nos reunimos con la gente de la manada que solicitan una audiencia. Es hoy y él odia con todo su ser las disputas que suceden y le toca solucionar. Siempre se encierra a solas en la habitación y lo hace por horas. Dice que es para pensar y hacerse a la idea de lo que estar por venir, pero ve y sorpréndelo. Ya lleva demasiado tiempo escondido. Seguro que si sabe que estás aquí querrá impresionarte y salir de una vez a atender a la manada.

«¡Tala, ¿eres tú? —se escuchó la voz de Ethan».

—¡Sí! Deberías salir de una vez, la manada te espera y también una sorpresa. —Tala los miró a ambos con expresión divertida.

Se veía muy feliz.

«Esta vez no pienso caer, ¡me tienen hartos! Siempre me dices que hay una sorpresa y suele ser desagradable. Todavía no me hice a la idea, díles que me den más tiempo».

Alaric negó con la cabeza y aguantó las ganas de soltar una carcajada.

—Creo que iré a sorprenderlo. —Solo de pensar en incordiarlo, su buen humor regresaba—. Con suerte yo también le resulte desagradable.

Ese lobo le daba demasiada munición para atacarlo. Y él que pensaba que la responsabilidad de una manada le habría hecho tomarse las cosas en serio.

—Está bien, creo que necesitan hablar a solas, le diré a nuestra gente que surgió un imprevisto y que nos reuniremos mañana —tras decirlo, se dirigió a su compañera—. Si quieres puedes

acompañarme, te enseñaré la manada.

Alaric se tensó y su compañera también.

—No creo que sea buena idea —gruñó—. Prefiero que Libby esté donde pueda verla.

—Oh, está bien. —La sonrisa se borró del rostro de Tala y su compañera dio un paso al frente.

—Iré con ella, te vendrá bien hablar a solas con tu amigo. —La expresión de la loba cambió de nuevo y mostró una sonrisa radiante.

—No tienes por qué hacerlo. Y si...

—La manada es segura, Alaric, te lo prometo. Todo cambió por aquí y nadie va a encerrarnos ni a darnos latigazos. Acompáñame —instó a Libby—, quiero que me cuentes todo lo que ocurrió, ¡lo dábamos por muerto! —Apenas la agarró del brazo y comenzó a caminar por el pasillo, Tala se acercó a ella y susurró—: ¿Es cierto que le salvaste la vida y que te enfrentaste a los cazadores para huir con él?

Quiso detenerlas, pero su compañera lo miró y negó con la cabeza.

—Te veo después, grandullón.

No le quitó la vista de encima hasta que no dieron la vuelta a la esquina del pasillo y desaparecieron. No le gustaba la idea de separarse de ella sin saber cómo estaban las cosas en esa manada y menos después de lo ocurrido en la suya, pero no vio hostilidad en Tala.

Al contrario, la loba se veía muy cambiada. Ya no tenía la mirada tan triste y parecía mucho más segura de sí misma.

«No puedes estar siempre tras mis pasos —escuchó la voz de su compañera en su mente—. Estaré bien. Ella parece linda».

Alaric despeinó su cabello y luchó contra su impulso sobreprotector. Si seguía así acabaría por agobiarla, pero no podía evitar preocuparse.

Una vez que lo logró, se dirigió a la habitación donde se encontraba Ethan.

En lugar de llamar, decidió girar con cuidado el pomo y encontró que la puerta se abrió sin ningún obstáculo.

Se encontró a Ethan desnudo, frente a un espejo de cuerpo completo mientras se admiraba a sí mismo.

Se burlaría de eso durante horas. ¡Por fin algo salía bien!

—Espejito, espejito, ¿quién es el alfa más hermoso de la manada? —Se llevó una mano al bíceps y lo forzó para que se viera más musculoso—. Y este cuerpo tallado por los mismos... ¡Un muerto! —gritó al verlo detrás de él y le dio un puñetazo al espejo—. ¡Te juro que yo no fui el que te mató! T-tengo q-que hablar con Emma para que venga a realizar un exorcismo —tartamudeó, cada vez más nervioso—. Si cierro los ojos quizá desaparece.

Jadeando, Ethan apretó los párpados con fuerza y se agarró con ambas manos a cada lado del espejo.

Podría hablar, hacerle saber que no era ningún espíritu y que no necesitaba ir corriendo con Emma para que lo salvara. En cambio, decidió colocarle una mano en el hombro y presionar con fuerza.

Ese alfa se la debía. Aún se acordaba de cuando lo avergonzó frente a Emma en la celda.

—¡Vine a tomar venganza! —pronunció con la voz forzada y muy ronca.

Ethan se estremeció de forma visible y continuó con los ojos cerrados.

Con un poco de más actuación, ese cobarde era capaz de orinarse encima.

—Es rencoroso y amargado hasta muerto, pero no te m-merecías q-que te hiciera algo así —cuando escuchó la voz llorosa quitó la mano de su hombro. Quería asustarlo, no que comenzara a llorar como Asher—. N-no s-sabes c-cómo me culpo cada día. ¡¿Qué necesitas para descansar en

paz?! Haré lo que sea para ayudarte, ¡Alaric ve hacia la luz! Amigo mío, mereces descansar y no vagar como un alma en pena.

Alaric abrió su mano y le golpeó la nuca.

—¡Necesito que dejes de ser un imbécil! Eso es lo que necesito. Estoy vivo, alfa inútil.

Ethan abrió los ojos, se dio la vuelta y lo enfrentó.

—¿Seguro que no eres un muerto? —Lo observó con interés y frunció el ceño—. O un doble —murmuró y alzó el dedo índice para clavárselo en el pecho—. No se traspasa, pareces de carne.

—Mi puño sí que va a traspasar tu cara, ¡te estoy diciendo que estoy vivo! Aunque no gracias a ti, ¿es que no puedes hacer nada bien? Tenías que dejar que Astron te atrapara incluso cuando te había dicho que esas eran sus intenciones... —Alaric quería continuar soltando todo lo que llevaba guardado, pero Ethan, de la misma forma que hizo Asher el día en que llegó, lo agarró y lo estampó contra su pecho envolviéndolo en un abrazo—. ¡Por la diosa! Pero qué tienen todos los alfas que conozco para querer abrazarme mientras están desnudos.

—No eres un doble, ¡qué alegría! —lo escuchó hablar junto a su oído—. Es imposible que haya alguien igual de amargado que tú.

—Desgraciado —siseó, pero terminó por ceder y devolverle el gesto de cariño.



Emma había usado el hechizo de bilocación para avisar a Tala de la llegada de Alaric y de su compañera a la manada. Horas antes, habló con su cuñada para explicarle la situación con Libby y con el beta.

Ambas pensaron en ocultar la visita de Ethan para darle una sorpresa. No era lo único que le ocultarían, al menos hasta que su hermano viese a Alaric y pudiera hablarle del plan que tenía.

—No me gusta esto, pequeña —murmuró Asher que no dejaba de dar vueltas por la cabaña—. En lugar de recuperar su amistad, terminará por odiarme de por vida.

—Ya te odia lo hagas o no.

—¿Intentas darme ánimos? Porque si esa es tu intención, no está funcionando muy bien.

—Confía en mí, hemos trabajado mucho para que esto salga bien. No podemos echarnos atrás, no cuando falta tan poco. —Emma sabía lo mucho que le estaba costando aceptar su plan y más cuando ella tendría que estar presente en la batalla.

A su compañero se le olvidaba que era una bruja y que había aprendido muy bien a defenderse.

—No me gusta nada —gruñó.

—No tiene que gustarte, solo tiene que salir bien, cariño —ronroneó y le dio un beso en los labios.

—Entonces, ¿qué queda por hacer?

—Ya avisé a nuestros aliados, estoy esperando contestación. Una vez lo hagan, hay que visitar a los cazadores —soltó la bomba con total calma.

Sabía que Asher pondría el grito en el cielo y no la defraudó.

—¡¿Cómo se te ocurre?! Cómo, en el nombre de la diosa, has planeado que un lycan viaje hasta la tierra de los cazadores y se presente allí para pedir una audiencia. Pequeña, lo siento mucho, pero creo a tu plan le faltan algunos retoques.

—Ningún lycan irá, lo haré yo. Libby me contó que ellos trabajan con algunos brujos, me creerán cuando les cuente que sé dónde encontrar a la cazadora que buscan.

—¡Te has vuelto loca! No pienso permitir que mi mujer...

—No necesito moverme de aquí para hacerlo, al menos, no lo hará mi cuerpo. Nada me

ocurrirá y tú estarás a mi lado en todo momento para regresarme si crees que algo está saliendo mal.

Asher apretó la mandíbula y Emma lo miró de esa forma en la que él no podía negarle nada.

—Maldita sea, está bien, pero si algo sale mal desapareces de allí.

—¡A sus órdenes, mi alfa! —se burló—. Que comience la operación delatar a la cazadora.

Capítulo 26



Llevaban una semana en la manada y, a pesar de que Ethan y Tala les ofrecieron quedarse a vivir con ellos, su compañero deseaba regresar a Silvershade Summit. Había aguantado tanto tiempo solo porque Libby se sentía cómoda allí.

Ojalá en la manada de Alaric hubiera tenido el mismo recibimiento. Si bien, esta tenía instalaciones más modernas porque no habían quedado estancados con una maldición, extrañaba la privacidad de la casa que compartía con su compañero, estudiar los libros de magia y la vida que pudo haber tenido si no la odiaran.

Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que escuchó a Alaric y al alfa discutir. A los dos días de su estancia allí, ninguno de ellos era capaz de soportarse.

—Entonces... ¿Aceptamos la invitación para quedarnos aquí? —murmuró su compañero—. Si te gusta esta manada y te sientes bien, no veo por qué no podemos quedarnos.

Intentaba parecer sereno, pero su mirada rogaba para que ella dijera que no quería quedarse.

—Es un lugar agradable —contestó solo para provocarlo.

No podía tomar una decisión así con solo cuatro días de estancia y más cuando sabía que él se volvería loco.

—Agradable —repitió Alaric con un tono de voz estrangulado—. Supongo que si nos quedamos debo jurar lealtad a Ethan. La muerte podría ser un mejor castigo.

Libby podía ver el tic que se le formaba en la mandíbula conforme lo pronunciaba. Incluso se le humedecieron los ojos.

—Sí, jurar lealtad a Ethan, es una gran idea —murmuró y lo escuchó emitir un jadeo de dolor.

—Ángel, si es lo que quieres, nos quedamos. Daría mi vida si eso te hiciera feliz, ¿qué más da jurar lealtad a un alfa traidor o un alfa insoportable?, por ti lo soportaré.

—¡A mí no tienes que soportarme! —se escuchó la voz de Ethan y los sorprendió a ambos—. Mi hermana se acaba de comunicar y dice que es seguro para ustedes regresar a la manada. Saberlo ha sido la mejor noticia del día, necesito un descanso de ver tu cara de estreñimiento, ¡sigues teniendo una estaca clavada en el trasero, beta amargado!

—¿Otra vez están discutiendo? —Tala se colocó a su lado y miró a ambos hombres—. Es como si tuvieran una energía inagotable para insultarse. En el único momento en que se ponen de acuerdo es cuando algo los pone en peligro.

—Cada vez que me doy la vuelta me está criticando, ¿cómo no quieres que discuta, cariño? ¡Lo prefería siendo un espectro! Cuando estaba muerto no jodía tanto.

Alaric se colocó frente a él y lo empujó.

—No te daré el gusto de morirme, ya lo intentaste una vez y no te salió bien. Cada día estoy más seguro de que fingiste que eras Astron para librarte de mí.

—¿Decías que Emma piensa que es seguro viajar? —interrumpió Libby para ver si se detenían—. Entonces no perdamos tiempo, al menos tendré unos días tranquilos mientras llegamos a la manada. Ya que estemos allí comenzará a discutir con el otro alfa.

—¿Ángel, estás insinuando algo?

—¿Yo? Para nada, grandullón. Discutir te da la vida, mi amor y te quiero vivo por muchos

años.

Había estado tan entretenida viendo el espectáculo que ambos hombres daban, que no se percató de que Ethan traía las pocas pertenencias que llevaron y se las lanzaba a Alaric.

—A pesar de que eres insoportable, mi invitación a quedarte seguiría en pie con tal de molestar a mi cuñado, pero mi hermana me rogó que no lo hiciera y a ella no quiero verla sufrir. Deben ser masoquistas, no entiendo por qué te adoran de esa forma.

—¡Y yo prefiero regresar con los humanos a tener que veros la cara una vez más! Tú u Asher pueden meterse sus invitaciones por dónde les quepa. Vámonos, ángel, porque si nos quedamos un minuto más, hoy habrá un alfa descuartizado.

—Estaría luchando contigo en este mismo momento, si no fuera porque Emma fue muy específica al decir que debían salir ya para que vuestro viaje terminara bien, de todas formas, enviaré algunos hombres para que los acompañen. No quiero que vuelvas a ser una damisela en apuros y te tiren de nuevo por un barranco. —Alaric gruñó y Ethan le respondió mostrando los afilados colmillos.

—¡Fue un placer conocerlos! —Libby alzó la voz para que la escucharan, abrazó a Tala y se despidió del alfa—. Volveremos... O quizá no ocurra, si es así, muchas gracias por recibirnos.

Para su sorpresa, Ethan agarró a Alaric y le dio un abrazo que su compañero recibió murmurando que lo extrañaría.

¡Hace un momento querían matarse! Nunca entendería a los hombres, incluso se daban palmaditas en la espalda con camaradería.

—Te acabarás acostumbrando —susurró Tala—. En el fondo, se quieren y disfrutan discutir.

Cuando iban a salir, Libby miró por última vez a la gente de la manada que se acercó a despedirlos y su instinto la alertó.

No había ni un solo niño correteando y las pocas mujeres que se encontraban alrededor eran las que trabajaban como guardias. Tala le contó que antes ellas no tenían derechos y poco a poco se iban animando a tomar puestos de más responsabilidad.

Pero quitando los lobos que se ocupaban de la protección de la manada, el resto de ellos no estaba visible. Incluso el ambiente se tornó tenso y no le pasó desapercibida la mirada que el alfa le lanzó a sus hombres.

Al hacerlo, todos se pusieron en guardia.

¿Qué estaba pasando?

Alaric debió percatarse, porque le agarró la mano con fuerza y la acercó a su cuerpo.

La puerta de la manada se abrió y salieron sin que nadie los detuviera.

—Irvin y Kailen te acompañarán —ordenó Ethan.

—No necesito que nadie nos acompañe —se quejó su compañero—. Ya dijiste que tu hermana estaba segura de que era el momento correcto para marcharnos. —La mirada de Ethan indicó que no daría su brazo a torcer.

Por primera vez, desde que lo había conocido, vio que tras esa fachada de hombre bromista y que parecía no dar importancia a nada, había mucho más. Ethan se preocupaba por la gente a la que amaba y, aunque las constantes discusiones entre su compañero y él hicieran parecer lo contrario, esos dos lucharían a muerte por salvar al otro.

—He dicho que mis mejores hombres los acompañarán y no hay más que hablar, beta. Acéptalo o gruñe todo el camino, de cualquier forma ya no estaré cerca para escucharte.

—Un día voy a estrangularte —masculló Alaric y asintió con la cabeza—. ¿Estás seguro de que no habrá peligro?

Sí, su compañero notaba el ambiente extraño de la misma forma en que lo notaba ella. Ojalá

hubiera traído su espada.

—Tu compañera y tú están cubiertos, no hay nadie en estas tierras más protegidos en estos momentos —su comentario parecía inocente, pero había algo detrás de él y más cuando sonrió de forma enigmática.

¿Qué estaba ocultando Ethan?

—No me gusta esto —susurró Alaric—. No te alejes de mí en ningún momento.

La puerta de la manada volvió a cerrarse y solo quedaron los tres lobos y ella. Irvin y Kailen eran casi tan grandes como su compañero. Libby quería pensar que estarían seguros, pero un mal presentimiento se instaló en su estómago.

Estaba cansada de huir y de tener miedo. Era libre y a la vez no lo era porque no podía salir de la manada sin sentir que en todo momento había alguien que la vigilaba.

Sentía los ojos de su gente siempre tras ella y eso sería así hasta el día de su muerte. Una muerte que llegaría pronto si alguna vez la atrapaban.

Se quitó esas ideas de la mente en cuanto comenzaron a caminar.

Kailen se colocó al frente e Irvin tras ellos. Alaric no se veía feliz.

—Este no es el mejor camino —en su voz también se notaba la tensión que se veía en su cuerpo, parecía preparado para sacar a su lobo y atacar a la mínima oportunidad. La mantenía tan cerca que incluso le costaba caminar sin chocar con él.

—Es el camino que la bruja aconsejó —comentó Irvin como si eso explicara todo.

—Sigue sin gustarme, es la misma ruta que Ethan tomó cuando escapamos de aquí. Espero que esto no sea una bromita de ese lobo porque regreso y...

—Alaric, no es ninguna broma —lo interrumpió Kailen con seriedad y los miró a ambos. Sus facciones no eran las de un anciano, se veía joven, como su compañero, pero sus ojos reflejaban demasiados años de vida. Desde la visión de una cazadora, podía notar que era un lobo peligroso y, sin las armas adecuadas, vencerlo sería muy complicado—. No te salvamos aquel día para hacer algo que te ponga en peligro a ti o a tu compañera. Tenemos órdenes de mantenerlos a salvo a toda costa.

—Puedo mantener a salvo a mi compañera —masculló Alaric—. Soy más fuerte que ustedes. Sin contar que estoy emparejado y eso me hace más peligroso.

Su comentario no estaba hecho para ofender, era una evidencia nada más. En la jerarquía de los lycan, los alfas eran los más fuertes y lobos poco comunes, pero los betas eran igual de sorprendentes. No había muchos de ellos y eran casi tan fuertes como los alfas.

—Lo sabemos —dijo Irvin sin rastro de enfado en su voz—, pero quién te protege a ti mientras cuidas a tu compañera. Puede que ella te haga más poderoso, pero también es un punto débil. Confía en nosotros, nuestra misión no es otra que protegerlos.

—No confío en nadie, ya no —susurró Alaric y si ellos lo escucharon no lo sabía.

Le dolió ver que su compañero, por culpa de ella, había perdido la confianza y la amistad de la que él consideraba su familia.

Se mantuvieron en silencio mientras avanzaban. Ellos no eran los únicos que vigilaban a su alrededor como si esperaran una emboscada en cualquier momento. Libby sentía esa pesadez en el aire y esa sensación de anticipación justo antes de una batalla.

Una vez más, maldijo no haber traído su espada.

—¿Estás cansada, ángel? —la voz de Alaric la sobresaltó. Estaba tan metida en sus pensamientos que ni si quiera lo vio acercarse.

—Estoy bien —mintió, a pesar de que su condición física era buena, seguirles el paso le estaba costando, aunque jamás lo admitiría en voz alta.

Su orgullo no le permitiría mostrarse débil y menos cuando su condición de humana la hacía ver inferior frente a su gente. Jamás haría sentir a su compañero que debía avergonzarse de ella.

Sentía cada músculo en tensión y más con aquel camino que habían tomado. Era empinado y parecía no acabar nunca. Esos hombres contaban con sus fuertes e interminables piernas y cada paso de ellos eran tres suyos.

Alaric notó su mentira y, antes de que pudiera lamentarse, la envolvió en sus brazos y la cargó.

—Puedo caminar. Ya te dije que estoy bien. —se quejó—. ¡No soy una damisela en apuros! Soy una caza... —Se interrumpió antes de llamarse a sí misma cazadora—. ¡Soy ruda y fuerte! —Irvin y Kailen tuvieron la decencia de bajar el rostro para ocultar sus sonrisas, pero Alaric sonreía de forma abierta y la apretaba contra su torso sin darle opción de soltarse—. Puedo borrarles la sonrisita a los tres y patearles el trasero.

—El único trasero que tocarás es el mío, mujer. Ahora deja de quejarte y de moverte, te llevaré porque me gusta sentirte cerca.

—Si es por eso —argumentó más tranquila y lo abrazó alrededor de sus hombros—, puedes llevarme. No puedo negarle nada a mi grandullón, pero que quede claro que yo no estoy cansada. Solo lo hago para que seas feliz.

Escuchó las risas contenidas de los hombres y no le importó. Toda la tensión que tenía acumulada, desapareció de su cuerpo al sentir el calor de su compañero.

Los tres lycan comenzaron a trotar mucho más rápido en cuanto sus pequeñas piernas dejaron de ser un impedimento para avanzar. Era increíble que habían mantenido el paso tranquilo por ella y casi sintió que sus pulmones escaparían por su garganta. No le extrañaba que no necesitaran vehículos, ellos en sí mismos eran igual de rápidos.

En algún momento, el agradable movimiento la acunó y no pudo evitar cerrar los ojos. Cuando Alaric la abrazaba sentía tanta paz que podía caer una bomba y no enterarse.



El sol se ocultaba en el horizonte y teñía el cielo de tonos anaranjados y púrpuras en el momento en que llegaron al claro junto al precipicio. Libby reconoció el lugar de inmediato, odiaba haberse dormido y no percatarse de la dirección que estaban tomando.

De haber estado alerta los habría avisado.

—Estamos muy cerca de la tierra de los cazadores —susurró para que solo su compañero la escuchara.

Alaric la soltó en el suelo, podía notar la tensión de su cuerpo.

—Lo sé, ángel —dijo en el mismo tono—. Es aquí donde Ethan y yo luchamos, pero cerca de este lugar hay una cueva donde podemos pasar la noche.

Su corazón se apretó al recordar aquel día, la desesperación y el miedo que había sentido al verlo en el suelo tan malherido. Si ella no hubiera estado ahí, si lo hubiera encontrado otro cazador, Alaric no estaría ahora con ella.

—No me gusta estar tan cerca de ellos —murmuró—. Tengo un mal presentimiento.

—Nada te ocurrirá —escuchó que le decía, pero en sus ojos pudo ver que él estaba igual de preocupado.

Kailen señaló una pequeña construcción de piedras donde estaba tallado el nombre de su compañero

—El alfa Asher y su Luna quisieron venir hasta aquí y darte una tumba cuando pensaron que estabas muerto.

Libby sintió un nudo en la garganta al ver el gesto de dolor de su compañero, pero no tuvieron

mucho tiempo para reflexionar.

De repente, un ruido ensordecedor llenó el aire. Casi como una estampida furiosa, los cazadores les tendieron una emboscada. Salían de todas partes, incluso habían llevado los helicópteros y descendían de ellos con cuerdas y armados.

Eran como un ejército preparado para matar y, por la organización que tenían, aquello no había sido un encuentro fortuito, estaba planeado.

No quiso pensar que alguien pudo traicionarlos, pero todo apuntaba a que así había sido. ¿Habría llevado Ethan a sus dos hombres a morir con tal de entregarla, o fue la manada de Alaric? Ya poco importaba, ella estaba desarmada y los tres lobos lucharían por sus vidas acabando con muchos cazadores, pero al final no podrían con tantos.

Los lycan se movieron con rapidez y la cubrieron desde todos los flancos como si hubieran sido entrenados para moverse como una sola unidad. Adoptaron posturas defensivas y estaban listos para desgarrar sus huesos y transformarse en lobos.

El silencio era aterrador, pero ni un solo cazador se movía de sus puestos a pesar de estar en clara ventaja.

¿Por qué no atacaban?

La respuesta llegó pronto, cuando una voz familiar resonó en el aire y le erizó la piel.

—¡Entreguen a mi hija y nadie saldrá herido! Solo queremos a la traidora, no hay necesidad de provocar más muertes. —John era consciente de que los tres lycan que estaban frente a él no sería fáciles de matar.

Solo con ellos tres, la sangre de los cazadores cubriría el suelo y su padre había visto demasiadas batallas como para actuar por impulso. Siempre buscaría la forma más diplomática de resolver un conflicto, pero eso no quitaba el dolor que le producía al escucharlo llamarla traidora.

Sus miradas se cruzaron y Libby supo que le estaba haciendo llegar un mensaje con aquella palabra. La traición siempre se pagaba con la muerte y una muy dolorosa. Los traidores eran torturados durante días hasta que sus cuerpos colapsaban, sufrían hasta rogar para que la muerte viniera a llevárselos y todo para dar ejemplo y quitar las ganas a cualquiera que decidiera ir en contra de las leyes del clan.

—¡Jamás entregaré a mi compañera! —respondió Alaric, furioso—. Antes los mataré a todos.

Su padre alzó el arma y apuntó a su compañero, sabía que estaba cargada con balas de plata.

Sin pensarlo, Libby se interpuso entre ambos.

—¡Papá, entiende! No quiero ser una cazadora, ¡nunca quise esa vida y te guste o no, amo a un lycan. Guardaré los secretos del clan y me los llevaré a la tumba, nunca haré nada en vuestra contra, pero no regresaré. —Se desgarró el cuello de su camiseta y mostró la cicatriz de su vínculo—. Si aún te queda algo de amor por mí, entiende que si mi compañero muere, yo muero con él, estamos unidos para siempre.

«Y si soy yo la que muere, Alaric sufrirá el mismo destino, por eso no puedo entregarme», pensó.

No tenía miedo a la muerte por más que no la ansiara, tampoco a la tortura, pero le aterraba que su compañero sufriera.

John cerró los ojos un segundo, lo suficiente para que Alaric la regresara a la prisión que habían hecho con sus cuerpos y la mirara con una reprimenda.

—Lib, prefiero verte muerta antes que con un lobo —las palabras de su padre rasgaron el aire y, como si fueran un arma, le provocaron un fuerte dolor en el pecho.

Los tres lycan emitieron un rugido gutural y se transformaron en enormes lobos. Aquello fue

señal de que se acabaron las palabras y que ellos estaban dispuestos a defenderla hasta sus últimas fuerzas.

Podía ver la determinación y la rabia en los ojos de Alaric. Él había sentido a través del vínculo el dolor lacerante que le provocó el rechazo de su padre.

Libby vio las granadas de nitrato de plata en las manos de varios cazadores y supo que estaban a punto de usarlas. No podía permitirlo, la plata en el aire y en sus armas los debilitaría y el dolor que les provocaría sería horrible.

—Si me entrego, ¿juras que los dejarás marchar? Dame tu palabra de cazador —gritó y volvió a ponerse frente a los lobos.

Alaric gruñó y su expresión, con las fauces abiertas y los ojos destilando rabia, fue aterradora.

Varios cazadores miraron a su padre con odio, podía ver que no querían conformarse solo con ella. Deseaban verlos morir a todos.

—Lib —la forma en que pronunció su nombre con la voz quebrada, le partió el corazón. Su padre aún la amaba y aquello le dolía al igual que a ella—. Sabes que si te entregas, lo que te espera es una sentencia de muerte por traición. Ni siquiera yo podré evitarlo.

Después, pudo leer en sus labios un ruego silencioso: «No me hagas presenciar la muerte de mi única hija».

Libby no necesitó más para comprender lo que su padre quería. John deseaba que estallara una lucha y que ella escapara mientras los lobos daban su vida para salvarla.

Eso no sucedería, si ese día era el que estaba marcado en el calendario para que muriera junto a Alaric, lo haría luchando. Puede que ella no fuese tan fuerte como una lycan completa y no tuviera un arma, pero sí era más fuerte que un humano común y pensaba demostrarlo.

Desenvainó sus garras y se colocó en posición de combate.

En ese instante, otro cazador empujó a su padre a un lado y alzó su arma hacia ella.

Antes de que pudiera reaccionar, Alaric la lanzó al suelo y la protegió con su cuerpo. El disparo resonó en el claro y, en un giro desesperado, su padre se interpuso y recibió el impacto en el pecho.

John cayó al suelo y todo se volvió un caos.

Algunos cazadores estaban conmocionados al ver a su líder herido y desangrándose, pero otros, llenos de rabia, se lanzaron contra ellos.

Los tres lobos la apartaron de la lucha y de nuevo la cubrieron con sus cuerpos, pero ella no pensaba quedarse quieta.

¡No era una maldita damisela en apuros! ¿Cuándo lo iban a entender?

En cuanto tuvo a un cazador en su campo de visión, se lanzó a por él y le arrancó la garganta de un solo movimiento con las garras. Antes de que cayera al suelo, le quitó el arma y la espada.

Al día siguiente, si lograba sobrevivir, se repetiría a sí misma lo mucho que odiaba la violencia, pero en ese instante protegería a su compañero.

Se colocó detrás de los lobos que desmembraban a sus oponentes antes de que pudieran tocarlos. Libby comenzó a vaciar el arma y disparó contra los que un día consideró su gente, pero cuando las balas se agotaron y las granadas de humo comenzaron a esparcir el nitrato de plata por el aire, no pudo darse tiempo para pensar en los muertos.

Los lycan eran su gente desde que se unió a su compañero. En ese instante, no importaba que nunca la aceptaran como parte de ellos. Siempre la verían como una débil humana, pero ese día lucharía en el bando que ella creía correcto.

El humo provocó que varios aullidos de dolor resonaran. Alaric se tambaleó, pero sacudió la cabeza y continuó luchando a pesar de que se notaba que sus patas flaqueaban.

Vio a uno de los cazadores acercarse a su compañero por atrás, iba a usar su espada para cortarle la cabeza mientras Alaric estaba ocupado luchando contra tres enemigos.

Libby corrió hacia él, con la espada desenvainada, pero otro de los hombres se lanzó sobre ella. Se tiró al suelo para esquivarlo, rodó y, de rodillas, se detuvo frente al cazador que amenazaba la vida de su compañero.

Su espada se clavó en el estómago del hombre y cayó muerto sin lograr su objetivo.

La batalla parecía no acabarse, eran como hormigas que llegaban en busca de alimento. No importaba los que caían, siempre aparecían más.

De repente y de la nada, como una aparición fantasmagórica, el claro se llenó de licántropos por todas partes. La magia de Emma los había teletransportado. No solo estaba la manada de Alaric, también la de Ethan y varias más que Libby no reconocía.

Sintió la magia de Emma en el aire y el suelo comenzó a temblar. La primera horda de cazadores salió volando y muchos cayeron por el precipicio.

Eso permitió poner distancia entre ellos y los enemigos. Libby sabía muy bien que los tres lycan que la habían protegido, necesitaban ese descanso para recuperarse del humo de las granadas.

Los cazadores, antes en mayoría, se veían superados por las fuerzas de los lobos y comenzaron a retroceder.

—¡Bruja, nos has traicionado! —gritó uno de ellos y Emma lo empujó con su magia hasta hacerlo rodar por el suelo.

—¿Acaso lo dudaban? —intervino Asher y se colocó frente a su mujer de forma protectora—. Libby ya no es una cazadora, ahora, junto a su compañero, forman parte de nuestra manada y quien se atreva a poner en riesgo la vida de mi gente se enfrentará no solo a nosotros si no a todos los licántropos.

El cazador dio un paso atrás y miró a su alrededor para observar que estaban superados en fuerza.

Sin demostrar miedo, Emma caminó entre los lobos y se acercó al padre de Libby que se encontraba en el suelo, desangrándose. Los lycan la siguieron, amenazadores y los cazadores retrocedieron sin tener escapatoria.

Algunos, los más rebeldes, apretaban sus armas con fuerza y se miraban unos a otros, preguntándose con la mirada si debían morir luchando.

—Será mejor que ni lo piensen —murmuró Emma, movió sus manos y los desarmó—. Mucho mejor así. No quiero que se derrame más sangre, por hoy fue suficiente.

La bruja, se arrodilló frente a su padre y Libby intentó correr hacia ella, pero su compañero se interpuso.

—Déjame ir, ¡es mi padre! —Alaric gruñó, aunque acabó por ceder con un gesto de cabeza.

El enorme lobo se mantuvo a su lado a pesar de que, con la imponente presencia de tantos licántropos, los cazadores estaban en desventaja y dudaba mucho de que alguien se atreviera a atacarla.

—Eres demasiado sobreprotector —murmuró, pero cuando llegó junto a su padre, Ryder salió de la nada con la intención de matarla.

Y pensar que ella lo había creído dócil.

—¡Putra traid...! —No logró terminar la frase, la cabeza del cazador rodó por el suelo cuando su compañero, de un zarpazo, lo silenció.

Se escucharon algunos jadeos entre los cazadores y los que estaban más apartados comenzaron a correr, pero los lobos los cercaron y los hicieron retroceder de nuevo.

—¿Decías, ángel? —resonó la voz burlona del lobo de Alaric.

Libby se mordió el labio inferior y susurró un «gracias, mi héroe», que hizo que su compañero inflara el pecho.

Su padre estaba en el suelo, la bala que iba dirigida a ella le había dado de lleno en el pecho muy cerca del corazón. Se arrodilló junto a Emma, la bruja tenía las manos sobre la herida y una luz blanca escapaba de ellas.

—P-papá —sollozó al verlo con la piel cetrina y los ojos cerrados—. Yo no quería esto. Te amo a ti y a mamá, pero tenía derecho a dirigir mi vida como yo lo deseara. ¿Por qué no me dejaste ir?

Sintió los brazos de su compañero alrededor de su cintura, había vuelto a su forma humana solo para consolarla y pudo ver que tenía muchas heridas en el cuerpo. Aunque ninguna eran mortales.

—Vamos, un poco más, resiste —susurró Emma y Libby miró a su padre sin parpadear—. ¡Reacciona, maldito cazador o tu hija no me perdonará nunca!

John abrió los ojos y respiró una bocanada de aire cuando la herida de bala se desvaneció. Miró a su alrededor, aturdido y sin pensarlo se tiró sobre él. Lo abrazó sin poder dejar de llorar.

—P-papá —balbuceó y sintió las manos de John acariciándole el cabello.

—Hija, ¿estamos muertos y por eso estás conmigo?

Libby alzó el rostro para mirarlo y negó con la cabeza.

—No, papá, ella te salvó. —Su padre dirigió su mirada a Emma. La bruja se levantó para dejarles un poco de privacidad. Su compañero no quiso tener la misma deferencia y sintió su imponente presencia tras ella—. ¿Por qué intentaste protegerme? No lo entiendo, querías matarme.

—N-no p-pude —la voz de su padre se entrecortó e intentó sentarse, cuando lo consiguió, miró a los cazadores que quedaban—. ¡Es mi única hija! —les gritó—. Renuncio, escojan a otro líder y olvídense de Libby, entrego mi vida por la de ella.

—¿Qué?! No, nadie va a entregar nada.

—Así es —interrumpió Asher—. Tenemos un trato que ofrecerles y lo hacemos solo en favor a ella. —La señaló—. Así que escuchen, porque si no aceptan, los que serán cazados uno a uno serán ustedes.

Capítulo 27



Habían transcurrido cinco meses desde el día en que fueron emboscados por los cazadores.

Aún después de ese tiempo, le costaba creer lo que Asher y Emma habían hecho por su compañera y por él.

Ese día, una vez que los cazadores no tuvieron otro remedio que rendirse al verse sobrepasados, el alfa les ofreció un trato para continuar viviendo en paz.

En el tiempo en que lo dieron por muerto, su Luna continuó el trabajo que él les aconsejó antes de marcharse con Ethan a buscar a Tala y consiguieron alianzas muy poderosas con otras manadas. Si bien, el poder de la bruja al principio los hizo tener reticencias, terminaron por ver lo provechoso que era tenerlos de aliados y no como enemigos. Tras lo ocurrido, sabía que ella lo hizo porque pudo ver con antelación que necesitarían toda la fuerza para quitar la amenaza del camino.

Alaric ya no podía guardar rencor y su amistad con Asher incluso se había fortalecido.

Sabía lo mucho que le costaba a su amigo poner en riesgo a su gente, a pesar de eso, no dudó en llevarlos a una batalla con tal de protegerlo y liberar a su compañera del yugo de los cazadores.

Emma le confesó que tardaron en llegar porque creyó que merecían un poco de venganza después de tanto sufrimiento.

Les permitió luchar el tiempo suficiente para aparecer en el momento justo. Si no estuviera seguro de que no había ni un gramo de maldad en ella, a veces juraría que la naturaleza vengativa de Astron formaba parte de su Luna cuando se trataba de los que consideraba su familia.

Esa mujer era capaz de hacer cualquier cosa con tal de proteger a los suyos.

Su amigo le había dado un gran regalo ese día. Cada vez que lo recordaba aún podía escuchar sus palabras resonando en el claro y la forma en que su presencia aterrorizaba a los cazadores.

—Si hoy quieren continuar con vida y que el clan de los cazadores continúe existiendo, trabajarán junto a nosotros. Su líder continuará siendo él. No aceptaremos otro. —Señaló al padre de Libby—. Siempre y cuando acceda a nuestras exigencias. No se atacará a ningún licántropo y solo se dedicaran a proteger a los humanos de los lobos sin manada si así fuera necesario, dentro de nuestro territorio, nosotros nos ocupamos de hacer justicia. Cualquier problema con otros seres de la naturaleza que sea, tendrán que informarnos antes de proceder. En este día cambia todo y cualquiera que se oponga nos tendrá como enemigos.

John se levantó del suelo y miró al alfa.

—¿Pretenden que no podamos defendernos si nos atacan? ¿Que tengamos que pedir permiso para defendernos? ¡Nadie aceptará eso!

—Ningún licántropo atacará a un cazador mientras se ciñan a las reglas. No lo hago por ti ni por tu gente, lo hago por tu hija que ahora es parte de mi manada, aunque si ella quiere que desaparezcan, estaremos encantados de ayudarla en su propósito. No son demasiado queridos entre los nuestros y cada lobo que se encuentra en este claro, estará encantado de ejecutar mi orden.

—¡No! —gritó su compañera—. Creo que lo que ofreces es perfecto, ¿verdad, papá? Yo... Yo

podría hacer de intermediaria entre las manadas y el clan de cazadores.

La mirada suplicante de Libby le dio ganas de gruñir y más cuando su padre se quedó en silencio.

—¡Todavía te lo piensas, cazador! —bramó Alaric—. ¡Si yo fuese el alfa los haría arrastrarse frente a mi compañera para suplicar su perdón y después los mataría uno a uno!

—Grandullón, eso no es necesario —murmuró y él se encogió de hombros.

—Es lo mínimo que mereces.

Asher dejó de prestarle atención al padre de Libby y la puso en él.

—Alaric, si es lo que necesitas para perdonarme, daré la orden en este momento.

—Alfa, no necesito nada más. Lo que acaba de hacer es suficiente para mí. —Se golpeó el pecho con el puño en señal de respeto y bajó la cabeza—. Tienes mi lealtad y mi amistad.

Una presencia poco grata le tocó el hombro y se colocó a su lado.

—¿Y a mí no me juras lealtad, amargado? Yo también estuve de acuerdo en luchar por ti y por tu compañera.

—Te agradezco —gruñó—, pero antes escogería la muerte que jurarte obediencia. En cuanto a mi amistad la tienes, nunca lo dudes. No olvidaré el apoyo que nos dieron hoy, no lo esperaba de ti. Veo que en el fondo me aprecias.

Ethan hizo un gesto con su mano para quitarle importancia.

—En realidad, no lo hice por ti. Fue interés propio. Mi manada estaba demasiado cerca del territorio de los cazadores así que vi la oportunidad y la tomé.

—Imbécil —masculló y el patético alfa esbozó una sonrisa que le dijo que mentía.

—Me amas, pero este cuerpo siempre estará prohibido para ti. Me verás, irresistible como soy y no podrás resistirte a mis encantos.

—Por la diosa, ni en mitad de una negociación puedes dejar de ser... ¡Tú!

John aceptó el trato y desde ese día, los cazadores se limitaron a vigilar cualquier incursión en el mundo humano que no hubiera sido autorizada con antelación.

Se les vigilaba de cerca y su compañera, siempre acompañada de él y de varios guardias, podía visitar a sus padres sin que nadie se interpusiera y ser la portavoz de los licántropos con la gente que una vez fueron parte de su clan.

Ni Alaric ni Libby juzgaron a Emma por actuar a sus espaldas, ni por provocar aquella emboscada. Comprendieron que no había otra forma de lograr aquella alianza y permitir que ellos pudieran vivir en paz.

Endora siempre creyó que su nieta sería la bruja que lograría unir a los licántropos y sembraría un precedente para lograr que los diferentes reinos convivieran de forma pacífica. Apenas comenzaban, pero creía que habían sembrado una semilla que pronto daría sus frutos.

Alaric salió de sus pensamientos cuando vio aparecer a Libby junto a Emma.

Su compañera le había dicho que Asher lo estaba buscando y que era necesario que llevara un hacha.

Con ella en la mano, miró al alfa para saber qué pretendía.

Le resultó extraño, pero no tenía por qué dudar de la futura madre de su cachorro y más cuando haría cualquier cosa para verla feliz. Si ella sonreía al verlo cargar un hacha, ¿quién era él para negárselo? Aún le costaba creer que pudiera ser tan bendecido y que pronto sería padre.

Nunca imaginó que la diosa le diera la oportunidad de encontrarse con su compañera y menos que esta fuese humana. Libby ya no era humana en su totalidad, tampoco tenía una loba, pero su cuerpo sufrió muchos cambios.

A pesar de que Emma también lo era, la magia que habitaba en su interior la hacía inmune a

esos cambios físicos.

Su compañera, en cambio, era una guerrera por más que siempre dijera que aborrecía la violencia. Cada día, se presentaba en el campo de entrenamiento y aprendía las técnicas de lucha de los lobos.

Saber que en caso de no estar él, podría defenderse, lo dejaba mucho más tranquilo. Su actitud y perseverancia puso el punto y final a cualquier reticencia que su gente tuviera con ella.

Ya no la veían como una humana o como una enemiga. Libby aconsejaba a los lobos más jóvenes y les enseñaba técnicas para no caer en emboscadas, a rastrear a otros seres sobrenaturales y formas de defenderse de ellos.

Su energía parecía no agotarse, siempre tenía un plan nuevo para ayudar a la manada. Ya fuera enseñar a los cachorros, nombrarse la sanadora oficial, enseñarles a usar los dragones mecánicos... Su compañera siempre se encontraba haciendo algo y su gente la adoraba incluso más que a él.

Cuando Alaric llegó junto al alfa lo encontró igual de confuso.

—¿Para qué necesitabas verme y con esto? —Asher señaló el hacha que también traía en sus manos.

—¿Yo? Pero si el que me mandó a llamar fuiste tú.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

Ambos miraron a sus mujeres, Libby y Emma agarraron un par de sillas y se sentaron demasiado cómodas.

Tenían una mesa preparada con comida, bebida y se colocaron como si frente a ellas fueran a tener un espectáculo. Las dos tenían esas miradas que auguraban un plan que no iba a gustarles.

—Cuando vivía en Pensilvania —escuchó que Emma le decía a Libby—. Siempre soñaba con encontrar un leñador fuerte, barbón, con ese cuerpo hecho para el pecado que cortara la leña medio desnudo mientras yo lo observaba. Era mi fantasía y lo sigue siendo, pero mi compañero siempre está demasiado ocupado.

Asher carraspeó para llamar la atención de su Luna y se desgarró la camiseta dejando el torso al descubierto. Apretó los bíceps y sujetó el hacha con ambas manos.

—Pequeña, yo puedo ser el leñador de tus sueños.

El beta negó con la cabeza y se burló del alfa.

—Te tiene dominado, te falta arrodillarte y besarle los pies.

Emma chasqueó los dedos y frente a ellos apareció dos tocones y una enorme cantidad de troncos para cortar.

Un momento, ¿dos? ¿De qué iba todo eso?

Él podría quedarse un rato para reírse de Asher intentando lucirse frente a su compañera como un pavo real, pero no pensaba participar en aquella estupidez. Tenía mejores cosas en que ocupar su tiempo.

Miró a su compañera, con ese cabello siempre indomable y ese olor a lujuria que desprendía y recordó las mejores cosas en las que podía ocupar cada minuto de ese día.

Libby le dio una ojeada al torso del alfa de forma apreciativa.

—Es un gran prototipo de leñador, Emma, no puedo negarlo. Te lo digo desde el respeto. —Alaric no pudo evitar gruñir y rasgarse la camiseta de la misma forma.

Su torso quedó al descubierto y tanto la bruja como su compañera le dieron una visual bastante halagadora.

—Yo también te lo digo desde el respeto, lo veo como a un hermano, pero sé reconocer la belleza de un hombre.

Su compañera jadeó y sus ojos se clavaron en él. Pudo notar que cerraba sus piernas con fuerzas y las frotaba una con la otra como si no pudiera contenerse. El olor de su excitación se hizo mucho más notorio, desde que estaba embarazada parecía un volcán en plena ebullición.

—Si usa el hacha de la misma forma que usa su otra herramienta, tendré leña para cuatro inviernos. Es una excelente fantasía esa de los leñadores, Emma, con tu permiso voy a apropiármela —la escuchó pronunciar sin apartar la vista de él—. Un hombre fuerte, alzando su hacha, golpeando el tronco y exudando testosterona por todas partes. Dios, le lamería el sudor.

—Quita, quita, esto te gustará más. Piensa en cuando estén sudados, agarren una botella de agua y se la echen por encima del cabello y cada gota se desliza por sus cuerpos casi desnudos. Sería tan maravilloso si pudiera cumplir mi fantasía, es una pena que mi compañero nunca esté dispuesto.

—Le lamería cada gota cuando lo viera exhausto —murmuró su compañera y no supo cuál reaccionó primero, pero ambos comenzaron una competencia para demostrarles a sus mujeres cuál de ellos era más eficiente y dignos de todo lo que estaban diciendo.

Los troncos comenzaron a volar en cada corte y a su lado empezó a formarse una montaña de madera capaz de abastecer a toda la manada por un buen tiempo, pero merecía la pena solo por ver la forma en que los miraban.

Como si no hubiera nadie más importante y quisieran saltarles encima.

Él quería que Libby le saltara encima, no se cansaba de tomarla una y otra vez, pero no pensaba darle ese precioso espectáculo a su alfa y a su Luna.

—Tendremos leña para cinco inviernos si siguen así, bendita sea la diosa, cuánta razón tenía mi abuela. ¡Qué hombres, cuánta testosterona! ¡Qué fáciles de manipular! —escuchó que decía Emma—. Lo único que lo mejoraría sería que cortaran la leña sin pantalones. Oh, Dios, desnudos, me lo estoy imaginando. ¿Crees que es demasiado perverso?

—No lo sé, pero podemos ser perversos juntas porque justo estaba pensando lo mismo.

El alfa gruñó y Alaric vio su intención de arrancarse los pantalones, pero antes de que lo hiciera, lanzó el hacha a sus pies y fue a por su compañera.

Una cosa era que para ellos la desnudez no fuese la gran cosa. Estaban acostumbrados a pasar más tiempo desnudos que vestidos, pero no cuando su compañera olía de esa forma y estaba tan preparada para él.

Si quería un hacha, tendría la suya y la de nadie más.

Libby gritó cuando la alzó y se la echó al hombro. La carcajada de Emma lo hizo mirarla con resentimiento.

—Eres una mala influencia, Luna —se quejó y solo consiguió que la bruja y su compañera se rieran con más fuerza. Le dio una nalgada a Libby y comenzó a alejarse—. Así que te gusta mirar al alfa, ángel.

Sintió sus manos deslizarse por su espalda y acariciarlo hasta clavarle las uñas.

—Solo tengo ojos para ti, grandullón. Me habría encantado verte cortar leña sin pantalones. Creo que se ha vuelto también mi fantasía.

—Son unas descaradas, ambas, será mejor que no pasen tanto tiempo juntas porque son un peligro. —Volvió a darle una nalgada que fue recibida con un gemido y aceleró el paso—. Ponernos a cortar leña para satisfacer sus sucias fantasías. ¿Qué será lo siguiente? ¿Qué te cocine desnudo mientras me toqueteas?

—No me des ideas, cariño, si no cocinaras tan mal, me lo pensaría.

—¿Qué has dicho?! ¡Soy un excelente cocinero!

Al entrar en su casa, se encontró el tocón de madera que había dejado atrás invadiendo su sala.

El hacha lo acompañaba y varios troncos también.

Soltó a Libby en el suelo y cuando su compañera lo vio, se rio con tanta fuerza que estaba seguro de que todos los lobos la escucharon.

—¡Gracias, Emma! —gritó.

—Esa maldita bruja me las pagará. —Intentó agarrar a Libby, pero ella lo esquivó y lo miró de arriba abajo—. Ángel, a la cama, ahora —gruñó y acarició su erección para tentarla.

Pero ella señaló sus pantalones y se acomodó en el sofá.

—Grandullón, no te olvides la parte de echarte el agua por encima. Quiero verte cortar troncos, desnudo. —Lo observó con los ojos encendidos de deseo y los pantalones salieron de su cuerpo.

No hay nada que no haría por esa mujer.

Si ella quería un leñador, él se lo daría.

Epílogo



Año 1874 Silvershade Summit.

Endora se aseguró que ningún mechón de su cabello plateado quedara visible y se lo cubrió bien con el gorro de su capa de lana. Con dificultad, se envolvió en ella para resistir el frío.

Su magia la había transportado a una zona desconocida del bosque y una enorme montaña nevada se asomaba frente a ella.

Se encontraba muy débil, tanto, que no se veía capaz de usar la magia para curarse. Si lo intentaba, estaba segura de que perdería el sentido y quedaría a merced de las criaturas del bosque.

Ser devorada por un animal sería el menor de sus problemas.

Su padre comenzaría a buscarla pronto y ella no sabía dónde refugiarse. Solo de pensar en su pobre nana las lágrimas le caían por el rostro y las sentía escarcharse y pegarse a la piel.

Estaba helada.

Quizá no moriría en las fauces de un animal salvaje, bien podría ser un vampiro, había escuchado que la sangre de las brujas les atraía mucho y ahora su magia era más fuerte que nunca.

—Es más probable que muera congelada si no encuentro un lugar donde pasar la noche —dijo para sí misma y, al pensar en su situación, comenzó a reír de forma histérica y gimió de dolor.

Las heridas de sus labios hinchados se reabrieron y comenzaron a sangrar. El pómulo le ardía y uno de sus ojos estaba tan cerrado que si no se atendía rápido perdería la visión.

Los golpes en su rostro eran lo que menos le preocupaba.

Sabía que tenía el brazo fracturado y sus costillas no estaban mejor. Astron había dejado su cuerpo lleno de golpes y no acabó con su vida porque tenía planes para ella.

Su propio padre, el hombre que la había enseñado desde niña todo lo que sabía de magia. El mismo que siempre la miró con adoración y le repetía una y otra vez las grandes cosas que harían juntos a pesar de no ser una bruja poderosa.

Siempre se lo recordaba.

«Tu magia es débil, Endora, pero ya arreglaremos algo. Al ser mi hija arreglaré tu futuro y nadie te despreciará».

Ella amaba a su padre, al menos, lo amó con adoración desmedida y lo hizo su héroe antes de percatarse de su verdadera oscuridad.

No recordaba a su madre, en casa nunca se hablaba de ella y tampoco existía alguna pintura para que pudiera conocer su rostro. Murió de unas fiebres cuando era una niña muy pequeña, o eso era lo que siempre le dijo su padre en las pocas ocasiones que se permitió hablar de ella.

En ese instante, sabía que todo lo que creyó conocer era falso.

Su madre no murió de unas fiebres, fue asesinada.

Las fuerzas flaquearon y no pudo evitar caer de rodillas en la nieve, el resto de su cuerpo cedió ante el impulso de descansar y entregarse a la muerte cuando impactó en el suelo.

Qué triste acabar de esa forma y todo por un hombre al que no conocía y cuyo rostro solo

había visto en una visión. Ni siquiera era uno de los suyos, era un licántropo.

¿La protegería de su padre si lograba encontrarlo?

Lo dudaba mucho.

Desde esa noche estaba sola.

Volvió a reír sin fuerzas, Astron siempre le decía que era demasiado soñadora y que debía dejar de hacer castillos en el aire. Nunca le hizo caso, aunque se cuidó mucho de expresar sus pensamientos frente a él, pero eso no le impidió continuar soñando con aquel hombre al que su corazón llamaba desde la distancia.

Lo evocó en su mente y cerró los ojos. Se entregaría a la Parca, permitiría que la dulce caricia de la muerte le diera alivio a su cuerpo dolorido, pero lo haría bajo sus términos, recordándolo a él.

A ese lobo sin nombre del que solo conocía su rostro por una visión que puso en peligro su vida. Solo ella podía enamorarse de un hombre al que no conocía y rechazar el matrimonio que su padre tenía para ella.

Contarle que amaba a otro hombre y pedirle tiempo para encontrarlo antes de obligarla a un matrimonio sin amor, solo consiguió que la abofeteara y la encerrara en una habitación en la que no podía usar su pobre magia. Su padre se aseguró de que no pudiera escapar, pero la alimentó, le proporcionó un entorno cálido y los criados entraban dos veces al día para asegurarse de que estuviera cuidada.

Cometió el error más grande cuando él regresó dos días después. Se veía más calmado y se sentó a su lado como si de verdad fuese ese padre comprensivo que estaba dispuesto a escucharla.

—¿Quién es ese hombre, Endora? ¿Es de nuestra clase? Si es un brujo más poderoso que Draven Blackthorn, podemos hablarlo. En realidad, Draven no es un brujo demasiado poderoso, pero su conexión con mi hermano lo hace un aliado a tener en cuenta. Sé que lo aborrece tanto como yo, ambos estamos de acuerdo en que yo debería ocupar su lugar y ser el rey. Está dispuesto a traicionarlo, pero desea asegurarse de mi lealtad. Te dije que haríamos grandes cosas juntos, hija, ¿lo ves? Vi la oportunidad de conseguirte un buen matrimonio, siendo una bruja mediocre jamás podrías haber optado a un noble por más que seas de mi sangre, deberías estar agradecida y no rezongando.

—Papá, ¿Draven? Pero si es incluso mayor que tú, yo... No puedo, ni deseo casarme con él, amo a otro hombre.

Debió callar, ella tendría que haberse percatado de aquella máscara fría e inalterable en la que se convirtió su rostro, pero para Endora continuaba siendo su padre. El hombre que la crio solo junto a su nana cuando se quedó viudo, quien le enseñó todo lo que sabía, la persona a la que ella le confiaría la vida.

—Tu opinión no importa, Endora. Las mujeres solo sirven para hacer matrimonios ventajosos. Ya que no tuviste la decencia de nacer un varón y continuar mi legado, tendrás que aceptar este matrimonio y resarcir todo el esfuerzo que puse en ti y en tu educación. Eres solo una herramienta la cual usar, niña, entiende de una vez, a no ser que ese hombre al que amas me consiga más poder, tus sentimientos no valen nada.

Jadeó al escucharlo, aquel que tenía frente a ella no podía ser su padre. Astron no le hablaría de esa forma tan cruel. Él sabía que puso todo su empeño en aprender sus lecciones, no tenía culpa de no tener tanto poder. Jamás la hizo sentir un desecho, no como lo hacía en ese instante.

—¡Tú no eres mi padre! —gritó fuera de sí y tiró la silla con rabia—. ¡¿Quién eres y qué has hecho con él?! Mi padre jamás me hablaría de esa forma.

Se atrevió a enfrentarlo a pesar de que en aquella habitación no podía usar su magia, aunque de poco le serviría en su contra. Al menos, mientras estuvieran dentro de esa habitación ese desconocido con el rostro de Astron tampoco la podría usar y podría tener una mínima posibilidad de huir.

Lo escuchó carcajearse y, antes de que pudiera hacer algo, la agarró del cuello y la levantó como si no pesara nada.

—Por desgracia para mí, soy tu padre. Siempre obedeciste y te comportaste, pero si ahora decides usar esa vena rebelde que heredaste de la ramera e inútil de tu madre, conocerás mi verdadero rostro. —La lanzó por el aire sin ningún cuidado y cayó sobre una silla, rompiéndola y fracturándose las costillas—. ¡Ahora, dime! ¿Quién es ese hombre que se atrevió a acercarse a ti y evadir mi vigilancia? ¡Más te vale que conserves tu pureza! Porque si le entregaste lo poco de valor que tienes a un don nadie, te mataré como maté a tu madre cuando se atrevió a meterse en los planes que tenía para ti.

Asustada, se hizo un ovillo en el suelo y se abrazó a sí misma para evitar el dolor lacerante que tenía en las costillas.

—Papá —lloriqueó—. Nunca estuve con él, tuve una visión, pero ¡es fuerte, te lo prometo!

Astron le dedicó una mirada apreciativa y se ganó su interés.

—Adelante, te escucho.

La esperanza renació, no sabía mucho del misterioso hombre que ocupaba sus sueños y se había adueñado de su corazón, pero si lograba que su padre viera las ventajas de una alianza de la misma forma que ella, quizá podría evitar ese matrimonio.

—No es un brujo papá, es un licántropo. Si consigo encontrarlo, si me caso con él, tendrás de tu lado a su manada y ellos son fuertes...

No pudo terminar de hablar. Su padre enloqueció.

Al parecer, conocía muy poco a Astron y su aversión a cualquier ser sobrenatural que no fuera parte del reino mágico. A los licántropos, sobre todo, los aborrecía con todo su ser porque su tío, el rey y cuidador de la torre mágica, había decidido que mantener una tregua con ellos.

Su padre nunca superó no ser elegido para ser el rey y que sus abuelos escogieran a su hermano sobre él.

Enloquecido, comenzó a golpearla.

Rogó, intentó defenderse, lloró, pero cualquier intento era recompensado con más golpes. Cuando creyó que no saldría de aquella habitación con vida, su padre escupió sobre su cuerpo torturado y la miró con desprecio.

—Vivirás aquí encerrada hasta que Draven y yo acordemos la fecha de vuestro enlace. Comerás una vez al día y, cada vez que te escuche llorar o quejarte, les prohibiré a los criados que te alimenten. Desde este momento, reniego de ti, Endora. Ya no eres mi hija y no acabo con tu miserable vida porque todavía eres de utilidad, pero cuando ya no lo seas, te aconsejo que mantengas feliz a tu esposo porque si me da alguna queja, te mataré de la misma forma en la que maté a tu madre.

Cuando la noche cayó y su padre salió a reunirse con su futuro esposo, escuchó la cerradura de la puerta girar.

Endora no tenía fuerzas para abrir los ojos, le dolía cada centímetro de su cuerpo.

El llanto de su nana la obligó a abrir el único ojo que todavía no estaba tan hinchado y la visualizó arrodillada a su lado.

—¿N-nana eres tú? —balbuceó en un susurro ahogado y sintió el sabor de la sangre en sus labios.

—¿Qué te ha hecho ese monstruo, mi pequeña niña? —Para la mujer que la cuidó desde que su madre murió, siempre sería una niña a pesar de que ya tenía veintidós años—. Tienes que escapar, tu padre no está en la casa, si no te marchas ahora no tendrás otra ocasión.

—No puedo —jadeó por el dolor que le producía respirar.

—Tienes que poder, hija. —La ayudó a levantarse y gritó cuando la sujetó del brazo.

—Creo que está roto, nana. Y mis piernas... M-me duelen mucho, no puedo.

Sintió que la mujer le echaba una capa por encima para cubrirla del frío. Si pretendía que saliera en plena ventisca de nieve y con aquel sencillo vestido, moriría de igual forma.

—No hay tiempo para curarte, mi magia es lenta y tampoco creo que tú tengas suficiente energía para hacerlo. Escuché cuando le hablabas de ese hombre, ¿sabes dónde encontrarlo? —Endora negó con la cabeza.

—Solo tengo un rostro, ni siquiera sé cómo se llama.

—Tendrá que bastar, escúchame bien. Tu padre te ha hecho creer que eres débil, pero no hay nada débil en ti. Tu madre, esa de la que nunca te habla, era una bruja de un linaje muy antiguo y poderoso. No hay nada oscuro en tu interior, mi pequeña niña, eres el vivo retrato de tu madre y posees su magia.

»Tu padre lo sabe, por eso la asesinó, para corromperte y usarte para sus horribles planes. Esa magia está en ti, pero él la ató para que no lo superaras. Te teme. —Su nana sacó de su bolsillo un anillo que brilló en cuanto lo acercó a su mano—. Él la asesinó, pero yo logré enfrascar su esencia en esta joya. En cuanto te la pongas, tu verdadero poder despertará.

—¿Por qué no me la diste antes? ¿Por qué ahora? —preguntó, dolida.

Su nana la miró con tristeza.

—Estabas demasiado ciega para creermelo, tú adorabas a ese monstruo.

Cuando Endora se colocó el anillo, sintió como si un rayo la partiera en dos y algo dentro de ella se resquebrajara y diera paso a un poder desconocido.

—Nana...

—Te explicaría más cosas, te hablaría de tu madre, pero no hay tiempo, mi niña. Tienes que huir.

La arrastró hasta la salida del servicio y, cuando el viento helado le rozó el rostro, la mujer la ayudó a cubrirse con la capa, pero no sirvió de mucho. Él frío se deslizaba por sus piernas desnudas y le provocaba un dolor intenso.

—¿Hacia dónde debo ir? Tengo miedo, nana, ven conmigo.

—No puedo, no tienes fuerzas para llevarnos a ambas. Tu madre, tenía el poder de trasladarse solo con pensar el lugar al que deseaba ir, eso se llevará la poca energía que te queda y cargar con las dos solo logrará que falles en el intento. —Su nana la instó a enfrentarse a lo desconocido con los ojos anegados por las lágrimas.

—Pero ¿si te quedas, mi padre...?

—Acepto las consecuencias, Endora —por primera vez la llamó por su nombre—. Serví a tu madre y después a ti, he vivido una larga vida y si mi sacrificio te salva, acogeré la muerte y me abrazaré a ella.

—¡No! —gritó y su nana le cubrió la boca.

—No grites, podrían escucharnos y alertar a tu padre. Ahora vete y nunca mires atrás, te amo como a la hija que nunca tuve, si tú me quieres, aunque sea un poco, huye y no te rindas. Saber que estarás a salvo es lo único que me da paz. —Su nana le acarició el rostro golpeado con mucha suavidad—. Piensa en ese hombre, cariño, piensa en su rostro y desea que tu magia te lleve hasta él.

—Eres la única madre que conocí, sobreviviré por ti, nana, te amo con todo mi corazón.

Endora cerró los ojos e hizo lo que la mujer le indicaba porque si se quedaba un minuto más se negaría a dejarla. El milagro sucedió y una energía enorme la sacudió, su cuerpo se desvaneció en el aire y reapareció en aquel bosque.

Miró a su alrededor, pero estaba sola. Ese hombre de su visión y con el que soñaba, no se encontraba allí y no tenía energía para continuar.

Su cuerpo en la nieve comenzaba a congelarse, pero no era capaz de volver a levantarse.

—Lo siento, nana —susurró con los ojos cerrados—. Fracase y ahora las dos vamos a morir.

A punto de perder el conocimiento, le pareció escuchar el sonido de un animal que corría hacia ella.

«Al final, sí moriré devorada», pensó.

Cuando el animal se detuvo a su lado, intentó abrir su único ojo y logró ver un lobo, enorme y de pelaje rojizo. Tenía los ojos tan azules que parecían un hermoso cielo soleado.

—S-si tienes hambre —balbuceó—, espera a que muera. No quiero sufrir más dolor, te lo ruego, ya no más.

Le habló al lobo como si pudiera entenderla y se rindió al sueño que la llamaba y le prometía dejar de sufrir.

El lobo se convirtió en un enorme hombre que la tomó con cuidado en sus brazos y, cuando su voz acarició sus oídos, supo que había llegado a su hogar.

Que pena que fuese demasiado tarde para ella.

—Aguanta un poco más, ¡qué alguien traiga a la sanadora! ¡Rápido!

Endora intentó visualizar el perfil de la persona que la cargaba y descubrió que era el mismo hombre de su visión. Con el brazo que aún podía mover, intentó acariciarle el rostro.

—Te encontraré en otra vida, mi amor —susurró con un hilo de voz y selló su promesa sin saber que no la necesitaría esa noche, pero sí más adelante—. La muerte me llama, pero estoy feliz por haber llegado a ti y que seas lo último que vea.

Aquellos ojos de dos colores, uno azul y otro verde, la miraron con una preocupación genuina.

—Me dejo de llamar Radolf si consiento que mi compañera muera el día en que la encuentre. Estás a salvo, nunca permitiré que te ocurra nada, resiste, ya estoy contigo.



Emma miró a su sobrina y cerró el grimorio de su abuela. Contuvo las lágrimas a pesar de que lo que deseaba era abrazar a la niña y llorar hasta quedarse sin fuerzas.

Cada vez que leía la historia de Endora su corazón se rompía al saber lo mucho que sufrió.

—Tía Emma. —La pequeña de once años la miró, aturdida—. Te dije que estaba grande para cuentos, pero tampoco quería escuchar una historia de terror. Tendré pesadillas.

—¿No sentiste nada? —preguntó, esperanzada.

La niña negó con la cabeza.

—¿El asco cuenta? Porque sentí mucho asco por el padre de esa mujer. Si me cuentas esa historia para que deje de hacer travesuras y me porte bien para que mi padre no se enfade, te haré caso, me portaré bien.

—Sí, tienes razón, te la conté justo por eso. Eres demasiado inteligente y una niña preciosa. Tu padre es un hombre muy bueno y no se merece que siempre lo estés preocupando. —Emma le dio un beso en la frente y la arropó—. Ahora duerme, Dana y... ¿me guardarías un secreto?

Dana asintió.

—Claro, tía, seré una tumba, pero ¿qué secreto?

—Nunca le contarás a nadie sobre este cuento, ¿de acuerdo? Piensa en ello como en una aventura que nadie puede saber.

—Prometido, seré como un muerto. ¡Yo quiero aventuras, tía!

Si su hermano o Tala se enteraba de que ella seguía con esa absurda idea de que Dana era la reencarnación de Endora, le prohibirían volver a verla.

Lo había intentado, creyó que si comenzaba a contarle la historia la pequeña recordaría, pero no fue así.

Ethan le dijo que si en realidad era su abuela, ¿de qué le servía recordar? Aquellos recuerdos deberían quedar guardados bajo llave donde nadie los encontrara y menos su hija.

Tal vez él tenía razón, pero Emma no dejaba de pensar en que si esa pequeña era Endora, Radolf quizá también había regresado. La vida no podía ser tan cruel. ¿Cómo lo reconocería si no lo recordaba?

Tenía que hacerse a la idea, por primera vez una de sus visiones no fue certera y erró. Su abuela descansaba en paz desde que acabó con Astron y allá donde estuviera deseaba que fuese feliz.

Movió su mano sobre la frente de la niña, le borró los recuerdos de la historia y le dio otros de un cuento mucho más agradable. No podía fiarse de la promesa de una jovencita.

Tampoco podía arriesgarse a tener problemas con su hermano y que le negara volver a ver a su sobrina.

Dana suspiró y parpadeó, somnolienta.

—Gracias por el cuento, tía, no volveré a decir que soy mayor para esas historias, me gustó mucho.

—De nada, mi princesa, ahora descansa.

Emma la miró por última vez antes de salir de la habitación.

Dana, su pequeña sobrina no era Endora, pero amaba a esa niña con todo su corazón.

Salió de la habitación y le dijo adiós. De la misma forma en que se despidió de ella, también se despidió de aquella semilla de esperanza que siempre quería germinar por más que luchaba por aplastarla.

—Descansa en paz, abuela —susurró y miró al cielo cuando salió de la casa—. Estés donde estés, mereces que tu final sea feliz.

Una estrella fugaz cruzó el cielo y Emma sonrió al pensar que era una señal de Endora.

—Algún día nos volveremos a encontrar, cuida de mi madre hasta que llegue a vuestro lado.

Se repuso de la tristeza que le provocó comprender que nunca volvería a verla y evocó la imagen de su manada en la mente. Su magia hizo el resto. Debía regresar, Asher estaría loco buscándola.

Nota de autora

El siguiente libro y último de la serie: Los lobos de Silvershade Summit, será la historia de Endora como ya habrán podido notar por el epílogo.

Cuando comencé a escribir la serie tenía claro que serían cuatro libros, pero el personaje de Endora se ganó mi corazón. No podía dejarla morir sin que tuviera su final feliz y que se reencontrara con su gran amor.

Su historia no ha salido de mi cabeza desde que comencé a pensar en ella y la dejé para el final porque pensé que sería una bonita forma de ponerle fin a estos personajes a los que tanto cariño les tengo.

Muchas gracias a las lectoras por darle la oportunidad a las locuras que se me pasan por la mente y espero seguir encontrándolas en mis siguientes libros.

Pueden seguirme en Instagram: [elodie_vice](#)

Allí iré subiendo las fechas de publicaciones de los nuevos libros.

Confieso que soy terrible con las redes sociales y no me llevo muy bien con ellas, pero prometo informarles por Instagram de cada nueva historia.

Un abrazo.

Siguiente libro de la serie

